



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

*LOS PARISIENSES
EN PROVINCIAS*

TOMO X



Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: *La Comedia Humana*».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

Los parisienses en provincias

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - X

ePub r1.0

Titivillus 04.09.15

Título original: *Les Parisiens en province*

Honoré de Balzac, 1843

Traducción: Antonio Ribera

Edición: Augusto Escarpizo

Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



LOS PARISIENSES EN PROVINCIAS

1. - El ilustre Gaudissart



EL ILUSTRE GAUDISSERT

A madame la duquesa de Castries.

El viajante de comercio, personaje desconocido en la antigüedad, ¿no es acaso una de las más curiosas figuras creadas por las costumbres de la época actual? ¿No está destinado, en un cierto orden de cosas, a señalar la gran transición que, para los observadores, une la época de las explotaciones materiales a la de las explotaciones intelectuales? Nuestro siglo aliará el reinado de la fuerza aislada, abundante en creaciones originales, con el reinado de la fuerza uniforme, pero niveladora, que iguala los productos, lanzándolos en masa y obedeciendo a un pensamiento unitario, última expresión de las sociedades. ¿No vienen invariablemente las tinieblas de la barbarie, después de las saturnales del espíritu generalizado, tras de los últimos esfuerzos de civilizaciones que acumulan los tesoros de la tierra en un punto? En cuanto al viajante, ¿no es a las ideas lo que nuestras diligencias son respecto a las cosas y a los hombres? Él las acarrea, las pone en movimiento, las hace entrechocar; adquiere su carga de rayos, en el centro luminoso, para sembrarlos a través de las poblaciones adormecidas. Este piróforo humano es un sabio ignorante, un engañador engañado, un sacerdote incrédulo que sólo sabe hablar bien de sus misterios y de sus dogmas. ¡Curiosa figura! Este hombre lo ha visto todo, lo sabe todo y conoce a todo el mundo. Saturado de los vicios de París, puede fingir la sencillez de la provincia. ¿No es el anillo que une al pueblo con la capital, aunque en el fondo no sea parisiense ni provinciano, pues es un viajero? No ve nada a fondo; sólo aprende los nombres de personas y lugares; únicamente aprecia la superficie de las cosas; tiene su metro particular para medirlo todo por el mismo rasero; por último, su mirada resbala sobre los objetos, sin atravesarlos. Se interesa por todo, y nada le interesa. Burlón y amigo de canciones, y en apariencia de todos los partidos, suele ser patriota en el fondo de su alma. Excelente histrión, sabe adoptar según convenga la sonrisa del afecto, del contento, de la obsequiosidad, para abandonarlo y adoptar de nuevo su verdadero carácter, su estado normal, en el que descansa. Considera que debe ser observador, so pena de renunciar a su empleo. ¿No se halla obligado incesantemente a sondear a los hombres con una sola mirada, adivinar sus acciones, sus costumbres, en especial su solvencia, y, para no perder el tiempo, calcular al instante las probabilidades de éxito? Así, la costumbre de decidir prontamente en cualquier clase de asuntos hace de él un hombre muy capaz de *juzgar*: habla categóricamente y pontifica sobre los teatros de París, sobre sus actores y los de provincias. Además conoce los buenos y los malos lugares de Francia, *de actu et visu*. Podrá conducirnos al Vicio o a la Virtud con la misma seguridad.

Dotado de la elocuencia de un grifo de agua caliente, que se abre a voluntad, puede parar y continuar según le plazca y sin el menor fallo su colección de frases

preparadas, que manan sin cesar produciendo sobre su víctima el efecto de una ducha moral. Narrador vivo y alegre, fuma y bebe. Esgrime refranes, intimida a la gente menuda, pasa por un milord en las aldeas, no se deja *timar* jamás, según dice en su jerga, y sabe golpear a tiempo el bolsillo para hacer tintinear el dinero que contiene, a fin de que las sirvientas altamente desconfiadas de las casas burguesas que visita no lo tomen por un ladrón. En cuanto a su actividad, no puede decirse que sea la menor cualidad de esta máquina humana. Ni el milano en abatirse sobre su presa, ni el ciervo en inventar nuevos rodeos que le permitirán burlar a los perros y despistar a los cazadores, ni los sabuesos en seguir a la caza por el olfato, pueden compararse a la rapidez de su vuelo cuando sospecha *una comisión*, a la hábil zancadilla que echa a su rival para levantarlo, al arte con que siente, olfatea y descubre una colocación de género. ¡Desde luego, un hombre así necesita tener cualidades superiores! ¿Se encuentran en un país muchos de estos diplomáticos de planta baja, de estos profundos negociadores que hablan en nombre del calicó, de la bisutería, de los paños, de los vinos y que suelen ser más hábiles que los embajadores, que en su mayoría sólo saben guardar las formas? Nadie duda, en Francia, del increíble poder que despliegan sin cesar los viajantes, estos hombres intrépidos capaces de afrontar negativas y que representan el genio de la civilización en el último villorrio, las invenciones parisienses en lucha con el buen sentido, la ignorancia o la rutina de las provincias. ¿Cómo olvidar aquí estos admirables peones que modelan la inteligencia de las poblaciones, dirigiendo la palabra a las masas más refractarias, parecidos a esos infatigables pulidores cuya lima suaviza los pórfidos más duros? Si el lector desea conocer el poder de la lengua y la alta presión que ejerce la palabra sobre los escudos más rebeldes, que son los del propietario hundido en su rústica pocilga, escuche el discurso de uno de los grandes dignatarios de la industria parisiense a cuyo beneficio trotan, golpean y funcionan estos inteligentes émbolos de la máquina de vapor llamada Especulación.

—Señor —decía a un sabio economista el director-cajero-gerente-secretario general y administrador en provincias de una de las más célebres compañías de seguros contra incendios—, señor mío, de quinientos mil francos de pólizas por renovar, apenas se firman voluntariamente por valor de cincuenta mil francos; los cuatrocientos cincuenta mil restantes se consiguen merced a la gestión de nuestros agentes, que van a perseguir a los asegurados retrasados en el pago, hasta hacerles renovar sus pólizas, asustándolos y calentándolos por medio de espantosos relatos de incendios, etcétera. Esto quiere decir que la elocuencia, la verborrea, forma las nueve décimas partes de los medios necesarios para nuestro buen funcionamiento.

Hablar, hacerse escuchar, ¿no es acaso seducir? Una nación que tenga dos Cámaras está tan perdida como una mujer que tienda sus dos oídos. Eva y su serpiente forman el mito eterno de un suceso diario que comenzó con el mundo y tal vez termine con él.

—Después de sostener una conversación de dos horas, no hay nadie que se resista

—decía un abogado que ya había tomado el retiro.

¡Demos vueltas en torno al viajante de comercio! ¡Examinemos esta figura, sin olvidar la levita verde aceituna, el abrigo, el cuello de tafilete, la pipa ni la camisa de calicó a rayas azules! En esta figura, tan original que resiste al frotamiento, descubriremos una multitud de diversas naturalezas. ¡Veamos si no! ¡Qué atleta, qué circo, qué armas son él, el mundo y su lengua! ¡Intrépido marino, que embarca provisto de algunas frases para ir a pescar de cinco a seiscientos mil francos en unos mares helados, en el país de los iraqueses, en Francia! ¡Se trata de extraer, mediante operaciones puramente intelectuales, el oro oculto con toda seguridad en las provincias, y extraerlo sin dolor! El pez del departamento no sufre los efectos del arpón ni se pesca con luz, y sólo se captura con nasa, con jábega y con las artes de pesca más suaves. ¿Será capaz el lector de pensar ahora sin estremecerse en el diluvio de frases que todos los días, al amanecer, recomienza como una catarata que cae sobre Francia? Ya conocemos el género; pasemos ahora al individuo.

* * *

Existe en París un viajante incomparable, el prototipo de su especie, un hombre que posee en el más alto grado todas las condiciones inherentes a la naturaleza de sus éxitos. En su oratoria coexisten el vitriolo y la liga: ésta para aprehender y enredar a su víctima, haciéndola adherente; y el vitriolo para disolver los cálculos más duros que pueda presentar. Su blasón era el sombrero, pero su talento y el arte con que sabía atraerse al prójimo le dieron tal celebridad comercial, que los negociantes del «artículo de París» le hacían todos la corte para conseguir que se dignara encargarse de sus comisiones. Así, cuando al regreso de sus marchas triunfales se establecía en París, su vida era una perpetua bacanal. En provincias, los representantes lo agasajaban; en París, las casas importantes lo mimaban. Bien venido, festejado y alimentado en todas partes, almorzar o cenar sólo eran para él una orgía, un placer. Llevaba una vida de soberano, o, mejor dicho, de periodista. ¿No era acaso el folletón viviente del comercio parisiense? Se llamaba Gaudissart, y su renombre, su crédito, los elogios con que lo abrumaban, le valieron el apelativo de *ilustre*. Fuera donde fuera, en una tienda o en un mesón, en un salón o una diligencia, en las buhardillas o en casa de un banquero, todos cuantos lo veían exclamaban: «¡Ah! ¡He aquí al ilustre Gaudissart!». Nunca hubo nombre más en armonía con la presencia, los modales, la fisonomía, la voz y el lenguaje de cualquiera. Todo sonreía al viajante y éste sonreía a todos. *Similia similibus*, era partidario de la homeopatía. Retruécanos, risa ruidosa, figura monacal, tez de cordelero, envoltorio rabelesano; vestido, cuerpo, espíritu y semblante, todo estaba acorde para infundir un tono alegre, festivo y picante en toda su persona. Rotundo en los negocios, bonachón, bromista y campechano, el lector hubiera reconocido en él al hombre amable de la modistilla, que trepa con elegancia al imperial de un coche, da la mano a la dama apocada para descender del cupé,

bromea al ver el pañuelo para el cuello del postillón y le vende un sombrero; que sonríe a la sirvienta, para enlazarla por el talle o por los sentimientos; que imita en la mesa el borboteo de una botella, dándose papirotazos en un carrillo hinchado; que hace salir un chorro de cerveza soplando entre los labios, que golpea fuertemente con el cuchillo las copas de champaña sin quebrarlas, invitando a los demás a que hagan lo mismo; que se hace el guasón con los viajeros tímidos, contradice a las personas instruidas, se hace el amo en la mesa y engulle las mejores tajadas. Sin embargo, era un hombre fuerte, capaz de abandonar a tiempo todas sus bromas, y parecía profundo en el momento en que, tirando la colilla del cigarro, decía, al contemplar una ciudad: «¡Voy a ver qué tiene en la panza esa gente!». En tales casos, Gaudissart se convertía en el más fino y el más hábil de los embajadores. Sabía presentarse como un administrador ante el subprefecto, como un capitalista ante el banquero, como un hombre religioso y monárquico ante el legitimista, como un burgués ante el burgués; en fin, era en todas partes lo que debía ser, dejando a Gaudissart a la puerta para tomarlo de nuevo al salir.

Hasta 1830, el ilustre Gaudissart permaneció fiel al artículo de París. Al tratar de satisfacer la mayor parte de las fantasías humanas, las diversas ramas de este comercio le permitieron observar los recovecos del corazón, le enseñaron los secretos de su elocuencia atractiva, la manera de desatar los cordones de las talegas más bien atadas, de despertar los caprichos de las mujeres, de los maridos, de los niños y de las criadas, y de procurarle su satisfacción. Nadie mejor que él conocía el arte de atraer a los negociantes con los encantos de un negocio, y de irse en el momento en que el deseo alcanzaba su paroxismo. Lleno de admiración por la sombrerería, afirmaba que sólo arreglando el exterior de la cabeza comprendía su interior, había adquirido la costumbre de cubrir la cabeza del prójimo, de abalanzarse sobre aquella parte de la anatomía, etc. Sus bromas sobre los sombreros eran inagotables.

Sin embargo, después de los meses de agosto y octubre de 1830, dejó la sombrerería y el artículo de París, junto con las comisiones que le proporcionaba el comercio de las cosas mecánicas y visibles, para lanzarse en las esferas más elevadas de la especulación parisiense. Solía decir que abandonó la materia por el pensamiento, los productos manufacturados por las creaciones infinitamente más puras de la inteligencia. Esto requiere una explicación.

Los cambios de 1830 resucitaron, como todo el mundo sabe, muchas ideas anticuadas, que algunos hábiles especuladores trataron de remozar. A partir de aquel año, concretamente, las ideas se convirtieron en valores, y, como dijo un escritor demasiado agudo para ser publicado, hoy día se roban más ideas que pañuelos. Acaso un día veamos una Bolsa para las ideas, pero incluso hoy éstas, buenas o malas, ya se cotizan, se recogen, se importan, se portan, se venden, se realizan y relacionan. Cuando no existen ideas en venta, la especulación trata de poner las palabras en boga, dándoles la consistencia de una idea, y se alimenta de palabras como las aves de alpiste. ¡Que nadie se ría! Una palabra vale por una idea en un país donde seduce más

la etiqueta que el contenido. ¿No hemos visto cómo las librerías explotan la palabra *pintoresco*, cuando la literatura mató la palabra *fantástico*? Del mismo modo, el fisco adivinó el impuesto intelectual, supo medir perfectamente el campo de los anuncios, someter los prospectos al catastro y tasar el pensamiento en la rue de la Paix, donde está la casa del Timbre. Al convertirse en una explotación, era natural que la inteligencia y sus productos obedeciesen a la pauta utilizada por las explotaciones fabriles. A consecuencia de ello, las ideas concebidas, después de beber, por el cerebro de algunos de esos parisienses ociosos en apariencia, pero que libran verdaderas batallas morales al vaciar una botella o alzar el muslo de un faisán, fueron distribuidas, al día siguiente al de su nacimiento cerebral, entre corredores de comercio encargados de presentar con destreza, *urbi et orbi*, en París y provincias, el tocino asado de los anuncios y los prospectos por medio de los cuales se captura, en la ratonera de la empresa, ese ratón del departamento que unas veces se llama vulgarmente el abonado, otras el accionista, algunas el miembro correspondiente, a veces el suscriptor o el protector, pero que por doquier es un necio.

—¡Soy un necio! —ha exclamado más de un pobre propietario atraído por la perspectiva de ser *fundador* de alguna cosa y que, en definitiva, encuentra que se le han evaporado mil o mil doscientos francos.

—Los abonados son unos necios que no quieren comprender que, para progresar en el terreno intelectual, hace falta más dinero que para viajar por Europa, etc. —dice el especulador.

Existe, pues, un combate perpetuo entre el público retrógrado que se niega a pagar las contribuciones parisienses y los recaudadores que, al vivir de sus cobros, atiborran al público de ideas nuevas, lo emborrachan de empresas, lo asan con prospectos, lo ensartan con lisonjas y terminan por comérselo con la salsa nueva en la que se debate y que se le sube a la cabeza como les sucede a las moscas con la plombagina. ¡Qué nos habrán hecho, además, después de 1830, para estimular en Francia el celo y el amor propio de las *masas inteligentes y progresivas*! En rápida sucesión hemos tenido títulos, medallas y diplomas, como una especie de Legión de Honor inventada para el común de los mártires. Todas las fábricas de productos intelectuales, en fin, descubrieron un pimiento, un jengibre especial, causa de júbilo para ellas. De ahí proceden las primas, los dividendos anticipados; de ahí viene esa leva de nombres célebres hecha a escondidas de los infortunados artistas que los llevan, y que de este modo se encuentran cooperando activamente en más empresas que días tiene el año, pues la ley no previó el robo de nombres. De ahí viene ese rapto de las ideas que, semejantes a los mercaderes de esclavos de Asia, los empresarios del espíritu público arrancan al cerebro paternal apenas nacidas, para desnudarlas y exhibirlas a los ojos de su sultán alelado, su *Schahabaham*, ese terrible público que cuando no se divierte les corta la cabeza suprimiéndoles al mismo tiempo su picotín de oro.

Esta locura de nuestra época también produjo su reacción sobre el ilustre

Gaudissart, y vamos a ver cómo. Una compañía de seguros de vida y capitalización oyó hablar de su irresistible elocuencia, y le hizo unas proposiciones ventajosísimas, que él aceptó. Una vez cerrado el trato y efectuado el acuerdo, el secretario general de la administración asumió la tarea de destetar al corredor. Este ilustre personaje quitó sus pañales al espíritu de Gaudissart, le comentó los aspectos tenebrosos del negocio, le enseñó su jerga, desmontó ante él su mecanismo pieza por pieza, disecó el público especial que tendría que explotar, lo atiborró de frases hechas, lo alimentó con respuestas improvisadas y lo equipó con argumentos perentorios; y, para decirlo todo, afiló la cortante lengua que debía operar sobre la vida en Francia.

El rorro respondió admirablemente a los cuidados que le prodigó el señor secretario general. Los jefes de las compañías de seguros de vida y sobre el capital se deshicieron hasta tal punto en elogios del ilustre Gaudissart, le tuvieron tantas atenciones, destacaron hasta tal punto, en las esferas de la alta banca y de la alta diplomacia intelectual, las dotes de aquel prospecto viviente, que los directores financieros de dos periódicos, célebres a la sazón y después extinguidos, tuvieron la idea de emplearlo para hacer suscripciones. *El Globo*, órgano de la doctrina sansimoniana, y *El Movimiento*, diario republicano, atrajeron al ilustre Gaudissart a su redacción, ofreciéndole cada uno de ellos diez francos por cabeza de suscriptor si conseguía reunir un millar de ellos; pero sólo cinco francos si su número se reducía a quinientos. Como la *PARTIDA diario político* no perjudicaba en absoluto a la *PARTIDA seguros de capitales*, el trato quedó cerrado. Sin embargo, Gaudissart reclamó unas dietas de quinientos francos para los ocho días que necesitaba para ponerse al corriente de la doctrina de Saint-Simon, arguyendo que tendría que hacer prodigiosos esfuerzos de memoria e inteligencia para estudiar a fondo aquel artículo, a fin de poder discurrir razonablemente sobre el mismo, «de manera —dijo— que no metiese la pata». No pidió nada a los republicanos. Al principio se inclinó hacia las ideas republicanas, las únicas que, según la filosofía gaudissardiana, podían establecer una igualdad racional; después Gaudissart se metió en las conspiraciones de los carbonarios franceses; fue detenido, pero puesto en libertad por falta de pruebas; finalmente, hizo observar a los banqueros del diario que desde el mes de julio se había dejado crecer el bigote y que sólo le faltaba un gorro frigio y largos espolones para representar a la República. Durante una semana, pues, fue por las mañanas a *El Globo* para hacerse sansimonizar, corriendo por las tardes a los despachos de la compañía de seguros, para aprender las finuras de la dialéctica financiera. Sus aptitudes y su memoria eran tan prodigiosas, que pudo iniciar el viaje hacia el 15 de abril, época en que empezaba todos los años su primera campaña. Dos importantes casas comerciales, asustadas ante la baja de sus ventas, sedujeron, según se dice, al ambicioso Gaudissart, decidiéndolo a correr de nuevo sus artículos. El rey de los corredores se mostró clemente por consideración hacia sus viejos amigos y también a causa de la prima enorme que le fue concedida.

—Escucha, mi pequeña Jenny... —decía en el *fiacre* a una linda florista.

Todos los hombres verdaderamente grandes gustan dejarse tiranizar por un ser débil, y Gaudissart tenía en Jenny su tirana... iba a buscarla a las once al Gimnasio, adonde la había llevado muy acicalada y compuesta, para instalarla en un palco de alquiler, situado en el proscenio, el día que había estreno.

—A mi vuelta, Jenny, amueblaré tu habitación sin faltar detalle. La gran Mathilde, que te da la lata con sus comparaciones, sus auténticos chales que le traen los correos de la Embajada rusa, su plata sobredorada y su príncipe ruso, que me parece un perfecto farsante, no tendrá nada que objetar. Consagro al adorno de tu habitación todos los *Niños* que haga en provincias.

—¡Mirad qué amable! —exclamó la florista—. ¿Cómo es posible, monstruo, que me hables tranquilamente de hacer niños? ¿Crees que soportaré que me digas esas cosas?

—Vamos, no seas boba, Jenny... Es un modo de hablar de nuestra profesión.

—¡Bonita profesión la vuestra!

—Pero escucha, mujer; si no dejas hablar, siempre tendrás razón.

—¡Siempre quiero tener razón! ¡Si no te gusta, aguántate!

—¿Quieres dejarme acabar? Me he decidido amparar una idea excelente, una publicación destinada a los niños. En nuestro negocio, cuando un viajante ha hecho en una plaza, vamos a suponer, diez suscripciones al *Diario de los Niños*, dice: «He hecho diez *Niños*»; del mismo modo como si, pongamos por caso, hiciese diez suscripciones al diario *El Movimiento*, diría: «Esta tarde he hecho diez *Movimientos*». ¿Comprendes?

—¡Qué bonito! ¿Así, ahora te has metido en política? Ya te veo en la prisión de Sainte-Pélagie, adonde tendré que ir a visitarte todos los días. ¡Ah, si una supiese a lo que se expone al querer a un hombre, palabra de honor que dejaríamos que allá os las compusierais vosotros solos, hombres del demonio! Bien, dices que te vas mañana; desechemos esas ideas tristes, no son más que tonterías.

El *fiacre* se detuvo ante una bella mansión nueva de la rue d'Artois, y Gaudissart y Jenny subieron al cuarto piso, donde vivía Mlle. Jenny Courand, que, según la voz popular, estaba casada en secreto con Gaudissart, rumor que el viajante no se molestaba en desmentir. Para mantener su tiranía, Jenny Courand obligaba al ilustre Gaudissart a que cumpliera mil menudos menesteres, amenazándolo siempre con dejarlo plantado si dejaba de cumplir el más insignificante de ellos. Gaudissart tenía que escribirle desde cada población visitada y darle cuenta de sus menores movimientos.

—¿Y cuántos *Niños* harán falta para amueblar mi habitación? —preguntó ella quitándose el chal y sentándose junto a un buen fuego.

—Gano cinco francos por suscripción.

—¡Muy bonito! ¿Es que pretendes enriquecerme con cinco francos? A menos que tú seas como el Judío Errante y tengas los bolsillos bien cosidos.

—¡Pero Jenny, fiaré miles de *Niños*! Ten en cuenta que los niños nunca han

tenido un periódico para ellos. Además, soy idiota al intentar explicarte el intríngulis de los negocios, pues tú no entiendes nada de estas cosas.

—¿Ah, sí? Entonces, Gaudissart, si yo soy tan idiota, ¿quieres decirme por qué me amas?

—¡Porque eres una idiota... sublime! Escucha, Jenny. Mira, si yo consigo introducir *El Globo*, *El Movimiento*, los seguros y mis artículos de París, en vez de ganar de ocho a diez mil miserables francos al año con mi cartera, soy capaz de volver con veinte o treinta mil francos a cada viaje.

—Desátame el corsé, Gaudissart, y cuidado, no me des apretones.

—Entonces —prosiguió el viajante contemplando la bruñida espalda de la florista— me convertiré en accionista de los periódicos, como Finot, que es uno de mis amigos, el hijo de un sombrerero, con treinta mil libras de renta actualmente y que se hará nombrar par de Francia. Cuando uno piensa que el pequeño Popinot... ¡Ah, Dios mío, olvidaba decirte que M. Popinot fue nombrado ayer ministro de Comercio!... ¿Y yo, por qué no tendré ambición? ¡Sí, señor! ¡No me gustaría nada aprender esos cínicos modales de la tribuna y podría llegar a ser ministro, y un tipo importante! Escúchame, a ver cómo lo haces:

«Señores —dijo, colocándose detrás de un sillón—, la prensa no es un instrumento ni un comercio. Bajo el punto de vista político, la prensa es una institución. Ahora bien: aquí tenemos la obligación imperiosa de verlo todo a través de un prisma político, por lo tanto... (jadeó sin aliento), y por lo tanto, pues, debemos examinar si es útil o perjudicial, si hay que alentarla o reprimirla, si debemos imponerla o bien tiene que ser libre: ¡Cuestiones graves en verdad! No creo abusar del tiempo, siempre tan precioso, de la Cámara, al pasar revista a este artículo y al mostrar sus condiciones. Vamos de cabeza al abismo. Desde luego, las leyes no son todo lo blandas que debieran...».

—¿Eh, qué te parece? —comentó, mirando a Jenny—. Todos los oradores dicen que Francia camina hacia un abismo; si no dicen esto, hablan de la nave del Estado, de tempestades y del horizonte político. ¡Conozco todos los colores! Sé el *truco* de cualquier comercio. ¿Sabes por qué? Porque nací con sombrero. Mi madre lo guardó; te lo daré, si quieres. ¡Así, pronto estaré en el poder! ¡Sí, yo!

—¿Tú?

—¿Por qué no puedo llegar a ser el barón Gaudissart, par de Francia? ¿No han elegido ya dos veces diputado a M. Popinot en el Distrito IV? Cena con Luis Felipe. En cuanto a Finot, dicen que llegará a ser consejero de Estado. ¡Ah, si me enviasen a Londres de embajador, ya sabría cantarles las cuarenta a esos ingleses! Aún no ha nacido el guapo capaz de tomar el pelo a Gaudissart, al ilustre Gaudissart. Sí, y nadie ha sido capaz de hundirme, ni me hundirán jamás, en la partida que sea, política o no política, aquí o eh otra parte. Mas por el momento, tengo que entregarme en cuerpo y alma a los seguros, a *El Globo*, a *El Movimiento*, a los Niños y al artículo de París.

—Te pillarás los dedos con esos periodicuchos. Te apuesto a que antes de llegar a

Poitiers ya te habrás dejado atrapar.

—Apostemos lo que quieras, preciosa.

—¡Un chal!

—¡Bah! Si pierdo el chal, volveré a correr los artículos de París y la sombrerería. ¡Pero hundir a Gaudissart! ¡De eso ni hablar!

Y el ilustre viajante se plantó ante Jenny, la miró con altanería, con la mano metida en el chaleco, la cabeza ladeada, en una pose napoleónica.

—¡Oh! ¿Con que esas tenemos? ¿Qué has cenado esta noche?

Gaudissart era un hombre de treinta y ocho años, de talla media, muy metido en carnes, cosa muy natural en una persona acostumbrada a viajar en diligencia; de cara redonda como una calabaza, colorada, de facciones regulares y parecida a los rostros clásicos adoptados por los escultores de todos los países para representar a la Abundancia, la Ley, la Fuerza, el Comercio, etc. Su panza prominente tenía forma de pera; tenía las piernas cortas pero era ágil y nervioso. Tomó en sus brazos a Jenny, medio desvestida, y la llevó a su cama.

—¡A callar, *mujer libre!* —le dijo—. Con que tú no sabes lo que es la mujer libre, el sansimonismo, el antagonismo, el fourierismo, la crítica y la explotación apasionada; y además me darán... en fin, me darán diez francos por suscripción, *madame Gaudissart.*

—¡Palabra de honor que has perdido la chaveta, Gaudissart!

—¡Sí, la he perdido por ti! —respondió, tirando el sombrero sobre el diván de la florista.

A la mañana siguiente, Gaudissart, después de desayunar copiosamente con Jenny Courand, partió a caballo para visitar las cabezas de partido cuya exploración le había sido particularmente recomendada por las diversas empresas a cuyo éxito consagraba su talento. Después de pasarse cuarenta y cinco días recorriendo las regiones situadas entre París y Blois, permaneció dos semanas en esta última ciudad, preocupado en despachar su correspondencia y visitar los mercados del departamento. La víspera de su partida para Tours, escribió a Mlle. Jenny Courand la carta siguiente, cuya precisión y encanto ningún relato podría igualar, y que por otra parte demuestra el carácter particularmente legítimo de los vínculos que unían a estos dos personajes:

CARTA DE GAUDISSERT A JENNY COURAND

Mi querida Jenny, creo que vas a perder la apuesta. Siguiendo el ejemplo de Napoleón, Gaudissart tiene también su estrella y no sufrirá un Waterloo. He triunfado en toda la línea y en las condiciones fijadas. Los seguros sobre el capital están muy bien. Entre París y Blois he hecho pólizas por valor de casi dos millones; pero a medida que avanzo hacia el centro de Francia, las cabezas se hacen singularmente más duras y por lo tanto los millones infinitamente más raros. El artículo de París va abriéndose paso. Es coser y cantar. Con mi antigua

cháchara, ni uno de esos buenos tenderos se escapa. He colocado ciento sesenta y dos chales de Cachemira en Orleáns. Te aseguro, palabra de honor, que no sé qué harán de ellos, a menos que los utilicen para cubrir el lomo de sus corderos. El artículo periódicos, diablo, ya es otro cantar. ¡Dios mío, Señor! ¡Cómo hay que machacar a esos particulares antes de que se aprendan una música nueva! ¡De momento, sólo tengo sesenta y dos *Movimientos*! Sobre el total de mi ruta, esto significa cien menos que los chales Ternaux, y en una sola plaza. Esos farsantes republicanos son reacios a suscribirse: hablamos, comparten mis opiniones y nos ponemos de acuerdo en que hay que derribar todo lo existente. ¿Y crees que se suscriben? ¡Nada de eso, guapa! A poco que tengan tres palmos de tierra, en los que plantan una docena de coles, o unos bosques ridículos, que sólo servirían para hacer un mondadientes, se ponen a hablar entonces de la consolidación de las propiedades, de los impuestos, de las recaudaciones, de las obras que hay que hacer, de un montón de tonterías, y yo pierdo el tiempo y la saliva en patriotismo. ¡Mal asunto! Generalmente, el *Movimiento* flojea. Así se lo escribo a esos señores. Esto me produce pesar, teniendo en cuenta mis opiniones. En cuanto al *Globo*, ya es otra casta de animal. Cuando se habla de doctrinas nuevas a personas que uno cree susceptibles de pescar con estas artes, parece como si se les hablara de quemar su propia casa. Yo voy y les digo que esto es nuestro futuro, el interés bien entendido, la única explotación en que nada se pierde; que ya dura demasiado la explotación del hombre por el hombre, que la mujer es una esclava y que hay que hacer triunfar el gran pensamiento providencial, obteniendo una coordinación más racional del orden social; en fin, todas mis frases estremecedoras... ¡Sí, sí! Cuando abro todas estas ideas, los provincianos cierran sus arcas, como si yo quisiera robarles algo, y me ruegan que me vaya. ¡Habrase visto mayores zoquetes! El *Globo* se ha deshinchado. Yo les he dicho:

»—Sois demasiado avanzados; vais hacia adelante y eso me parece bien; pero hacen falta resultados, la provincia quiere resultados.

Sin embargo, he conseguido hacer cien *Globos*, lo cual, teniendo en cuenta el servilismo de esas cabezas campesinas, es un milagro. Pero les prometo tantas y tan lindas cosas, que no sé, palabra de honor, cómo los glóbulos, globistas, globeros o globales se las arreglarán para realizarlas; pero como me han dicho que ellos ordenarían el mundo infinitamente mejor que lo está en la actualidad, yo me adelanto y profetizo a razón de diez francos por suscripción. Hay un campesino que pensó que esto concernía a las tierras, a causa del nombre, y lo he convertido en suscriptor de *Él Globo*. ¡Le gustará, te lo aseguro, pues tiene la frente abombada y todos los que tienen la frente abombada son ideólogos! ¡Ah, hablemos ahora de los *Niños*! He hecho dos mil *Niños*, de París a Blois. ¡No está mal! Tengo que gastar menos saliva. Me limito a enseñar el dibujito a la madre, a escondidas del niño para que éste quiera verlo; naturalmente, el niño lo ve y tira de la falda a mamá diciendo que él quiere tener su periódico, puesto que papá

tiene el suyo. La mamá lleva un vestido de veinte francos y no quiere que el chiquillo se lo desgare; como el periódico sólo cuesta seis francos, aún hace economías y la suscripción viene rodada. Resulta excelente, pues constituye una necesidad real, colocada entre la golosina y la imagen, dos necesidades eternas de la infancia. ¡Estos niños prodigio de hoy ya leen!

Hace poco, tuve una discusión en la fonda a causa de los periódicos y de mis opiniones. Estaba comiendo tranquilamente al lado de un señor tocado con un sombrero gris, que leía el *Debate*. Y yo que digo para mi capote:

»—Tengo que ensayar mi elocuencia de tribuno. He aquí a un sujeto partidario de la dinastía: voy a dejarlo de vuelta y media. Este triunfo será una magnífica confirmación de mis dotes ministeriales.

Puse manos a la obra, empezando por alabar su periódico. ¡Menuda parrafada le solté! Como quien no quiere la cosa, fui dominando al buen hombre, soltando frases de cuatro caballos, razonamientos en fa sostenido y todo el tremebundo aparato. Todos los presentes me escuchaban y vi a un hombre que tenía Julio en los bigotes a punto de picar en *El Movimiento*. Pero no sé cómo se me escapó, inoportunamente, la palabra mentecato. Y allí tenemos al del sombrero dinástico, del sombrero gris, malo por lo demás, una prenda de Lyon mitad de seda y mitad de algodón, que empieza a crujir el freno y monta en cólera. Yo adopto mi aire de gran señor, ya sabes, y le digo:

»—Ya sé, señor mío, que sois muy hábil con la pistola. Estoy dispuesto a ofreceros una satisfacción, pues habéis de saber que me batí en Julio.

»—Aunque padre de familia —va y me dice—, estoy dispuesto a...

»—¿Sois padre de familia, mi querido señor? —le respondo yo—. ¿Y tenéis hijos?

»—Sí, señor.

»—¿De once años?

»—Poco más o menos.

»—Pues bien, señor, a punto está de aparecer el *Diario de los Niños*. Son seis francos anuales y un número mensual a dos columnas, redactado por eminentes escritores; un diario muy bien presentado, de papel sólido, grabados debidos a las ágiles plumas de nuestros mejores artistas, verdaderos dibujos de las Indias cuyos colores no se pasan.

Después le suelto mi descarga y dejo a aquel padre sumido en un mar de confusiones. La querella terminó con una suscripción.

»—¡No hay como Gaudissart para estas cosas! —decía el escuchimizado de Lamard a ese gran imbécil de Bulot, al contarle la escena en el café.

Salgo mañana para Amboise. Haré Amboise en dos días y a partir de ahora te escribiré desde Tours, donde intentaré medirme con las campañas más insípidas, por lo que se refiere a la inteligencia y la especulación. ¡Pero, a fe de Gaudissart, los arrollaré! ¡Quedarán todos arrollados! Adiós, pequeña; quíereme siempre y

que me seas fiel. La fidelidad, *a pesar de todo*, es una de las cualidades de la mujer libre. ¿Quién te da besitos en los ojos?

Tu Félix para siempre.

Cinco días después, Gaudissart salió una buena mañana de la fonda *El Faisán*, que era donde paraba en Tours, para dirigirse a Vouvray, cantón rico y populoso cuyo espíritu público le pareció susceptible de explotación. Montado en su brioso corcel, avanzó al trote por lo alto del terraplén, sin acordarse ya de sus frases, del mismo modo como un actor no piensa en el papel que ha representado cien veces. El ilustre Gaudissart avanzaba descuidadamente, admirando el paisaje, sin sospechar que en los risueños valles de Vouvray naufragaría su infalibilidad comercial.

Llegados a este punto, se hacen necesarios algunos datos sobre el espíritu público de la Turena. El espíritu narrador, astuto, satírico y epigramático que rebosa la obra de Rabelais en todas sus páginas, es fiel expresión del espíritu turenés, espiritual e ingenioso, fino y elegante como no podía por menos de ser en una comarca que albergó durante tanto tiempo la corte de los reyes de Francia; espíritu ardiente, artístico, poético, voluptuoso, pero cuyas primitivas disposiciones experimentan una mengua inmediata. La suavidad del aire, la bondad del clima, una existencia fácil y muelle unida a unas costumbres patriarcales, no tardan en ahogar el sentimiento del arte, encogiendo los corazones más amplios y sometiendo a la corrosión la voluntad más tenaz. Basta con trasplantar al turenés para que sus cualidades florezcan y produzcan grandes resultados, como demostraron en las más diversas escenas de la actividad Rabelais y Semblançay, el impresor Plantin y Descartes; Boucicault, el Napoleón de su época y Pinaigrier, que pintó la mayoría de los vitrales catedralicios; y por último Verville y Courier. Así, el turenés, tan notable fuera de su región, en ella vive como el indio sobre su esterilla o como el turco en su diván. Emplea su ingenio para burlarse del vecino, para regocijarse, y llega dichoso al fin de sus días. La Turena es la verdadera abadía de Thélème, tan elogiada en el libro de *Gargantúa*; allí, como en la obra del poeta, se encuentran religiosas complacientes y la buena mesa tan celebrada por Rabelais preside la vida de la región. La holgazanería es sublime y se halla admirablemente expresada por este dicho popular: «¿Quieres sopa, turenés?». «Sí». «¡Trae tu escudilla!». «Ya no tengo apetito». ¿Se debe a la alegría de los viñedos, a la armoniosa dulzura de uno de los más bellos paisajes de Francia, o a la tranquilidad de una comarca en la que nunca penetran las armas del extranjero, el muelle abandono de estas costumbres fáciles y dulces? Son éstas otras tantas preguntas sin respuesta. Quien llegue a esta Turquía de Francia se sentirá dominado por la pereza, el ocio, la felicidad. Aunque se tratase de un hombre ambicioso como Napoleón o un poeta de la talla de Byron, una fuerza inaudita, invencible, le obligaría a guardarse sus poesías y a convertir en sueños sus proyectos más ambiciosos.

El ilustre Gaudissart se iba a encontrar en Vouvray con uno de estos guasones indígenas cuyas burlas solamente son ofensivas por la misma perfección de la chanza,

y con el que tuvo que sostener una lucha cruel. Con razón o sin ella, los turenese son muy dados a heredar de sus padres. Esto quiere decir que la doctrina de Saint-Simon era objeto de particular aborrecimiento y vilipendio en aquella región, pero del modo como se aborrece y se vilipendia en la Turena, con un desdén y una superioridad en la burla dignas del país de los buenos narradores y de las bromas que se gastan los vecinos, espíritu que se bate en retirada ante lo que lord Byron denominó el *cant inglés*.

Por desgracia, después de descabalar ante el *Sol de Oro*, mesón regentado por Mitouflet, un antiguo granadero de la guardia imperial, casado con una acaudalada viticultora y al que confió solemnemente su montura, Gaudissart fue a visitar al pícaro de Vouvray, el gracioso del pueblo, el bromista obligado por su papel y por su naturaleza a mantener el lugar en perpetuo regocijo. Aquel Fígaro de aldea, antiguo tintorero, disfrutaba de siete a ocho mil libras de renta, una linda casita asentada sobre una ladera, una mujer menuda y gordezuela y una salud de hierro. Desde hacía diez años, sólo tenía que cuidar de su jardín, su mujer y su hija casadera, su partidita por las tardes, junto con la obligación de enterarse de todos los chismes que caían dentro de su jurisdicción, obstaculizar las elecciones, batallar con los grandes propietarios y organizar buenos ágapes; irse al trote de su caballo por el terraplén, para ver qué había por Tours y encocorar al cura; y por último, drama definitivo, asistir a la venta de unas tierras enclavadas en sus viñedos. En una palabra, llevaba la vida turenese, la vida propia de un pueblo rural. Lo cual no le impedía ser la más importante notabilidad de la burguesía, que rumiaban y propagaban chismes y calumnias contra la aristocracia, maledicencia que los hacía felices, pues les permitía rebajarlo todo a su nivel, pues eran enemigos de todas las superioridades, despreciándolas con la calma admirable de la ignorancia. M. Vernier —así se llamaba este pequeño gran personaje del pueblo— acababa de almorzar con su mujer y su hija, cuando Gaudissart hizo su aparición en la sala, por cuyas ventanas se divisaban el Loira y el Cher; era uno de los comedores más alegres de la región.

—¿Sois *monsieur Vernier*?... —preguntó el viajante doblando con tanta gracia la columna vertebral como si la tuviera elástica.

—Sí, señor —respondió el socarrón tinturero interrumpiéndolo y dirigiéndole una mirada escrutadora, que le permitió reconocer al punto la clase de hombre que tenía ante él.

—Vengo, señor mío —prosiguió Gaudissart—, en busca del concurso de vuestras luces para dirigir mis pasos en este cantón, en el que, según me ha dicho Mitouflet, gozáis de la mayor influencia. Mi viaje por los departamentos, señor mío, está motivado por una empresa de la mayor importancia, constituida por un grupo de banqueros que quiere...

—Que quiere darnos un sablazo —añadió riendo Vernier, ya acostumbrado a tratar con corredores y verlos venir.

—Exactamente —respondió con insolencia el ilustre Gaudissart—. Pero como

debéis saber, señor mío, puesto que tenéis un olfato tan fino, sólo se pueden dar sablazos a las personas que tengan cierto interés en recibirlo. Por lo tanto os ruego que no me confundáis con los vulgares viajeros que fundan su éxito en la astucia o en la inoportunidad. Ya no soy viajante, señor mío; lo he sido y me precio de ello. Pero hoy me trae aquí una misión de la mayor importancia que tendría que merecerme la reputación, a los ojos de los espíritus superiores, de hombre consagrado a la tarea de iluminar a su patria. Dignaos escucharme, caballero, y veréis lo mucho que habréis ganado en la media hora de conversación que tengo el honor de rogaros que me concedáis. Los más célebres banqueros de París no intervienen por las buenas en este asunto, ni lo hacen bajo capa, como en una de estas vergonzosas especulaciones que el jefe de los pequeños propietarios celosos, envidiosos, yo llamo *ratoneras*; no, no, nada de esto; yo no querría hacer el juego a semejantes *engañabobos*. No, señor, en esta empresa se hallan interesadas las mejores y más responsables casas de París y como garantía...

A continuación, Gaudissart desplegó la ampulosidad de sus frases y *monsieur Vernier* lo dejó continuar, escuchándolo con un aparente interés que engañó a Gaudissart. Pero cuando éste llegó a la palabra *garantía*, Vernier cesó de prestar oído a la retórica del viajante y se puso a cavilar para encontrar el medio de gastarle una buena jugada, a fin de librar de aquellas orugas parisienses una comarca con razón llamada bárbara por los especuladores que no pueden hincarle el diente.

En lo alto de un valle delicioso, llamado *la Vallée coquette* a causa de sus sinuosidades, de sus curvas que renacen a cada paso y parecen más bellas a medida que se avanza por él, ya sea remontando o descendiendo su risueño curso, habitaba en una casita rodeada de viñas, un hombre medio loco que se llamaba Margaritis. De origen italiano, Margaritis estaba casado, no tenía hijos y su mujer lo cuidaba con una abnegación por todos apreciada. La buena mujer, en efecto, no dejaba de correr cierto peligro al convivir con un hombre que, entre otras manías, tenía la de llevar constantemente dos tremendos cuchillos, con los que a veces la amenazaba. ¿Pero quién no conoce la admirable abnegación con que las gentes provincianas se consagran a los seres que sufren, tal vez a causa del deshonor en que incurriría la burguesa que abandonase a su hijo o su marido a la beneficencia pública? ¿Quién no conoce, además, la repugnancia que experimentan los provincianos a pagar la pensión de cien luises o de mil escudos exigida en Charenton o por las casas de salud? Si alguien hablaba a *madame* Margaritis de los doctores Dubuisson, Esquirol, Blanche u otros, ella prefería, presa de noble indignación, guardarse sus tres mil francos antes que soltar a su marido. Los incomprensibles caprichos que la locura dictaba a aquel infeliz tienen relación con el desenlace de este relato, y por lo tanto conviene indicar los más salientes. Así que empezaba a diluviar, Margaritis salía de su casa para pasearse por las viñas con la cabeza descubierta. Cuando estaba en casa, pedía constantemente el periódico y para contentarle, su mujer o la criada le daban un viejo diario de Indre-et-Loire; y, desde hacía siete años, aún no se había dado cuenta de que

siempre leía el mismo número. Un médico quizás hubiera observado con interés la relación existente entre la recrudescencia de sus peticiones del periódico y las variaciones atmosféricas. La ocupación más constante del demente consistía en comprobar el estado del cielo, en relación con sus efectos sobre las viñas. Por lo general, cuando su mujer tenía visitas, lo cual sucedía casi todas las tardes, pues los vecinos, que se compadecían de ella, iban a su casa a jugar al *boston*, Margaritis permanecía silencioso, metido en un rincón y sin moverse; pero cuando sonaban las diez en el reloj empotrado en un gran armario oval, se levantaba tras de la última campanada con la misma precisión mecánica que las figuras puestas en movimiento por un resorte en las cajitas de música alemanas, avanzaba con pasos lentos hacia los jugadores, les dirigía una mirada muy parecida a esa mirada automática entre los griegos y los turcos expuestos en el bulevar del Temple, de París, y les decía: «¡Marchaos!».

En determinadas épocas, aquel hombre recuperaba su antigua inteligencia, y entonces daba excelentes consejos a su mujer para la venta de los vinos; pero entonces se volvía extremadamente importuno, robaba golosinas de la despensa para comérselas a hurtadillas. A veces, cuando llegaban las visitas de todas las tardes, respondía a sus preguntas con urbanidad, pero lo más frecuente era que les dijese las cosas más disparatadas. Así, a una señora que le preguntaba cómo se encontraba, le respondía: «Me he afeitado, ¿y vos?». Y a otra que le preguntaba: «¿Estáis mejor, *monsieur* Margaritis?». «¡Jerusalén, Jerusalén!», respondía el loco. Pero casi siempre se limitaba a mirar a las invitadas con aire alelado, sin pronunciar palabra, y su mujer decía a sus amigas: «El pobre hoy no oye nada». En dos o tres ocasiones, en el transcurso de cinco años y siempre alrededor del equinoccio, le sucedió que montó en cólera al oír esta observación, y, sacando uno de sus dos cuchillos, se puso a vociferar: «¡Esta ramera me deshonra!». Aparte de esto, bebía, comía y paseaba como lo hubiera hecho un hombre perfectamente sano. Así, todos terminaron por demostrarle el mismo respeto y hacerle el mismo caso que se hace a un mueble. Entre todas sus extravagancias, había una cuyo sentido nadie pudo descubrir, pues, a la larga, las inteligencias privilegiadas de la comarca terminaron por comentar y explicar los actos del demente en apariencia más irrazonables. Se empeñaba en guardar un saco de harina en casa, con dos barriletes de vino de su cosecha, sin permitir que nadie tocara la harina ni el vino. Pero cuando llegaba el mes de junio, se afanaba por vender el saco y las dos barricas, con toda la solicitud propia de un loco. Casi siempre su mujer le decía que había vendido los dos toneles a un precio exorbitante y le entregaba el dinero, que él ponía a buen recaudo, sin que ni su mujer ni la criada hubiesen podido descubrir su escondrijo, a pesar de que lo espiaban.

La víspera de la llegada de Gaudissart a Vouvray, a *madame* Margaritis le costó más que nunca engañar a su marido, que parecía haber recuperado el juicio.

—A decir verdad, no sé qué pasará mañana —dijo a *madame* Vernier—. Figuraos que el bueno de mi marido ha querido ver sus dos baricas de vino. Me ha hecho

rabiar tanto durante todo el día, que no he tenido más remedio que enseñarle dos toneles llenos. Afortunadamente, nuestro vecino Pierre Champlain tenía dos barricas que no pudo vender y, atendiendo a mi ruego, las ha llevado a nuestra bodega. Pero así que mi marido vio los toneles, ¿sabéis qué hizo? ¡Pues pretendió ir a venderlos él mismo!

Madame Vernier acababa de confiar a su marido el apuro en que se hallaba *madame* Margaritis, un momento antes de la llegada de Gaudissart. Apenas el viajante hubo pronunciado las primeras palabras, a Vernier se le ocurrió la idea de enviarlo a que se las entendiera con Margaritis.

—Señor mío —respondió el ex tintorero cuando el ilustre Gaudissart hubo lanzado su primera ráfaga—, no quiero ocultaros las dificultades con que tropezará aquí vuestra empresa. Nuestra región vive a su manera, es una región donde jamás arraigarán las ideas nuevas. Vivimos como vivían nuestros padres, contentos y satisfechos, haciendo cuatro comidas al día y ocupándonos en el cultivo de nuestras viñas y en la venta de nuestros vinos. Nuestro único negocio consiste en esforzarnos por vender las cosas más caras de lo que nos cuestan. Somos unos bonifacios. Nadie, ni Dios ni el diablo, podrá apartarnos de nuestros cauces preestablecidos. Pero voy a daros un buen consejo, y un buen consejo no tiene precio. Tenemos en el pueblo a un antiguo banquero en cuya inteligencia yo en particular tengo la mayor confianza, y, si conseguís obtener su sufragio, contad con el mío. Si vuestras proposiciones constituyen ventajas reales, si todos estamos convencidos de ello, la voz de *monsieur* Margaritis, unida a la mía, os abrirá las puertas de veinte de las mejores casas de Vouvray, cuyas bolsas estarán a vuestra disposición para tomar vuestro vulnerable.

Al oír el nombre del loco, *madame* Vernier levantó la cabeza y miró a su marido.

—Toma, precisamente mi mujer tiene intención, creo, de ir de visita a casa de *madame* Margaritis, acompañada de una de nuestras vecinas. Si tenéis la bondad de esperar un momento, estas señoras os acompañarán. Pasa a buscar a *madame* Fontanieu —dijo el viejo tintorero haciendo un guiño a su mujer.

Indicar la comadre más risueña, más elocuente y más bromista de la comarca, era decir implícitamente a *madame* Vernier que llevase consigo testigos para observar bien la escena que se desarrollaría entre el viajante y el loco, con la que el pueblo tendría para divertirse durante un mes. Los esposos Vernier representaron tan a la perfección su papel, que Gaudissart no concibió la menor sospecha y cayó plenamente en la trampa; muy galante, ofreció el brazo a *madame* Vernier y durante el camino quedó convencido de haber conquistado a las dos señoras, con las que se mostró extraordinariamente ingenioso, haciendo frases y retruécanos que ellas no entendieron.

La morada del pretendido banquero estaba situada a la entrada de *la Vallée coquette*. Aquella casa, que llevaba el nombre de La Fuye, no tenía nada de extraordinario. En la planta baja había un gran salón enmaderado, con un dormitorio a cada lado, el de Margaritis y el de su mujer. Daba acceso al salón un vestíbulo que

hacía las veces de comedor y que estaba en comunicación con la cocina. Aquella planta baja, desprovista de la elegancia exterior que distingue a las más humildes mansiones de la Turena, estaba coronada por buhardillas a las que se subía por una escalera exterior, apoyada en uno de los aguilones y cubierta de un tejadillo. Un jardincito lleno de maravillas, jeringuillas y saúcos, separaba la vivienda del cercado. En torno al patio se alzaban las dependencias necesarias para la viticultura.

Sentado en el salón, cerca de una ventana, en una butaca de terciopelo amarillo de Utrecht, Margaritis no se levantó al ver entrar a las dos damas y Gaudissart, pues sólo pensaba en vender sus dos barricas de vino. Era un hombre enteco cuyo cráneo, calvo por delante y adornado de unos ralos cabellos por detrás, era piriforme. Sus ojos hundidos, coronados por espesas cejas negras y rodeados de ojeras muy marcadas, la nariz afilada como un cuchillo, las quijadas salientes y las mejillas hundidas, las líneas de su cara, por lo general oblongas, todo, incluso su mentón desmesuradamente largo y aplanado, contribuía a dar a su fisonomía un aire extraño, mezcla de viejo profesor de retórica y de trapero.

—*Monsieur* Margaritis —le dijo *madame* Vernier—, vamos, moveos. Aquí está un señor que os envía mi marido y tenéis que escucharlo con atención. Dejad vuestros cálculos matemáticos y conversad con él.

Al oír estas palabras, el loco se levantó, miró a Gaudissart, le invitó a sentarse con un ademán y le dijo:

—Conversemos, señor.

Las tres mujeres se fueron a la habitación de *madame* Margaritis, dejando la puerta abierta para oírlo todo y poder intervenir llegado el caso. Apenas estuvieron instaladas cuando *monsieur* Vernier llegó sigilosamente por el cercado, se hizo abrir la ventana y entró sin hacer ruido.

—Señor —dijo Gaudissart—, ¿habéis intervenido en los negocios?...

—Públicos —respondió Margaritis interrumpiéndolo—. Pacifiqué la Calabria bajo el reinado de Murat.

—¡Vaya, ahora resulta que estuvo en Calabria! —comentó *monsieur* Vernier en voz baja.

—¡Ah, en este caso —repuso Gaudissart—, nos entenderemos perfectamente!

—Os escucho —respondió Margaritis adoptando la actitud del hombre que posa ante un pintor.

—Señor mío —dijo Gaudissart haciendo girar la corona del reloj, a la que no cesó de imprimir maquinalmente un movimiento rotatorio y periódico que fascinó al loco y que acaso contribuyó a hacerlo permanecer tranquilo—, si no fueseis un hombre superior... —el loco se inclinó—, me contentaría con exponeros las ventajas del negocio en términos materiales, pero creo que es preferible exponeros sus motivos psicológicos. ¡Atended bien! ¿No es cierto que, entre todas las riquezas sociales, el tiempo es la más preciosa, y economizarlo equivale a enriquecerse? Ahora bien: ¿hay algo que consuma más tiempo en la vida que las inquietudes que nos causa lo que yo

llamo *el cocido*, locución vulgar pero que expresa a las mil maravillas la cuestión? ¿Y hay algo que consuma más tiempo que la falta de garantías que podemos ofrecer a los que pedimos dinero cuando, momentáneamente pobres, somos ricos en esperanzas?

—¿Dinero? Ya estamos —dijo Margaritis.

—Pues bien, señor mío, sabed que quien me ha enviado a recorrer los departamentos es una compañía de banqueros y de capitalistas que se han dado cuenta de las pérdidas enormes que así experimentan, en tiempo y por consiguiente en inteligencia o en actividad productora, los hombres de porvenir. Y sabed también que hemos tenido la idea de capitalizar este porvenir a dichos hombres, de descontarles su talento, descontándoles..., ¿sabéis qué?... el tiempo *ídem*, asegurando al propio tiempo su valor ante sus herederos. No se trata aquí de economizar, sino de darle un precio, de cifrarlo, de representar pecuniariamente los productos que pensáis obtener en este espacio intelectual, representando las cualidades morales de que estáis dotado y que son, señor, fuerzas vivas, como un salto de agua, como una máquina de vapor de tres, diez, veinte, cincuenta caballos. ¡Ah, esto es un progreso, un movimiento hacia un mejor orden de cosas, movimiento debido a la actividad de nuestra época, esencialmente progresiva, como os demostraré cuando tratemos de las ideas sobre una coordinación más lógica de los intereses sociales! Me explicaré por medio de ejemplos sensibles, abandonando el razonamiento puramente abstracto, lo que nosotros llamamos la matemática de las ideas. En vez de ser un propietario que vive de sus rentas, sois un pintor, un músico, un artista, un poeta...

—Soy pintor —dijo el loco a guisa de paréntesis.

—Pues bien, sea, puesto que comprendéis bien mi metáfora, digamos que sois pintor, que tenéis un hermoso porvenir, un rico futuro. Pero yo voy más lejos...

Al oír estas palabras, el loco examinó a Gaudissart con mirada inquieta, pues creyó que quería irse, y sólo se tranquilizó al comprobar que seguía sentado.

—Vamos a suponer que no sois nada —dijo Gaudissart, continuando—, pero que os sentís...

—Me siento —dijo el loco.

—Y os decís: «Yo seré ministro». Pues bien, ya seáis pintor, o artista, o literato, o futuro ministro, cifráis vuestras esperanzas, las tasáis, os ponéis la tarifa, vamos a suponer, de cien mil escudos...

—¿Decís que me traéis cien mil escudos? —preguntó el loco.

—Sí, señor, y lo vais a ver. Vuestros herederos los tendrán, contantes y sonantes, si por desgracia falleciereis, pues la empresa se compromete a entregárselos, o bien los recibiréis vos a causa de vuestras obras artísticas y vuestras felices especulaciones, si vivís. Si os habéis equivocado, incluso podéis comenzar de nuevo. Pero cuando ya hayáis establecido la cifra de vuestro capital intelectual, como ya he tenido el honor de deciros, pues de un capital intelectual se trata, enteraos bien, intelectual.

—Comprendo —dijo el loco.

—Firmaréis un contrato, una póliza de seguros con la administración, con la que cubriréis un capital de cien mil escudos, a pesar de que sois un pintor...

—Soy pintor —dijo el loco.

—Si fueseis músico, o ministro —prosiguió Gaudissart—, daría igual, porque la empresa se compromete a pagarlos a vuestra familia, a vuestros herederos si a causa de vuestra muerte las esperanzas, el cocido fundado en el capital intelectual, todo se fuese al traste. Basta con el pago de la prima para consolidar de este modo vuestra...

—Vuestra caja —dijo el loco, interrumpiéndole.

—Naturalmente, señor mío. Veo que conocéis el mundo de los negocios.

—Sí —dijo el loco—, en 1798 fundé la Banca territorial de la rue Des Fossés-Montmartre, en París.

—Tened en cuenta, además —prosiguió Gaudissart—, que para pagar los capitales intelectuales, que todos se reconocen y se atribuyen, es necesario que la mayoría de los asegurados satisfagan determinada prima, un tres por ciento, una anualidad del tres por ciento. Así, mediante el pago de una pequeña suma, de una miseria, garantizáis a vuestra familia contra los deplorables resultados que pudiera acarrear vuestro fallecimiento.

—Pero yo estoy vivo —observó el loco.

—¡Ah, pensad en lo que puede ocurrir si vivís mucho tiempo! Ésta es la objeción que suele hacerse más comúnmente, objeción vulgar, y comprenderéis que, si no lo hubiésemos previsto, aniquilado, no seríamos dignos de ser... ¿qué?... ¿qué somos, al fin y al cabo? Los tenedores de libros del gran despacho de las inteligencias. Yo no lo digo por vos, Dios me libre, pero por doquier encuentro personas que tienen la pretensión de enseñar cosas nuevas, de dar lecciones a hombres que han encanecido en la profesión. Palabra de honor, es algo que da pena. Pero el mundo es así y no tengo la pretensión de reformarlo. Vuestra objeción, señor, no tiene sentido...

—¿Qué saco? —dijo Margaritis.

—He aquí por qué. Si vivís y tenéis los medios evaluados en vuestra póliza contra las probabilidades de muerte, seguidme bien...

—Sigo.

—Pues bien... ¡Habréis triunfado en vuestras empresas! Y habréis triunfado precisamente a causa de dicha póliza de seguros, pues habréis duplicado vuestras probabilidades de éxito al libraros de todas las inquietudes que se experimentan cuando se tiene mujer e hijos, que nuestra muerte puede reducir a la más espantosa miseria. Si triunfáis, habréis ganado el capital intelectual, para el que el seguro no ha sido más que una bagatela, una auténtica y pura bagatela.

—¡Excelente idea!

—¿No es verdad, señor? —repuso Gaudissart—. ¡Yo llamo a esta caja de beneficiencia, los seguros mutuos contra la miseria!... O, si lo preferís, el descuento del talento. Pues el talento, señor, el talento es una letra de cambio que la naturaleza

otorga al hombre de genio y cuyo vencimiento acostumbra a ser muy lejano... ¡Ja, ja!

—¡Oh! ¡La hermosa usura! —exclamó Margaritis.

«¡Diablo, el viejo es ladino! —se dijo Gaudissart—. Creo que he mordiso un hueso. Tengo que dominar a este vejestorio apelando a consideraciones más elevadas, a mi truco número 1.»

—Lo somos, señor —contestó Gaudissart en voz alta—, mas para vos, que...

—¿Aceptaríais un vaso de vino? —le preguntó Margaritis.

—Con mucho gusto —respondió Gaudissart.

—Mujer, danos una botella de ese vino del que aún nos quedan dos toneles. Aquí estáis en el corazón de Vouvray —dijo el viejo, mostrando sus viñas a Gaudissart—. ¡La finca de Margaritis!

La sirvienta trajo vasos y una botella de vino de la cosecha de 1819. Margaritis lo escanció con cuidado en un vaso y lo ofreció con ademán solemne a Gaudissart, quien lo bebió de un trago.

—Me habéis engañado, señor —dijo el viajante—. Esto es vino de Madeira, auténtico vino de Madeira.

—En efecto —dijo el loco—. El inconveniente que tiene el vino de Vouvray, señor, es el de no poderse servir como vino ordinario ni como vino de mesa; es demasiado generoso, excesivamente fuerte; y por eso lo venden en París haciéndolo pasar por vino de Madeira, después de echarle un poco de aguardiente. Nuestro vino es tan espirituoso que muchos comerciantes de París, cuando nuestra cosecha no es buena para enviarla a Holanda y Bélgica, nos la compran. Lo aguan con vinos de los alrededores de París y así lo convierten en vino de Burdeos. Pero lo que catáis en estos momentos, mi estimado señor, es un vino digno de un rey, del mejor de Vouvray. Sólo me quedan dos barricas, únicamente dos. Los amigos de los buenos mostos, de los vinos de calidad y que quieren servir en su mesa unos caldos que no se encuentran en el comercio, como muchas casas de París que tienen la pretensión de servir los buenos vinos, nos los encargan directamente. ¿Conocéis a alguien que...?

—¿Os importaría volver a nuestro asunto? —dijo Gaudissart.

—No lo hemos abandonado, señor mío —repuso el loco—. Mi vino es capital, y hablamos de capitales, que vienen de *caput*, que significa cabeza, y Vouvray va a la cabeza de los vinos, o sea que todo concuerda...

—Así, pues —dijo Gaudissart—, estamos en que hemos realizado nuestros capitales intelectuales...

—He realizado, señor. ¿Queréis una de mis dos barricas? Os la ofrezco a buen precio.

—No, hablo del seguro sobre los capitales intelectuales y las operaciones sobre la vida. Prosigo mi razonamiento.

El loco se calmó, readquirió su aplomo y miró a Gaudissart.

—Decía, señor, que si morís, el capital se pagará a vuestra familia sin dificultad alguna.

—Sin dificultad.

—Sí, a condición de que no se trate de un tímido...

—Cuestión debatible.

—No, señor. Como vos sabéis, el suicidio es uno de esos actos fáciles de constata.

—En Francia —dijo el loco—, pero...

—¿Pero en el extranjero? —dijo Gaudissart—. Bien, señor, para dejar zanjado este punto, os diré que la sencilla muerte en el extranjero y la muerte en el campo de batalla caen fuera de...

—¿Entonces qué aseguráis?... ¡Absolutamente nada! —dijo Margaritis—. Al menos, mi banca territorial reposaba sobre...

—¿Absolutamente nada, señor? —exclamó Gaudissart interrumpiendo al viejo—. ¿Absolutamente nada?... ¿Y la enfermedad, y los pesares, y la miseria, y las pasiones? Pero dejemos estos casos excepcionales.

—No, no nos metamos con estos casos —dijo el loco.

—¿Cuál es el resultado de esta inversión? —prosiguió Gaudissart—. Sois banquero y voy a daros cifras concretas del resultado. Supongamos a un hombre de porvenir, acomodado, que vive de su arte, pero necesita dinero y lo pide... Cero. Toda la civilización niega el dinero a este hombre que la domina en pensamiento y un día dominará con el pincel, con el cincel, con la palabra, con una idea o por medio de un sistema. ¡Atroz civilización! Que no tiene pan para sus grandes hombres, que le proporcionan su grandeza; ella sólo los alimenta de injurias y de burlas, esta bribona dorada... La expresión es fuerte, pero no me retracto. Este gran hombre incomprendido acude entonces a nosotros, que lo tratamos con respeto, como hay que tratar a un gran hombre, lo escuchamos y nos dice: «Señores de los seguros sobre el capital, mi vida vale tanto; os daré este tanto por ciento sobre mis producciones...». Bien, ¿y nosotros qué hacemos?... Inmediatamente, sin celos, lo admitimos en el soberbio festín de la civilización, como a un invitado distinguido...

—En este caso, hace falta vino —observó el loco.

—... Como a un invitado distinguido. Firma su póliza de seguros, se lleva nuestros papeluchos, nuestros miserables papeluchos que, pese a ser unos viles papeles, tienen más fuerza que su propio genio. En la Bolsa, en las casas de banca, en cualquier sitio, incluso entre los usureros, encontrará dinero porque ofrece garantías a cambio. Bien, señor, ¿no os parece que esto es una laguna del sistema social que hay que colmar? Pero, señor mío, esto no es más que una parte de las operaciones realizadas por la sociedad sobre la vida. Aseguramos a los deudores mediante otro sistema de primas. Ofrecemos intereses vitalicios según una escala graduada teniendo en cuenta la edad, según la escala infinitamente más ventajosa que lo que hasta ahora han sido las mutuas llamadas tontinas y que se basan en unas tablas de mortalidad falsas a todas luces. Nuestra sociedad opera sobre las masas, y por lo tanto los rentistas vitalicios no tienen que temer los pensamientos que entristecen la vejez, ya de por sí tan triste; pensamientos de los que no podrán librarse si es un particular

quien ha tomado su dinero a renta vitalicia. Verá usted, señor, nosotros hemos cifrado la vida en todos los sentidos...

—La habéis sorbido por todos los extremos —dijo el viejo—, pero bebed un vaso de vino, pues os lo tenéis bien merecido. Tenéis que forraros el estómago, si queréis satisfacer a vuestra boca. Señor, el vino de Vouvray, bien conservado, es fino como el terciopelo.

—¿Qué pensáis de esto? —dijo Gaudissart, vaciando el vaso.

—Esto es muy bonito, muy nuevo y muy útil, pero prefiero los descuentos de valores territoriales que se hacían en mi Banco de la rue des Fossés-Montmartre.

—Tenéis perfecta razón, señor —respondió Gaudissart—, pero esto ya está visto y revisto, se ha hecho una y mil veces. Ahora tenemos la caja hipotecaria que presta sobre las propiedades y hace el pacto de retroventa en grande. Pero esto no es una idea baladí en comparación con la de solidificar las esperanzas. ¡Solidificar las esperanzas, coagular, financieramente hablando, los deseos de hacer fortuna que todos tenemos, asegurando su realización! ¡Ha hecho falta llegar a nuestra época, señor, época de transición, de transición y progreso a la vez!

—Sí, de progreso —dijo el loco—. El progreso me encanta, sobre todo el que hace que en la viña haga buen tiempo...

—¡*El Tiempo!* —prosiguió Gaudissart, sin entender la frase de Margaritis—. ¡Mal periódico, señor mío! Si lo leéis, os compadezco...

—¿El periódico? —dijo Margaritis—. Desde luego, los periódicos me apasionan. ¡Eh, mujer, mujer! ¿Dónde está el periódico? —gritó, volviéndose hacia la habitación contigua.

—Pues bien, señor, si os interesan los periódicos, nos entenderemos perfectamente.

—Sí, pero antes de entender el periódico, decidme qué os parece este vino...

—Delicioso —dijo Gaudissart.

—Vamos, acabemos entre los dos la botella.

El loco se sirvió dos dedos de vino en su vaso y llenó el de Gaudissart.

—Sí, señor, tengo dos cubas de este vino. Si os gusta y os interesa...

—Precisamente —le interrumpió Gaudissart— los padres de la doctrina sansimoniana me han rogado que les envíe los productos que... Pero hablemos de su grande y magnífico periódico. En vista de que comprendéis a la perfección el asunto de los capitales y de que me prestaréis vuestra ayuda para imponerlo en este cantón...

—Con mucho gusto —dijo Margaritis— si...

—Entiendo, si me quedo con vuestro vino. Es buenísimo este vino, señor, es incisivo.

—Hacen con él vino de champaña; hay un señor, un parisiense, que viene a hacerlo aquí, en Tours.

—Lo creo, señor. *El Globo*, del que sin duda habéis oído hablar...

—Lo he recorrido con frecuencia —dijo Margaritis.

—Estaba seguro de ello —asintió Gaudissart—. Señor, tenéis una cabeza poderosa, una cabezota a la que estos señores dan el nombre de testa caballuna; en efecto, la cabeza de todos los grandes hombres tiene algo de caballo. Pero se puede ser un genio y vivir ignorado. Es una broma que suele suceder a los que, a pesar de sus medios, permanecen en la oscuridad, y que estuvo a punto de ser el caso del gran Saint-Simon, y de *monsieur* Vico, hombre de talento que empieza a abrirse paso. ¡Ahora progresa, Vico! Estoy muy contento de ello. Con esto entramos en la teoría y la fórmula nueva de la humanidad. Atención, señor...

—Atención —repitió el loco.

—La explotación del hombre por el hombre hubiera debido cesar, señor Margaritis, el día en que Cristo —no digo Jesucristo, sino Cristo— vino para proclamar la igualdad de todos los hombres ante Dios. Pero... Esta igualdad ¿no ha sido hasta el presente la más deplorable de las quimeras? Ahora bien: Saint-Simon es el complemento de Cristo. Cristo ya ha dado todo cuanto podía dar de sí; ya ha cumplido.

—¿Así, pues, lo han puesto en libertad? —dijo el loco.

—Ha periclitado, como el liberalismo. Ahora tenemos algo más importante frente a nosotros, y esto es la nueva fe, la producción libre, individual, una coordinación social que hará que todos y cada uno reciban equitativamente su salario social según su obra, sin ser explotados por individuos incapaces que hacen trabajar a *todos* en beneficio de *uno solo*; de ahí viene la doctrina...

—¿Qué hacéis de los domésticos? —preguntó Margaritis.

—Continúan siendo domésticos, señor, si no sirven para otra cosa.

—¿Y qué tiene de buena esa doctrina?

—Oh, para juzgaría adecuadamente, tendríais que situaros en un punto de vista muy elevado, desde el que pudieseis abarcar claramente un aspecto general de la humanidad. ¡Con esto entramos en pleno Ballanche! ¿Conocéis a *monsieur* Ballanche?

—¡No hacemos otra cosa! —dijo el loco, que entendió *la plancha*.

—Muy bien —prosiguió Gaudissart—. Pues si el espectáculo palingenésico de las transformaciones sucesivas del *Globo* espiritualizado os conmueve, os transporta y os arrebatata, pues bien, mi querido señor, el diario *El Globo*, buen nombre que expresa claramente su misión, *El Globo* es el cicerone que os explicará todas las mañanas las nuevas condiciones en que se realizarán, dentro de poco tiempo, los cambios políticos y morales del mundo.

—¿Qué saco? —dijo el viejo.

—Voy a haceros comprender este razonamiento por medio de una imagen —prosiguió Gaudissart—. Si de niños nuestras amas nos llevaron a ver a Serafín, ¿no es cierto que cuando seamos viejos necesitaremos los cuadros del porvenir? Esos señores...

—¿Beben vino?

—Sí, señor. Su casa está edificada, puedo decirlo, sobre una base excelente, una base profética: hermosos salones, todas las eminencias, grandes recepciones.

—Yo creo —dijo el loco— que los obreros que hacen derribos tienen tanta necesidad de vino como los del ramo de la construcción.

—En mayor medida, señor mío, cuando se derriba con una mano y se reconstruye con la otra, como hacen los apóstoles del *Globo*.

—Entonces les hace falta vino, vino de Vouvray, los dos toneles que me quedan, trescientas botellas, por cien francos, una bagatela.

—¿A cuánto saldrá la botella? —dijo Gaudissart haciendo un cálculo—. Vamos a ver... Portes, consumos, no llega a los siete francos; buen negocio, desde luego. Ellos suelen pagar más caros todos los demás vinos. (Bien, ya lo tengo atrapado —se dijo Gaudissart—. Tú quieres venderme, vino que me hace falta pero ya has caído en el garlito). Bien, señor —prosiguió—, dos hombres que discuten no tardan en ponerse de acuerdo. Hablemos francamente: ¿tenéis una gran influencia en este cantón?

—Creo que sí —dijo el loco—. Somos *la cabeza* de Vouvray.

—Supongo que habéis comprendido perfectamente la cuestión de los capitales intelectuales...

—Perfectamente.

—¿Habéis medido todo el alcance del *Globo*?

—Dos veces... y a pie.

Gaudissart no le oyó, porque estaba sumido en sus pensamientos y sólo se escuchaba a sí mismo, como hombre seguro de triunfar.

—Teniendo en cuenta vuestra situación, comprendo que no tengáis nada que asegurar, a vuestra edad. Pero, señor, podéis hacer asegurar a las personas que en este cantón, ya sea por su valía personal o por la precaria situación de sus familias, deseen hacer fortuna. Así, pues, suscribiéndoos a *El Globo* y apoyándome con vuestra autoridad en el cantón para que coloque capitales en renta vitalicia, pues en provincias hay mucha afición por los vitalicios, en tal caso, podremos llegar a un acuerdo por lo que respecta a las dos cubas de vino. ¿Tomáis *El Globo*?

—Sí, subiré en el globo.

—¿Me apoyaréis ante las personas influyentes del cantón?

—Apoyo...

—Y...

—Y...

—Y yo... ¿Pero os suscribís a *El Globo*?

—*El Globo*, buen periódico —dijo el loco—, periódico vitalicio.

—¿Vitalicio, decís?... Sí, tenéis razón, está lleno de vida, de fuerza, de ciencia, empapado de ciencia, bien presentado, bien impreso, buenas tintas, buen papel. ¡Ah, no es un género de pacotilla, una baratija, un artículo de oropel, de esa seda que se desgarran al salir de la tienda; es algo sólido, razonamientos que dan mucho que meditar y que hacen pasar el tiempo agradablemente en pleno campo!

—Esto me conviene —respondió el loco.

—*El Globo* cuesta una bagatela: ochenta francos.

—Esto no me conviene —dijo el viejo.

—Señor mío —dijo Gaudissart—, sin duda tenéis nietos, ¿no es verdad?

—Muchos —respondió Margaritis, que había entendido queréis *en vez de* tenéis.

—Pues bien, os ofrezco el *Diario de los Niños*. Suscripción: siete francos anuales.

—Quedaos mis dos toneles y yo tomaré una suscripción de niños; esto me gusta, bonita idea. ¿Explotación intelectual, el niño?... Esto no será la del hombre por el hombre, ¿eh?

—Habéis dado en el clavo, señor —dijo Gaudissart.

—En el clavo.

—¿Consentís, pues, en ayudarme con vuestra influencia en el cantón?

—En el cantón.

—¿Cuento con vuestra aprobación?

—Contad con ella.

—Pues bien, señor, me quedo con vuestras dos cubas de vino por cien francos...

—No, no, ciento diez.

—Bien, ciento diez francos, sea; pero ciento diez para las eminencias de la doctrina y cien francos para mí. Os facilito una venta y me debéis una comisión.

—Dejádselas sin vino.

—Bonito retruécano. No sólo sois muy inteligente, sino muy espiritual.

—No, espirituoso, señor.

—Más difícil todavía, como dice Nicolet.

—Yo soy así —dijo el loco—. Venid a ver mi propiedad.

—Lo haré gustoso —dijo Gaudissart—, este vino se sube especialmente a la cabeza.

Y el ilustre Gaudissart salió con M. Margaritis, que lo llevó de cepa en cepa, haciéndole recorrer sus viñas. Las tres señoras y *monsieur* Vernier pudieron reír entonces a sus anchas, viendo desde lejos al viajante y al loco enzarzados en una discusión, gesticulando, deteniéndose, reanudando la marcha, hablando con entusiasmo.

—¿Por qué se lo ha llevado el viejo, privándonos de su compañía? —dijo Vernier.

Por último Margaritis regresó con el viajante, caminando ambos con paso acelerado, como si estuviesen impacientes por concluir el asunto.

—¡El viejo lo ha dejado bueno!... —comentó *monsieur* Vernier.

En efecto, el ilustre Gaudissart escribió en un ángulo de una mesita de juego, con gran alegría del viejo, un pedido de entrega de los dos toneles de vino. Luego, después de leer el pedido redactado por el viajante, *monsieur* Margaritis le dio siete francos, importe de una suscripción al *Diario de los Niños*.

—Hasta mañana, pues, señor —dijo el ilustre Gaudissart haciendo girar la corona de su reloj—. Tendré el honor de pasar a recogeros mañana. Podéis expedir

directamente el vino a París, a las señas indicadas, contra reembolso.

Gaudissart era normando y, como tal, no aceptaba tratos unilaterales: quiso que *monsieur* Margaritis le firmara también un documento y el viejo, contento como todos los locos cuando se les sigue la corriente, firmó, no sin antes leerlo, un albarán en el que constaba la entrega de dos toneles de vino de la cosecha de Margaritis. Y el ilustre Gaudissart se fue brincando de alegría y canturreando *El rey de los mares no se escapará*, hasta llegar al parador del *Sol de Oro*, donde se puso a hablar con la mayor naturalidad con el mesonero, mientras esperaba la comida. Mitouflet era un viejo soldado, de una ingenua marrullería, propia de todos los campesinos, pero que nunca se reía de las bromas, como era natural en un hombre acostumbrado a oír la voz del cañón y a bromear con sus compañeros de armas.

—Tenéis aquí a personas muy inteligentes —le dijo Gaudissart apoyándose en el quicio de la puerta mientras encendía el cigarro con la pipa de Mitouflet.

—¿Qué queréis decir? —le preguntó el mesonero.

—Que tenéis personas muy versadas en las ideas políticas y financieras.

—¿A quién habéis visitado, si no es indiscreción? —preguntó candorosamente el mesonero, mientras brotaba de sus labios el salivazo que los fumadores expectoran periódicamente.

—A un tipo muy listo llamado Margaritis.

Mitouflet dirigió sucesivamente a su parroquiano dos miradas repletas de fría ironía.

—Desde luego, ese viejo sabe un rato largo. Sabe tanto, que a veces los demás no pueden comprenderle...

—Lo creo, pues entiende a fondo las cuestiones de la alta finanza.

—Sí —asintió el mesonero—. Lo que yo he lamentado siempre es que sea loco.

—¿Qué decís, loco?

—Loco, todo lo loco que puede estar un loco —repitió Mitouflet—, pero no es peligroso y basta su mujer para vigilarlo. ¿Así, pues, os habéis entendido? —dijo con la mayor sangre fría el despiadado Mitouflet—. Tiene gracia.

—¡Gracia —exclamó Gaudissart—, gracia! Entonces, ¿vuestro *monsieur* Vernier se ha burlado de mí?

—¿Os ha enviado él? —le preguntó Mitouflet.

—Sí.

—¡Escucha esto, mujer! —gritó el mesonero—. ¿Sabes que *monsieur* Vernier ha tenido la idea de enviar al señor a casa del viejo Margaritis?

—¿Y qué habéis podido deciros, mi buen señor —le preguntó la mujer del mesonero—, si ese hombre está loco?

—Me ha vendido dos toneles de vino.

—¿Y vos los habéis comprado?

—Sí.

—Sabed que su locura consiste en vender un vino que no posee.

—¡Vaya! —dijo el viajante—. Ante todo, voy a dar las gracias a *monsieur Vernier*.

Y Gaudissart se dirigió, hirviendo de cólera, a casa del antiguo tintorero, a quien encontró en la sala, riéndose a mandíbula batiente con unos vecinos a los que estaba contando lo sucedido.

—Señor mío —dijo el príncipe de los viajeros fulminándolo con la mirada—, sois un pícaro y un bellaco que, a menos que no queráis que os considere como el último de los polizontes, gentes que yo considero inferiores a los presidiarios, me debéis una explicación por el insulto que acabáis de hacerme, al enviarme a casa de un hombre que, como vos sabíais muy bien, está loco de remate. ¿Me oís, *monsieur Vernier* el tintorero?

Ésta era la arenga que Gaudissart se traía preparada, como un trágico prepara su entrada en escena.

—¡Cómo! —respondió Vernier, animado por la presencia de sus vecinos—. ¿Creéis que no tenemos el derecho de burlarnos de un caballero que planta sus reales en Vouvray dispuesto a timarnos y a exigimos nuestros capitales, arguyendo que somos grandes hombres, pintores y poetastros, asimilándolos así gratuitamente a esa gentuza sin blanca, sin fe ni casa ni hogar? ¿Qué hemos hecho para merecer esto, nosotros, honrados padres de familia? ¡Un bribón que viene a proponernos que nos suscriba a *El Globo*, diario que predica una religión cuyo primer mandamiento divino ordena nada menos que no debemos heredar a nuestros padres! Os doy mi más sagrada palabra de honor de que el tío Margaritis dice las cosas más sensatas. Además, ¿de qué os quejáis? Ambos os habéis entendido perfectamente, caballero. Estos señores pueden confirmaros que con nadie os entenderíais mejor en este cantón.

—Todo esto puede pareceros excelente, señor mío, pero yo me considero insultado y os exijo una satisfacción.

—Pues bien, señor, os considero insultado, si esto puede resultaros agradable, y no os ofreceré una satisfacción, pues no hay motivo a ofrecerla por un caso tan insignificante. ¡Además, me resultáis un farsante!

Al oír este insulto, Gaudissart se abalanzó sobre el tintorero para sacudirle una bofetada, pero los vecinos se interpusieron entre ambos y la manotada del ilustre Gaudissart sólo alcanzó la peluca del tintorero, que fue a caer sobre la cabeza de *madame Claire Vernier*.

—Si no estáis contento, señor —le dijo—, hasta mañana por la mañana, que me encontraréis en la fonda del *Sol de Oro*; allí estaré, dispuesto a escuchar vuestras explicaciones. Me batí en Julio, señor mío.

—Pues bien, os batiréis también en Vouvray —respondió el tintorero—, donde permaneceréis más tiempo del que pensáis.

Gaudissart se fue, rumiando esta respuesta, que le parecía de mal agüero. Por primera vez en su vida, el viajante comió sin alegría. Todo Vouvray fue puesto en conmoción por el lance de Gaudissart y M. Vernier. Nunca había habido ningún duelo

en aquella comarca risueña y afable.

—*Monsieur* Mitouflet, mañana debo batirme con *monsieur* Vernier; no conozco a nadie aquí: ¿queréis ser mi padrino? —dijo Gaudissart al mesonero.

—Con mucho gusto —respondió el ex soldado.

Apenas Gaudissart terminó de comer, *madame* Fontanieu y el teniente de alcalde de Vouvray se presentaron en el *Sol de Oro*, y, tomando aparte a Mitouflet, le hicieron ver la calamidad que sería para el cantón que hubiese una muerte violenta; le pintaron la espantosa situación en que quedaría la buena *madame* Vernier, conminándole a arreglar el lance de manera que el honor local quedase a salvo.

—Dejadlo para mí —dijo el ladino mesonero.

Por la tarde, Mitouflet subió a la habitación del viajante provisto de plumas, tinta y papel.

—¿Qué traéis ahí? —le preguntó Gaudissart.

—¿Habéis olvidado que mañana os batís? —dijo Mitouflet—. He pensado que os convendría tomar algunas disposiciones y escribir algunas cartas a personas queridas. ¡Oh, eso no quiere decir que debáis morir! ¿Sabéis manejar las armas? ¿Queréis refrescar la mano? Tengo floretes.

—Lo haré con mucho gusto.

Mitouflet volvió con dos floretes y dos máscaras.

—¡Veamos!

El mesonero y el viajante se pusieron en guardia. Mitouflet, en su calidad de antiguo ayudante del maestro de esgrima de los granaderos, dio sesenta y ocho estocadas a Gaudissart, haciéndolo tambalear y adosándolo a la pared.

—¡Diablo, sabéis manejar el florete! —dijo Gaudissart, sin aliento.

—*Monsieur* Vernier aún es mejor espadachín que yo.

—¡Diablo, diablo! En tal caso, me batiré a pistola.

—Os aconsejo que lo hagáis porque, os lo digo confidencialmente, si utilizamos pistolas grandes de arzón y las cargamos hasta la boca, no correremos el menor riesgo, pues el tiro se desvía y ambos os retiraréis con el honor a salvo. ¡Dejadlo de mi cuenta! ¡Caramba, sería una lástima que dos hombres de pro se matasen por simple puntillo!

—¿Estáis seguro de que el tiro se desviará lo suficiente? Sentiría mucho matar a ese hombre, después de todo —dijo Gaudissart.

—Dormid tranquilo.

A la mañana siguiente, los dos adversarios se encontraron, un poco pálidos, al pie del puente sobre el Cise. El bueno de Vernier estuvo a punto de matar una vaca que pastaba a diez pasos, sobre el margen del camino.

—¡Ah, habéis disparado al aire! —exclamó Gaudissart.

Después de estas palabras, ambos enemigos se abrazaron.

—Señor —dijo el viajante—, vuestra broma fue incómoda, pero tuvo gracia. Lamento haberos apostrofado; estaba fuera de mí. Os tengo por hombre de honor.

—Caballero, haremos veinte suscripciones al *Diario de los Niños* —replicó el tintorero, aún pálido.

—Si es así —dijo Gaudissart—, ¿por qué no vamos a comer juntos? ¿No es verdad que los hombres que se han desafiado más próximos están al entendimiento?

—*Monsieur Mitouflet* —dijo Gaudissart al volver al mesón—, sin duda tenéis aquí un escribano.

—¿Para qué?

—Pienso enviar una citación a mi querido amigo *monsieur* Margaritis, emplazándolo a enviarme dos cubas de vino de sus viñas.

—Pero si no las tiene —dijo Vernier.

—Bien, estoy dispuesto a dejar el asunto zanjado mediante una indemnización de veinte francos. No quiero que sea dicho que vuestro pueblo tomó el pelo al ilustre Gaudissart.

Madame Margaritis, asustada ante la perspectiva de un proceso en el que la razón estaría de parte del demandante, pagó la indemnización de veinte francos al clemente viajante, que así se ahorra el trabajo de meterse en pleito en uno de los más bellos cantones de Francia, pero de los más recalcitrantes a las nuevas ideas.

Al regreso de su viaje por las comarcas meridionales, el ilustre Gaudissart ocupaba la primera plaza del cupé en la diligencia de Laffitte y Caillard, donde tenía por compañero de viaje a un joven al que se dignó explicar los misterios de la vida, después de Angulema, tomándolo sin duda por un niño.

Al llegar a Vouvray, el joven exclamó:

—¡Qué sitio tan bonito!

—Sí, señor —dijo Gaudissart—, pero es imposible vivir aquí, a causa de sus habitantes. Si pretendierais quedaros en este pueblo, tendríais que batiros en duelo todos los días. Mirad, hace tres meses, yo me batí ahí —dijo, señalando el puente del Cise—, a pistola y con un maldito tintorero, pero... ¡lo arrollé!...

París, noviembre de 1833.

El ilustre Gaudissart se publicó por primera vez en el tomo II de las *Escenas de la vida en provincias*. En 1843 pasó a formar parte del tomo VI de *La Comedia Humana*.



LOS PARISIENSES EN PROVINCIAS
2.- La musa del departamento



LA MUSA DEL DEPARTAMENTO

DEDICATORIA

Al señor conde Ferdinand de Gramont.

Mi querido Ferdinand:

Si los avatares (habent sua fata libelli) del mundo literario conceden largo recuerdo a estas líneas, esto apenas será nada en comparación con las molestias que os habéis tomado, pues sois el d'Hozier, el Chérin, el rey de armas de los ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES; vos, a quien los Navarreins, los Cadignan, los Langeais, los Blamont-Chaucry, los Chaulieu, los d'Arthez, los d'Esgrignon, los Mortsauft, los Valois, los cien nobles linajes que articulan la aristocracia de la COMEDIA HUMANA deben sus bellas divisas y sus tan ingeniosas armas. Asimismo, la COLECCIÓN DE ARMAS Y BLASONES DEL ESTUDIO SOBRE LAS COSTUMBRES INVENTADO POR FERDINAND DE GRAMONT, GENTILHOMBRE, es una historia completa de la heráldica francesa, en la que nada habéis olvidado, ni siquiera las armas del Imperio, y que conservaré como un monumento de paciencia benedictina y de amistad. ¡Qué conocimiento del antiguo lenguaje feudal hacéis gala en el Pluchre sedens, melius agens de los Beauséant!, en el Des partem leonis de los De Espard!, ¡en el No se vende de los Vandenesse! Qué coquetería, en fin, en los mil detalles de esta sabia iconografía que demostrará hasta donde habrá llegado la fidelidad en mi obra, a la que vos, poeta, habréis contribuido.

Vuestro viejo amigo,

De Balzac.

PRIMERA PARTE

EL PREÁMBULO DE LAS GRANDES RESOLUCIONES

I SANCERRE

En la linde del Berry se encuentra, a orillas del Loira, una villa que por su situación atrae de manera infalible la mirada del viajero. Sancerre ocupa el punto culminante de una cadena de pequeñas montañas, última ondulación del movido terreno del Nivernais. El Loira inunda las tierras bajas que se extienden al pie de la colina, dejando en ellas un limo amarillo que las fertiliza, cuando no las sepulta para siempre con una de esas terribles crecidas igualmente familiares al Vístula, ese Loira del Norte. La montaña en cuya cumbre se agrupan las casas de Sancerre se alza a una distancia suficientemente grande del río para que el pequeño puerto de Saint-Thibault pueda vivir gracias a la vida de Sancerre. Allí se embarcan los vinos y allí se desembarca el maderamen y todos los artículos que provienen del alto y el bajo Loira.

En la época en que tuvo lugar esta historia, el puente de Cosne y el de Saint-Thibault, ambos colgantes, ya estaban contruidos. Los viajeros que llegaban a Sancerre procedentes de París por la ruta de Italia, ya no atravesaban el Loira, de Cosne a Saint-Thibault, en una chalana. ¿No basta con decirnos que la pantomima de 1830 ya había tenido lugar? La Casa de Orleans, en efecto, ha mimado en todas partes los intereses materiales, pero de una manera bastante parecida a esos maridos que hacen regalos a su mujer con el dinero de la dote.

A excepción de la parte de Sancerre que ocupa la meseta, las calles son más o menos empinadas y la villa está rodeada de rampas llamadas los Grandes Baluartes, nombre harto elocuente acerca del gran pasado de la villa. Traspuestos estos baluartes, se extiende un cinturón de viñedos. El vino constituye la principal industria y el comercio más considerable del país, que da muchas cosechas de vinos generosos, llenos de *bouquet*, muy parecidos a los vinos de Borgoña, con los que lo confunden en París los paladares vulgares. Por lo tanto, Sancerre encuentra un fácil mercado en los *cabarets* parisienses, lo cual es muy necesario para unos vinos que no pueden permanecer guardados más allá de siete u ocho años. Al pie de la villa se acurrucan algunas aldeas, Fontenay, Saint-Satur, que parecen arrabales y cuya situación recuerda a los alegres viñedos de Neuchatel, en Suiza. La villa conserva algunos rasgos de su antigua fisonomía: tiene las calles estrechas y pavimentadas con guijarros procedentes del lecho del Loira. Aún se ven en ella viejas mansiones. La torre, resto de su poderío militar y de la época feudal, recuerda uno de los sitios más

terribles de nuestras guerras de religión, durante el cual nuestros calvinistas dejaron tamañitos a los feroces cameronianos de Walter Scott.

La villa de Sancerre, con la riqueza que representa su ilustre pasado, viuda de su poderío militar, está en cierto modo abocada a un porvenir estéril, pues el movimiento comercial pertenece a la orilla derecha del Loira. La rápida descripción que acabamos de ofrecer demuestra que el aislamiento de Sancerre irá en aumento a pesar de los dos puentes que lo unen a Cosne. Sancerre, orgullo de la orilla izquierda, tiene una población que apenas rebasa las tres mil quinientas almas, mientras que hoy Cosne cuenta con más de seis mil. Desde hace medio siglo, el papel de estas dos villas asentadas una frente a otra ha cambiado completamente. Sin embargo, el mejor emplazamiento corresponde a la villa histórica, desde cualquier punto de la cual se goza de un panorama encantador, en la que el aire es de una admirable pureza, la vegetación magnífica y sus habitantes, en justa armonía con tan risueña naturaleza, son afables, buenos compañeros desprovistos de puritanismo, a pesar de que las dos terceras partes de la población continúan siendo calvinistas.

II EL SANDISMO

En semejante estado de cosas, si bien se sufre de los inconvenientes propios de la vida de las pequeñas poblaciones, y se tiene que soportar esa vigilancia oficiosa que hace de la vida privada una vida casi pública; en cambio, el patriotismo de campanario, que nunca podrá reemplazar al espíritu de familia, se despliega en alto grado. Asimismo, la villa de Sancerre se enorgullece de haber visto nacer a una de las glorias de la medicina moderna, a Horace Bianchon, y a un autor de segundo orden, Etienne Lousteau, uno de los folletinistas más distinguidos. El partido judicial de Sancerre, disgustado de verse sometido a siete u ocho grandes terratenientes, los caballeros feudales de la elección, trató de sacudirse el yugo electoral de la doctrina, que hizo de él su plaza fuerte. Aquella conjura motivada por el amor propio herido de algunos terminó en fracaso a causa de los celos que causaba a los coaligados la futura ascensión de uno de los conspiradores. Cuando los resultados demostraron el pecado original de la empresa, quisieron ponerle remedio tomando por campeón de la comarca en las próximas elecciones a uno de los dos hombres que representa gloriosamente a Sancerre en París.

Esta idea era extremadamente avanzada para la provincia, en la que, a partir de 1830, el nombramiento de las notabilidades de campanario había efectuado tales avances, que los hombres de Estado venían a ser cada vez más raros en la Cámara electiva. Conviene decir que este proyecto, de una realización harto hipotética, fue concebido por la hembra superior del distrito, *dux femina facti*, pero con miras puramente personales. Estas miras tenían tantas raíces en el pasado de aquella mujer y abarcaban de manera tan perfecta su futuro, que, sin un vivo y sucinto relato de su vida anterior, difícilmente se las comprendería. Sancerre se enorgullecía entonces de poseer una mujer superior, incomprendida durante mucho tiempo, pero que alrededor de 1836 gozaba un renombre bastante considerable en el departamento. Fue también la época en que los nombres de dos sancerreses alcanzaron en París, y cada uno en su esfera, el más alto grado de gloria el uno, de moda el otro. Etienne Lousteau, colaborador de las revistas, firmaba el folletín de un diario de ocho mil suscripciones; y Bianchon, que ya era el primer médico en el hospital oficial de la Legión de Honor y miembro de la Academia de Ciencias, acababa de obtener su cátedra.

Si esta frase no trajese aparejada una especie de censura para muchas personas, podría decirse que George Sand creó el *sandismo*, hasta tal punto es cierto que, moralmente hablando, el bien casi siempre va acompañado de un mal. Esta lepra sentimental ha echado a perder a muchas mujeres que, sin sus pretensiones a la genialidad, hubieran sido encantadoras. El sandismo, sin embargo, tiene de bueno que la mujer que lo sufre ejerce su pretendida superioridad sobre unos sentimientos menospreciados, convirtiéndose en cierto modo en la marisabidilla del corazón: el resultado de ello es una disminución del hastío, pues el amor neutraliza un poco la

literatura. Ahora bien, el ejemplo de George Sand tuvo por principal efecto hacer que todos se percatasen de que Francia posee un número exorbitante de mujeres superiores, lo bastante generosas como para dejar hasta el presente libre campo a la nieta del mariscal de Sajonia.

La mujer superior de Sancerre vivía en la Baudraye, casa de ciudad y de campo a la vez, situada a diez minutos de la villa, en la aldea o, si el lector lo prefiere, el barrio de Saint-Satur. Los La Baudraye de hoy, como ha sucedido a muchos nobles linajes, reemplazan a los La Baudraye cuyo nombre brilló en las Cruzadas y estuvo mezclado con los grandes acontecimientos de la historia del Berri. Esto requiere una explicación.

III LOS MILAUD

Durante el reinado de Luis XIV, cierto magistrado municipal llamado Milaud, cuyos antepasados fueron calvinistas furibundos, se convirtió al ser revocado el edicto de Nantes. A fin de alentar este movimiento en uno de los baluartes del calvinismo, el rey nombró a dicho Milaud para un puesto elevado en el departamento de aguas y bosques, dándole las armas y el título de señor de La Baudraye y regalándole el feudo de los auténticos La Baudraye, familia de rancio abolengo. Los herederos del famoso capitán La Baudraye cayeron así, por desgracia, en una de las celadas tendidas a los herejes por los decretos, y fueron ahorcados, trato indigno del gran rey. Bajo el reinado de Luis XV, Milaud de la Baudraye, de simple escudero se convirtió en caballero, y contando con el valimiento del monarca, pudo colocar a su hijo de corneta en los mosqueteros. El corneta murió en Fontenoy, dejando un hijo a quien Luis XVI concedió más tarde patente de recaudador general de impuestos, en memoria del corneta muerto en el campo de batalla. Aquel financiero, espíritu ingenioso amigo de charadas, de pies forzados, de ramilletes a Cloris, vivió en el gran mundo, frecuentó los salones del duque de Nivernois y se creyó obligado a seguir a la nobleza al destierro, pero sin olvidarse de llevar consigo sus capitales. Esto permitió al rico emigrado sostener más de una noble mansión. Cansado de esperar y quizá también de prestar, volvió a Sancerre en 1800 y compró de nuevo La Baudraye impulsado por un sentimiento de amor propio y de vanidad nobiliaria explicable en el nieto del antiguo magistrado municipal pero que, durante el Consulado, tenía muy poco porvenir, en especial teniendo en cuenta que el ex recaudador general de contribuciones contaba muy poco con su heredero para continuar la nueva rama de La Baudraye. Jean-Athanase-Polydore Milaud de la Baudraye, hijo único del financiero, más que enclenque al nacer era el fruto inconfundible de una sangre agotada temprano por los placeres exagerados a los que se entregan todos los hombres ricos que contraen matrimonio en el umbral de una vejez prematura, terminando así por hacer degenerar las eminencias sociales.

Durante la emigración, *madame* de La Baudraye, joven desprovista de fortuna y que sólo fue al altar a causa de su nobleza, tuvo la paciencia de criar a aquel niño bilioso y raquítico, por el que sentía el amor excesivo que abriga el corazón de las madres por los abortos de la naturaleza. La muerte de aquella dama, que de soltera fue una Castéran la Tour, contribuyó grandemente al regreso a Francia de *monsieur* de La Baudraye. A su muerte aquel Lúculo de los Milaud legó a su hijo el feudo libre de derechos reales, pero adornado con veletas que ostentaban sus armas, mil luises de oro, suma harto considerable en 1802, y la lista del dinero que le debían los más ilustres emigrantes, guardada en la cartera que contenía sus poesías, con esta inscripción: *Vanitas venitatum et omnia vanitas*.

Si el joven La Baudraye consiguió sobrevivir, lo debió a unas costumbres de

regularidad monástica, a aquella economía de movimientos que Fontenelle ensalzaba como la religión de los valetudinarios, y sobre todo a los aires de Sancerre, a la influencia de aquéllos admirables parajes, desde los que se divisa un panorama de cuarenta leguas en el valle del Loira. De 1802 a 1815, el pequeño La Baudraye aumentó su antiguo feudo con muchas tierras y se entregó con afición a la viticultura. Al principio, la Restauración le pareció tan precaria, que no se atrevió a ir a París para presentar sus reclamaciones; pero, a la muerte de Napoleón, trató de sacar dinero de la poesía de su padre, pues no comprendió la profunda filosofía que acusaba aquella mezcla de créditos y charadas. El viticultor perdió tanto tiempo tratando de hacerse reconocer por los duques de Navarreins y otros (ésta fue su expresión), que regresó a Sancerre, llamado por sus queridos viñedos, sin haber obtenido nada más que ofrecimientos de servicio. La Restauración dio suficiente lustre a la nobleza para hacer que La Baudraye deseara dar sentido a su ambición, dándose un heredero. Este beneficio conyugal le parecía bastante problemático; de no ser así, no hubiera tardado tanto, pero a finales de 1823, viéndose aún de pie a los cuarenta y tres años, edad que ningún médico ni astrólogo, ni comadrona, se hubiesen atrevido a predecirle, esperó hallar la recompensa de su forzada virtud. Sin embargo, su elección indicó una falta tan grande de prudencia, habida cuenta de su constitución enfermiza, que la malicia provinciana no pudo por menos de ver en ella un profundo cálculo.

IV DINAH

En aquella época, Su Eminencia el arzobispo de Bourges acababa de convertir al catolicismo a una joven perteneciente a una de esas familias burguesas que fueron los primeros puntales del calvinismo y que, merced a su posición oscura o a componendas con el cielo, escaparon a las persecuciones de Luis XIV. Artesanos en el siglo XVI, los Piédefer, apellido que revela uno de esos curiosos remoquetes que se dieron los soldados de la Reforma, se convirtieron con el tiempo en honrados pañeros. Durante el reinado de Luis XVI, Abraham Piédefer hizo tan malos negocios que en 1786, época de su muerte, dejó a sus dos hijos en un estado próximo a la miseria. Uno de los dos, Silas Piédefer, partió hacia las Indias, dejando la modesta herencia a su hermano mayor. Durante la Revolución, Moisés Piédefer compró bienes nacionales, derribó abadías e iglesias siguiendo el ejemplo de sus mayores y se casó, cosa extraña, con una católica, hija única de un convencional muerto en el patíbulo. Aquel ambicioso Piédefer murió en 1819, dejando a su viuda una fortuna comprometida por especulaciones agrícolas y una hija de doce años, de sorprendente belleza. Educada en la religión calvinista, la niña recibió el nombre de Dinah, según la costumbre por la cual los correligionarios daban a sus hijos nombres bíblicos, para no tener nada en común con el Santoral de la Iglesia Romana.

Mademoiselle Dinah Piédefer fue puesta por su madre en uno de los mejores pensionados de Bourges, que era el de las señoritas Chamarolles, donde llegó a hacerse célebre tanto por las cualidades que adornaban su espíritu como por su belleza, pero se sentía postergada por las jóvenes nobles, ricas y que más tarde representarían en el mundo un papel mucho mejor que el de una plebeya cuya madre esperaba los frutos de la liquidación de los bienes Piédefer. Después de conseguir elevarse momentáneamente por encima de sus compañeras, Dinah quiso hallarse en pie de igualdad con ellas en la vida. Se le ocurrió entonces abjurar del calvinismo, con la esperanza de que el cardenal protegería su conquista espiritual y se ocuparía de su porvenir. Juzgue el lector cuál era ya la superioridad de *mademoiselle* Dinah, que, a los diecisiete años de edad, se convertía únicamente por ambición. El arzobispo, imbuido de la idea de que Dinah Piédefer debía convertirse en ornato del mundo, se propuso casarla. Todas las familias a las que se dirigió el prelado se asustaron de una joven dotada de una prestancia de princesa, que pasaba por ser la más inteligente de las educandas que tenían las señoritas de Chamarolles y que, en las solemnidades un poco teatrales de la distribución de premios, representaba siempre los primeros papeles. Todos pensaban que los mil escudos de renta que podía proporcionar la hacienda de la Hautoy indivisos entre la hija y la madre, eran muy poco en comparación con los gastos que las dotes personales de criatura tan inteligente ocasionarían al marido.

Así que el canijo Polydore de la Baudraye se enteró de todos estos pormenores,

que corrían de boca en boca entre la buena sociedad del departamento del Cher, se dirigió a Bourges, donde llegó en el momento en que *madame* Piédefer, devota y piadosa, estaba casi decidida, lo mismo que su hija, a tomar el primer perro con sombrero que se presentase, según la expresión del Berri. Si el cardenal estuvo muy contento de ver a *monsieur* de La Baudraye, éste aún lo estuvo más de aceptar la esposa que el purpurado le traía de la mano. El hombrecillo arrancó a Su Eminencia la promesa formal de que contaría con su protección cerca del presidente del Consejo, a fin de cobrar el dinero que le debían los duques de Navarreins y otros, embargando sus dietas de senadores. Este medio pareció quizá demasiado expeditivo al hábil ministro del pabellón Marsans e hizo saber al viticultor que ya se ocuparía de él a su debido tiempo y lugar. Que cada cual se imagine a su manera el alboroto que se produjo en Sancerre, cuando se propaló la especie del insensato matrimonio que iba a contraer *monsieur* de La Baudraye.

—Se explica —dijo Boirouge, presidente del Tribunal—. Ese hombrecillo, según me han dicho, se escandalizó mucho al oír en el Mail al apuesto M. Milaud, el sustituto de Nevers, que decía a *monsieur* de Clagny, señalándole los torreones de La Baudraye: «¡Esto volverá a ser mío!». «Pero —respondió nuestro fiscal de la Audiencia— puede casarse y tener hijos». «¡Eso le está vedado!». Podéis imaginaros el odio que un aborto como el pequeño La Baudraye debe de sentir por ese coloso de Milaud.

Existía en Nevers una rama plebeya de los Milaud que se había enriquecido mucho en el comercio de la cuchillería, lo que permitió que el representante de esta rama siguiese la carrera del ministerio público, en la que gozó de la protección dispensada por el difunto Marchangy.

V UNA MANERA DE SALDAR CUENTAS

Quizá convenga descocar esta historia, en la que la parte moral desempeña tan gran papel, librándola de los viles intereses materiales que eran la preocupación exclusiva de *monsieur* de La Baudraye. Para ello referiremos brevemente los resultados de sus negociaciones en París. Esto, además, esclarecerá muchos aspectos misteriosos de la historia contemporánea, y las dificultades ocultas que hallaron los ministros durante la Restauración, en el terreno político. Las promesas ministeriales tuvieron tan poca consistencia que *monsieur* de La Baudraye fue a París en el mismo momento en que el cardenal fue llamado a la capital para asistir a la sesión de las dos Cámaras. He aquí como el duque de Navarreins, el primer deudor amenazado por *monsieur* de La Baudraye, salió del apuro. El de Sancerre vio llegar una mañana al hotel de Mayence, en que paraba, situado en la rue Saint-Honoré, cerca de la plaza Vendôme, a un confidente de los ministros, hombre experto en liquidaciones. Aquel elegante personaje, que salió de un elegante cabriolé y vestía de la forma más elegante, se vio obligado a subir al número 37, es decir, la tercer piso, para entrar en una pequeña habitación donde sorprendió al provinciano preparándose una taza de café en la chimenea encendida.

—¿Es con *monsieur* Milaud de la Baudraye con quien tengo el honor de...?

—Sí —respondió el hombrecillo, acomodándose el batín.

Después de mirar de reojo a aquel producto incestuoso de un antiguo pardessus chino de *madame* Piédefer y un vestido de *madame* de La Baudraye, el negociador encontró tan característicos al hombre, la bata y el fogoncito de arcilla en el que hervía la leche en una cacerola de hojalata, que consideró fútil toda sutilidad.

—Apuesto, señor —dijo con audacia—, a que cenáis por cuarenta francos en el restaurante de Hurbain, en el Palais-Royal.

—¿Por qué?

—Oh, os he reconocido porque os vi allí —replicó el parisiense, conservando su compostura—. Todos los acreedores de los príncipes cenan allí. Como sabéis, apenas si puede recuperarse el diez por ciento de una deuda contraída por un gran señor... No os daría ni el cinco por ciento sobre una deuda contraída por el difunto duque de Orleans... —bajó la voz—, por EL SEÑOR...

—¿Venís a comprarme mis títulos? —dijo el vendimiador, creyendo haber hecho una frase aguda.

—¡Comprar!... —exclamó el negociador—. ¿Por quién me habéis tomado?... Soy *monsieur* Des Lupeaulx, relator ante el Consejo de Estado, secretario general del Ministerio, y vengo a proponeros una transacción.

—¿Cuál?

—Vos no podéis ignorar, señor, cuál es la situación de vuestro deudor...

—Decid más bien de mis deudores.

—Pues bien, caballero, vos conocéis cuál es la situación de vuestros deudores: gozan del favor del rey, pero no tienen dinero y se ven obligados a aparentar mucho... Tampoco ignoráis las dificultades de la política: hay que reconstruir la aristocracia, en presencia de un tercer estado formidable. El propósito del rey, si Francia no sabe comprender, consiste en crear con los pares una institución nacional, análoga a la de Inglaterra. Para hacer realidad este gran propósito, nos hacen falta años y millones... ¡Nobleza obliga! El duque de Navarreins, que, como sabéis, es el primer gentilhomme de cámara de Su Majestad, no niega su deuda, pero no puede... (¡Sed razonable! ¡Comprended la política! Acabamos de salir del abismo revolucionario. ¡Vos también sois noble!). Así es que no puede pagaros...

—Caballero...

—Sois inteligente —dijo Des Lupeaulx—, escuchadme... No puede pagaros en efectivo, pero, teniendo en cuenta vuestro talento, aceptad cobraros en favores... reales o ministeriales.

—¡Cómo! ¿Mi padre dio en 1793 cien mil?...

—Mi querido señor, dejaos de recriminaciones. Escuchad una proposición de aritmética política: La oficina de Recaudación de Sancerre está vacante y un antiguo pagador general del ejército tiene derecho a ella, pero carece de padrinos; vos tenéis padrinos, a pesar de que no tenéis ningún derecho; el puesto será para vos. Ejerceréis durante un semestre, presentaréis vuestra dimisión y *monsieur* Gravier os dará veinte mil francos. Después seréis condecorado con la orden real de la Legión de Honor.

—Ya es algo —dijo el viticultor, a quien atraía mucho más la suma mencionada que la cintita roja.

—Pero en reconocimiento a la bondad de Su Excelencia —prosiguió Des Lupeaulx— devolveréis a Su Señoría el duque de Navarreins todos vuestros títulos...

El viticultor regresó a Sancerre convertido en recaudador de contribuciones. Seis meses después fue sustituido por *monsieur* Gravier, quien pasaba por ser uno de los financieros más amables del Imperio y que, naturalmente, *monsieur* de La Baudraye presentó a su mujer.

Cuando cesó en el cargo de recaudador, *monsieur* de La Baudraye, volvió a París para entrevistarse con sus restantes deudores. Esta vez lo nombraron referendario del Senado, barón y oficial de la Legión de Honor. Después de vender su cargo en el Senado, el barón de La Baudraye efectuó algunas visitas a los últimos deudores que le quedaban, y reapareció en Sancerre con el título de relator ante el Consejo de Estado y un puesto de comisario del rey, adjunto a una compañía anónima establecida en Nivernais, con unos honorarios de seis mil francos, lo que era una verdadera sinecura. El bueno de La Baudraye, de quien se dijo que había hecho una locura en el terreno financiero, hizo así un excelente negocio al casarse con su mujer.

Gracias a su sórdida tacañería y a la indemnización que recibió por los bienes de su padre, vendidos en pública subasta en 1793, el hombrecillo realizó en 1827 el sueño de toda su vida. Mediante el pago de cuatrocientos mil francos contantes y

sonantes y asumiendo unas obligaciones que le condenaban a vivir durante seis años, según su expresión, del aire del cielo, pudo comprar las tierras de Anzy, a orillas del Loira y a dos leguas de Sancerre, cuyo magnífico castillo, construido por Philibert Delorme y que desde hacía quinientos años pertenecía a la casa de Uxelles, es objeto de la justa admiración de los enterados. ¡Por fin pudo contarse entre los grandes propietarios de la comarca! No es muy seguro que la alegría causada por la creación de un mayorazgo compuesto por las tierras de Anzy, el feudo de la Baudraye y la heredad de la Hautoy, en virtud de cartas patentes datadas en diciembre de 1829, compensara los sinsabores de Dinah, quien se vio entonces reducida a una secreta indignancia hasta 1835. El prudente La Baudraye no permitió que su mujer habitase en Anzy ni efectuase allí el menor cambio, antes de pagar el último plazo. Esta ojeada sobre la política del primer barón de La Baudraye explica al hombre de cuerpo entero. Los que estén familiarizados con las manías de la gente de provincias reconocerán en él *la pasión de la tierra*, pasión devoradora, pasión exclusiva, especie de avaricia manifiesta y que a menudo lleva a la ruina por una falta de equilibrio entre los intereses hipotecarios y la propia producción de los terrenos. Aquellos que entre 1802 y 1827 se mofaban del pequeño La Baudraye viéndole ir corriendo a Saint-Thibault para ocuparse de sus asuntos con la aspereza de un burgués que viviese de su viña, los que no comprendían su desdén por los favores a los que debía sus empleos, dejados a poco de obtenidos, tuvieron por fin la clave del enigma cuando aquella hormiga león saltó sobre su presa, después de esperar el momento en que las prodigalidades de la duquesa de Maufrigneuse provocaron la venta de aquellas magníficas tierras.

Madame Piédefer fue a vivir con su hija. Las fortunas reunidas de *monsieur* de La Baudraye y de su madre política, que se contentó con una renta vitalicia de mil doscientos francos, abandonando a su yerno la hacienda de la Hautoy, permitieron amasar una renta visible que aproximadamente ascendía a la suma de quince mil francos.

VI

DE CÓMO UNA MUJER PUEDE LLEGAR A SER SUPERIOR A POCO PRECIO

Durante los primeros días de su matrimonio, Dinah consiguió realizar ciertos cambios que hicieron de La Baudraye una casa muy agradable. Convirtió en jardín inglés un patio inmenso derribando bodegas, lagares y otras dependencias accesorias innobles. Dispuso detrás de la mansión señorial, que era una pequeña construcción con torrecillas y aguilonos no desprovista de carácter, un segundo jardín con macizos, flores y césped, y los separó de las viñas mediante una tapia, que ocultó bajo plantas trepadoras. Por último, introdujo en el interior todas las comodidades que sus exiguas rentas le permitieron. Para no dejarse devorar por persona tan superior como parecía serlo Dinah, *monsieur* de La Baudraye tuvo la discreción de callarse y no mencionar los cobros que realizaba en París. Aquel profundo secreto que guardaba sobre sus intereses, prestó aire de misterio a su carácter y lo engrandeció a ojos de su esposa durante los primeros años de su matrimonio, tanta es la majestad del silencio.

Los cambios introducidos en La Baudraye inspiraron un deseo tanto más vivo de ver a la joven recién casada, cuanto que Dinah no quiso mostrarse ni recibir sin antes haber satisfecho todas sus comodidades, estudiado el país y sobre todo al silencioso La Baudraye. Cuando una mañana de primavera de 1825 se vio aparecer en el Mail a la bella *mademoiselle* de La Baudraye con un vestido de terciopelo azul y acompañada de su madre, que llevaba un vestido de terciopelo negro, un gran clamor se elevó en Sancerre. Aquel vestido confirmó la superioridad de la joven señora, educada en la capital del Berri. Al recibir a aquel fénix de la región, todos temían no mostrarse lo suficiente agudos e ingeniosos y, naturalmente, todos asumieron un aire grave ante *madame* de La Baudraye, quien sembró el terror entre el elemento femenino.

Cuando todos pudieron admirar en el salón de La Baudraye una alfombra que parecía de casimir, un mueble Pompadour de madera dorada, cortinas de brocado en las ventanas y en una mesa redonda un jarrón japonés lleno de flores entre varios libros nuevos; cuando todos oyeron a la bella Dinah tocando el piano y leyendo a vista sin hacer la menor ceremonia para ponerse a tocar, la idea formada sobre su superioridad adquirió grandes proporciones. Para no dejarse dominar por la incuria y el mal gusto, Dinah resolvió estar al corriente de las modas y de las menores revoluciones ocurridas en el mundo del lujo, sosteniendo una activa correspondencia con Anna Grossetete, su amiga íntima del pensionado.

Hija única del recaudador general de Bourges, Anna, gracias a su fortuna, se casó con el tercer hijo del conde de Fontaine. Las mujeres que iban a La Baudraye, se sintieron entonces constantemente vejadas por la superioridad que Dinah también supo atribuirse en el terreno de las modas; hiciesen lo que hiciesen, siempre se veían detrás de ella, o, como dicen los aficionados a las carreras, *distanciadas*. Si todas

estas minucias causaron maligna envidia entre las mujeres de Sancerre, la conversación y el ingenio de Dinah engendraron entre ellas una verdadera aversión. Con el deseo de mantener su inteligencia al nivel del movimiento parisién, *madame* de La Baudraye no toleró en nadie frases vacías, galanterías pasadas de moda ni conversaciones sin valor; se negó en redondo a las murmuraciones de poca monta, a aquella maledicencia de vía estrecha que constituye el fondo de conversación en provincias. Amiga de hablar de los descubrimientos científicos o artísticos, de las obras recién estrenadas en el teatro o de los últimos libros de poesía, pareció agitar los pensamientos pronunciando las frases de moda.

El abate Duret, cura de Sancerre, anciano perteneciente al antiguo clero francés, hombre de grata compañía a quien no desagradaba el juego, no se atrevía a seguir sus inclinaciones en un país tan liberal como Sancerre; así estuvo muy contento de la llegada de *madame* de La Baudraye, con la que se entendió a las mil maravillas. El subprefecto, un vizconde de Chargeboeuf, estuvo encantado de hallar en el salón de *madame* de La Baudraye una especie de oasis que significaba una tregua en medio de la vida provinciana. En cuanto a *monsieur* de Clagny, el fiscal de la Audiencia, su admiración por la bella Dinah lo dejó clavado en Sancerre. Aquel apasionado magistrado rechazó cualquier ascenso y se dedicó a amar piadosamente a aquel ángel de gracia y de belleza. Era hombre alto, seco, de cara patibularia adornada con ojos terribles, carboneadas órbitas, coronadas de enormes cejas y cuya elocuencia, bien distinta de su amor, no se hallaba desprovista de mordacidad.

Monsieur Gravier era un hombrecillo pequeño y rechoncho, que durante la época del Imperio cantaba admirablemente las romanzas, y que debió a este talento el eminente puesto de pagador general del ejército. Comprometido en grandes intereses en España con ciertos generales pertenecientes entonces a la oposición, supo sacar provecho de estas relaciones parlamentarias cerca del ministro que, por consideración a su posición perdida, le prometió la oficina de recaudaciones de Sancerre, y terminó por dejársela comprar. El espíritu ligero, el tono propio de la época del Imperio se había hecho más pesado a *monsieur* Gravier, quien no comprendió, o no quiso comprender, la diferencia enorme que separaba las costumbres de la Restauración de las del Imperio; pero se creía muy superior a *monsieur* de Clagny, pues su manera de vestir era de un gusto superior: seguía la moda, se presentaba con chaleco amarillo, pantalón gris y pequeña levita ajustada, lucía corbatas de seda a la última moda adornadas con anillos de brillantes, mientras que el fiscal de la audiencia no salía de la levita, el pantalón y el chaleco negros, a menudo raídos.

Aquellos cuatro personajes fueron los primeros en quedar extasiados ante la instrucción, el buen gusto y la finura de Dinah, y la proclamaron la mujer más inteligente que habían conocido. Dijéronse entonces las damas:

—Como debe de burlarse de nosotras *madame* de La Baudraye... —Esta opinión, más o menos justa, tuvo por resultado impedir que las señoras fuesen a La Baudraye. Confesa y convicta de pedantería porque hablaba correctamente, Dinah recibió el

nombre de la Safo de Saint-Satur. Todos terminaron por burlarse descaradamente de las pretendidas cualidades de la que así se convirtió en la enemiga de los sancerreses. Incluso llegaron hasta negarle una superioridad, puramente relativa en resumidas cuentas, que ponía de relieve sus ignorancias y no se las perdonaban. En un país de jorobados, una bella figura se convierte en monstruosidad. Así, Dinah fue tenida por monstruosa, y peligrosa, y un desierto se abrió a su alrededor. Sorprendida de no ver a las señoras más que a largos intervalos, y sólo durante visitas de pocos minutos, pese a sus intentos por trabar amistad, Dinah preguntó la razón de este fenómeno a *monsieur* de Clagny.

—Sois mujer excesivamente superior para que las demás os quieran —respondió el procurador del rey.

Monsieur Gravier, a quien la pobre abandonada interrogó, se hizo enormemente de rogar para al fin decirle:

—Bella señora, vos no os contentáis con ser encantadora sino que tenéis ingenio y sois instruida; estáis al corriente de todo lo que se escribe, os gusta la poesía, la música, y tenéis una conversación embelesadora: ¡las mujeres no perdonan tanta superioridad!...

Los hombres decían a *monsieur* de La Baudraye;

—Sois feliz de tener una mujer superior...

Y él terminó por decir:

—Soy muy feliz de tener etcétera...

Madame Piédefer, halagada en su orgullo materno, también se permitió decir cosas parecidas:

—Mi hija, que es una mujer superior, escribió ayer a *madame* de Fontaine tal y tal cosa.

Quien conoce el mundo, Francia y París, reconocerá que muchas celebridades han sido labradas de este modo.

VII

DONDE EL CARÁCTER DE MADAME DE LA BAUDRAYE EMPIEZA A DIBUJARSE

Al cabo de dos años, hacia finales del año 1825, Dinah de la Baudraye fue acusada de no querer recibir más que a hombres; después se consideró un crimen su distanciamiento de las señoras. Ni una sola de sus acciones, incluso la más indiferente dejó de ser objeto de crítica o tergiversada. Después de haber hecho todos los sacrificios que una mujer de buena crianza podía hacer, y de haber puesto todos los procedimientos de su parte, *madame* de La Baudraye cometió la equivocación de contestar, a una falsa amiga que acudió a deplorar su aislamiento:

—¡Prefiero mi escudilla vacía que nada dentro de ella!

Esta frase produjo efectos terribles en Sancerre y más tarde fue vuelta cruelmente contra la Safo de Saint-Satur, cuando, al verla sin hijos después de cinco años de matrimonio, el desmedrado La Baudraye fue objeto de crueles burlas. Para que el lector comprenda estas mofas provincianas, conviene recordar, a los que lo conocieron, al duque de Hérouville, de quien se decía que era el hombre más valeroso de Europa porque se atrevía a andar sobre sus piernas, y a quien se acusaba de poner plomo en sus zapatos para que no se lo llevase el viento, *monsieur* de La Baudraye, hombrecillo bilioso y casi diáfano, hubiera podido ser tomado por el duque de Hérouville como primer gentilhombre de su cámara, si el gran escudero de Francia hubiese tenido algo de gran duque de Baden. *Monsieur* de La Baudraye, cuyas piernas eran tan flacas que por decencia se ponía falsas pantorrillas, cuyos muslos parecían el brazo de un hombre bien constituido y cuyo torso recordaba perfectamente el cuerpo de un abejorro, hubiera sido una perpetua lisonja para el duque de Hérouville. Al caminar, el pequeño viticultor desplazaba a menudo las pantorrillas, que le quedaban sobre la tibia, tan poco le importaba que se apercibiesen de ello, y daba las gracias a los que le señalaban este pequeño contrasentido. Conservó el calzón corto, las medias de seda negra y el chaleco blanco hasta 1824.

Después de su matrimonio, se puso pantalones azules y botas con tacones, lo que hizo decir a todo Sancerre que se había dado dos pulgadas más para alcanzar al mentón de su mujer. Durante diez años todos le vieron la misma levita verde botella con grandes botones de metal blanco, y una corbata negra que hacía resaltar la frialdad de su cara iluminada por unos ojos de un gris azulado, finos y tranquilos como los ojos de un gato. Dulce como todas las personas que siguen un plan de conducta, parecía hacer muy feliz a su esposa adoptando el aire de no contrariarla nunca; le cedía la palabra y se contentaba con actuar con la lentitud pero también con la tenacidad de un insecto.

Adorada por su belleza sin rival, admirada por su ingenio por los hombres más *comme il faut* de Sancerre, Dinah alimentó aquella admiración mediante conversaciones para las que, según se dijo más tarde, se preparaba. Al verse atendida

con éxtasis, poco a poco se acostumbró también a escucharse, halló gusto en perorar y terminó por considerar a sus amigos como otros tantos confidentes de tragedia destinados a darle la entrada. Por si aún no fuese bastante, se procuró una hermosa colección de frases e ideas, ya por medio de sus lecturas o bien asimilando los pensamientos de los concurrentes asiduos de su salón, y así se convirtió en una especie de organillo que empezaba a tocar así que un azar de la conversación disparaba su mecanismo. Sedienta de saber, hagámosle justicia, Dinah lo leía todo, hasta libros de medicina, de estadísticas, de ciencia, de jurisprudencia, pues no sabía en qué emplear la mañana, después de haber revisado las flores y dado las órdenes al jardinero. Dotada de buena memoria y de aquel talento con que algunas mujeres se sirven de la palabra adecuada, sabía hablar de todo con estudiada lucidez de estilo. Esto explica que vinieran gentes de Cosne, de la Charité, de Nevers, poblaciones de la orilla derecha, y de Léré, de Vailly, de Argent, de Blancafort, del Aubigny, de la orilla izquierda, para que les presentasen a *madame* de La Baudraye, como en Suiza todos se hacían presentar a *madame* de Staël. Los que sólo oían una vez las tonadillas de aquella cajita de música se iban pasmados, diciendo las cosas más maravillosas de Dinah, que consiguieron poner celosas a las mujeres en diez leguas a la redonda.

Existe, en la admiración que se inspira, o en la acción de un papel que se representa, cierta embriaguez moral que no permite que la crítica llegue a oídos del ídolo. Cierta atmósfera, producida, tal vez, por una constante dilatación nerviosa forma como un nimbo a través del cual se ve el mundo desde arriba. ¿Cómo explicar si no la perpetua buena fe que preside tan nuevas representaciones de iguales efectos, y el continuo menosprecio de los consejos dan o los niños, tan mal educados para con sus padres, o los maridos, tan familiarizados con las inocentes artimañas de sus mujeres? *Monsieur* de La Baudraye tenía el candor propio del hombre que abre el paraguas así que empiezan a caer gotas. Cuando su mujer abordaba la cuestión de la trata de negros, o lo que podría hacerse para mejorar la suerte de los presidiarios, él tomaba su gorrita azul y se escabullía sin hacer ruido, seguro de que podría ir a Saint-Thibault para inspeccionar una remesa de toneles, y volver una hora más tarde para encontrar que la discusión apenas habría progresado. Si no tenía nada que hacer, iba a pasear por el Mail, desde donde se divisa el admirable panorama del valle del Loira, tomando el aire mientras su mujer interpretaba una sonata de palabras y dúos de dialéctica.

VIII

EJEMPLAR CONDUCTA DE LOS AMANTES DE DINAH

Una vez adoptada la pose de mujer superior, Dinah quiso dar prendas visibles de su amor por las creaciones más notables del arte, y comulgó vivamente con las ideas de la escuela romántica, que en arte comprendían la poesía y la pintura, la literatura y la estatuaria, los muebles y la ópera. También se convirtió en medievalizante. Se interesó también por cualquier curiosidad que datara del Renacimiento y convirtió en incondicionales suyos a varios comisionarlos adictos. También adquirió, durante los primeros días de su matrimonio, el mobiliario de los Rouget de Issoudun, con ocasión de la venta que se efectuó a comienzos de 1824. Compró muy bellos objetos en el Nivernais y en la Alta Loira. Sus amigos nunca dejaban de ofrecerle algunas rarezas, como aguinaldo o el día de su santo. Estas fantasías fueron vistas con agrado por *monsieur* de La Baudraye, quien pareció sacrificar algunos escudos para complacer a su mujer, aunque, en realidad, el terrateniente pensaba en el castillo de Anzy. Aquellas *antigüedades* costaban entonces mucho más que los muebles modernos. Al cabo de cinco o seis años, la antecámara, el comedor, los dos salones y el tocador que Dinah se había arreglado en la planta baja de La Baudraye, todo, incluso la caja de la escalera, rebosaba de obras maestras escogidas en los cuatro departamentos Vecinos. Aquella decoración, que en comarca recibía el calificativo de extraña, armonizaba con Dinah. Aquellas maravillas, que volvían a ser de moda, encandilaban la imaginación de las personas que le presentaban, quienes esperaban ver cosas extravagantes para comprobar que lo que veían sobrepasaba toda prevención, al contemplar a través de un mundo de flores aquellas catacumbas de trastos viejos dispuestos como en casa del malogrado Du Sommerard, aquel *Old Mortality* de los muebles. Aquellos hallazgos, por otra parte, eran otros tantos resortes que, a la menor pregunta, hacían brotar parrafadas sobre Jean Goujon, Michel Columb, Germain Pilou, Boulle, Van Huysium, Boucher, el gran pintor del Berri; sobre Clodion, el tallista, sobre los chapeados venecianos, sobre Brustolone, al gusto italiano, el Miguel Angel de la madera de encina; sobre los siglos XIII, XIV, XV, XVI y XVII, sobre los esmaltes de Bernar Palissy y los de Petitot, sobre los grabados de Alberto Durero (ella pronunciaba Dur), sobre los papeles vitela iluminados, sobre el gótico florido, flameante, adornado, puro, que tiraban de espaldas a los viejos y entusiasmaban a los jóvenes.

Animada por el deseo de vivificar Sancerre, *madame* de La Baudraye intentó formar una sociedad llamémosla literaria. El presidente del tribunal, *monsieur* Boirouge, que se encontraba entonces con la propiedad de una casa con jardín proveniente de la herencia Popinot-Chandier, se mostró partidario de constituir esta sociedad. Este astuto magistrado terminó poniéndose de acuerdo sobre los estatutos de la misma con *madame* de La Baudraye, quiso ser uno de los fundadores y alquiló su casa por un plazo de quince años a la sociedad literaria. A partir del segundo año,

se jugó allí al dominó, al billar, a la berlanga, bebiendo vino caliente con azúcar, ponche y licores. También se celebraron allí algunas cenas íntimas muy finas, y bailes de máscaras por carnaval. Por lo que se refiere a la literatura, se leían los periódicos, se hablaba de política y de negocios. *Monsieur* de La Baudraye asistía asiduamente a estas reuniones, a causa de su mujer, según decía bromeando.

Estos resultados afligieron a aquella mujer superior, que desesperó de Sancerre y concentró a partir de entonces todo ingenio del país en su salón. Sin embargo, y pese a la buena voluntad de los señores de Chargeboeuf, Gravier, de Clagny, del abate Duret, del primero y el segundo sustitutos, de un médico joven, de un joven juez suplente, ciegos admiradores de Dinah, hubo momentos en que cansados de luchar, se permitieron incursiones en el terreno de las agradables fruslerías que componen el tema principal de las conversaciones mundanas. *Monsieur* Gravier llamaba a esto *pasar de lo grave a lo dulce*. El whist del abate Duret servía de útil diversión a los casi monólogos de la divinidad. Los tres rivales, cansados de tener el ánimo en tensión a causa de las *discusiones del orden más elevado*, pues así denominaban a sus conversaciones, pero sin atreverse a demostrar la menor saciedad, se volvían a veces con aire cariñoso hacia el viejo sacerdote, para decirle:

—El señor cura se muere de ganas de echar su partidita.

El ingenioso cura se prestaba con tanta desenvoltura a la hipocresía de sus cómplices, que haciendo ver que resistía, exclamaba:

—¡Perderíamos demasiado si no escuchásemos a nuestra bella inspirada!

Y estimulaba la generosidad de Dinah, que terminaba por compadecerse de su querido cura. Esta atrevida maniobra, inventada por el subprefecto, fue practicada con tanta astucia, que Dinah no sospechó jamás la evasión de sus forzados al patio de recreo representado por la mesita de juego, pues en tales ocasiones le dejaban al joven sustituto o al médico para que sufriesen los rigores de su Gehenna. Un joven propietario, que era el *dandy* de Sancerre, perdió el favor de Dinah a causa de algunas imprudentes manifestaciones. Después de solicitar el honor de que lo admitiesen en aquel cenáculo, jactándose de arrancar su flor a las autoridades constituidas que la cultivaban, tuvo la desdicha de bostezar durante una explicación que Dinah se dignó darle, por cuarta vez, es cierto, sobre la filosofía de Kant. *Monsieur* de la Thaumassiere, nieto del historiador del Berri, fue considerado como hombre completamente desprovisto de alma e inteligencia.

Los tres enamorados de turno se sometían a estos exorbitantes gastos de espíritu y atención con la esperanza de alcanzar el más dulce de los triunfos, en el momento en que Dinah se humanizase, pues ninguno de ellos tuvo la audacia de pensar que ella perdería la inocencia conyugal antes que hubiese perdido las ilusiones. En 1826, época en la que Dinah se vio rodeada de homenajes, cumplía sus veinte abriles y el abate Duret la mantenía en una especie de fervor católico; los adoradores de Dinah, pues, se contentaban con abrumarla de pequeñas atenciones, colmándola de favores, mimándola, dichosos de que los tomasen por los caballeros de honor de aquella reina,

por las personas presentadas que pasaban una o dos veladas en La Baudraye.

—*Madame* de La Baudraye es un fruto que hay que dejar madurar.

Ésta era la opinión de *monsieur* Gravier, que esperaba.

En cuanto al magistrado, escribía cartas de cuatro páginas, a las que Dinah respondía con palabras calmantes, mientras paseaba después de comer en torno al cuadrado de césped, cogida del brazo de su adorador. Guardaba por aquellas tres pasiones, *madame* de La Baudraye, que además iba acompañada de su devota madre, pudo librarse de todas las desdichas de la maledicencia. Esto llegó a verse tan patentemente en Sancerre que ninguno de los tres caballeros dejaba a otro solo cerca de *madame* de La Baudraye, que sus celos provocaban la hilaridad. Para ir de la puerta César a Saint-Thibault hay un camino mucho más corto que el de Grands-Rembartes, lo que en las comarcas montañosas recibe el nombre de un atajo, pero que en Sancerre recibe el nombre de *le Casse-Cou* (el despeñadero). Este nombre indica muy a las claras un sendero trazado en la pendiente más acusada de la montaña, colmado de piedras y encajado entre los taludes de los viñedos. Al tomar el despeñadero se abrevia la ruta de Sancerre a La Baudraye. Las mujeres, celosas de la Safo de Saint-Satur, paseaban por el Mail para contemplar aquel Longchamp de las autoridades, que solían interrumpir entablando conversación ora con su subprefecto, ora con el fiscal de la Audiencia, que en tal circunstancia daban muestras de visible impaciencia o de impertinente distracción. Como desde el Mail se divisan las torrecillas de La Baudraye, era más de un joven el que iba a contemplar la morada de Dinah, envidiando el privilegio de los diez o doce concurrentes habituales que pasaban la velada junto a la reina de Sancerre. *Monsieur* de La Baudraye no tardó en observar el ascendiente que su cualidad de marido le confería sobre los galanteadores de su mujer, y se sirvió de ellos con el candor más perfecto, obteniendo desgravaciones de contribución y ganó dos pleitos. En todos sus litigios permitió presentir su autoridad de fiscal de la Corona para no dejarse impugnar nada, tras mostrarse dificultoso y legalista en los negocios, como todos los enanos, pero siempre con dulzura.

No obstante, cuanto más resplandecía la inocencia de *madame* de La Baudraye, más precaria se hacía su situación a los ojos curiosos de las demás mujeres. Las damas de cierta edad discutían con frecuencia durante veladas enteras, en casa de la presidenta Boirouge, entre ellas, desde luego, acerca del matrimonio La Baudraye. Todas presentían uno de esos misterios cuyo secreto interesa vivamente a las mujeres conocedoras de la vida. En La Baudraye, en efecto, se representaba una de esas largas y monótonas tragedias conyugales que permanecerían eternamente ignoradas, si el ávido escalpelo del siglo XIX, conducido por la necesidad de hallar algo nuevo, no fuese a hurgar en los rincones más oscuros del corazón o, si el lector así lo prefiere, los que el pudor de los siglos precedentes había respetado. Y este drama doméstico explica a la perfección la virtud de Dinah durante los primeros años de su matrimonio.

IX

INTERIOR DE MUCHOS MATRIMONIOS

Una joven, cuyos éxitos en el pensionado Chamarolles tuvieron el orgullo por resorte, cuyo primer cálculo se vio recompensado con la primera victoria, no debía detenerse en tan bello camino. Por desmedrado que pareciese *monsieur* de La Baudraye, para *mademoiselle* Dinah Piédefer fue un partido verdaderamente inesperado. ¿Cuáles podían ser los pensamientos secretos y las intenciones de aquel viticultor, al casarse, a cuarenta y cuatro años, con una joven de diecisiete, y qué partido podía sacar su mujer de él? Éste fue el primer texto de las meditaciones de Dinah. El hombrecillo engañó perpetuamente la observación de su mujer. Así, para empezar, se dejó quitar las dos preciosas hectáreas de parque que rodeaban a La Baudraye, y dio con bastante generosidad los siete u ocho mil francos necesarios para las obras interiores dirigidas por Dinah, quien pudo comprar en Issoudun el mobiliario de los Rouget e instalar en su casa su sistema de decoración Edad Media —Luis XIV— y Pompadour. La recién casada no pudo pensar entonces que *monsieur* de La Baudraye fuese un avaro, como le habían dicho, y más bien creyó haber adquirido cierto ascendiente sobre él. Este error duró dieciocho meses.

Después del segundo viaje de *monsieur* de La Baudraye a París, Dinah reconoció en él la frialdad polar de los avaros de provincias en todo cuanto concierne al dinero. A la primera petición de capital, ella representó la más graciosa de esas comedias cuyo secreto se remonta a Eva; pero el hombrecillo dijo sin ambages a su mujer, que le daba doscientos francos mensuales para alfileres, y que guardaba mil doscientos francos de renta vitalicia a *madame* Piédefer por la hacienda de la Hautoy, y que, por tanto, los mil escudos de la dote eran superados en una suma de seiscientos francos anuales.

—No me refiero a los gastos de nuestra casa —dijo para terminar—, pues os dejo ofrecer *brioche*s y té por las tardes a vuestros amigos, pues conviene que os divirtáis; pero en cuanto a mí, que no gastaba ni siquiera mil quinientos francos por año antes de casarme, hoy gasto seis mil, impuestos y reparaciones comprendidos, y esto resulta algo excesivo, teniendo en cuenta el volumen de nuestra fortuna. Un viticultor únicamente está seguro de sus gastos: la labor de las tierras, los impuestos, los toneles; mientras que los ingresos dependen de un sol abrasador o de una helada. Los pequeños propietarios como nosotros, cuyos ingresos distan mucho de ser fijos, deben basar sus cálculos sobre lo mínimo, pues no tiene ningún medio de reparar un excedente de gastos o una pérdida. ¿Qué sería de nosotros si un comerciante en vinos hiciese quiebra? Así, para mí, los billetes de Banco equivalen a hojas de col. Para vivir como vivimos, pues, debemos tener sin cesar un año de ingresos en perspectiva, contando únicamente con las dos terceras partes de nuestras rentas.

Basta una resistencia cualquiera para que una mujer desee vencerla, y Dinah chocó contra un alma de bronce oculta bajo los más dulces modales, que la recubrían

como si fuesen algodón en rama. Trató de inspirar temores y celos al hombrecillo, pero lo halló atrincherado en la tranquilidad más insolente. Abandonaba a Dinah para irse a París, con la certidumbre que hubiera tenido Medor en la fidelidad de Angélica. Cuando se mostró fría y desdeñosa para herir en lo vivo a aquel aborto de la naturaleza con el desdén que las cortesanas emplean con sus protectores y que actúa sobre ellos con la precisión de un tornillo de prensa, *monsieur* de La Baudraye miró a su mujer con sus ojos fijos como los de un gato que, ante un trastorno doméstico, espera la amenaza de un golpe antes de huir. La extraña inquietud inexplicable que se traslucía a través de aquella mudez indiferente, casi espantó a aquella joven de veinte años; de momento no comprendía la egoísta tranquilidad de aquel hombre, comparable a un vaso resquebrajado y que, para vivir, había regulado los movimientos de su existencia con la precisión fatal que los relojeros dan a sus relojes de péndulo. Por lo tanto, aquel ente canijo escapaba siempre a su mujer, que lo atacaba sin cesar a diez pies sobre su cabeza.

Es más fácil comprender que describir los accesos de cólera a que se entregó Dinah cuando se vio condenada a no poder salir de La Baudraye, ni de Sancerre, ella que soñaba con manejar la fortuna y los asuntos de aquel enano a quien desde el primer momento ella, una gigante, había obedecido para mandarle mejor. En la esperanza de debutar un día en el gran teatro de París, aceptaba el vulgar incienso de su corte de honor, quería hacer salir el nombre de *monsieur* de La Baudraye de la urna electoral, pues lo creía ambicioso al verlo regresar por tres veces de París, después de haber ascendido cada vez un nuevo peldaño en la escala social. ¡Pero cuando interrogó el corazón de aquel hombre, golpeó algo tan duro como el mármol! El ex recaudador, el ex miembro del Senado, el ex magistrado, el oficial de la Legión de Honor, el comisario real era un topo ocupado en abrir sus galerías en torno a un pedazo de viña... Fueron vertidas entonces algunas elegías en el corazón del fiscal de la Audiencia, del subprefecto e incluso de *monsieur* Gravier, quienes, a una, sintieron redoblar su afecto por aquella sublime víctima, pues ella se guardó bien, como hacen todas las mujeres, por otra parte, de exponer sus intenciones y, cosa también propia de mujer, sintiéndose incómoda en la especulación, la cubrió de oprobio.

Dinah, agitada por aquellas tempestades interiores, entró, indecisa, en el año 1827, en cuyo año, a fines de otoño, estalló como una bomba la noticia de la adquisición de las tierras de Anzy por el barón de La Baudraye. Aquel ser raquíptico experimentó entonces una alegría orgullosa que hizo cambiar, durante algunos meses, las ideas de su mujer, quien creyó que había en él algo grande, al verle solicitar la erección de un mayorazgo. En su triunfo, el pequeño barón exclamó:

—¡Dinah, un día seréis condesa!

Se hizo entonces entre ambos esposos una de esas componendas que no pueden sostenerse y que debían fatigar tanto como humillar a una mujer, cuya superioridad aparente era falsa y cuya superioridad oculta era la verdadera. Este curioso contrasentido es más frecuente de lo que se piensa. Dinah, que se sentía en ridículo

interiormente, era grande por las cualidades de su alma, pero las circunstancias no permitían manifestar tales virtudes, mientras que la vida de provincias adulteraba diariamente «la calderilla de su espíritu». Por un fenómeno contrario, *monsieur* de La Baudraye, hombre sin fuerza, sin ánimos ni ingenio, parecía un día poseer un gran carácter, siguiendo tranquilamente un plan de conducta del que su debilidad no le permitía salir.

X

DE CÓMO DINAH SE CONVIRTIÓ EN UNA PROVINCIANA

En aquella existencia hubo una primera fase que duró seis años y durante la cual Dinah se convirtió, por desgracia, en una provinciana. En París existen muchas clases de mujeres: la duquesa y la mujer del financiero, la embajadora y la esposa del cónsul, la mujer del ministro que es ministro y la mujer del que ya no lo es; la mujer decente de la orilla derecha y la de la orilla izquierda del Sena; pero, en provincias, no hay más que una mujer, y esta pobre mujer es la mujer provinciana. Esta observación pone de manifiesto una de las grandes lacras de nuestra sociedad moderna. Hay que saber bien: la Francia del siglo XIX está dividida en dos grandes zonas: París y las provincias; éstas, celosas de París, y París sólo pensando en las provincias para pedirles dinero. En otros tiempos, París era la primera ciudad de provincias y la Corte sobresalía por encima de las restantes ciudades; en la actualidad, todo París es corte y las provincias toda la ciudad. Por grande, por hermosa, por inteligente que sea una joven nacida en un departamento cualquiera, sí, como hizo Dinah Piédefer, se casa en provincias y se queda a vivir en ella, no tarda en convertirse en una provinciana. A pesar de los proyectos, los lugares comunas, la mediocridad de ideas, el desaliño personal, el cultivo de las vulgaridades, invaden el ser sublime oculto en el alma, y, al poco tiempo, la hermosa planta languidece. ¿Cómo podría ser de otro modo?

Desde su adolescencia, las jóvenes provincianas sólo ven a su alrededor a gentes provincianas, no pueden inventar nada, únicamente pueden escoger entre mediocridades; los padres de provincias no casan a sus hijas más que con mozos provincianos; a nadie se le ocurre entrecruzar linajes, y a consecuencia de ello el espíritu degenera necesariamente; así, en muchas poblaciones provincianas, la inteligencia es tan rara como vulgares las familias.

El hombre se adocena en ambas especies, pues la siniestra idea del matrimonio de conveniencia domina a todos los enlaces. Las personas de talento, los artistas, los hombres superiores, todos los gallos de pelea y de bello plumaje emprenden el vuelo a París. Inferior como mujer, una mujer de provincias aún es más inferior por su marido. ¡Vivid felices, pues, con estos dos pensamientos abrumadores! Pero la inferioridad conyugal y la inferioridad radical de la provinciana se ves agravadas por una tercera y terrible inferioridad que contribuye a hacer seca y sombría esta figura, a encogerla, a empequeñecerla, a afearla fatalmente. Una de las más agradables lisonjas que suelen dirigirse a las mujeres es la certidumbre de ser algo en la vida de un hombre superior elegido por ellas con conocimiento de causa, como para desquitarse del matrimonio, en el que sus gustos no se tuvieron en cuenta.

Pero en provincias, si bien entre los maridos no existe superioridad alguna, ésta aún es menor entre los célibes. Así, cuando la provinciana comete un pecadillo, siempre se prenda de un hombre donoso o de un *dandy* local, de un mozo que lleva

guantes y que pasa por saber montar a caballo; pero, en el fondo de su corazón, sabe que su anhelo persigue un lugar común más o menos bien vestido.

Dinah se vio preservada de este peligro por la idea que le habían infundido de su superioridad. Durante los primeros días de su matrimonio aquel criterio no la guardó peor que la hubiera guardado su madre, cuya presencia no le resultó importuna hasta el momento en que tuvo interés en descartarla, en lo futuro la custodiarían su orgullo y la altura en que puso sus miras. Halagada por verse rodeada de admiradores, no vio a ningún amante entre ellos. Ningún hombre realizaba el poético ideal que ella había bosquejado otrora de consumo con Anna Grossetete. Cuando, vencida por las tentaciones involuntarias que los homenajes despertaban en ella, se preguntó a quién elegiría, si fuese absolutamente necesario entregarse, sintió que sus preferencias se inclinaban por *monsieur* de Chargeboeuf, gentilhomme de ilustre alcurnia cuya persona y cuyos modales le gustaban, pero cuya frialdad de espíritu, cuyo egoísmo y cuya ambición limitada a una prefectura y a un buen matrimonio, le repelían. Bastó una palabra de su familia, temerosa de que una simple intriga acarrease su perdición, para que el vizconde dejase sin el menor remordimiento, en su primera subprefectura, una mujer adorada. Por el contrario la persona de *monsieur* de Clagny, en cambio, el único cuyo espíritu vibraba al unísono con el de Dinah, cuya ambición tenía el amor por principio y sabía amar, la desagradaba soberanamente. Cuando se vio condenada a permanecer otros seis años en la Baudraye, se dispuso a aceptar las atenciones del vizconde de Chargeboeuf, pero lo nombraron prefecto y abandonó la región. Con gran contento por parte del fiscal de la audiencia, el nuevo subprefecto era hombre casado cuya mujer llegó a ser amiga íntima de Dinah. *Monsieur* de Clagny sólo tuvo que luchar con la rivalidad de *monsieur* Gravier. Éste era el tipo de cuadragenario del que se sirven las mujeres para burlarse de él, alimentando sabiamente y sin remordimiento sus esperanzas, que ellas cuidan como harían con una acémila. En seis años, entre todos los hombres que le fueron presentados, de veinte leguas a la redonda, no hubo ni uno solo ante cuyo aspecto Dinah experimentase la conmoción que causan la belleza, fe en la felicidad, el encuentro con un alma superior o el presentimiento de un amor cualquiera, incluso desgraciado.

Por lo tanto, ninguna de las preciosas facultades de Dinah pudo desarrollarse y devoró las heridas hechas a su orgullo constantemente pisoteado por su marido, que se paseaba apaciblemente, y como un comparsa, por el escenario de su vida.

Obligada a enterrar los tesoros de su amor, sólo ofreció su exterior a la sociedad. Había momentos en que se sacudía y quería adoptar una resolución viril, pero la cuestión monetaria la retenía. Así, lentamente y pese a las protestas ambiciosas y las recriminaciones elegiacas de su espíritu, sufría las transformaciones provincianas que acabamos de describir. Cada día que pasaba se llevaba un retazo de sus primeras resoluciones. Se había trazado un programa de aseo personal que fue abandonando paulatinamente. Si al principio seguía la moda, si se mantenía al corriente de las pequeñas innovaciones del lujo, se vio obligada a limitar sus compras a la cifra

estipulada de su pensión. En vez de cuatro sombreros, seis cofias y seis vestidos, tuvo que contentarse con un vestido por temporada. Dinah estaba tan linda con determinado sombrerito, que lo siguió llevando al año siguiente. Y con todo sucedió lo mismo. La artista inmoló a menudo las exigencias de su atavío al deseo de tener un mueble gótico. A partir del séptimo año, incluso encontró cómodo ordenar hacerse ante sus propios ojos sus vestidos de mañana por la más hábil modista del país, y su madre, su marido y sus amigos la encontraron encantadora con aquel atavío económico en el que, según su costumbre, su buen gusto resplandecía. ¡Llegaron a copiar sus ideas!... Al no tener ante sus ojos ningún término de comparación, Dinah cayó en las trampas tendidas a las provincianas. Si una parisién no tiene las caderas bien dibujadas, su fértil espíritu y el deseo de agradar, le hacen encontrar un remedio heroico; si tiene algún vicio, cierta fealdad, una tara cualquiera, es capaz de convertirlo en un atractivo más, cosa que se ve con harta frecuencia, pero la provinciana no lo hará nunca. Si tiene el talle demasiado corto o muestra tendencia a engordar, ella se resigna y sus adoradores, so pena de no amarla, deben aceptarla tal como es, mientras que la parisién siempre quiere que la tomen por lo que no es. De ahí vienen esas hechuras grotescas, esas delgadeces descaradas, esas amplitudes ridículas, esas líneas poco graciosas ofrecidas con ingenuidad, a las que toda la población se ha acostumbrado y que producen pasmo cuando una provinciana se presenta en París o ante los parisienses. Dinah, cuyo talle era esbelto, lo hizo valer a ultranza y ni siquiera se dio cuenta del momento en que estaba ridícula y en que, enflaquecida por el hastío, pareció convertirse en un esqueleto vestido; sus amigos, al verla todos los días, no observaban los cambios insensibles que se producían en su persona. Este fenómeno es una de las consecuencias naturales de la vida de provincias. A pesar del matrimonio, las mujeres jóvenes conservan aún por algún tiempo su belleza, la ciudad se enorgullece de ellas, pero todos la ven diariamente y no hay como la observación cotidiana para mellar las facultades de observación. Si como sucedió con *madame* de La Baudraye, su brillo se empaña ligeramente, apenas nadie se da cuenta. Es más aún: una pequeña rubicundez es algo que se comprende y que despierta interés. Una pequeña negligencia produce adoración. Por otra parte, la fisonomía está tan bien estudiada, tan bien comprendida, que las ligeras alteraciones pasan casi desapercibidas, y quizá todos terminan considerándola como graciosos lunares. Cuando Dinah dejó de renovar su vestuario a cada temporada, pareció como si hubiese hecho una concesión a la filosofía local.

Ocurre lo mismo con el hablar, con los modales, el lenguaje y las ideas, y con el sentimiento: el espíritu se enmohece tanto como el cuerpo y no se renueva en el ambiente parisién; pero lo que más distingue a la vida de provincias es el gesto, el porte, los movimientos, que pierden aquella agilidad que París comunica incesantemente. La provinciana está acostumbrada a andar y moverse en una esfera sin accidentes, sin transición; no tiene nada que evitar, va como los reclutas, por París, sin pensar que existan obstáculos, pues no existen en provincias, donde la

conocen, donde está siempre en su sitio y donde todo el mundo le deja paso. En tales condiciones, la mujer pierde el encanto de lo imprevisto. Todos hemos observado, en fin, el singular fenómeno de la reacción que produce en el hombre la vida en común. Los seres tienden, a causa del sentido indeleble de la imitación simiesca, a modelarse mutuamente. Se adoptan sin darse cuenta los gestos, las maneras de hablar, las actitudes, el porte y las facciones ajenas. En seis años, Dinah se adaptó al diapasón de su sociedad. Al adoptar las ideas de *monsieur* de Clagny, adoptó también su timbre de voz; imitó sin percibirse los modales masculinos al no ver más que hombres: creyó garantizarse contra todas sus ridiculeces burlándose de ellos, pero, como sucede a ciertos burlones, quedaron algunas trazas de aquella burla en su natural. Una parisién tiene demasiados ejemplos de buen gusto para que no suceda el fenómeno contrario. Así, las mujeres de París esperan la hora y el momento de hacerse valer, mientras que *madame* de La Baudraye, acostumbraba a estar siempre en escena, contrajo un no sé qué de teatral y dominador, un aire de *prima donna* entrando en escena, que las sonrisas burlonas no hubieran tardado en reformar, en París.

Cuando hubo adquirido su acervo de ridiculeces y cuando, engañada por sus adoradores embelesados, creyó haber adquirido nuevas gracias, tuvo un instante de terrible despertar, que fue como una luz caída de la montaña. Dinah se vio abrumada un día por una terrible comparación.

En 1828, después de la partida de *monsieur* de Chargeboeuf, se vio agitada por la espera de una pequeña felicidad: volvería a ver a la baronesa de Fontaine. A la muerte de su padre, el marido de Anna, que había sido nombrado director general en el Ministerio de Finanzas, aprovechó un permiso para llevarse a su esposa a Italia cuando aún estaba de luto. Anna quiso detenerse un día en Sancerre, para pasarlo con la amiga de su infancia. Aquella entrevista tuvo algo de funesto. Anna, mucho más bella en el pensionado Chamarolles que Dinah, se presentó como baronesa de Fontaine mil veces más hermosa que la baronesa de La Baudraye, a pesar de su fatiga y su traje de viaje. Anna se apeó de un encantador cupé abarrotado de sombrereras de la parisién: llevaba consigo una doncella cuya elegancia espantó a Dinah. Todas las diferencias que distinguen a la parisién de la provinciana saltan a la vista inteligente de Dinah que se vio entonces tal como aparecía ante su amiga, quien apenas la reconoció. Anna gastaba seis mil francos anuales en acicalarse, el total de lo que costaba la mansión de *monsieur* de La Baudraye. En veinticuatro horas, las dos amigas cambiaron muchas confidencias; y la parisién, encontrándose superior al fénix del pensionado Chamarolles, colmó a su amiga de provincias de bondades y atenciones, explicándole ciertas cosas que hicieron sangrar el corazón de Dinah, pues la provinciana tuvo que reconocer que las cualidades superiores de la parisién eran todas aparentes, mientras que las suyas habían desaparecido para siempre.

Después de la partida de Anna, *madame* de La Baudraye, que entonces tenía veintidós años, se hundió en una desesperación sin límites.

—¿Qué tenéis? —le preguntó *monsieur* de Clagny al verla tan abatida.

—Anna —contestó ella— aprendía a vivir mientras yo aprendía a sufrir...

En casa de *madame* de La Baudraye, en efecto, se representaba una tragicomedia que armonizaba con sus luchas respecto a la fortuna, con sus sucesivas transformaciones y de la que sólo se enteró, después del abate Duret, *monsieur* de Clagny, cuando Dinah, impulsada por el ocio, acaso por la vanidad, le confió el secreto de su anónima gloria.

XI

HISTORIA DE MUCHAS POESÍAS Y POESÍA DE LA HISTORIA

Aunque la alianza entre el verso y la prosa resulte verdaderamente monstruosa en la literatura francesa, hay, sin embargo sus excepciones. Así, pues, esta historia nos ofrecerá una de las dos violaciones que, en estos estudios, se cometerán con la carta del conde, pues, para que el lector entrevea las luchas íntimas que pueden excusar a Dinah sin absorberla, es necesario analizar un poema, fruto de su profunda desesperación.

Llevada al límite de su paciencia y de su resignación por la partida del bizconde de Chargeboeuf, Dinah siguió el consejo del buen abate Duret, quien le aconsejó verter sus malos pensamientos en poesía; quizás esto explique a algunos poetas.

—Os sucederá como a los que riman epitafios o elegías sobre seres que han perdido: se calma el dolor del corazón a medida que hierven los alejandrinos en la cabeza.

Aquel extraño poema puso en conmoción los departamentos del Allier, de la Nievre y del Cher, contentos de poseer una poetisa capaz de competir con los talentos de París. PAQUITA, LA SEVILLANA, poema de JUAN DIAZ, se publicó en *El Eco del Morvan*, especie de revista que luchó durante dieciocho meses contra la indiferencia provinciana. Algunas personas ingeniosas aseguraron, en Nevers, que Juan Díaz se había querido burlar de la escuela joven que entonces producía excéntricas poesías, llenas de inspiración y de imágenes, en la que se obtenían grandes efectos violando la musa, so pretexto de fantasías alemanas, inglesas y romanas.

El poema comenzaba con este canto:

*Si conocierais España,
y su campiña lozana,
su clima ardoroso y fresco,
de amor, de cielo y de patria,
tristes hijas de la Neustria,
siempre estaríais calladas.*

*Que son distintos sus hombres
de los de esta fría Francia.*

*De la mañana a la noche,
se canta y baila en el prado:
viste la airosa andaluza
sus zapatillas de raso.*

*¡Cómo os avergonzarían
toscos los bailes salaces!
Vuestro feo carnaval
que el frío inhóspito hace
bufón en lodo enfangado
de burdas pieles calzado.
En una oscura zahúrda, tristes doncellas velando
Paquita entona este canto;
En este triste Ruán, en agujas culminado;
para combatir al cielo
de agudas lanzas armado.*

Una magnífica descripción de Ruán, que Dinah nunca había visitado, hecha con aquella brutalidad postiza que dictó más tarde tantas poesías juvenalescas, comparaba con desventaja la vida de las ciudades industriales con la vida despreocupada de España, el amor celeste y el amor de las bellezas humanas al culto de las máquinas: la poesía y la especulación, en fin. Juan Díaz explicaba el horror que sentía Paquita por Normandía en los siguientes términos:

*Pues nacida era Paquita, en la ciudad de Sevilla
de oscuras noches fragantes.
Era, a los trece años, la reina de la villa,
y aún no faltándole amantes,
Fueron tres los toreros que por ella murieron:
pues el vencedor ganaba
Un solo beso que daba aquella boca graciosa,
que toda Sevilla amaba.*

Los principales trazos que formaban el retrato de la joven española, sirvieron después para retratar a tantas cortesanas en tantos llamémosles poemas, que resultaría prolijo reproducir aquí los cien versos que componen este retrato. Mas para juzgar los atrevimientos a que se entregó Dinah, bastará con reproducir la conclusión.

Según la ardiente *madame* de La Baudraye, Paquita había sido dotada por la naturaleza con tales dotes amorosas, que difícilmente podía encontrar caballeros dignos de ella, pues

... con tal frenesí amaba

*que los hubiera matado,
cuando al festín del amor,
horno su pecho de ardor
sólo se había sentado.*

*... Con todo,
ella dejó Sevilla la gozosa,
sus vergeles de naranjos,
por un soldado normando
que la quiso hacer su esposa
y se la llevó a sus campos.
¡No derramó lágrimas por su Andalucía,
el soldado fue su dicha!*

*Pero un día el soldado partió a la estepa rusa
con el gran Napoleón.*

Nada más delicado que la pintura de la despedida entre la española y el capitán de artillería normando que, en el delirio de una pasión representada con un sentimiento digno de lord Byron, exigía de Paquita una promesa de fidelidad absoluta, en la catedral de Ruán y ante el altar de la Virgen que,

*Aunque Virgen, es hembra, y no perdona nunca
al falso en la fe de amor.*

Una gran parte del poema estaba consagrado a describir los sufrimientos de Paquita, sola en Ruán, esperando el fin de la campaña; se retorció las manos ante la reja de su ventana viendo pasar las parejas dichosas, contenía el amor en su corazón con una energía devoradora, vivía de narcóticos y se agotaba en sueños vanos...

*Si bien desfallecía,
en amor fue siempre fiel.
Al regresar el soldado
—al finalizar el año—, halló su dama adorada
en honestidad guardada.*

*Mas él, helado y sin vida
con el corazón trocado*

*de la Rusia inmensa y fría
volvía, ¡ah!, desamorado.*

El poema había sido concebido para llegar a esta situación explotada con una inspiración y una audacia que daban más bien la razón al abate Duret. Paquita, al reconocer los límites donde terminaba el amor, no se lanzaba, como Eloísa y Julia, en el infinito, al ideal; no, ella se lanzaba al camino del vicio, lo que puede ser atrozmente natural, pero no posee ninguna grandeza, a falta de realidad, pues es difícil encontrar en Ruán personas lo bastante apasionadas para introducir a una Paquita en su ambiente lujoso y elegante. Tan terrible conducta, puesta de manifiesto por una poesía sombría, dictó algunas de esas páginas de las que usa y abusa la poesía moderna, excesivamente parecidas a lo que los pintores llaman «desolladuras».

Con una repetición teñida de filosofía, el vate, después de describir la mansión infame donde la andaluza acabó sus días, volvía a enlazar con el canto del comienzo:

*Porque ahora Paquita
ya vieja y arrugada,
tristemente cantaba:
«si conocierais España,
y su campiña lozana, etc...».*

El ingenuo patriotismo que distinguía aquel poema que casi tenía seiscientos versos, y que, si se nos permite utilizar esta expresión tomada de la pintura, formaba un vigoroso *repousoir* (contraste) con dos seguidillas, parecidas a la que comienza y a la que termina la obra, aquella creación viril de un dolor indecible espantó a la propia autora a la que ya tres departamentos admiraban bajo el negro frac del anónimo. Mientras saboreaba las mieles embriagadoras del éxito, Dinah temía la maledicencia provinciana, que llevaría a más de una mujer, en caso de indiscreción, a ver ciertas relaciones entre el autor y Paquita. Después vino la reflexión y Dinah tembló de vergüenza ante la idea de haber explotado algunos de sus dolores.

—No escribáis nada más —le dijo el abate Duret—, so pena de dejar de ser una mujer para convertirnos en un poeta.

Buscaron a Juan Díaz en Moulins, en Nevers, en Bourges, pero Dinah fue impenetrable. Con el fin de no dejar una mala impresión de sí misma, para el caso de que una fatal casualidad rebelase su nombre, compuso un encantador poema en dos cantos sobre el *Roble de la misa*, una tradición del Nivernés que vamos a relatar:

Cierto día, los habitantes de Nevers y los de Saint-Saulge, que estaban en guerra, se levantaron al alba para librar mortal batalla, y se encontraron en el bosque de Faye. Entre ambos bandos se alzó un sacerdote, erguido al pie de un roble, y cuyo porte al sol naciente tenía algo de tan impresionante, que ambos bandos, obedeciendo sus

órdenes, oyeron la santa misa, que se celebró bajo el roble, y a la voz del Evangelio, se reconciliaron. Aún hoy se enseña al viajero un roble cualquiera del bosque de Faye. Este poema, infinitamente superior a *Paquita la sevillana*, tuvo menos éxito. Después de este doble intento, *madame* de la Baudraye, al saberse poeta, mostraba súbitos destellos en la frente y los ojos, que aún la hicieron más bella. Dirigía la mirada a París, aspiraba a la gloria y volvía a caer en su agujero de la Baudraye, en sus disputas cotidianas con su marido y en su círculo de amistades, cuyos caracteres, intenciones y discursos le eran demasiado conocidos para que a la larga no resultaran enojosos. Al hallar en sus trabajos literarios una distracción a sus cuitas; al llenar el vacío de su vida con la resonante poesía, al ocupar sus fuerzas de este modo, la literatura le hizo aborrecer la gris y pesada atmósfera de la provincia.

XII

DE CÓMO LA REVOLUCIÓN DE JULIO PRODUJO OTRA EN EL HOGAR DE DINAH

Cuando, después de la Revolución de 1830, la gloria de George Sand irradió sobre el Berry, muchas villas y lugares envidiaron a la Chatre el privilegio de haber visto nacer a una rival de *madame* de Staël, a Camille Maupin, y se mostraron muy dispuestas a honrar los menores talentos femeninos. Esto suscitó la aparición de muchas décimas musas en Francia, jovencitas o mujeres apartadas de una vida apacible, por el espejuelo de la gloria. Por esta época se publicaban extrañas doctrinas acerca del papel que debía representar la mujer en la sociedad. Sin que resultara adulterado el buen sentido que integra el trasfondo del espíritu francés, se permitía a las mujeres que expresaran ideas y profesaran sentimientos que no se hubieran atrevido a manifestar años antes. *Monsieur* de Clagny aprovechó aquella momentánea licencia para reunir en un pequeño volumen en 18.^o, que fue impreso por Desroziers, en Moulins, las obras de Juan Díaz. Compuso una nota ingeniosa, para los que estaban en el intrínquulo, sobre aquel joven escritor, arrebatado tan prematuramente a las letras, nota ingeniosa pero que no tenía entonces, en literatura, el mérito de la novedad. Estas bromas, excelentes cuando se conserva el incógnito, se hacen un poco frías cuando más tarde el autor se da a conocer. Mas por lo que a esto concierne, la noticia sobre Juan Díaz, hijo de un prisionero español y nacido en Bourges hacia 1807, tiene grandes probabilidades de engañar un día a los autores de *Biografías Universales*. ¡No le falta ni un detalle! Ni los nombres de los profesores del colegio de Bourges, ni los de los condiscípulos del poeta muerto, como Lousteau, Vianchon y otras celebridades del Berry que pasaban por haberlo conocido, soñador, melancólico, anunciando precoces disposiciones para la poesía. Una elegía titulada *Tristeza*, compuesta en el colegio, los dos poemas de *Paquita la sevillana* y del *Roble de la misa*, tres sonetos, una descripción de la catedral de Bourges y del Hotel de Jacques Coeur, y por último una novela titulada *Carola*, considerada como la obra durante cuya redacción le sorprendió la muerte, formaban el equipaje literario del difunto, cuyos últimos instantes, llenos de miseria y desesperación, eran propios para oprimir el corazón de las personas sensibles de la Nievre, del Borbonés, del Cher y del Morvan, donde exhaló el último suspiro cerca de Chateau-Chinon, desconocido de todos, incluso de la mujer amada...

De aquel tomito amarillo se tiraron doscientos ejemplares, de los que se vendieron ciento cincuenta, aproximadamente cincuenta por departamento. Esta proporción media de las almas sensibles y poéticas en tres departamentos franceses es para enfriar el entusiasmo de los autores por lo que toca a la *furia francesa*, que, en nuestros días, se aplica mucho más a los intereses que a los libros. Una vez *monsieur* Clagny se permitiera esas liberalidades, pues firmó la noticia, Dinah se guardó siete u ocho ejemplares envueltos en los periódicos forasteros que dieron cuenta de aquella

publicación. Nathan, engañado lo mismo que muchos habitantes del Berry, publicó un artículo sobre el gran hombre, al que halló todas las cualidades que suelen concederse a las personas enterradas. Lousteau, escamado por sus camaradas de colegio, que no se acordaban en absoluto de aquel Juan Díaz, esperó noticias de Sancerre, y supo que «Juan Díaz» era el seudónimo de una mujer. En el distrito de Sancerre todos se apasionaron por *madame* de La Baudraye, en la que quisieron ver la futura rival de George Sand.

Desde Sancerre hasta Bourges se exaltaba y ensalzaba un poema que, en otros tiempos, sólo hubiera merecido oprobio. El público de provincias, acaso como todos los públicos franceses, hace menguado uso de este rey de los franceses, o sea el justo medio: os pone en las nubes o bien os hunde en el fango.

Por esta época, el bueno y anciano abate Duret, director espiritual de *madame* de La Baudraye, ya había muerto; de no ser así, le hubiera impedido que se entregase a la publicidad. Pero aquellos tres años de trabajo y de incógnito pesaban en el corazón de Dinah, que trocó sus ambiciones frustradas por los clarines de la gloria. La poesía y los sueños de celebridad, que desde su entrevista con Anna Grossetete, habían adormecido sus dolores, ya no eran suficientes, después de 1830, para la actividad de aquel corazón enfermo. El abate Duret, que hablaba del mundo cuando la voz de la religión era impotente, el abate Duret, que comprendía a Dinah, que le pintaba un risueño porvenir diciéndole que Dios recompensaría todos sus sufrimientos noblemente soportados, aquel amable anciano ya no podía interponerse entre una falta inminente y su bella penitenta, a quien daba el nombre de hija. El viejo y sabio sacerdote intentó más de una vez iluminar a Dinah sobre el carácter de *monsieur* de La Baudraye, diciéndole que aquel hombre sabía odiar; pero las mujeres no están dispuestas a reconocer la existencia de una fuerza en los seres débiles, y el odio es algo demasiado constante para no ser fuerza viva. Al encontrar a su marido profundamente indiferente en amor, Dinah se negaba a reconocerle la facultad de odiar.

—No confundáis el odio con la venganza —le decía el abate—. Se trata de dos sentimientos muy diferentes: aquél es propio de los espíritus mezquinos, éste es el resultado de una ley a la que obedecen las grandes almas. Dios se venga pero no odia. El odio es el vicio de las almas estrechas, que lo alimentan con todas sus pequeñeces, convirtiéndolo en pretexto de sus bajas tiranías. Así es que guardaos bien de herir a *monsieur* de La Baudraye; os perdonaría una falta, pues vería en ello cierto beneficio para sí, pero sería dulcemente implacable si lo tocáis en el punto donde fue tan cruelmente alcanzado *monsieur* Milaud de Nevers, y la vida se os volvería imposible.

Precisamente en el instante en que el Nivernés, el Sancerrés, el Morvan y el Berry se enorgullecían de *madame* de La Baudraye y la celebraban bajo el nombre de Juan Díaz, el pequeño La Baudraye recibía un golpe mortal a causa de esta gloria. Él era el único que sabía los secretos del poema sobre *Paquita la sevillana*. Cuando se hablaba de esta obra terrible, todo el mundo decía de Dinah: «¡Pobre mujer, pobre mujer!».

Las mujeres estaban contentas de poder compadecer a la que tanto las había vejado, y Dinah nunca pareció más grande a los ojos de la comarca. El hombre escuálido y envejecido, más amarillento, más arrugado y más débil que nunca, nada demostró; pero a veces Dinah le sorprendió unas miradas de una frialdad venenosa, que desmentía sus redobladas atenciones y la dulzura que desplegaba con ella. Terminó por adivinar lo que consideró una simple riña matrimonial, pero, al explicarse con su insecto, como lo llamaba *monsieur* Gravier, sintió el frío, la dureza y la impasibilidad del acero: se encolerizó y le reprochó la vida que llevaba desde hacía once años; hizo, premeditadamente con toda intención, lo que las mujeres llaman una escena; pero el pequeño La Baudraye permaneció apoyado en un sillón, con los ojos cerrados y escuchando sin perder su compostura. Y, como siempre, el enano venció la resistencia de la mujer. Dinah comprendió que había hecho mal escribiendo; se prometió no hacer nunca más un verso y mantuvo su palabra. ¡Cuál fue la desolación que se abatió sobre Sancerre!

—¿Por qué *madame* de La Baudraye ya no compone más versos? —se preguntaron todos.

XIII

EL AMOR PREMEDITADO

Por aquel entonces, *madame* de La Baudraye no tenía ya enemigos, su casa se veía muy concurrida y no pasaba semana sin que le hiciesen nuevas presentaciones. La esposa del presidente del tribunal, una augusta burguesa que de soltera se llamaba Popinot-Chandier, dijo a su hijo, joven de veintidós años, que fuese a La Baudraye para hacer la corte, y se sentía muy oronda viendo a su Gatien gozando del favor de aquella mujer superior. La expresión *mujer superior* reemplazó al grotesco apelativo de «Safo de Saint-Satur». La presidenta, que durante nueve años dirigió la oposición contra Dinah, estuvo tan contenta de ver aceptado a su hijo, que se dedicó a poner por las nubes a la Musa de Sancerre.

—¡Al fin y al cabo —exclamó, respondiendo a una filípica de *madame* de Clagny, que odiaba a muerte a la pretendida amante de su marido—, es la mujer más hermosa e inteligente de todo el Berry!

Después de haber recorrido tantos vericuetos, de haberse metido por mil caminos distintos, de haber soñado con el amor en todo su esplendor, de haber aspirado los sufrimientos y los dramas más negros hallando en ellos los sombríos placeres que tan baratos le costaban, pues hasta tal punto le era fatigosa la monotonía de su existencia, un día Dinah cayó en la trampa que había jurado evitar. Al ver que *monsieur* de Clagny no cesaba de sacrificarse y se negaba a ser abogado general en París, adonde lo llamaba su familia, ella se dijo: «¡Me ama!». Venciendo su repugnancia, hizo como si quisiera premiar tanta constancia. Gracias a este impulso de generosidad que se suscitó en ella, Sancerre debió la coalición formada durante las elecciones a favor de *monsieur* de Clagny. *Madame* de La Baudraye acariciaba el sueño de seguir a París al diputado por Sancerre. Pero a pesar de solemnes promesas, los ciento cincuenta votos otorgados al adorador de la bella Dinah, quien quería imponer la toga de guardián de los sellos a aquel protector de viudas y huérfanos, se trocaron en una *imponente minoría* de cincuenta votos. Los celos del presidente Boirouge, el odio de *monsieur* Gravier, convencido de la preponderancia que ejercía el candidato en el corazón de Dinah, fueron explotados por un joven subprefecto que, a causa de ello, los doctrinarios hicieron nombrar prefecto.

—No me consolaré jamás —dijo a uno de sus amigos al abandonar Sancerre—, de no haber sabido agradar a *madame* de La Baudraye. Así mi triunfo hubiera sido completo...

Aquella vida tan atormentada interiormente ofrecía un exterior tranquilo, dos seres mal avenidos, pero resignados, un no sé qué de ordenado, de decente, esa mentira que quiere la sociedad pero que para Dinah era como un arnés insoportable. ¿Por qué quería quitarse la máscara después de haberla llevado durante doce años? ¿De dónde provenía aquella lasitud, si a cada día que pasaba su esperanza de enviudar era mayor? Quien haya seguido todas las fases de esta existencia,

comprenderá muy bien los diferentes desengaños que sufrió Dinah, como sucede a muchas mujeres. Del deseo de dominar a *monsieur* de La Baudraye, pasó a concebir la esperanza de ser madre. Entre las discusiones matrimoniales y la triste certidumbre de su suerte, transcurrió todo un período de su vida. Después, cuando quiso consolarse, el consolador, *monsieur* de Chargeboeuf, abandonó la localidad. A causa de ello, le faltó precisamente entonces el impulso que provoca los deslices en que incurren la mayoría de las mujeres. Si bien existen mujeres que se lanzan en derechura a cometer una falta, hay también muchas que acarician numerosas ilusiones y que sólo la cometen después de errar por un dédalo de secretas desdichas. Éste fue el caso de Dinah. Estaba tan poco dispuesta a faltar a sus deberes conyugales, que demostró no amar lo suficiente a *monsieur* de Clagny como para perdonarle su fracaso. Su instalación en el castillo de Anzy, la ordenación de sus colecciones y sus curiosidades, cuyo valor quedó realzado por el marco magnífico y grandioso que Philibert Deforme parecía haber construido para albergar aquel museo, la tuvieron ocupada durante varios meses, permitiéndole madurar una de esas resoluciones que sorprenden al público, que ignora los motivos, pero que a menudo da con ellos a fuerza de cábalas y suposiciones.

La reputación de Lousteau, que pasaba por hombre afortunado a causa de sus relaciones con actrices, sorprendió a *madame* de La Baudraye: quiso conocerlo, leyó sus obras y se apasionó por él, más a causa de sus éxitos amorosos, posiblemente, que por su talento; para atraerlo a la comarca, inventó el ardid según el cual Sancerre tenía la obligación de votar en las próximas elecciones a una de las dos celebridades de la región. Hizo que Gatien Boirouge, que se decía primo de Bianchon por la rama de los Popinot, escribiese al ilustre galeno; después consiguió que un viejo amigo de la difunta *madame* Lousteau despertase la ambición del folletinista comunicándole las intenciones que tenían algunas personas de Sancerre, de elegir a su diputado entre los hombres célebres de París. Cansado de su mediocre camarilla, *madame* de La Baudraye se disponía finalmente a ver a hombres verdaderamente superiores, y podría ennoblecer su falta con todo el brillo de la gloria. Ni Lousteau ni Bianchon respondieron; quizás esperaban que llegasen las vacaciones. Bianchon, que el año anterior había obtenido su cátedra tras unas brillantes oposiciones, no podía abandonar sus estudios.

SEGUNDA PARTE

LA FALTA

XIV

LAS DOS PASIONES

En el mes de septiembre, en plena vendimia, los dos parisienses llegaron a su patria chica y la encontraron sumida en las tiránicas ocupaciones impuestas por la recolección de 1836; esto impidió que la opinión pública hiciera manifestación alguna en su favor.

—*Nous faisons four* (hacemos furor) —dijo Lousteau, dirigiéndose a su paisano con esta expresión de entre bastidores.

En 1836, Lousteau, fatigado por dieciséis años de lucha en París, gastado tanto por el placer como por la miseria, por los agobios y los desengaños, parecía tener cuarenta y ocho años a pesar de que sólo contase treinta y siete. Ya era calvo, había adoptado un aire byroniano que armonizaba con sus prematuros estragos y las arrugas que el abuso del vino de champaña había trazado en su rostro. Ponía los estigmas de la disipación a cuenta de la vida literaria, acusando a la prensa de asesina, dando a entender que devoraba los grandes talentos para dar valor a su lasitud. Creyó necesario extremar en su patria chica su falso desdén de la vida y su misantropía postiza. Sin embargo, sus ojos aún lanzaban a veces llamaradas, como esos volcanes que se creen extinguidos, y trató de reemplazar por la elegancia del atuendo todo lo que le podía faltar de juventud a los ojos de una mujer.

Horace Bianchon, condecorado con la Legión de Honor, grueso y orondo como un médico de moda, tenía un aire patriarcal, abundantes cabellos rubios, frente abombada, anchura de espaldas propia de un descargador y la calma del filósofo. Aquella fisonomía que tenía muy poco de poética hacía resaltar admirablemente a su ligero paisano.

Aquellas dos ilustres personalidades permanecieron de incógnito durante toda una mañana en la posada donde pararon, y *monsieur* de Clagny sólo se enteró de su llegada por casualidad. *Madame* de La Baudraye, desesperada, envió a Gatien Boirouge, que no tenía viñas, para que invitase a los dos parisienses a pasar unos días en el castillo de Anzy. Desde hacía un año, Dinah representaba el papel de castellana, pasando únicamente los inviernos en La Baudraye. *Monsieur* Gravier, el fiscal de la audiencia, el presidente y Gatien Boirouge ofrecieron a los dos hombres célebres un banquete al que asistieron las personas de la ciudad más amantes de la literatura. Al saber que la hermosa *madame* de La Baudraye era Juan Díaz, los dos parisienses se dejaron llevar al castillo de Anzy, para pasar en él tres días, en coche largo descubierto que condujo el propio Gatien. Aquel joven lleno de ilusiones presentó a

madame de La Baudraye ante los dos parisienses no sólo como la mujer más bella de Sancerre, como una mujer superior y capaz de inspirar inquietud a George Sand, sino también como una mujer que produciría en París la más profunda sensación. Así, se comprenderá el asombro extraño pero reprimido del doctor Bianchon y del irónico folletinista, cuando distinguieron en la escalinata de Anzy a la castellana, que lucía un vestido de ligero casimir negro, semejante a una amazona sin cola, pues reconocieron unas pretensiones enormes en aquella excesiva simplicidad. Dinah llevaba una boina de terciopelo negro al estilo de Rafael, de la que se escapaban sus cabellos en gruesos bucles. Aquel atavío hacía resaltar un talle cimbreante, unos bellos ojos y unos hermosos párpados casi ajados por el hastío de la vida que acabamos de bosquejar. En el Berry, la rareza de aquel atuendo de *artista* disfrazaba la novelesca afectación de la mujer superior. Al ver los melindres de su anfitriona, excesivamente amable, y que eran en cierto modo melindres del alma y del pensamiento, los dos amigos se miraron y adoptaron una actitud profundamente seria para escuchar a *madame* de La Baudraye, quien les dirigió una alocución estudiada, dándoles las gracias por haber venido a romper la monotonía de su vida.

XV

SABIAS MANIOBRAS DE DINAH

Dinah hizo pasear a sus invitados alrededor del cuadro de césped adornado con macizos redondos de flores, que se extendían ante la fachada de Anzy.

—¿Cómo es posible —preguntó el burlón Lousteau— que una mujer tan bella como vos y que parece tan superior, haya podido permanecer en provincias? ¿Cómo os las arregláis para resistir esta vida?

—¡Ah, ésta es la cuestión! —exclamó la castellana—. No es posible resistirla. Una profunda desesperación o una resignación estúpida —una u otra—: pues no hay elección posible: éstos son los cimientos sobre los que reposa nuestra existencia y donde se detienen mil pensamientos estancados que, sin fertilizar el terreno, alimentan las flores raquíticas de nuestras almas desiertas. ¡No creáis en la despreocupación! La despreocupación corre pareja a la desesperación o la resignación. Todas las mujeres se entregan entonces a aquello que, según su carácter, toman por un placer. Algunas se entregan a las confituras y a la colada, a la economía doméstica, a los placeres rurales de la vendimia o la recolección, a las frutas en compota, a las labores de encaje, a los cuidados de la maternidad, a las intrigas de provincias. Otras aporrean un piano inamovible que suena como un cencerro al cabo del séptimo año y que termina sus días, asmático, en el castillo de Anzy. Algunas devotas se distraen con las distintas acepciones de la palabra de Dios, comparando al abate Fritaud con el abate Guinard. Por las noches se juega a cartas, se baila durante doce años con las mismas personas, en los mismos salones y en las mismas épocas. Esta hermosa vida está entreverada con paseos solemnes por el Mail, con visitas de etiqueta entre señoras que preguntan dónde una compra los vestidos. La conversación queda limitada al sur de la inteligencia por las observaciones sobre las intrigas ocultas en el fondo de aguas estancadas de la vida provinciana, al norte con los matrimonios del momento, al oeste por los celos, al este por las frases hirientes. El resultado de esto ya podéis verlo —dijo ella dándose tono—: las mujeres tienen arrugas a los veintinueve años, diez antes del tiempo fijado por las ordenanzas del doctor Bianchon; además, les salen barros muy pronto, y amarillean como un membrillo cuando debe amarillear, aunque sabemos que algunas se ponen lozanas. Cuando llegamos a este extremo, queremos justificar nuestro estado normal. Entonces atacamos con nuestros acerados dientes, como dientes de ratón, las terribles pasiones de París. Tenemos aquí puritanas que lo son de mala gana, que desgarran los encajes de la coquetería y corroen la poesía de vuestras bellezas parisienses, que empañan la felicidad ajena al alabar sus nueces y su tocino rancio, al exaltar su madriguera de ratón ahorrador, los colores grises y los perfumes monásticos de nuestra bella vida sancerresa.

—Vuestro valor me gusta, señora —dijo Bianchon—. Cuando se experimentan semejantes desdichas, hay que tener la inteligencia suficiente para convertirlas en

virtudes.

Estupefacto ante la brillante maniobra por medio de la cual Dinah entregaba la provincia a sus invitados, impidiendo así de antemano sus sarcasmos, Gatien Boirouge dio un codazo a Lousteau dirigiéndole una mirada y una sonrisa que parecían decir:

«¿Eh, qué tal? ¿Os he engañado?».

—Pero, señora —dijo Lousteau—, nos demostráis que aún estamos en París; de buen grado os robaría este discurso, que me valdría diez francos en mi folletín...

—¡Oh, señor! —replicó ella—. Desconfiad de las provincianas.

—¿Y por qué? —dijo Lousteau.

Madame de La Baudraye tuvo la astucia, bastante inocente por otra parte, de señalar a aquellos dos parisienses, entre los que deseaba escoger a un vencedor la celada en la que caería, pensando que así que no lo viese, ella sería la más fuerte.

—Es costumbre burlarse de ellas al llegar; después, cuando se ha perdido el recuerdo del esplendor parisién, al ver a la provinciana en su esfera, se le hace la corte, aunque sólo sea por pasatiempo. Vos, a quien vuestras pasiones han hecho célebre, seréis objeto de atenciones que os lisonjearán... ¡Tened cuidado! —exclamó Dinah, haciendo un gracioso mohín y elevándose merced a estas reflexiones fantásticas por encima de las mofas de la provincia y de Lousteau—. Cuando una pobrecilla provinciana concibe una pasión excéntrica por una superioridad, por un parisién extraviado en la provincia, la convierte en algo más que un sentimiento, encuentra en ella una ocupación y la extiende a toda su vida. No hay nada más peligroso que el afecto de una provinciana: compara, estudia, reflexiona, sueña, no abandona su sueño y piensa en el hombre que ama cuando éste ya no piensa en ella. Pero sabed que una de las fatalidades que pesan sobre la provinciana es aquel desenlace truncado de sus pasiones, que se observa a menudo en Inglaterra. En las provincias, la vida en estado de observación indiana obliga a las mujeres a seguir su carril sin desviarse o a salir rápidamente del mismo, como una máquina de vapor que tropieza con un obstáculo. Los combates estratégicos de la pasión, las coqueterías, que son mitad de la parisién, no existen aquí en absoluto.

—Ciertamente —dijo Lousteau—, el corazón de una provinciana oculta *sorpresas*, como algunos juguetes.

—¡Dios mío! —prosiguió Dinah—, una mujer os habla tres veces durante un invierno, os ha encerrado en su corazón sin que ella misma lo sepa; llega una excursión campestre o un paseo, y todo está dicho o, si lo preferís así, todo está hecho. Esta conducta, extraña para los que no son observadores, tiene algo de muy natural. En vez de calumniar a la provinciana considerándola depravada, un poeta como vos, o un filósofo, un observador como el doctor Bíanchon, sabrían adivinar las maravillosas poesías inéditas, todas las páginas, en fin, de esta bella novela cuyo desenlace aprovecha a un dichoso subteniente, o a un gran hombre de provincias.

—Las provincianas que he conocido en París —observó Lousteau— se

distinguían, en efecto, por su habilidad en arrebatar corazones...

—¡Qué curiosas! —dijo la castellana, subrayando su frase con un leve encogimiento de hombros.

—Se parecen a esos aficionados que asisten a las segundas representaciones, seguros de que la obra no se hundirá —replicó el periodista.

—¿Cuál es, pues, la causa de vuestros males? —preguntó Bianchon.

—París es el monstruo causante de nuestras penas —respondió la mujer superior—. El mal tiene siete leguas de contorno y aflige al país por entero. La provincia no existe por sí misma. Solamente allí donde la nación está dividida en cincuenta pequeños estados, todos pueden tener una fisonomía, y las mujeres reflejan entonces el brillo de la esfera en que reinan. Este fenómeno social todavía se ve, según me han dicho, en Italia, en Suiza y en Alemania, pero en Francia, como en todos los países de capital única, la vulgaridad de las costumbres será la consecuencia forzosa de la centralización.

—¿Así, según vos —dijo Lousteau—, las costumbres sólo adquirirían relieve y originalidad mediante una federación de estados franceses que formasen un mismo imperio?

—Quizás esto no fuese de desear —objetó Bianchon—, pues Francia aún tendría que conquistar demasiados países.

—Inglaterra no conoce esta desgracia —observó Dinah—. Allí, Londres no ejerce la tiranía que París impone sobre Francia y a la que el ingenio francés terminará por hallar remedio; pero tiene algo mucho más horrible en su atroz hipocresía, que es un mal bien distinto...

—La aristocracia inglesa —prosiguió el periodista, previendo una parrafada byroniana, apresurándose a tomar la palabra— posee sobre la nuestra la ventaja de asimilarse todas las superioridades: vive en sus magníficas villas, sólo pasa *dos meses* del año en Londres, ni más ni menos; vive en las provincias, donde florece y las hace florecer.

—Sí —asintió *madame* de La Baudraye—, Londres es la capital de los comercios y las especulaciones, desde donde se gobierna. La aristocracia se refugia en Londres solamente durante sesenta días, para recibir sus consignas, echar un vistazo a su cocina gubernamental, pasar revista a las jóvenes casaderas y a los carruajes en venta, y, después de darse los buenos días, se apresura a marcharse: es tan aburrida, que únicamente soporta su propia presencia durante los pocos días que reciben el nombre de *temporada*.

—Así, en la pérfida Albión del *Constitucional* —exclamó Lousteau para reprimir por medio de un epigrama aquella agilidad de lengua—, hay ocasión de encontrar mujeres encantadoras en todos los puntos del reino.

—¡Sí, mujeres encantadoras... pero inglesas! —replicó *madame* de La Baudraye, sonriendo—. Aquí llega mi madre, a quien voy a presentaros —dijo, al ver venir a *madame* Piédefer.

Una vez hecha la presentación de los dos leones a aquel esqueleto ambicioso con nombre de mujer llamado *madame* Piédefer, una mujer alta y enjuta, con la cara llena de barro, dentadura en mal estado y que se teñía el pelo, Dinah dejó a los parisienses libres durante unos instantes.

—¿Bien —dijo Gatien a Lousteau—, qué os ha parecido?

—Creo que la mujer más inteligente de Sancerre es también la más parlanchina —replicó el folletinista.

—¡Una mujer que quiere obteneros el acta de diputado! —se exclamó Gatien—. ¡Una mujer que es un ángel!

—Perdón, olvidaba que la amabais —repuso Lousteau—. Os ruego disculpéis el cinismo de un viejo pícaro como yo. Preguntádselo a Bianchon: ya no tengo ilusiones, digo las cosas tal como son. Desde luego, esta mujer ha disecado a su madre como una perdiz expuesta a un fuego demasiado intenso...

XVI

EL DIABLO SE LLEVA LOS ÁLBUMES

Gatien Boirouge encontró la manera de decir a *madame* de La Baudraye lo que había dicho el folletinista durante la cena, que fue copiosa, aunque no llegase a ser espléndida, y durante la cual la castellana tuvo buen cuidado de no hablar mucho. Aquella languidez en la conversación puso de manifiesto la indiscreción de Gatien. Lousteau trató de conquistar nuevamente el favor de Dinah, pero ésta hizo objeto de todas sus atenciones a Bianchon. Sin embargo, en plena velada la baronesa volvió a mostrarse con Etienne. ¿No ha observado el lector cuántas veces se cometen grandes cobardías por una simple bagatela? Así, aquella noble Dinah, que no quería entregarse a hombres necios, que llevaba en el fondo de su provincia una espantosa vida de luchas, de rebeliones reprimidas, de poesías inéditas, y que acababa de escalar, para alejarse de Lousteau, la roca más alta y escarpada de sus desdenes, que no hubiera descendido de ella al ver a aquel falso Byron a sus pies y pidiéndole gracia, se descolgó de pronto de aquellas alturas al pensar en su álbum. *Madame* de La Baudraye tenía la manía de los autógrafos; poseía un volumen oblongo cuyo nombre le cuadraba perfectamente, pues las dos terceras partes de sus hojas estaban en blanco. La baronesa de Fontaine, a quien se lo envió durante tres meses, obtuvo con muchas dificultades una línea de Rossini, seis compases de Meyerbeer, los cuatro versos que Víctor Hugo pone en todos los álbumes, una estrofa de Lamartine, una frase de Béranger, *Calipso no podía consolarse por la partida de Ulises*, escrito por George Sand, los famosos versos sobre el paraguas de Scribe, una frase de Charles Nodier, una línea de horizonte de Jules Dupré, la firma de David (d'Angers), tres notas de Héctor Berlioz. *Monsieur* de Clagny cosechó, durante una de sus estancias en París, una canción de Lacenaire, autógrafo buscadísimo, dos líneas de Fieschi y un billete excesivamente breve de Napoleón, las tres rarezas pegadas en el papel vitela, del álbum. *Monsieur* Gravier, durante un viaje a la capital, hizo firmar en el álbum a las señoritas Mars, Georges, Taglioni y Grisi, los primeros artistas, como Frédérick Lemaitre, Monrose, Bouffé, Rubini, Lablache, Nourrit y Arnal; pues conocía una sociedad de solterones *criados*, según su expresión, *en el serrallo*, que le hicieron aquel favor. Aquel comienzo de colección fue tanto más precioso para Dinah, cuanto que era la única que poseía un álbum en diez leguas a la redonda. Desde hacía dos años muchas jóvenes tenían álbumes en los que se hacían escribir frases más o menos grotescas por sus amigos y conocidos. ¡Oh, vosotros que os pasáis la vida recogiendo autógrafos, personas felices y primitivas, holandeses coleccionistas de tulipanes, sabréis disculpar a Dinah cuando, temerosa de no poder retener a sus invitados más de dos días, rogó a Bianchon que enriqueciese su tesoro con algunas líneas, ofreciéndole el álbum!

El médico hizo sonreír a Lousteau al mostrarle este pensamiento, escrito en la primera página:

Lo que hace al pueblo tan peligroso, es que para sus crímenes tiene una absolución en el bolsillo.

J. B. de Clagny.

—Apoyemos a este hombre que tiene el valor de defender la causa de la monarquía —susurró al oído de Lousteau el sabio discípulo de Desplein. Y Bianchon escribió debajo de aquella frase:

Lo que distingue a Napoleón de un aguador sólo es perceptible para la sociedad, esto nada tiene que ver con la naturaleza. Así, la democracia, que niega la desigualdad de condiciones, las invoca sin cesar a la naturaleza.

A. Bianchon.

—Así son los ricos —exclamó Dinah, estupefacta—. Sacan de su bolsa una pieza de oro, como los pobres sacan de ella un maravedí... Yo no sé —dijo, volviéndose a Lousteau— si será abusar de la hospitalidad pedirnos algunas estrofas...

—¡Ah, señora, vos me lisonjeáis! Bianchon es un gran hombre, pero yo soy demasiado oscuro... Dentro de veinte años mi nombre será más difícil de explicar que el del señor fiscal de la audiencia cuyo pensamiento, inscrito en vuestro álbum, indicará sin lugar a dudas la existencia de un Montesquieu ignorado. Por otra parte, necesitaría al menos veinticuatro horas para improvisar alguna meditación bien amarga, pues sólo se pintar lo que siento...

—Hubiera querido que me pidieseis quince días —dijo graciosamente *madame* de la Baudraye tendiéndole su álbum—, con mucho gusto os retendría por más tiempo.

XVII

UNA INOCENTE CONSPIRACIÓN

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, los invitados del castillo de Anzy ya estaban de pie. El desmedrado La Baudraye había organizado una cacería en honor de los parisienses; más por vanidad de propietario que para procurarles placer, él se alegraba de hacerles recorrer sus bosques y atravesar las mil doscientas hectáreas de páramos que pensaba convertir en labrantíos, empresa que requeriría varios cientos de miles de francos, pero que podía elevar de treinta a sesenta mil francos las rentas que procuraban las tierras de Anzy.

—¿Sabéis por qué el fiscal de la audiencia no ha querido venir a cazar con nosotros? —dijo Gatien Boirouge a *monsieur* Gravier.

—Ya nos lo ha dicho: debe presidir la audiencia hoy, pues el tribunal tiene un juicio correccional —respondió el recaudador de contribuciones.

—¿Y vos lo creéis? —exclamó Gatien—. Sabed que mi papá me ha dicho: «*Monsieur* Lebas no acudirá temprano, pues *monsieur* de Clagny ha pedido a su sustituto que presida la audiencia».

—¡Ah, ah! —exclamó Gravier, cuya fisonomía cambió—, y *monsieur* de La Baudraye que se va a la Caridad.

—¿Pero por qué os metéis en estos asuntos? —preguntó Horace Bianchon a Gatien.

—Horace tiene razón —dijo Lousteau—. No comprendo porque os ocupáis tanto de lo que hacen los demás; perdéis el tiempo en tonterías.

Horace Bianchon miró a Etienne Lousteau como diciéndole que las malicias de folletín y las frasecitas de periodicucho eran algo que no se comprendía en Sancerre. Al alcanzar unos breñales, *monsieur* Gravier dejó que los dos hombres célebres y Gatien se metiesen, dirigidos por el guardabosques, por una quebrada del terreno.

—Bien, esperemos al financiero —dijo Bianchon cuando los cazadores llegaron a un claro del bosque.

—Aunque seáis un gran hombre en medicina —replicó Gatien— sois un ignorante por lo que se refiere a la vida de provincia. ¿Esperáis a *monsieur* Gravier? ... Tened en cuenta que corre como una liebre, a pesar de su barriguita; ya debe estar a veinte minutos de Anzy (Gatien sacó el reloj). ¡Bien! Llegará justo a tiempo.

—¿Adónde?

—Al castillo, para almorzar —respondió Gatien—. ¿Creéis que yo estaría tranquilo si *madame* de La Baudraye se quedase a solas con *monsieur* de Clagny? Si son dos, se vigilarán mutuamente y Dinah estará bien guardada.

—¡Ah, vaya! ¿Así, *madame* de La Baudraye aún no se ha decidido? —dijo Lousteau.

—Mamá cree que ya ha elegido, pero yo temo que *monsieur* de Clagny haya terminado por fascinar a *madame* de La Baudraye; si ha podido hacerle ver que,

obteniendo el acta de diputado, tendrá mayores probabilidades de vestir la toga de los sellos, es posible que haya podido convertir en unos encantos propios de Adonis su piel de topo, sus ojos terribles, su cabellera desgredada, su voz aguardentosa de alguacil, y su delgadez de poetaastro. Si Dinah ve a *monsieur* de Clagny convertido en fiscal de la Corona, también puedo verlo convertido en un apuesto galán. La elocuencia tiene grandes privilegios. Además, *madame* de La Baudraye es muy ambiciosa, Sancerre le disgusta y sueña con las grandezas parisienses.

—¿Pero qué interés tenéis vos en todo esto? —quiso saber Lousteau—. Porque, si ella ama al fiscal de la audiencia... ¡Ah, creéis que no lo amaré por mucho tiempo, y esperaréis sucederle!

—Vosotros —dijo Gatien— encontráis en París tantas mujeres diferentes como días tiene el año. Pero en Sancerre, no hay ni siquiera seis, y de estas seis mujeres, cinco se las dan de extraordinariamente virtuosas, mientras que la más bella os mantiene a una distancia enorme con sus miradas desdeñosas, propias de una princesa de sangre real; así, un joven de veintidós años está en su perfecto derecho tratando de adivinar los secretos de esta mujer, y de este modo ella se verá obligada a prestarle atención.

—Aquí le llaman atenciones —dijo el periodista sonriendo.

—Considero que *madame* de La Baudraye tiene demasiado buen gusto para ocuparse de ese macaco —dijo Horace Bianchon.

—Horace —dijo el periodista—, vamos a ver, sabio intérprete de la naturaleza humana, tendamos una trampa para lobos al fiscal de la audiencia; haremos un favor a nuestro amigo Gatien y nos reiremos. Los fiscales no me gustan.

—Tienes un justo presentimiento del destino —repuso Horace—. ¿Pero, qué hacer?

—Pues bien, después de cenar, contemos algunas anécdotas de mujeres sorprendidas por su marido y que fueron muertas, asesinadas en circunstancias terroríficas. Veremos la cara que pondrán *madame* de La Baudraye y *monsieur* de Clagny.

—No está mal —dijo Bianchon—. Será difícil que el uno o la otra no se traicionen con un gesto o una reflexión.

—Yo conozco —prosiguió el periodista dirigiéndose a Gatien— al director de un diario que, a fin de evitar un triste destino, sólo admite historias en las que los amantes son quemados, descuartizados, hechos picadillo o disecados y en que las mujeres terminan hervidas, fritas o cocidas; entonces presenta estos espantosos relatos a su mujer, confiando que así le será fiel por miedo; se contenta con esto, a falta de otra cosa mejor, y el modesto marido le dice: «¡Ya ves, querida, adonde puede conducir la falta más leve!», traduciéndole el discurso de Arnolfo a Inés.

—*Madame* de La Baudraye es totalmente inocente y ese joven se engaña —dijo Bianchon—. Me parece que *madame* Piédefer es demasiado devota para invitar al castillo de Anzy al amante de su hija. *Madame* de La Baudraye tendría que engañar a

su madre, a su marido, a su doncella y a la de su madre; sería una labor ímproba y por lo tanto la absuelvo.

—Tanto más cuanto que su marido no la deja ni a sol ni a sombra —dijo Gatien, riendo.

—Desde luego, recordaremos una o dos anécdotas que harán temblar; a Dinah —dijo Lousteau—. En cuanto a vos, joven, y a ti, Bianchon os pido que adoptéis un porte severo, que os mostréis diplomáticos, que hagáis gala de una naturalidad desprovista de afectación y que espiéis sin demostrarlo el semblante de los dos criminales, ¿sabéis?... disimuladamente o con el espejo, de soslayo. Esta mañana cazamos la liebre; esta noche, cazaremos al fiscal de la audiencia.

XVIII EL FISCAL DE LA AUDIENCIA SE PICA

La velada comenzó triunfalmente para Lousteau, quien entregó su álbum a la castellana, en el que ella encontró la siguiente elegía:

ESPLÍN

*Versos míos, triste y perdido entre el gentío
de este mundo egoísta por el que infelice vago,
sin sentir apego por nada;
sin ver cumplirse jamás una esperanza,
mientras mis ojos, debilitados por el sufrimiento,
ven el mal sin el bien...
Este álbum, hojeado por dedos de mujer,
no debe ensombrecerse con el reflejo de mi alma.
Cada cosa en su lugar;
hablad a las mujeres de amor, de goces,
de saraos resplandecientes, de vestidos de seda,
e incluso un poco de Dios.
Sería una broma sangrienta
pedir que yo, cansado de la vida,
pintase la felicidad.
¿Se alaba la luz al pobre ciego de nacimiento,
se habla de una madre al huérfano lloroso,
sin partirles el corazón?
Cuando la fría desesperación se apodera de un corazón joven,
cuando no se halla en el mundo un corazón amigo,
desaparece el futuro.
Si nadie llora con nosotros cuando lloramos,
si hay que morir por falta de amor,
no tardaré en morir.
¡Apiadaos de mí! Pues a menudo blasfemo
manchando incluso el nombre santo de Dios, diciéndome:
«Él no ha hecho nada por mí.
¿Por qué debo bendecirlo, y qué le debo, en suma?
¡Pudo crearme bello, rico y gentilhomme,
pero me hizo pobre y feo!».*

Etienne Lousteau.

Septiembre de 1836, castillo de Anzy.

—¿Y teníais estos versos compuestos desde ayer?... —exclamó el fiscal de la audiencia con tono retador.

—¡Oh, Dios mío! ¡Sí, los compuse durante la montería, pero esto no tiene ninguna importancia! Hubiera querido hacer algo mejor para la baronesa.

—Estos versos son maravillosos —dijo Dinah, poniendo los ojos en blanco.

—Son la expresión de unos sentimientos que, por desgracia, son harto verdaderos —respondió Lousteau con un aire profundamente triste.

El lector adivinará sin dificultad que el periodista guardaba aquellos versos en su memoria desde hacía al menos diez años, pues se los inspiró durante la Restauración la dificultad con que tropezaba para abrirse paso. *Madame* de La Baudraye contempló al periodista con la compasión que inspiran los genios desdichados, y *monsieur* de Clagny, que sorprendió aquella mirada, experimentó odio por aquel falso joven enfermo. Se puso a jugar al *chaquete* con el cura de Sancerre. El hijo del presidente tuvo la excesiva complacencia de traer una lámpara a los dos jugadores, de manera que la luz caía de lleno sobre *madame* de La Baudraye, quien tomó su labor: se dedicaba a recubrir de lana el mimbre de un cesto para el papel. Los tres conspiradores se agruparon junto a estos personajes.

—¿Para qué hacéis este lindo cesto, señora? —preguntó el periodista—. ¿Para una tómbola benéfica?

—No —repuso ella—. Encuentro que hay demasiada *afectación* en la beneficencia hecha a son de trompeta.

—Sois muy indiscreto —dijo *monsieur* Gravier.

—¿Hay indiscreción —dijo Lousteau— en preguntar quién será el dichoso mortal que recibirá el cesto de la baronesa?

—No existe este dicho mortal —repuso Dinah—. Será para *monsieur* de La Baudraye.

El fiscal de la audiencia miró con disimulo a *madame* de la Baudraye y la cesta, como si se dijese interiormente: «¡Ya he perdido mi cesta para el papel!».

—¿Cómo, señora, no queréis que lo consideremos dichoso por tener una esposa tan bella, ni dichoso porque le haga labores tan encantadoras en sus cestas para el papel? El dibujo es rojo y negro, al estilo de Robín de los Bosques. Si algún día me caso, desearía que, transcurridos doce años de matrimonio, las cestas que bordase mi esposa fuesen para mí.

—¿Y por qué no habrían de ser para vos? —preguntó *madame* de La Baudraye, mirando a Etienne con sus bellos ojos grises llenos de coquetería.

—Los parisienses no creen en nada —dijo el fiscal de la audiencia con acritud—. Ponen sobre todo en entredicho la virtud femenina, con un descaro que asusta. Sí, desde hace algún tiempo, los libros que hacéis, señores escritores, vuestras revistas, vuestras obras teatrales, toda vuestra infame literatura reposa sobre el adulterio.

—¡Tate, señor fiscal de la audiencia! —repuso Etienne riendo—. Yo os dejaba jugar tranquilamente, sin atacaros, pero ahora vos me presentáis una requisitoria. A fe de periodista, he pergeñado más de cien artículos contra los autores que citáis, pero debo confesar que si los atacué, lo hice para decir algo que se pareciese a la crítica. Seamos justos, si los condenáis, hay que condenar también a Homero y la *Ilíada*, que se basa en la bella Helena; hay que condenar el *Paraíso Perdido*, de Milton, pues Eva y la serpiente me parecen un lindo y pequeño adulterio simbólico. Habría que suprimir salmos enteros de David, inspirados por los amores excesivamente adúlteros de este Luis XIV hebreo. Habría que arrojar al fuego el *Mitrídates*, el *Tarturo*, la *Escuela de las mujeres*, *Fedra*, *Andrómaca*, las *Bodas de Fígaro*, el *Infierno* del Dante, los sonetos del Petrarca, todo Jean-Jacques Rousseau, las novelas de la Edad Media, la *Historia de Francia*, la *Historia Romana*, etc. Yo no creo que, dejando aparte la *Historia de las variaciones*, de Bossuet, y las *Provinciales*, de Pascal, existan muchos libros para leer, si deseáis suprimir aquéllos en que se trata de mujeres amadas contra las leyes.

—¡Ya es una buena desgracia! —dijo *monsieur* de Clagny.

Etienne, picado por el aire doctoral que asumía *monsieur* de Clagny, quiso hacerlo rabiarse mediante uno de esos fríos engaños que consisten en defender unas opiniones que no se sustentan, a fin de enfurecer a un pobre hombre de buena fe. Era una broma verdaderamente digna de un periodista.

—Poniéndonos en el punto de vista político en el que os veis obligados a poner os —prosiguió sin hacer caso de la exclamación del magistrado— y revistiendo la toga de fiscal en cualquier época, pues todos los gobiernos han tenido su ministerio de justicia, veremos que la propia religión católica se halla infectada en sus mismas fuentes de una violenta ilegalidad conyugal. A los ojos del rey Herodes y a los de Pilatos, que defendía el gobierno romano, la esposa de José podía pasar por una adúltera, puesto que, según propia confesión, José no era el padre de Jesucristo. El juez pagano no admitía la Inmaculada Concepción, del mismo modo que vos no admitiríais un milagro semejante, si hoy surgiese una religión que se apoyase en un misterio del mismo género. ¿Creéis que un tribunal de policía correccional reconocería una nueva intervención del Espíritu Santo? ¿Pero, quién puede atreverse a afirmar que Dios no volverá todavía a salvar a la Humanidad? ¿Acaso es mejor hoy en día que bajo el reinado de Tiberio?

—Vuestro razonamiento es un sacrilegio —repuso el fiscal de la audiencia.

—De acuerdo —dijo el periodista—, pero no lo hago con mala intención. Es imposible escamotear los hechos históricos. En mi opinión, Poncio Pilatos al condenar a Jesucristo, y Anitos, capitoste del partido aristocrático de Atenas al exigir la muerte de Sócrates, representaban sendas sociedades establecidas, que se consideraban legítimas, revestidas de poderes consentidos y obligadas a defenderse. Pilatos y Anitos eran entonces tan lógicos y consecuentes como los fiscales que pedían la cabeza de los sargentos de la Rochela y que hoy hacen rodar por los suelos

la cabeza de los republicanos alzados en armas contra el trono de Julio, y las de los innovadores cuyo objetivo consiste en minar en su provecho las sociedades, so pretexto de organizarías mejor. En presencia de las grandes familias de Atenas y del Imperio romano, Sócrates y Jesús eran unos criminales; para aquéllas antiguas aristocracias, las opiniones de ambos eran semejantes a las de la Montaña: supongamos que sus seguidores hubiesen triunfado, hubieran hecho un 93 en pequeño en el Imperio romano o en el Ática.

—¿Adónde queréis ir a parar, caballero? —repuso el fiscal.

—¡Al adulterio! Por lo tanto, señor mío un budista puede decir perfectamente que la religión de los cristianos está fundada sobre el adulterio; del mismo modo como nosotros creemos que Mahoma es un impostor, que su Corán es una reimpresión de la Biblia y del Evangelio y que Dios nunca tuvo la menor intención de convertir a aquel camellero en profeta suyo.

—Si en Francia hubiese muchos hombres como vos, y por desgracia ya hay demasiados, cualquier forma de gobierno sería imposible.

—Y tampoco habría religión —dijo *madame* Piédefer, cuyo semblante hizo extraños gestos durante esta discusión.

—Les haces mucho daño —dijo Bianchon al oído de Etienne—. No hables más de religión; les dices cosas que tiran por tierra todos sus principios.

—Si yo fuese escritor o novelista —dijo *monsieur* Gravier—, tomaría el partido de los maridos burlados. He visto muchas y muy extrañas cosas y sé que, entre el número de los maridos engañados, existen algunos cuya actitud no está desprovista de energía y que, en semejante crisis, son muy dramáticos, para emplear una de vuestras frases, caballero —dijo, mirando a Etienne.

—Tenéis razón, mi querido *monsieur* Gravier —dijo Lousteau—, yo nunca he encontrado ridículos a los maridos engañados; por el contrario, les tengo afecto...

—¿No halláis que los maridos demuestran una confianza sublime? —terció Bianchon—. Creen en su mujer, no sospechan de ella, tienen la fe de un carbonario. Si cometen la debilidad de confiarse a su esposa, todos se burlan de él; si se muestran retadores y celosos, se ganan el odio general. Decidme, ¿cuál ha de ser el término medio para un hombre inteligente?

—Si el señor fiscal de Su Majestad no acabara de pronunciarse tan abiertamente contra la inmoralidad de los relatos en que se violan las leyes conyugales, os contaría una venganza de marido —dijo Lousteau.

Monsieur de Clagny tiró los dados de manera convulsiva, sin mirar al periodista.

—¿Cómo, una narración vuestra? —exclamó *madame* de la Baudraye—. Apenas me hubiera atrevido a pedíroslo...

—No es mía, señora, yo no tengo tanto talento; me fue narrada, y con que encanto, por uno de nuestros escritores más célebres, el músico literario más grande que tenemos: Charles Nodier.

—Está bien, hablad —prosiguió Dinah—. Yo nunca he escuchado a *monsieur*

Nodier, así es que no tenéis que temer que haga comparaciones.

XIX

HISTORIA DEL CABALLERO DE BEAUVOIR

—Poco tiempo después del 18 de Brumario —empezó a decir Lousteau—, hubo, como sabéis, una protesta popular en Bretaña y la Vendée. El primer cónsul, ansioso de pacificar Francia, entabló negociaciones con los principales cabecillas e impuso las más vigorosas medidas militares, pero, pese a combinar planes de campaña con la seducción de su diplomacia italiana, no dejó de poner en movimiento los resortes maquiavélicos de la policía, que entonces se hallaba confiada a Fouché. Nada de todo esto fue inútil para sofocar la guerra que se había encendido en el Oeste. Por esta época un joven perteneciente a la familia de Maillé fue enviado por los chuanes de Bretaña a Saumur, a fin de establecer unos contactos entre ciertas personas de aquella ciudad y sus alrededores y los jefes de la insurrección realista. Enterada de este viaje, la policía de París despachó unos agentes encargados de apoderarse del joven emisario a su llegada a Saumur. Efectivamente, el embajador fue detenido el mismo día de su arribada, pues llegó en barco, disfrazado de contramaestre. Pero a fuer de hombre de acción, había calculado todos los riesgos de su empresa: tanto su pasaporte como sus documentos estaban tan en regla, que los esbirros enviados a detenerlo temieron equivocarse. El caballero de Beauvoir, ahora me acuerdo de su nombre, había meditado perfectamente su papel: invocó su pretendido parentesco con su falsa familia, dio las señas de su supuesto domicilio y sostuvo con tal aplomo el interrogatorio, que hubiera sido puesto en libertad de no ser por la fe ciega que los espías tenían en sus instrucciones, por desgracia harto precisas. En la duda, aquellos alguaciles prefirieron cometer una acción arbitraria a dejar escapar a un hombre por cuya captura el ministro parecía demostrar tan vivísimo interés. En aquellos tiempos de libertad, los agentes del poder constituido hacían caso omiso de eso que hoy llamamos la *legalidad*. Así, pues, el caballero fue de momento encarcelado, en espera de que las autoridades superiores adoptasen una decisión sobre su suerte. La sentencia burocrática no se hizo esperar. La policía ordenó que se custodiase estrechamente al preso, a pesar de sus protestas de inocencia. El caballero de Beauvoir fue trasladado entonces, de acuerdo con nuevas órdenes recibidas, al castillo de la Escarpe, cuyo nombre ya indica bien a las claras su situación. Esta fortaleza, asentada sobre peñascos altísimos, tenía precipicios por foso; el acceso a ella se efectúa de todos lados por pendientes muy acusadas y peligrosas; como en todos los castillos antiguos, la puerta principal tiene puente levadizo y está defendida por un gran foso. El alcaide de esta prisión, encantado de tener que custodiar a un hombre distinguido cuyos modales eran muy agradables, que se expresaba maravillosamente bien y parecía instruido, cualidades raras en aquella época, consideró al caballero como un regalo de la Providencia; le propuso permanecer en la Escarpe bajo su palabra de honor, y hacer causa común con él contra el aburrimiento. El prisionero no pedía nada mejor. Beauvoir era un leal gentilhombre, pero también

era, por desgracia, un mozo muy apuesto. Tenía un rostro atractivo, modales resueltos, una voz cautivadora y una fuerza prodigiosa. Listo, airoso, emprendedor, amigo del peligro, hubiera sido un magnífico jefe de partisanos, de los que hacen falta, dotados de estas cualidades. El alcaide asignó la habitación más cómoda a su prisionero, lo sentó a su mesa y de momento se deshizo en alabanzas del vendeano. Aquel alcaide era corso y casado; su mujer, bonita y agradable, quizá le parecía difícil de guardar; en una palabra, era celoso, tanto por su calidad de corso como de militar bastante mal parecido. Beauvoir agradó a la dama, la encontró muy de su gusto y es posible que se preñarán el uno del otro. ¡En la cárcel, el amor va tan de prisa! ¿Cometieron alguna imprudencia? ¿Acaso el sentimiento que experimentaron en su mutua presencia rebasó los límites de aquella galantería superficial, que es casi uno de los deberes que tenemos hacia las mujeres? Beauvoir nunca se explicó con franqueza este punto más bien oscuro de su historia; pero nos consta que el alcaide se creyó con derecho para ejercer los rigores más excesivos con su prisionero. Beauvoir, encarcelado en el torreón, sólo se alimentó de pan negro mojado en agua clara, y fue encadenado según el perpetuo programa de las diversiones que se prodigan a los cautivos. La mazmorra, situada bajo la plataforma, tenía una bóveda de granito, los muros eran de un espesor desesperante y la torre se alzaba al borde de un precipicio.

»Cuando el pobre Beauvoir vio que era imposible toda evasión, se hundió en esas divagaciones que constituyen simultáneamente la desesperación y el consuelo de los prisioneros. Se ocupó en esas naderías que se convierten en cuestiones capitales: contó las horas y los días, hizo el aprendizaje del triste *estado de prisionero*, se replegó en sí mismo y apreció el valor del aire y del sol; luego, transcurridos quince días, sufrió aquella enfermedad terrible, aquella fiebre de libertad que impulsa a los prisioneros a esas sublimes empresas cuyos prodigiosos resultados nos parecen inexplicables, aunque reales, y que mi amigo el doctor (se volvió hacia Bianchon) atribuiría sin duda a fuerzas desconocidas, a la desesperación de su análisis psicológico, misterios de la voluntad humana cuya profundidad aterra a la ciencia. (Bianchon hizo un signo negativo). Beauvoir se roía el corazón, pues sólo la muerte podía darle la libertad. Una mañana, el carcelero encargado de traer el condumio al prisionero, en vez de irse después de haberle dado su mísera pitanza, se quedó ante él con los brazos cruzados y mirándolo de manera singular. Entre aquellos dos hombres, la conversación se reducía generalmente a unos cuantos monosílabos, y el cancerbero nunca la inició. Así, el caballero quedó muy sorprendido cuando aquel hombre le dijo:

»—Señor, sin duda tenéis vuestras razones para hacer que os llamen siempre *monsieur* Lebrun o ciudadano Lebrun. Esto no me importa pues no me corresponde comprobar cuál es vuestra identidad. Me es indiferente que os llaméis Pedro o Pablo. A cada cual lo suyo; lo mío es guardar prisioneros. Sin embargo, yo sé —dijo, guiñando el ojo—, que sois *monsieur* Charles-Félix-Théodore, caballero de Beauvoir y primo de la señora duquesa de Maillé... ¿No es verdad? —añadió con aire de

triunfo y después de un momentáneo silencio, mirando a su prisionero.

»Beauvoir, al verse encarcelado sin remedio, no creyó que la confesión de su verdadero nombre pudiese empeorar su situación.

»—Bien, suponiendo que fuese el caballero de Beauvoir, ¿tú qué ganarías con esto? —le dijo.

»—¡Oh, ganaría mucho! —replicó el carcelero en voz baja—. Escuchadme. Me han dado dinero para facilitaros la fuga; pero atender un instante. Si yo incurriese en la menor sospecha, me fusilarían inmediatamente. He dicho que me metería en este asunto sólo para ganar dinero. Tened, señor, he aquí una llave —dijo, sacando una pequeña lima del bolsillo—. Con esto podréis aserrar uno de los barrotes. ¡Pardiez, no será cómodo! —prosiguió, indicando la estrecha lumbrera por donde entraba la luz del día en la mazmorra.

»Era una especie de hueco practicado encima del cordón que coronaba exteriormente la torre, entre las gruesas piedras salientes que figuran los soportes de las almenas.

»—Señor —dijo el carcelero—, tendréis que aserrar el hierro muy al extremo para poder pasar.

»—¡Oh, tranquilizaos, que pasaré! —repuso el prisionero.

»—Pero dejando una parte del barrote para poder atar a él una cuerda —repuso el hombre.

»—¿Dónde está? —preguntó Beauvoir.

»—Aquí la tenéis —repuso el cancerbero, tirándole una cuerda de nudos—. Ha sido hecha con sábanas, a fin de que parezca que la habéis confeccionado vos mismo, y tiene la longitud suficiente. Cuando lleguéis al último nudo, dejaos caer suavemente; el resto es cuenta vuestra. Sin duda encontraréis por los alrededores un carruaje ya dispuesto y varios amigos que os esperarán. ¡Pero yo no sé nada! No es necesario que os diga que hay un centinela en lo alto de la torre. Escoged una noche bien tenebrosa y esperad a que el soldado de guardia se duerma. Correréis el riesgo de que os alcance un disparo de fusil, pero...

»—¡No me importa! No quiero pudrirme aquí —exclamó el caballero.

»—De todos modos, os pudriréis igualmente —replicó el carcelero con aire estúpido.

»»Beauvoir tomó esta frase por una de esas reflexiones necias propias de aquella clase de personas. La esperanza de verse pronto en libertad le hacía sentirse tan jubiloso, que ni siquiera paró mientes a lo que decía aquel hombre, de aspecto zafio y rústico. Puso inmediatamente manos a la obra y le bastó aquel día para aserrar los barrotes. Temiendo una visita del alcaide, ocultó su obra tapando los cortes con herrumbre, a fin de darles el color del hierro. Ató y aseguró la cuerda y se dispuso a esperar una noche favorable, con aquella impaciencia concentrada y aquella profunda agitación anímica que dramatizan la vida de los prisioneros. Finalmente, una noche gris, una noche de otoño, terminó de aserrar los barrotes, aseguró sólidamente la

cuerda, se agazapó al exterior en el alféizar de piedra, agarrándose con una mano al extremo del barrote que sobresalía en la abertura, y esperó de esta guisa el momento más oscuro de la noche y la hora en que los centinelas se sienten vencidos por el sueño. O sea aproximadamente hacia la madrugada. Conocía la duración de los intervalos, cuando pasaban las rondas, todas las cosas que ocupan el ánimo de los prisioneros, incluso involuntariamente. Esperó el momento en que uno de los centinelas estuviese en las dos terceras partes de su fracción y retirado en su garita, a causa de la niebla. Seguro de haber reunido todas las circunstancias favorables a su evasión, empezó entonces a descender nudo por nudo, suspendido entre el cielo y la tierra, asiendo la cuerda con una fuerza de gigante. Todo fue bien. Al llegar al nudo antepenúltimo, en el momento de soltarse para caer a tierra, la prudencia le aconsejó que antes tantease el suelo con los pies, y no lo halló. El caso era harto embarazoso para un hombre bañado en sudor, fatigado, perplejo, y en un trance en el que se jugaba la vida. Se disponía a soltarse cuando una razón trivial le impidió hacerlo: acababa de caérsele el sombrero y, afortunadamente, prestó oído para escuchar el ruido que debía producir su caída, y no oyó nada. El prisionero empezó a concebir vagas sospechas acerca de su posición y se preguntó si el alcaide le habría tendido una trampa. ¿Pero, con qué fin? Presa de estas incertidumbres, casi pensó en dejar el intento para otra noche. Mas de momento resolvió esperar las claridades indecisas de la aurora, hora que acaso no sería del todo desfavorable a su fuga. Su fuerza prodigiosa le permitió trepar hacia la torre; pero estaba casi agotado en el momento en que alcanzó el soporte exterior, sobre el que se puso al acecho como un gato en un canal. Muy pronto, a la débil claridad del amanecer, distinguió, agitando la cuerda, que había una pequeña distancia de cien pies entre el último nudo y los riscos aguzados del precipicio.

»—¡Gracias, señor alcaide! —dijo, con la sangre fría que lo caracterizaba.

»Luego, tras de haber reflexionado un poco sobre esta hábil venganza, consideró necesario volver a la mazmorra. Puso ostensiblemente su ropa encima del camastro, dejó la cuerda colgada al exterior para hacer creer en su caída, se ocultó tranquilamente detrás de la puerta y esperó la llegada del pérfido carcelero, empuñando uno de los barrotes de hierro que había aserrado. El carcelero, que no dejó de venir antes de lo acostumbrado para recoger la herencia del muerto, abrió la puerta silbando; pero, cuando lo tuvo a una distancia conveniente, Beauvoir le asestó un golpe de barra tan tremendo en el cráneo, que el traidor cayó redondo, sin lanzar un gemido: el barrote le había partido la cabeza. El caballero desnudó inmediatamente al muerto, se puso sus ropas, imitó su andar, y, merced a la hora matinal y a la poca desconfianza de los centinelas de la puerta principal, consiguió evadirse».

Ni el fiscal de la audiencia ni *madame* de La Baudraye parecieron creer que hubiese en este relato la menor profecía que les concerniese. Los interesados se dirigieron miradas interrogativas, como personas sorprendidas de la perfecta

indiferencia que demostraban los dos pretendidos amantes.

—¡Bah! Yo tengo algo mejor que contaros —dijo Bianchon.

—Veamos —dijeron los presentes, ante una seña que hizo Lousteau, para indicarles que Bianchon tenía también su pequeña reputación de narrador.

XX

EL GRAN BALUARTE

De entre las historias que componían su repertorio, pues todas las personas inteligentes conocen cierto número de anécdotas, del mismo modo como *madame* de la Baudraye tenía su colección de frases, el ilustre doctor eligió la que conocía por el nombre de «El Gran Baluarte» y que llegó a ser tan célebre, que se hizo con ella un vodevil titulado *Valentina*. Así, resulta completamente inútil repetir aquí esta aventura, aunque fuese algo nuevo para los habitantes del castillo de Anzy. Sin embargo, Bianchon la narró con la misma perfección en el gesto y en la dicción que tantos elogios valieron al doctor en casa de *mademoiselle* des Touches, cuando la refirió por primera vez. La escena final del grande de España muriéndose de hambre, de pie en el armario donde lo encerró el marido de *madame* de Merret, y la última frase de aquel marido al responder a la última súplica de su esposa: «¡Habéis jurado sobre este crucifijo que ahí dentro no hay nada!» no dejaron de producir su efecto consabido. Reinó un momento de silencio, muy halagador para Bianchon.

—¿Sabéis, señores —dijo entonces *madame* de La Baudraye—, que el amor debe de ser una cosa inmensa, para hacer que una mujer se meta en semejantes situaciones?

—Pues yo, que desde luego he visto cosas muy extrañas en mi vida —dijo *Monsieur* Gravier—, fui casi testigo en España de una aventura semejante.

—Venís después de unos grandes actores —le dijo *madame* de La Baudraye, festejando a los dos parisienses con una mirada llena de coquetería—. Pero no importa; hablad.

XXI

HISTORIA DE UN LANCE QUE MONSIEUR GRAVIER APROVECHA PARA PAVONEARSE

—Poco tiempo después de su entrada en Madrid —dijo el recaudador de contribuciones—, el gran duque de Berg invitó a los principales personajes de esta villa a una fiesta ofrecida por el ejército francés a la capital recién conquistada. Pese a la magnificencia del sarao, los españoles no se mostraron muy risueños, sus damas apenas bailaron y la mayoría de los invitados se pusieron a jugar. Los jardines del palacio estaban tan espléndidamente iluminados, que las damas podían pasear por ellos con tanta seguridad como lo hubiesen hecho en pleno día. La fiesta era de una belleza imperial. Nada se escatimó para dar a los españoles una elevada idea del emperador, por si deseaban juzgarlo según sus lugartenientes. En un bosquecillo cercano al palacio, entre la una y las dos de la madrugada, varios militares franceses, comentaban las incidencias de la guerra y el porvenir poco tranquilizador que pronosticaba la actitud de los españoles presentes en aquella pomposa fiesta.

»—A fe mía —dijo el cirujano jefe del cuerpo de ejército en el que yo era el pagador general—, ayer pedí formalmente al príncipe Murat que me llamase. No es que tenga precisamente miedo a dejar mis huesos en la Península, pero prefiero ir a curarme las heridas causadas por nuestros buenos vecinos los alemanes; sus armas no se hunden tan profundamente en el torso como los puñales castellanos. Además, el miedo a España es en mí como una superstición. Desde mi infancia he leído libros españoles, un montón de aventuras sombrías y mil historias de este país, que me han predispuesto vivamente contra sus costumbres. Sabed además que desde nuestra entrada en Madrid, ya he sido si no el héroe, por lo menos el cómplice de alguna peligrosa intriga, tan tenebrosa y oscura como pueda serlo uña novela de *lady Radcliffe*. Suelo prestar oído a mis presentimientos y mañana mismo tomo el portante. No creo que Murat se niegue a concederme este permiso, pues, gracias a los servicios que hacemos, contamos con protecciones que son siempre eficaces.

»—Ya que tú huyes de la quema, al menos cuéntanos ese lance —respondió un coronel, viejo republicano que no se preocupaba mucho por la belleza del lenguaje y las cortesías imperiales.

»El cirujano jefe dirigió una cuidadosa mirada a su alrededor, como para reconocer las caras de los que le rodeaban, y, seguro de que no había ningún español en las proximidades, dijo:

»—Bien, aquí sólo estamos franceses; os lo referiré gustoso, coronel Hulot.

»Hace seis días, regresaba tranquilamente a mi alojamiento alrededor de las once de la noche, después de dejar al general Montcornet, cuya morada se encuentra a pocos pasos de la mía. Ambos salíamos de casa del ordenador en jefe, donde habíamos jugado una balanza muy animada. De pronto, en la esquina de una callejuela, dos desconocidos, o más bien dos diablos, se lanzan sobre mí y me

envuelven la cabeza y los brazos en un gran manto. Yo me puse a gritar, podéis creerme, como un perro apaleado, pero el paño ahogaba mi voz y me metieron en un coche con la mayor rapidez y destreza.

»Cuando mis dos acompañantes me libraron de la capa, oí estas desoladoras palabras, pronunciadas por una voz femenina en mal francés:

»—Si gritáis o si tratáis de escapar, si os permitís el menor gesto equívoco, el caballero sentado frente a vos os apuñalará sin el menor escrúpulo. Así, pues, estaos tranquilo. Voy a explicaros ahora porque os hemos raptado. Si os queréis tomar la molestia de extender la mano hacia mí, encontraréis entre nosotros dos vuestros instrumentos de cirugía, que hemos ido a buscar a vuestra casa de vuestra parte; os serán necesarios, pues os llevamos a una casa con objeto de salvar el honor de una dama que está a punto de dar a luz un niño, que ella quiere entregar a este gentilhombre sin que su marido lo sepa. Aunque éste apenas abandona a su esposa, de la que está apasionadamente enamorado, y la vigila con la atención peculiar de los celos españoles, ella pudo ocultarle su embarazo y él la cree enferma. Os ocuparéis pues de asistirle en el parto. Los peligros que encierra la empresa no os conciernen: limitaos a obedecernos o de lo contrario el amante, que está frente a vos en este coche y que no sabe una palabra de francés, os apuñalaría a la menor imprudencia.

»—¿Y vos, quién sois? —pregunté a mi interlocutora, buscando su mano y notando que tenía el brazo enfundado en la manga de un uniforme.

»—Soy la camarera de la señora, su confidente, y estoy dispuesta a recompensaros yo misma, si os prestáis galantemente a las exigencias de nuestra situación.

»—Lo haré gustoso —contesté, al verme metido a la fuerza en tan peligroso lance.

»A favor de la oscuridad, quise comprobar si el rostro y las formas de aquella joven estaban en armonía con las ideas que el tono de su voz me había inspirado. Aquélla buena criatura se había sometido sin duda de antemano a todos los riesgos que entrañaba aquel rapto singular, pues guardó el silencio más complaciente y el coche aún no llevaba diez minutos recorriendo las calles de Madrid, cuando ella recibió y me devolvió un beso muy satisfactorio. El amante, que yo tenía enfrente, no pareció ofenderse por algunos puntapiés que le asesté de manera harto involuntaria; pero como no entendía el francés, supongo que no prestó atención a ello.

»—Yo sólo puedo ser vuestra amante con una sola condición —me dijo la camarera en respuesta a las tonterías que yo le vertía al oído, arrastrado por el calor de una pasión improvisada para la que todo eran obstáculos.

»—¿Cuál es?

»—Que no tratéis jamás de averiguar a que casa pertenezco. Si os voy a ver, será de noche y me recibiréis sin luz.

»—Bien —respondí.

»En este punto de la conversación, el coche llegó junto a la tapia de un jardín.

»—Permitid que os vende los ojos —me dijo la doncella—. Apoyaos en mi brazo y yo misma os conduciré.

»Me tapó los ojos con un pañuelo, que anudó fuertemente por detrás. Oí el ruido de una llave introducida con precaución en la cerradura de una portezuela por el silencioso amante que yo había tenido enfrente. A los pocos instantes la doncella, de cuerpo cimbreante y que se movía con un cadencioso *meneo*...

»—Esta palabra de la lengua española —dijo el recaudador adoptando un ligero tono de superioridad—, es un idiotismo que describe las contorsiones que las mujeres saben imprimir a cierta parte de su vestido que todos adivináis...

»La doncella (reanudó el hilo del relato el cirujano en jefe) me condujo por los caminos enarenados de un gran jardín, hasta cierto lugar donde ella se detuvo. Por el ruido que nuestros pasos producían, supuse que estábamos ante la casa.

»—¡Ahora, silencio —me dijo ella al oído—, y tened mucho cuidado! No olvides ni una sola de mis indicaciones, pues ya no podré hablaros sin peligro para ambos, y en estos momentos se trata de salvaros la vida.

»Luego añadió, pero en voz alta:

»—La señora está en una habitación de la planta baja; para llegar a ella, tendremos que pasar por la habitación y ante la cama del marido; no tosáis, andad con suavidad y seguidme bien, para no chocar con un mueble o poner los pies fuera de la alfombra que yo misma he dispuesto.

»Entonces el amante gruñó sordamente, como un hombre impacientado por tantos retrasos. La camarera se calló, oí abrir una puerta, noté el aire caliente de una habitación y avanzamos a paso de lobo, como unos ladrones. Por último la dulce mano de la doncella me quitó la venda. Me encontré en un espacioso aposento, alto de techo y mal iluminado por una lámpara humosa. La ventana estaba abierta pero el celoso marido había colocado en ella gruesos barrotes de hierro.

»Caí allí como en el fondo de un saco. En el suelo, encima de una estera, una mujer con la cabeza cubierta por un velo de muselina, pero a través del cual sus ojos llenos de lágrimas brillaban rutilantes como estrellas, apretaba con fuerza un pañuelo sobre la boca y lo mordía tan vigorosamente, que clavaba en él los dientes; yo nunca había visto un cuerpo tan bello, pero aquel cuerpo se retorció bajo el dolor como una cuerda de arpa tirada al fuego. La desgraciada había convertido sus piernas en dos arbotantes, apoyándolas en una especie de cómoda, y, con ambas manos asía los barrotes de una silla, tendiendo los brazos, cuyas venas estaban horriblemente dilatadas. En aquella posición parecía un criminal sometido a las angustias del interrogatorio. Pero no lanzaba ni un grito ni se oía otro ruido que no fuesen los sordos crujidos de sus huesos. Los tres permanecíamos allí, mudos e inmóviles. Los ronquidos del marido resonaban con una consoladora regularidad. Quise examinar a la camarera, pero se había vuelto a poner la máscara que sin duda se quitó durante el trayecto, y sólo pude ver dos ojos negros y unas formas agradablemente pronunciadas. El amante cubrió inmediatamente las piernas de la parturienta con unas

toallas y dobló el velo de muselina que le tapaba la cara. Después de observar cuidadosamente a aquella mujer, reconocí por ciertos síntomas, que ya había observado antes, en una tristísima circunstancia de mi vida, que el niño estaba muerto. Me incliné hacia la desgraciada para darle esta fatal noticia. En aquel momento, el retador desconocido sacó su puñal, pero tuve tiempo de decírselo todo a la doncella, quien le susurró dos palabras en voz baja. Al oír mi sentencia, un ligero estremecimiento recorrió como un relámpago el cuerpo del amante de pies a cabeza; me pareció ver como palidecía bajo su antifaz de terciopelo negro. La camarera aprovechó un momento en que aquel hombre desesperado contemplaba a la moribunda, cuya tez se ponía amarillada, y me indicó unos vasos de limonada preparados sobre una mesa, haciéndome al propio tiempo una seña negativa. Comprendí que debía abstenerme de beber, pese al horrible calor que me reseca el gaznate. El amante tuvo sed, tomó un vaso vacío, lo llenó de limonada y bebió. En aquel instante la dama tuvo una convulsión violenta que anunciaba el momento favorable de la operación. Me armé de valor y, después de una hora de trabajo, logré extraer el niño a pedazos. El español ya no pensó en envenenarme, al comprender que acababa de salvar a su amante. Gruesas lágrimas caían sobre su capa. La mujer no lanzó un solo gemido, pero temblaba como una fiera sorprendida y la cubría un copioso sudor. En un instante horriblemente crítico, hizo un gesto para indicar la habitación de su marido; éste acababa de volverse y, de nosotros cuatro, solamente ella había oído el susurro de las sábanas y los crujidos de la cama o de las cortinas. Nos detuvimos y, a través de los agujeros de sus antifaces, la camarista y el amante cruzaron miradas de fuego, como para decirse: «Si despierta, lo mataremos». Tendí entonces la mano hacia el vaso de limonada que el desconocido había empezado a beber. El español creyó que iba a tomar uno de los vasos llenos, saltó como un tigre, puso su largo puñal entre los dos vasos envenenados y me ofreció el suyo, indicándome por señas que terminara de beberlo. Había tantas ideas, tanto sentimiento en aquel signo y en su vivo movimiento, que le perdoné las atroces combinaciones meditadas para matarme y borrar así todo recuerdo de aquel suceso. Después de dos horas de cuidados y temores, la camarera y yo conseguimos acostar a su señora. Aquel hombre, metido en una empresa tan azarosa, tomó consigo varios diamantes envueltos en un papel, en previsión de una fuga, y me los metió en el bolsillo sin que yo me apercibiese. Entre paréntesis, como yo ignoraba el suntuoso regalo del español, mi criado me robó aquel tesoro al día siguiente, y huyó provisto de una verdadera fortuna. Dije al oído de la doncella las precauciones que aún había que adoptar y quise marcharme. La camarera se quedó junto a su señora, circunstancia que no me tranquilizó en exceso, pero resolví estar sobre aviso. El amante hizo un envoltorio con el niño muerto y los trapos que la doncella había empapado con la sangre de su señora; lo apretó fuertemente, lo ocultó bajo su capa, me pasó la mano sobre los ojos para indicarme que debía cerrarlos y salió el primero, invitándome con un gesto a que sujetase un extremo de su capa. Yo le obedecí, no sin

dirigir una última mirada a la amante que me había deparado la casualidad. La camarera se arrancó el antifaz al ver que el español se iba y me mostró las facciones más lindas del mundo. Cuando me encontré en el jardín, al aire libre, reconozco que respiré como si me hubiesen quitado un peso enorme de encima. Caminaba siguiendo a mi guía a una distancia respetuosa y vigilando sus menores movimientos con la mayor atención. Al llegar a la portezuela, me tomó de la mano, oprimió contra mis labios un sello engastado en un anillo que yo le había visto en un dedo de la mano izquierda y le di a entender que comprendía este signo tan elocuente. Nos encontramos en la calle, en la que nos esperaban dos caballos; montamos en ellos, el español tomó al mío por la brida con la mano izquierda, poniéndose entre los dientes las riendas de su montura, pues en la derecha llevaba el envoltorio sangriento, y partimos con la rapidez del rayo. Me fue imposible observar el menor objeto que me permitiese reconocer el camino que recorriamos. Al amanecer, me encontró ante la puerta de mi casa y el español huyó en dirección a la puerta de Atocha.

»—¿Y no visteis nada que os pudiera hacer suponer de qué mujer se trataba? —dijo el coronel al cirujano.

»—Sólo una cosa —respondió el médico—. Cuando atendía a la desconocida, observé en su brazo, poco más o menos en el centro, la presencia de un pequeño lunar, del tamaño de una lenteja y rodeado de pelos de color castaño.

»En aquel momento, el indiscreto cirujano palideció; todas las miradas fijas en él se volvieron hacia donde él miraba y entonces vimos a un español, cuyos ojos brillaban entre una espesura de naranjos. Al ver que nos habíamos dado cuenta de su presencia, el desconocido desapareció con la agilidad de un silfo. Un capitán se lanzó inmediatamente en su persecución.

»—¡Cáspita, amigos míos! —exclamó el cirujano—. Esa mirada de basilisco me ha dejado helado. ¡Oigo tocar a muertos! ¡Adiós, amigos míos, asistís a mis funerales!

»—No digas sandeces —intervino el coronel Hulot—. Falcon sigue la pista del español que nos escuchaba y sabrá reducirlo.

»—¿Qué ha sucedido? —exclamaron los oficiales al ver de vuelta al capitán, casi sin resuello.

»—¡Que se vaya al diablo! —respondió Falcon—. En mi opinión, ha pasado a través del muro. Como no creo que sea un brujo, sin duda pertenece a la casa; conoce todos sus pasadizos y recovecos y así ha conseguido burlarme.

»—¡Estoy perdido! —dijo el cirujano con voz sombría.

»—Vamos, tranquilízate, Béga (se llamaba Béga) —le respondí—, nos alojaremos por turno en tu casa hasta tu partida. Esta noche, te acompañaremos todos.

»En efecto, tres jóvenes oficiales que habían perdido mucho dinero en la mesa de juego acompañaron al cirujano a su alojamiento, y uno de nosotros se ofreció para quedarse en su casa. Al día siguiente, Béga obtuvo su permiso para regresar a Francia y hacía todos los preparativos para partir en compañía de una dama a la que Murat

proporcionaba una fuerte escolta; acababa de comer en compañía de sus amigos, cuando su doméstico vino a avisarle de que una joven dama quería hablarle. El cirujano y los tres oficiales descendieron al instante, temiendo alguna celada. La desconocida sólo tuvo tiempo de decir a su amante: “¡Tened cuidado!” y cayó muerta. Aquella mujer era la camarera que, al sentirse envenenada, había esperado llegar a tiempo para salvar al cirujano.

»—¡Diablo, diablo! —exclamó el capitán Falcon—. ¡Esto se llama amor! Una española es la única mujer del mundo capaz de irse corriendo con el vientre lleno de veneno para avisar a su amante.

»Béga permaneció singularmente cabiloso. Para ahogar los siniestros presentimientos que lo atormentaban, volvió a sentarse a la mesa y bebió sin moderación, lo mismo que sus compañeros. Medio embriagados, se acostaron todos temprano. A media noche, el pobre Béga se despertó al oír el ruido agudo que hicieron las anillas de sus cortinas al descorrerse violentamente. Se sentó en el lecho, presa del nerviosismo mecánico producido por semejante despertar. Vio entonces, de pie ante él, a un español envuelto en su capa y que le dirigía la misma mirada ardiente que durante la fiesta vio partir de la espesura. Béga gritó:

»—¡Socorro! ¡A mí, amigos míos!

»El español respondió con una risa amarga a este grito de angustia.

»—El odio crece para todo el mundo —murmuró.

»Después de pronunciar esta especie de sentencia, el desconocido indicó a los tres amigos profundamente dormidos, se sacó de debajo de la capa un brazo de mujer recién cortado, lo presentó a Béga señalándole una peca parecida a la que él tan imprudentemente había descrito, y le preguntó:

»—¿Es el mismo?

»A la luz de una linterna puesta junto a la cama, Béga reconoció el brazo y respondió con su elocuente estupor. Sin que mediasen más palabras, el marido de la desconocida le hundió el puñal en el corazón...».

XXII

EL PERIODISTA SE SUBLEVA

—Esto hay que contarlo —dijo el periodista— a carboneros, pues hace falta su fe robusta para creerlo. ¿Podrías explicarme quién habló, del muerto o del español?

—Señor mío —respondió el recaudador de contribuciones—, yo mismo cuidé del pobre Béga, que murió cinco días después en medio de horribles sufrimientos. Mas esto no es todo. Cuando se organizó la expedición para restablecer a Fernando VII en el trono, me destinaron a España y afortunadamente no pasé de Tours, pues entonces me prometieron el puesto de recaudador de contribuciones en Sancerre. La víspera de mi partida, asistí a un sarao ofrecido por *madame* de Listomére, en el que debían encontrarse muchos españoles distinguidos. Al abandonar la mesa de ajedrez, vi a un grande de España, un *afrancesado* en el destierro, que hacía quince días había llegado a la Turena. Llegó muy tarde al baile, que constituía su primera presentación en sociedad, y recorría los salones acompañado de su esposa, que tenía el brazo derecho completamente rígido. Todos nos separamos en silencio para ceder el paso a aquella pareja, que contemplamos no sin emoción. Imaginaos un cuadro viviente de Murillo. En unas órbitas hundidas y amoratadas, aquel hombre mostraba unos ojos de fuego de mirada fija; tenía las mejillas hundidas, su cráneo sin cabello ofrecía tonos ardientes y su cuerpo asustaba, tan flaco era. En cuanto a la mujer, por más que os la imaginéis, no llegaréis a concebirla. Tenía aquel talle admirable que ha creado la palabra *meneo* en la lengua española; aunque pálida, aún era bella; su tez, por un privilegio inaudito para una española, era de una blancura resplandeciente, pero su mirada, llena del sol de España, se derramaba sobre todos como un chorro de plomo fundido.

«Señora —le pregunté hacia el fin de la velada—. ¿Qué suceso acarrió la pérdida de vuestro brazo? —Lo perdí en la guerra de la Independencia», me respondió ella.

—España es un país singular —observó *madame* de La Baudraye—. En él aún se conservan algunas costumbres árabes.

—¡Oh! —dijo el periodista riendo—. Esta manía de cortar brazos es muy antigua en España; reaparece periódicamente como algunos de los bulos que publican nuestros periódicos, pues habéis de saber que este tema ya inspiró algunas obras del teatro clásico español, a partir de 1570...

—¿Acaso me suponéis capaz de inventar una historia? —dijo *monsieur* Gravier, molesto por el tono impertinente de Lousteau.

—Sois incapaz de ello —respondió el periodista con finura.

—¡Va! —dijo Bianchon—. Las invenciones de los novelistas y los dramaturgos saltan de sus libros y de sus piezas a la vida real con tanta frecuencia como los sucesos de la vida real suben a las tablas y se encaraman en los libros. He visto realizarse bajo mis propios ojos la comedia de *Tartufo*, salvo el desenlace: fue imposible hacer abrir los ojos a Orgon.

—Y la tragicomedia de *Adolfo*, escrita por Benjamín Constant, se representa constantemente —exclamó Lousteau.

—¿Creéis que puedan suceder en Francia unas aventuras como las que acaba de contarnos *monsieur* Gravier? —preguntó *madame* de La Baudraye.

XXIII

EN QUE MONSIEUR DE CLAGNY DEMUESTRA SU INOCENCIA

—¡Eh, por Dios! —exclamó el fiscal de la audiencia—. De *los diez o doce crímenes importantes* que se cometen todos los años en Francia, la mitad por lo menos reúnen unas circunstancias tan extraordinarias como las de vuestras aventuras, y a menudo las dejan tamañitas en cuanto a lo novelesco. Pero esta verdad no está demostrada por la publicación de la *Gaceta de los Tribunales*, que según mi parecer constituye uno de los mayores abusos de la prensa. Este periódico, que sólo data de 1826 o 1827, no existía cuando yo hice mis primeras armas en la carrera del ministerio público, y los detalles del crimen del que voy a hablaros no fueron conocidos más allá del departamento donde fue *perpetrado*. En el arrabal de Saint-Pierre-des-Corps, de Tours, una mujer, cuyo marido desapareció cuando el ejército del Loira fue licenciado en 1816 y que, naturalmente, fue muy llorado, se singularizó por su excesiva devoción. Cuando los misioneros recorrieron las poblaciones de provincias para plantar de nuevo en ellas las cruces derribadas y borrar las señales de la impiedad revolucionaria, aquella viuda se convirtió en uno de sus prosélitos más ardientes; llevaba la cruz y clavó en ella un corazón de plata atravesado por una flecha, y, mucho tiempo después de terminada la misión, aún iba todas las noches a rezar al pie de la cruz que pusieron detrás del ábside de la catedral. Finalmente, vencida por el remordimiento, se confesó de un crimen espantoso. Había degollado a su marido del mismo modo como fue degollado Fualdes, o sea desangrándolo: después lo saló, lo metió cortado en pedazos en dos viejos barriles, como si se hubiera tratado de un puerco. Y durante mucho tiempo, todas las mañanas cortaba un trocito y lo iba a tirar al Loira. El confesor consultó con sus superiores y advirtió a su penitenta de que debía advertir al fiscal de la Audiencia. La mujer esperó el fallo de la justicia. El fiscal y el juez de instrucción visitaron la bodega y todavía encontraron en ella la cabeza de su marido conservada en sal en una de las barricas. «Pero, desgraciada —dijo el juez de instrucción a la acusada—, ya que habéis cometido la barbaridad de tirar de este modo al río el cuerpo de vuestro marido, ¿por qué no habéis hecho desaparecer la cabeza? Así no habrían existido pruebas...». «Lo he intentado muchas veces, señor juez —dijo ella—, pero siempre la he encontrado demasiado pesada».

—Bien, ¿y qué fue de la mujer? —exclamaron los dos parisienses.

—Fue condenada y ejecutada en Tours —respondió el magistrado—, pero su arrepentimiento y su devoción terminaron por despertar el interés general, a pesar de la enormidad de su crimen.

XXIV

UNA BROMA HECHA DURANTE EL IMPERIO

—¡Quién sabe! —dijo Bianchon—. ¡Se representan tantas tragedias tras el telón del matrimonio, que el público no levanta jamás!... Encuentro que la justicia humana no tiene derecho a juzgar los crímenes conyugales; como policía tiene pleno derecho, pero no debe inmiscuirse en éstos con sus pretensiones de equidad.

—Con harta frecuencia la víctima fue durante mucho tiempo el verdugo —respondió ingenuamente *madame* de La Baudraye, a quien el crimen podría parecer a veces excusable si los acusados se atreviesen a decirlo todo.

Esta respuesta, provocada por Bianchon, y la historia contada por el fiscal de la audiencia, dejaron a los dos parisienses sumidos en la mayor perplejidad acerca de la situación de Dinah. Así, cuando llegó la hora de acostarse, hubo uno de esos conciliábulos que se celebran en los corredores de los viejos castillos y en el que los caballeros permanecen enfrascados en misteriosa conversación, con la palmatoria en la mano. *Monsieur* Gravier supo entonces el objeto de aquella entretenida velada, en la que había resplandecido la inocencia de *madame* de La Baudraye.

—Al fin y al cabo —dijo Lousteau—, la impasibilidad de nuestra castellana tanto puede indicar una profunda depravación como el candor más ingenuo... El fiscal de la audiencia, en mi opinión, quiere tender una celada al pequeño La Baudraye...

—No volverá hasta mañana. ¿Quién sabe lo que pasará esta noche? —observó Gatien.

—Lo sabremos —repuso *monsieur* Gravier.

La vida en un castillo comporta infinidad de bromas pesadas, entre las cuales las hay que son de una horrible perfidia. *Monsieur* Gravier, que había visto tantas cosas, propuso sellar la puerta de *madame* de La Baudraye y la del fiscal de la audiencia. Las grullas acusadoras del poeta Ibico no son nada comparadas con el cabello de los espías de un castillo fijan en la abertura de una puerta mediante dos bolitas de cera aplastadas, puestas tan arriba o tan abajo, que es imposible descubrir esta trampa. Si el galán sale y abre la otra puerta sospechosa, la coincidencia de los cabellos arrancados lo revela todo. Cuando todos dormían, el médico, el periodista, el recaudador de contribuciones y Gatien fueron descalzos, como auténticos ladrones, a condenar misteriosamente las dos puertas, prometiéndose volver a las cinco de la mañana para comprobar el estado de los sellos. Juzgue el lector cuál sería su asombro y el contento de Gatien, cuando los cuatro, con una palmatoria en la mano y a medio vestir, fueron a examinar los cabellos y hallaron el del fiscal de la audiencia y el de *madame* de La Baudraye en un satisfactorio estado.

—¿Es la misma cera? —dijo *monsieur* Gravier.

—¿Son los mismos cabellos? —preguntó Lousteau.

—Sí —dijo Gatien.

—Así, todo cambia —exclamó Lousteau—. Habéis recorrido las matas para ojear

la caza sin ningún resultado.

El recaudador de contribuciones y el hijo del presidente se dirigieron una mirada interrogadora que quería decir: «¿No habrá en esta frase algo ofensivo para nosotros? ¿Debemos reír o enfadarnos?».

—Si Dinah es virtuosa —susurró el periodista al oído de Bianchon—, vale muy bien la pena que yo recoja el fruto de su primer amor.

XXV DECLARACIÓN INDISCRETA

La idea de tomar en pocos instantes una plaza que resistía desde hacía nueve años a los de Sancerre, acarició entonces la mente de Lousteau. Dominado por este pensamiento, fue el primer en descender al jardín, con la esperanza de encontrar allí a la castellana. Esto fue precisamente lo que ocurrió, pues *madame* de La Baudraye también sentía deseos de conversar con su crítico. La mayoría de las casualidades son buscadas.

—Ayer fuisteis de caza, caballero —le dijo *madame* de La Baudraye—. Esta mañana me siento apurada para ofreceros una nueva diversión; a menos que queráis ir a La Baudraye, donde podréis observar la vida provinciana un poco mejor que aquí, pues apenas habéis probado mis ridiculeces; pero tened en cuenta que el proverbio sobre la joven más bella del mundo también concierne a la pobre provinciana.

—Ese bobo de Gatien —respondió Lousteu— sin duda os ha repetido una frase que yo dije para hacerle confesar que os adoraba. Vuestro silencio de anteayer, durante la cena y durante toda la velada, fue suficiente para revelarme una de esas indiscreciones que en París jamás se cometen. ¡Qué queréis! Yo no me jacto de ser inteligible. Así, ayer tramé un pequeño complot a fin de que contasen todas esas historias, sólo para saber si podíamos causar ciertos remordimientos, a vos y a *monsieur* de Clagny... ¡Oh, tranquilizaos! Tenemos la certidumbre de vuestra inocencia. Si hubieseis demostrado la menor debilidad por este virtuoso magistrado, hubierais perdido todo vuestro valor a mis ojos... Yo amo lo que es completo. Vos no amáis, no podéis amar a ese usurero pequeño, seco y mudo, que sólo piensa en barricas y en tierras y que os planta ahí por veinticinco céntimos para duplicar su capital. ¡Oh, he identificado perfectamente a *monsieur* de La Baudraye! Es igual que nuestros usureros de París. Veintiocho años, bella, inteligente y sin hijos... Señora, nunca encontré el problema de la virtud mejor planteado... ¡Cuántos sueños debe de haber acariciado la autora de *Paquita la sevillana*...! Puedo hablaros de todas esas cosas sin la hipocresía verbal propia de los jóvenes, pues soy viejo prematuramente. Ya no tengo ilusiones... ¿Sería posible conservarlas en la profesión que ejerzo?...

Al principiar así, Lousteau suprimía del mapa el país de la Ternura, en el que las auténticas pasiones efectúan tan largas patrullas; iba derecho al grano, poniéndose en situación de hacerse ofrecer lo que las mujeres se hacen pedir durante años, o sino, que lo diga el pobre fiscal de la audiencia, para quien el último favor consistía en estrechar un poco más fuerte que de ordinario el brazo de Dinah contra su corazón, al ir de paseo con ella, ¡oh, dichoso mortal! Así, para no desmentir su reputación de mujer superior, *madame* de La Baudraye trató de consolar al Manfredo del folletín profetizándole todo un futuro de amor en el que él no había pensado.

—Habéis buscado el placer, pero aún no habéis amado —le dijo—. Creedme, el verdadero amor suele llegar a menudo contra viento y marea. Ved a *monsieur* de

Gentz enamorándose en su vejez de Fanny Elsler, y abandonando las revoluciones de Julio para asistir a los ensayos de esta bailarina...

—Esto me parece difícil —respondió Lousteau—. Yo creo en el amor, pero ya no creo en la mujer... Hay sin duda en mí defectos que me impiden ser amado, pues me han abandonado con frecuencia. Quizá me domina el sentimiento del ideal... como todos los que han profundizado en la realidad...

Madame de La Baudraye oyó hablar finalmente a un hombre que, lanzado en las más elevadas esferas parisienses, traía de ellas los axiomas atrevidos, las depravaciones casi ingenuas, las convicciones avanzadas y que, si no era superior, al menos representaba muy bien el papel de superioridad. Etienne alcanzó ante Dinah el éxito de una primera representación. Paquita la sevillana aspiró la tempestuosa atmósfera de París. Pasó uno de los días más agradables de su vida entre Etienne y Bianchon, que le contaron anécdotas curiosas sobre los grandes hombres del día, los rasgos de ingenio que algún día serán la comidilla de nuestro siglo; frases y sucesos vulgares en París, pero completamente nuevos para ella. Naturalmente, Lousteau zahirió bastante a la gran celebridad femenina del Berri, pero con la evidente intención de adular a *madame* de La Baudraye y llevarla al terreno de las confidencias literarias, haciéndose considerar a aquella escritora como su rival. Aquella lisonja embriagó a *madame* de La Baudraye, quien se mostró ante *monsieur* de Clagny, el recaudador de contribuciones y Gatien, más afectuosa que la víspera con Etienne. Estos amantes de Dinah lamentaron mucho haber ido todos a Sancerre, donde pregonaron la velada de Anzy. Si había que escucharles, nunca se había dicho nada tan agudo. Las horas habían pasado sin que se pudiesen ver sus pies ligeros. Ensalzaron a los dos parisienses, que calificaron de prodigiosos. Aquellas exageraciones difundidas a son de trompeta por el Mail, tuvieron por efecto que llegasen dieciséis personas por la noche al castillo de Anzy, unas en cabriolé de familia, otras en coche largo descubierto, y algunos solteros en rocines de alquiler. Alrededor de las siete, aquellos provincianos hicieron bien que mal la entrada en el inmenso salón de Anzy, que Dinah, en previsión de aquella invasión, había iluminado profusamente y al que había sacado todo su lustre, despojándolo de sus bellos muebles de fundas grises, pues ella consideraba aquella velada como uno de sus grandes días. Lousteau, Bianchon y Dinah cambiaron miradas llenas de finura al examinar las poses y al escuchar las frases de aquellos visitantes atraídos por la curiosidad. ¡Cuántas cintas, cuántos encajes hereditarios y viejas flores más artificiosas que artificiales se presentaron con audacia encima de sombreros bienales! La presidenta Boirouge, prima de Bianchon, cambió algunas frases con el doctor, del que obtuvo una consulta gratuita explicándole que tenía unos pretendidos dolores nerviosos en el estómago, en los que el médico reconoció unas periódicas indigestiones.

—Tomad el té todos los días, una hora después de la cena, como hacen los ingleses, y os curaréis, pues lo que sufrís es una enfermedad inglesa —respondió

gravemente Bianchon.

—Desde luego, es un gran médico —dijo la presidenta volviendo a reunirse con las señoras de Clagny, de Popinot-Chandier y de Gorju, la esposa del alcalde.

—Se dice —replicó *madame* de Clagny cubriéndose con el abanico— que Dinah lo ha hecho venir más para saber cuál es la causa de su esterilidad, que para las elecciones...

En el primer instante de su éxito, Lousteau presentó al sabio médico como el único candidato posible a las próximas elecciones. Pero Bianchon, con gran contento del nuevo subprefecto, observó que parecía casi imposible abandonar la ciencia por la política.

—Sólo los médicos sin clientela —dijo— pueden presentarse a diputados. Así, pues, elegid como candidato a hombres de Estado, a pensadores, a personas que posean conocimientos universales y que sepan ponerse a la altura a que deben estar un legislador: ¡esto es lo que hace falta en nuestras Cámaras, y lo que necesita nuestro país!

XXVI

UNA ACUSACIÓN QUE NO PROSPERÓ

Dos o tres personas jóvenes, algunos jóvenes y la señora, examinaban a Lousteau como si éste fuese un bicho raro.

—*Monsieur* Gatien Boirouge pretende que *monsieur* Lousteau gana veinte mil francos anuales escribiendo —dijo la mujer del alcalde a *madame* de Clagny—. ¿Lo creéis posible?

—Lo dudo... puesto que el fiscal de la audiencia sólo cobra mil escudos...

—*Monsieur* Gatien —dijo *madame* Chandier—, haced hablar en voz alta a *monsieur* Lousteau; todavía no lo he oído...

—¡Qué botas tan bonitas lleva! —dijo *mademoiselle* Chandier a su hermano—. ¡Y cómo relucen!

—¡Bah! ¡Es betún!

—¿Y por qué tú no te lo das?

Lousteau llegó a la conclusión de que *posaba* con exceso y reconoció en la actitud de los habitantes de Sancerre los indicios de la curiosidad que los había atraído.

—¿Qué acusación podría hacerles? —pensó.

En aquel momento, el pretendido ayuda de cámara de *monsieur* de La Baudraye, un mozo campesino vestido con librea, trajo las cartas, los periódicos y entregó un paquete de pruebas que el periodista dejó que tomase Bianchon, pues *madame* de La Baudraye le dijo, al ver el paquete, cuya forma y los bramantes que lo ataban eran bastante tipográficos:

—¡Cómo! ¿Hasta aquí os persigue la literatura?

—No la literatura —respondió el interpelado—, sino la revista en que estoy terminando de publicar una novela y que aparecerá dentro de diez días. Cuando vine, sobre mí se cernía la frase fatídica *Termina en la próxima entrega*, y me vi obligado a dejar mis señas al impresor. ¡Ah, comemos un pan que nos venden muy caro los que especulan con el papel impreso! Voy a describiros la curiosa especie representada por los directores de revista.

—¿Cuándo comenzará la conversación? —preguntó entonces *madame* de Clagny a Dinah, como pudiera haber dicho: «¿A qué hora es el castillo de fuegos artificiales?».

—Yo creía —dijo *madame* Popinot-Chandier a su prima, la presidenta Boirouge — que nos contarían historias.

En el momento en que, semejantes a una platea impaciente, los sancerreses dejaban escapar murmullos, Lousteau vio a Bianchon sumido en un ensimismamiento inspirado por el sobre de las pruebas.

—¿Qué tienes? —le dijo Etienne.

—He aquí la más bonita novela del mundo contenida en una maculatura que

envolvía tus pruebas. Toma, lee: *Olimpia o las venganzas romanas*.

—Veamos —dijo Lousteau tomando el fragmento de hoja mal impresa que le tendía el doctor, para leer en voz alta lo que sigue:

104

OLIMPIA

caverna. Rinaldo, indignado ante la cobardía de sus compañeros, que sólo tenían valor al aire libre y no se atrevían a aventurarse en Roma, les dirigió una mirada desdeñosa.

—¿Así, estoy solo? —les dijo. Pareció reflexionar y prosiguió—: ¡Sois unos miserables! Iré solo, y esta rica presa solamente será para mí... ¿Me entendéis? Adiós.

—¡Mi capitán! —dijo Lamberti—. ¿Y si os prendiesen sin haberlo conseguido?...

—¡Dios me protege! —repuso Rinaldo, señalando al cielo.

Después de pronunciar estas palabras, salió y encontró en la calle al intendente de Bracciano.

—La página ha terminado —dijo Lousteau, al que todos habían escuchado en medio de un religioso silencio.

—Nos está leyendo su obra —dijo Gatien al hijo de *madame* Popinot-Chandier.

—Se hace evidente, señoras, a partir de las primeras palabras —prosiguió el periodista aprovechando aquella ocasión para burlarse de los sancerreses—, que los bandidos están en una caverna. ¡Cómo descuidaban los detalles los novelistas de antaño! En cambio hoy se observan con la mayor meticulosidad, so pretexto de dar color local. Si los ladrones se hallan en una caverna, en vez de decir *señalando al cielo*, se hubiera debido escribir *señalando a la bóveda*. A pesar de esta incorrección, Rinaldo me parece un hombre decidido, y su apostrofe a Dios tiene un gran sabor italiano. Había en esta novela una sombra de color local. ¡Diantre! Bandidos, una caverna, un Lamberti que sabe calcular... Veo todo un vodevil en esta página. Añádanse a estos primeros elementos una pizca de intriga, una joven campesina con el cabello recogido y la falda corta, y un centenar de coplas detestables y... ¡oh, Dios mío, el público acudirá! Y después está Rinaldo... ¡Qué bien le iría este nombre a Lafont! Debemos imaginar que lleva patillas negras, pantalón ajustado, capa, bigotes, pistola y un tricornio; si el director del vodevil se atreve a pagar algunos artículos periodísticos, podemos contar con cincuenta representaciones seguras del vodevil y cien mil francos de derechos de autor si hablo bien de la obra en mi folletín. Continuemos:

O LAS VENGANZAS ROMANAS

197

La duquesa de Bracciano encontró su guante. Desde luego, Adolfo,

que la había conducido al naranjal, pudo creer que había cierta coquetería en este olvido, pues el bosquecillo estaba desierto a la sazón. Los rumores de la fiesta resonaban vagamente en lontananza. Los *fantoccini* anunciados atrajeron a todo el mundo a la galería. Jamás Olimpia había parecido más bella a su amante. Sus miradas, animadas por idéntico fuego, se comprendieron. Hubo un momento de silencio delicioso para sus almas e imposible de describir. Se sentaron en el mismo banco en que se habían encontrado en presencia del caballero de Paluzzi y de los

—¡Cáspita! Ya no veo a nuestro Rinaldo —exclamó Lousteau—. Pero a caballo de esta página, cualquier literato podría realizar grandes progresos para comprender esta intriga. ¡La duquesa Olimpia es una mujer *capaz de olvidar deliberadamente sus guantes en un bosquecillo!*

—¡A menos que desee verse clasificado entre la ostra y el subjefe de negociado, las dos creaciones más próximas al mármol en el reino zoológico, es imposible no reconocer en Olimpia...! —dijo Bianchon.

—¡A una mujer de treinta años! —dijo con vivacidad *madame* de La Baudraye, temiendo un epíteto excesivamente médico.

—Entonces, Adolfo tendrá veintidós —repuso el doctor—, pues una italiana de treinta años es como una aparición de cuarenta.

—Basándonos en estas dos suposiciones, ya podemos reconstruir la novela —prosiguió Lousteau—. ¡Y este caballero de Paluzzi! ¡Qué hombre! ¿Eh?... En estas dos páginas, el estilo es mediano, el autor tal vez fuese un empleado de los derechos reunidos y quizás escribió esta novela para pagar al sastre...

—Por aquella época —dijo Bianchon— había una censura, y hay que mostrarse tan indulgente con el hombre que pasaba bajo las tijeras del censor en 1805, como con los que iban a la guillotina en 1793.

—¿Comprendéis algo? —preguntó tímidamente *madame* Gorju, la mujer del alcalde, a *madame* de Clagny.

La esposa del fiscal, que, según la expresión de *monsieur* Gravier, hubiera podido poner en fuga a un joven cosaco de 1814, se asentó sólidamente sobre sus ancas como un jinete en los estribos, e hizo una mueca a su vecina que quería decir: «¡Nos miran! Sonrimos como si lo entendiésemos».

—¡Es encantador! —dijo la alcaldesa a Gatien—. ¡Por favor, *monsieur* Lousteau, continuad!

XXVII

LA NOVELA CONTINÚA

Lousteau miró a las dos mujeres, que parecían dos auténticas pagodas indias, y a duras penas pudo mantener su seriedad. Creyó necesario exclamar: «¡Atención!», continuando de este tenor:

O LAS VENGANZAS ROMANAS 209

vestido susurró en el silencio. De pronto, el cardenal Borbórigano apareció ante los ojos de la duquesa. Su rostro era sombrío, su frente aparecía cargada de nubes y una sonrisa amarga se dibujaba entre sus arrugas.

—Señora —dijo—, se sospecha de vos.

Si sois culpable, huid; si no lo sois, huid también, puesto que, virtuosa o criminal, a distancia estaréis en mejor situación para defenderos...

—Estoy muy agradecida a Vuestra Eminencia por su solicitud —dijo ella—. El duque de Bracciano reaparecerá cuando yo crea necesario demostrar que existe.

—¡El cardenal Borborigano! —exclamó Bianchon—. ¡Por las llaves del Papa! Si no me concedéis que sólo este nombre constituye una magnífica creación, si no veis en estas palabras: *vestido susurró en el silencio*, toda la poesía del papel de *Schedony* inventado por *madame* Radcliffe en el *Confesional de los Penitentes Negros*, sois indignos de leer novelas...

—Para mí —repuso Dinah, que se compadeció de las dieciocho caras que miraban a los dos parisienses—, la trama continúa. Lo sé todo: estoy en Roma, veo el cadáver de un marido asesinado cuya esposa, audaz y perversa, instaló su cama encima de un cráter. Todas las noches, a cada nuevo placer, ella dice: «¡Todo va a descubrirse!...».

—¿No la veis —preguntó Lousteau—, abrazando a este tal Adolfo? ¡Lo estrecha entre sus brazos, quiere poner toda su vida en un beso!... Adolfo me hace el efecto de ser un joven muy agraciado pero sin espíritu, uno de esos jovencuelos que tanto abundan en Italia y que las mujeres de aquel país se disputan. Rinaldo se cierne sobre una intriga que no conocemos, pero que debe de ser recia como la de un melodrama de Pixérécourt. No podemos figurar, además, que Rinaldo pasa por el fondo del teatro, como un personaje de los dramas de Víctor Hugo.

—Y tal vez sea el marido —observó *madame* de La Baudraye.

—¿Comprendéis algo de todo este galimatías? —preguntó *madame* Piédefer a la presidente.

—Es maravilloso —dijo *madame* de La Baudraye a su madre.

Todos los naturales de Sancerre abrían unos ojos grandes como platos.

—Continuad, por favor —dijo *madame* de La Baudraye.

Lousteau continuó:

216 OLIMPIA

—¡Vuestra llave!...

—¿La habéis perdido?

—Está en el bosquecillo...

—Corramos...

—¿La tendrá el cardenal?

—No... Aquí está...

—¡De qué peligro nos hemos librado!

Olimpia miró la llave y creyó reconocer la suya, pero Rinaldo la había cambiado; sus ardidés dieron el fruto apetecido y él tenía la verdadera llave. Como un moderno Cartouche, tenía tanta habilidad como valor, y, sospechando que sólo un tesoro considerable podía obligar a una duquesa a llevarla constantemente

—¡Anda, busca! —exclamó Lousteau—. La página que formaba el folio recto siguiente no existe. Para salir del apuro sólo disponemos de la página 212:

212 OLIMPIA

—¡Si la llave se hubiese perdido!

—Él estaría muerto...

—¿Muerto? ¿No deberíais acceder al último ruego que os hizo, y darle la libertad en las condiciones que él...?

—Vos no le conocéis...

—Pero...

—Silencio. Yo te he tomado por amante y no por confesor.

Adolfo guardó silencio.

—Después, aquí vemos a un Amor encima de una cabra al galope, una viñeta dibujada por *Normand* y grabada por *Duplat*... Sí, están firmadas —dijo Lousteau.

—¿Y la continuación? —preguntaron los oyentes que entendían algo.

—Pero esto es un final de capítulo —respondió Lousteau—. La presencia de la viñeta hace cambiar totalmente mis opiniones sobre el autor. Para haber obtenido, durante el Imperio semejantes xilografías, el autor debía de ser un consejero de Estado, o *madame* Barthélemy-Hadot, el difunto Desforges o Sewrin.

—¡Adolfo guardó silencio!... ¡Ah! —exclamó Bianchon—. La duquesa tiene menos de treinta años.

—Si no hay nada más, inventad un final —dijo *madame* de La Baudraye.

—Pero tened en cuenta —observó Lousteau— que la maculatura sólo está tirada por un lado. Como dicen los tipógrafos, falta la segunda forma, no ha sido *retirada*, o, para que comprendéis mejor mirad, el reverso, que debiera estar impreso, ha recibido un número inconmensurable de impresiones diversas; pertenece a la clase de hojas llamadas de *preparación*. Como resultaría horriblemente largo explicaros en que consisten los desarreglos de una hoja de *preparación*, sabed solamente que no puede conservar las señales de las doce primeras páginas que los tipógrafos han impreso en ella, del mismo modo como vos no podríais acordaros del primer bastonazo que os diesen, en el caso de que un pachá os condenase a recibir ciento cincuenta de ellos en la planta de los pies.

—Estoy como loca —dijo *madame* Popinot-Chapdier a *monsieur* Gravier—. Me devano los sesos para explicarme el consejero de Estado, el cardenal, la llave y esta mácula...

—¿No tenéis la clave de esta broma? —dijo *monsieur* Gravier—. Pues bien, consolaos, mi bella señora, yo tampoco la tengo.

—Pero hay otra hoja —dijo Bianchon, mirando a la mesa en la que se hallaban las pruebas.

XXVIII

LA NOVELA ES DE ÉPOCA DE ANNE RADCLIFFE

—¡Magnífico —dijo Lousteau—, está sana e intacta! Corresponde al cuadernillo IV; J, 2.^a edición. Señoras mías, el IV indica el cuarto volumen y la J. décima letra del alfabeto, el décimo cuadernillo. Esto me parece demostrar que esta novela en cuatro tomos en 12.º, salvo las astucias del librero, alcanzó éxito, pues de ella se hicieron dos ediciones. Leamos y descifremos este enigma:

O LAS VENGANZAS ROMANAS 217

corredor; pero, al sentirse perseguido por los hombres de la duquesa, el atrevido Rinaldo

—¡Vete a paseo!

—¡Oh —dijo *madame* de La Baudraye—, han ocurrido sucesos importantes entre vuestro fragmento de maculatura y esta página!

—¡Qué suerte, señora, encontrar esta preciosa hoja! ¿Pero la maculatura en que la duquesa olvida los guantes en el bosquecillo, pertenece al cuarto volumen? ¡Que se vaya al diablo! Continuemos:

no encuentra asilo más seguro que el que consiste en ir de inmediato al subterráneo donde debían de hallarse los tesoros de la casa de Bracciano. Ligerero como la Camila del poeta latino, corrió hacia la entrada misteriosa de las termas de Vespasiano. Las antorchas ya iluminaban las murallas, cuando el hábil Rinaldo, al descubrir, con la perspicacia que era su dote natural, la puerta oculta en el muro, desapareció al instante. Una horrible reflexión surcó el alma de Rinaldo, como el rayo cuando desgarrar las nubes. ¡Se había aprisionado!... Avanzó a tientas por el

—¡Oh, esta hoja enlaza con el fragmento de maculatura! ¡La última página del fragmento es la 212 y aquí tenemos la 217! Y, en efecto, si en la maculatura, Rinaldo, que robó la llave de los tesoros de la duquesa Olimpia sustituyéndola por una muy parecida, se encuentra, en esta hoja, en el palacio de los duques de Bracciano, yo diría que la novela se dirige hacia su desenlace. Ojalá todos lo vieseis tan claro como yo lo veo... En mi opinión, la fiesta ha terminado, los dos amantes han vuelto al palacio Bracciano, es de noche, la una de la madrugada. ¡Rinaldo va a dar un buen golpe!*

—¿Y Adolfo? —dijo el presidente Boirouge, que pasaba por ser un hombre de lengua bastante desenvuelta.

—¡Y qué estilo! —exclamó Bianchon—: ¡Rinaldo, que encuentra el asilo de ir!...

—Evidentemente, ni Maradan, ni los Treuttel y Wurtz, ni Doguereau imprimieron esta novela —dijo Lousteau—, pues tenían correctores a sueldo que veían las pruebas, un lujo que nuestros editores actuales podrían muy bien permitirse, ya que los autores de hoy día saldríamos ganando... Será de algún escritorzuelo de pacotilla, de los que hay por los muelles.

—¿Qué muelles? —preguntó una dama a su compañera—. ¿No hablábamos de termas?...

—Proseguid —dijo *madame* de La Baudraye.

—De todos modos, no es de un consejero de Estado —dijo Bianchon.

—Quizá sea de *madame* Hadot —apuntó Lousteau.

—¿Por qué meten en esto a *madame* Hadot, de la Caridad? —preguntó la presidenta a su hijo.

—Esta *madame* Hadot, mi querida presidenta —respondió la castellana—, era una escritora que floreció durante el Consulado...

—¿Así, había mujeres que escribían cuando Napoleón era emperador? —preguntó *madame* Popiont-Chandier.

—¿Olvidáis a *madame* de Genlis? ¿Y *madame* de Staël? —dijo el fiscal, picado por esta observación a causa de Dinah.

—¡Ah!

—Continuad, os lo ruego —dijo *madame* de La Baudraye a Lousteau.

El periodista continuó la lectura diciendo:

—¡Página 218!

218

OLIMPIA

muro con una inquieta precipitación, y lanzó un grito de desesperación después de buscar en vano el rastro de una cerradura secreta. Le fue imposible negarse a reconocer la espantosa verdad. La puerta, hábilmente construida para servir a las venganzas de la duquesa, no podía abrirse por dentro. Rinaldo pegó la mejilla a diversos lugares, sin sentir en ninguna parte el aire fresco de la galería. Esperaba encontrar una grieta que le indicase el punto donde acababa el muro, pero no halló nada... la pared parecía ser un solo bloque de mármol...

Entonces dejó escapar un sordo rugido de hiena...

—¡Y nosotros que creíamos haber inventado recientemente los gritos de hiena! —dijo Lousteau—, Ahora resulta que la literatura del Imperio ya los conocía, e incluso los hacía salir a escena con cierto conocimiento de la historia natural, como demuestra el adjetivo *sordo*.

—Ahorraos vuestras reflexiones, señor mío —dijo *madame* de La Baudraye.

—¡Ya estamos! —exclamó Bianchon—. El *interés*, este monstruo romántico, os

ha agarrado por el cuello como a mí hace un momento.

—¡Leed! —gritó el fiscal de la audiencia—. ¡Ya lo comprendo!

—¡Ese fatuo! —dijo el presidente al oído de su vecino, el subprefecto.

—Quiere adular a *madame* de La Baudraye —respondió el nuevo subprefecto.

—Bien, continúo leyendo —dijo Lousteau con solemnidad.

Todos escucharon al periodista en medio de *un* profundo silencio.

O LAS VENGANZAS ROMANAS 219

Un profundo gemido respondió al grito de Rinaldo; pero, en su turbación, lo tomó por un eco, tan débil y cavernoso era aquel grito; no podía salir de un pecho humano...

—¡Santa María! —dijo el desconocido.

—Si salgo de aquí, ya no sabré volver —pensó Rinaldo al recuperar su sangre fría acostumbrada—. Si ataco, seré reconocido. ¿Qué hacer?

—¿Quién vive? —preguntó la voz.

—¡Eh! —dijo el bandido—. ¿Acaso los sapos hablan, en este lugar?

—¡Soy el duque de Bracciano! ¡Quien-

220 OLIMPIA

quiera que seáis, sino pertenecéis a la duquesa, venid, en nombre de todos los santos, venid a mí!...

—Tendría que saber dónde estáis, mi señor el duque —respondió Rinaldo con la impertinencia de un hombre que se considera necesario.

—Te veo, amigo mío, pues mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad. Escucha, avanza en derechura... Bien... Tuerce a la izquierda... Ven... aquí... ya estamos juntos.

Rinaldo, tendiendo las manos por prudencia, tropezó con unos barrotes de hierro.

—¡Es una trampa! —gritó el bandido.

—No, has tocado mi jaula... Siéntate

O LAS VENGANZAS ROMANAS 221

en ese fuste de mármol que aquí está.

—¿Cómo es posible que el duque de Bracciano esté en una jaula? —preguntó el bandolero.

—Amigo mío, estoy aquí de pie desde hace treinta meses, sin poder sentarme... Pero tú, ¿quién eres?

—Soy Rinaldo, el príncipe de la Campania, el jefe de ochenta valientes que las leyes llaman equivocadamente unos malvados, que todas las damas admiran y que los jueces ahorcan porque es una vieja costumbre.

—¡Alabado sea Dios!... Estoy salvado... Un hombre honrado hubiera tenido miedo, mientras que yo estoy seguro de entender-

222

OLIMPIA

me muy bien contigo —exclamó el duque—. ¡Oh, mi querido libertador! Sin duda vas armado hasta los dientes...

—E verissimo!

—¿Acaso tienes?...

—Sí, limas y tenazas... *Corpo di Bacco!* venía a pedir prestados indefinidamente los tesoros de los Bracciani...

—Tendrás legítimamente una buena parte de ellos, mi querido Rinaldo, y tal vez iré a cazar hombres en tu compañía...

—¡Me sorprendéis, Excelencia!...

—¡Atiende, Rinaldo! No te hablaré del deseo de venganza que me roe el corazón: estoy aquí desde hace treinta meses, si eres italiano me comprenderás. ¡Ah, ami-

O LAS VENGANZAS ROMANAS

223

go mío, mi fatiga y mi espantoso cautiverio no son nada en comparación del mal que me roe el corazón. La duquesa de Bracciano aún es una de las mujeres más bellas de Roma; yo la amaba lo bastante para sentirme celoso...

—¡Vos, su marido!...,

—Sí, ¿acaso me equivocaba?

—Ciertamente, esto no se hace —dijo Rinaldo.

—Mis celos se vieron excitados por la conducta de la duquesa —prosiguió el duque—. Lo sucedido demostró que yo tenía razón. Un joven francés amaba a Olimpia y ésta le correspondía; tuve pruebas de su mutuo afecto... Entonces, yo quise

—¡Mil perdones, señoras mías! —dijo Lousteau—. Pero, como comprenderéis, no puedo por menos de observaros que la literatura del Imperio iba derecha al grano sin entrar en detalles, carácter que me parece corresponder a los tiempos primitivos. La literatura de esta época se mantenía en equilibrio entre el índice de los capítulos del *Telémaco* y las requisitorias del ministerio público. Tenía ideas, pero se hacía la

desdeñosa y no las expresaba. Observaba pero, avarienta, no comunicaba sus observaciones a nadie. Solamente Fouché comunicaba sus observaciones a los demás. «La literatura se contentaba entonces —según la expresión de uno de los críticos más necios de la *Revue des Deux-Dondes*—, con un esbozo bastante puro y un contorno muy definido de todas las figuras al estilo antiguo; no danzaba con los períodos». Así lo creo: carecía de períodos, y seductoras palabras; se limitaba a afirmar: «Lubin amaba a Toinette, Toinette no amaba a Lubin; Lubin mató a Toinette, y los gendarmes detuvieron a Lubin, que fue encarcelado, conducido a juicio y guillotinado». ¡Sólido esbozo, contorno claro! ¡Qué hermoso drama! Pues bien, hoy, los bárbaros juegan con las palabras.

—Y a veces con los muertos —observó *monsieur* de Clagny,

—¡Ah! —replicó Lousteau—. ¿Advertís la expresión?

—¿Qué quiere decir? —preguntó *madame* de Clagny, inquieta.

—Parece como si entrara en un horno —respondió la alcaldesa.

—Esa broma perdería, si la explicase —observó Gatien.

—Hoy en día —prosiguió Lousteau— los novelistas dibujan caracteres; y, en vez de esbozar claramente el contorno, descubren el corazón humano, interesando al lector por Toinette o por Lubin.

—Yo estoy asustado ante la cultura literaria del público —dijo Bianchon—. Como los rusos derrotados por Carlos XII, que terminaron por aprender el arte. Antes sólo se pedía a la novela que tuviese interés; en cuanto al estilo, eso no preocupaba a nadie, y menos al autor; por lo que se refiere a las ideas, cero, y de color local, nada. Insensiblemente, el lector ha requerido un estilo, interés, patetismo y conocimientos positivos; ha exigido los *cinco sentidos* literarios: la invención, el estilo, el pensamiento, el saber y el sentimiento; después vino la crítica, metiéndose con todo. El crítico, incapaz de inventar otra cosa salvo calumnias, pretende que cualquier obra no surgida de un cerebro completo tiene que ser coja. Entonces aparecieron algunos charlatanes, como Walter Scott, que podían reunir los cinco sentidos literarios; los que sólo tenían ingenio, saber, estilo o sentimiento, esos lisiados, esos acéfalos, esos mancos y tuertos literarios gritaron que todo estaba perdido, predicaron cruzadas contra aquellos que corrompían la profesión, y negaron sus obras.

—Es la historia de vuestras últimas querellas literarias —observó Dinah.

—¡Por favor! —exclamó *monsieur* de Clagny—. Volvamos al duque de Bracciano.

Con gran desesperación de la asamblea, Lousteau prosiguió la lectura de la galerada:

veneno en la mano. Queríamos imponernos mutuamente una confianza que no sentíamos: yo para hacer que se tomase un bebedizo, ella para apoderarse de mí. Ella era mujer y triunfó; pues las mujeres disponen siempre de una trampa más que nosotros para tendernos, y yo caí en ella: fui dichoso pero, a la mañana siguiente, me desperté en esta jaula de hierro. Grité durante todo el día en la oscuridad de esta cueva, situada bajo el dormitorio de

O LAS VENGANZAS ROMANAS

225

la duquesa. Por la noche, elevado por un contrapeso hábilmente dispuesto, atravesaba yo el suelo y veía a la duquesa en brazos de su amante; ella me tiraba entonces un pedazo de pan, mi pitanza de todas las noches. ¡Ésta ha sido mi vida desde hace treinta meses! En esta prisión de mármol, mis gritos no pueden llegar a oídos de nadie. La suerte me es adversa y ya nada esperaba. La habitación de la duquesa, en efecto, está en el fondo del palacio y mi voz, cuando me suben a él, no puede ser oída por nadie. Cada vez que veo a mi esposa, ella me muestra el veneno que yo preparé para ella y su amante;

226

OLIMPIA

lo suplico para mí, pero ella me rehúsa la muerte me da pan y lo como. ¡He hecho bien comiendo y viviendo, pues no contaba con los bandidos!...

—Sí, Excelencia; cuando las imbéciles personas honradas duermen, nosotros velamos y...

—¡Ah, Rinaldo! Todos mis tesoros serán tuyos; los compartiremos como hermanos, yo querría dártelo todo... hasta mi ducado...

—Excelencia, conseguir que el Papa me dé la absolución *in artículo mortis*; así arreglaré mis asuntos terrenales.

O LAS VENGANZAS ROMANAS

227

—Todo lo que tú quieras; pero lima los barrotes de mi jaula y préstame tu puñal... No tenemos mucho tiempo, apresúrate... ¡Ah, si mis dientes fuesen limas!... He intentado morder estos hierros...

—Excelencia —dijo Rinaldo, escuchando las últimas palabras del duque—, ya he aserrado un barrote.

—¡Eres un dios!

—Vuestra esposa asistió a la fiesta de la princesa de Villaviciosa; regresó con su pequeño francés, embriagada de amor; así, pues, tenemos tiempo.

—¿Has terminado?

—Sí...

228

OLIMPIA

—¡Tu puñal! —pidió con presteza el duque al bandido.

—Aquí lo tenéis.

—Bien.

—Oigo encender la luz.

—¡No os olvidéis de mí! —dijo el bandido, que conocía la ingratitud humana.

—Menos que de mi padre —dijo el duque.

—Adiós —le dijo Rinaldo—. ¡Toma, cómo sube! —añadió el bandido viendo desaparecer al duque—. *Menos que a su padre* —se dijo—; si es así como piensa acordarse de mí... ¡Ah, y yo que había jurado no hacer daño a las mujeres!...

Pero dejemos por un momento al bandido librado a sus reflexiones, y subamos

O LAS VENGANZAS ROMANAS

229

con el duque a las habitaciones de palacio.

—¡Otra viñeta, esta vez un amorcillo montado en un caracol! La página 230 está en blanco —dijo el periodista—. Vienen después otras dos blancas ocupadas por este título, tan delicioso de escribir cuando se tiene la feliz desdicha de hacer novelas: ¡*Conclusión!*

CONCLUSIÓN

La duquesa nunca había estado tan linda; salió del baño vestida como una diosa.

234

OLIMPIA

y, al ver a Adolfo tendido voluptuosamente sobre montones de cojines, le dijo:

—Eres muy bello.

—Tú también, Olimpia...

—¿Me amas como siempre?

—Cada día te amo más.

—¡Ah, sólo los franceses saben amar! —exclamó la duquesa—.

¿Me amarás bien esta noche?

—Sí...

—¡Ven, pues!

Y, con un movimiento de odio y de amor, ya fuese porque el cardenal borborigano le hubiese recordado más vivamente a su marido, o porque quisiese demostrarle más amor, apagó la luz y tendió los brazos a

—¡Esto es todo! —exclamó Lousteau—, pues el regente de la imprenta rasgó el resto al envolver mis pruebas; sin embargo, es bastante para demostrarnos que este autor prometía.

XXIX

EN DONDE MONSIEUR DE LA BAUDRAYE SE REVELA EN CUERPO ENTERO

—No entiendo una palabra —dijo Gatién Boirouge, que fue el primero en romper el silencio que guardaban los de Sancerre.

—Ni yo tampoco —respondió *monsieur* Gravier, exasperado.

—Sin embargo, es una novela escrita durante el Imperio —dijo Lousteau.

—¡Ah! —exclamó *monsieur* Gravier—. Por la manera como el autor hace hablar al bandido, se ve que no conocía Italia. Los bandidos no se permiten semejantes *concetti*.

Madame Gorju se acercó a Bianchon, al verlo con aspecto soñador, y le dijo, indicándole a Euphémie Gorju, su hija, provista de una magnífica dote:

—¡Qué galimatías! Las recetas que vos extendéis son mejores que esto.

La alcaldesa había meditado profundamente aquella frase que, según ella, revelaba un espíritu perspicaz.

—¡Ah, señora! Hay que ser indulgente, pues sólo tenemos veinte páginas de una novela que sin duda tiene mil —respondió Bianchon mirando a *mademoiselle* Gorju, cuyo talle *amenazaba* quebrarse al primer embarazo.

—Bien, *monsieur* de Clagny —dijo Lousteau—. Ayer hablábamos de las venganzas tramadas por los maridos. ¿Qué me decís de las que traman las mujeres?

—Según mi parecer —respondió el fiscal de la audiencia—, la novela no es de un consejero de Estado, sino de una mujer. En cuanto a concepciones extravagantes, la imaginación de las mujeres sobrepasa a la de los hombres. Y si no que lo digan el *Frankenstein* de Mary Shelley, *Leone Leant*, las obras de Anne Radcliffe y el *Nuevo Prometeo* de Camille Maupin.

Dinah miró fijamente a *monsieur* de Clagny dándole a entender, mediante una expresión que lo dejó helado, que, pese a tan ilustre ejemplos, ella consideraba aquella reflexión como dirigida a *Paquita la Sevillana*.

—¡Bah! —dijo el pequeño La Baudraye—. El duque de Bracciano, enjaulado por su mujer y al que ella se muestra todas las noches en brazos de su amante, la matará... ¿Vos llamáis a esto una venganza?... Nuestros tribunales y la sociedad son mucho más crueles...

—¿En qué? —preguntó Lousteau.

—Vaya, por fin se le ha soltado la lengua al pequeño La Baudraye —dijo el presidente Boirouge a su mujer.

—Se deja vivir a la mujer con una mísera pensión y todo el mundo le vuelve la espalda; no puede acicalarse, no goza de consideración alguna, dos cosas que, en mi opinión, son el todo para la mujer —dijo el vejete.

—Pero tiene la felicidad —respondió fastuosamente *madame* de La Baudraye.

—No —replicó aquel aborto de la naturaleza encendiendo su vela para irse a

acostar—, pues tiene un amante.

—Para ser un hombre que sólo piensa en sus acodos y sus resalvos, no está mal —dijo Lousteau.

—Si no tiene más que eso... —respondió Bianchon.

Madame de La Baudraye, la única que pudo oír la frase de Bianchon, se echó a reír tan fina y tan amargamente a la vez, que el médico adivinó el secreto de la vida íntima de la castellana, cuyas arrugas prematuras le preocupaban desde la mañana. Pero Dinah, en cambio, no adivinó las siniestras profecías que su marido acababa de hacerle con una frase, y que el difunto abate Duret no hubiera dejado de explicarle. El pequeño La Baudraye sorprendió en los ojos de Dinah, cuando ésta miraba al periodista devolviéndole la pelota de la broma, aquella rápida y luminosa ternura que dora la mirada de una mujer en el momento en que cesa la prudencia y comienza el impulso de las pasiones. Dinah no atendió la invitación que de este modo le hacía su marido para que guardase las conveniencias sociales, del mismo modo como Lousteau no consideró que las frases maliciosas que pronunció Dinah el día de su llegada le estuviesen dirigidas.

Otro que no hubiese sido Bianchon se habría sorprendido del éxito inmediato alcanzando por Lousteau, pero ni siquiera se sintió molesto por la preferencia que Dinah demostraba por el Folletín, en detrimento de la Facultad, pues hasta tal punto era médico. En efecto, Dinah, en su grandeza de alma, debía mostrarse más accesible al ingenio que a la propia grandeza. El amor prefiere generalmente los contrastes a las semejanzas. La franqueza y la campechanía del galeno, su propia profesión, todo le perjudicaba. He aquí por qué: las mujeres que quieren amar, y Dinah deseaba tanto amar como ser amada, sienten un horror instintivo por los hombres entregados a ocupaciones tiránicas; a pesar de su superioridad, son siempre mujeres en el momento de conquistar, poeta y folletinista, el libertino Lousteau revestido con su misantropía ofrecía aquel brillo del alma y el medio ocioso de vivir que agrada a las mujeres. El sólido sentido común, las miradas perspicaces del hombre verdaderamente superior molestaban a Dinah, quien, sin confesarse su pequeñez, se decía:

—El doctor quizá vale más que el periodista, pero me gusta menos.

Luego pensaba en los deberes de la profesión y se preguntaba si una mujer podría ser algo más que un caso a los ojos de un médico, que ve tantos casos al cabo del día. La primera proposición del pensamiento escrito por Bianchon en el álbum era resultado de una observación médica que caía demasiado a plomo sobre la mujer, para que Dinah no se sintiese alcanzada por ella. Por último Bianchon, que no podía quedarse por más tiempo a causa de su clientela, se iba al día siguiente. ¿Qué mujer, a menos que recibiese en el corazón el flechazo mitológico de Cupido, podría decidirse en tan poco tiempo? Una vez vistas en conjunto por Bianchon aquellas pequeñas cosas que dan en producir las mayores catástrofes, dijo a Lousteau, en cuatro palabras la singular sentencia pronunciada sobre *madame* de La Baudraye que causó la más viva sorpresa al periodista.

XXX

UNA CONVERSIÓN AUTORIZADA POR EL CÓDIGO MASCULINO

Mientras los dos parisienses cuchicheaban, se alzaba una tempestad contra la castellana entre los sancerreses, que no entendían en absoluto las paráfrasis ni los comentarios de Lousteau. En vez de ver la novela que el fiscal de la audiencia, el subprefecto, el presidente, el primer sustituto Lebas, *monsieur* de La Baudraye y Dinah sacaron de ello, todas las mujeres agrupadas alrededor de la mesa de té, sólo veían un engaño, y acusaban a la musa de Sancerre de haber caído en la trampa. Todas esperaban pasar una velada encantadora y todas pusieron en tensión inútilmente las facultades de su espíritu. Nada subleva más a los provincianos que la idea de servir de juguete a los parisienses.

Madame Piédefer abandonó la mesa de té para ir a decir a su hija:

—Vete a hablar con esas damas; están muy sorprendidas de tu conducta.

Lousteau no pudo evitar observar entonces la evidente superioridad de Dinah sobre la flor y nata de las damas de Sancerre; era la mejor vestida, sus movimientos estaban llenos de gracia, su tez adquiría una deliciosa blancura bajo las luces, se destacaba por último ante aquella tapicería de caras viejas, de jóvenes mal vestidas, de modales tímidos, como una reina en medio de su corte. Las imágenes parisienses se borraban, Lousteau se adaptaba a la vida de provincias; y, si bien tenía demasiada imaginación para no sentirse impresionado por las magnificencias reales de aquel castillo, por sus esculturas exquisitas, por las bellezas antiguas del interior, tenía también demasiada cultura para ignorar el valor del mobiliario que enriquecía aquella joya del Renacimiento. Así, cuando los sancerreses se retiraron uno a uno, conducidos nuevamente por Dinah, pues todos tenían que hacer una hora de camino; cuando sólo quedaron en el salón el fiscal de la audiencia, *monsieur* Lebas, Gatien y *monsieur* Gravier, que dormían en Anzy, el periodista ya había cambiado de opinión sobre Dinah. Su pensamiento realizó aquella evolución que *madame* de La Baudraye había tenido la audacia de señalarle a su primer encuentro.

—¡Ah! ¡Qué mal dirán de nosotros durante el camino! —exclamó la castellana volviendo a entrar en el salón, después de dejar en los coches al presidente, la presidenta y las de Popinot Chandier.

El resto de la velada tuvo su lado agradable. En reunión íntima, todos vertieron en la conversación su repertorio de epigramas sobre las diversas caras que pusieron los sancerreses durante los comentarios de Lousteau sobre la cubierta de sus pruebas.

—Querido —dijo Bianchon a Lousteau cuando ambos fueron a acostarse (los habían puesto juntos en una inmensa habitación con dos camas), tú serás el feliz mortal escogido por esta mujer, Piédefer de soltera.

—¿Tú crees?

—Y esto se explica: Tú tienes fama, aquí, de haber tenido muchas aventuras en

París, y, para las mujeres, en un hombre de esta suerte hay algo, un no sé qué de excitante que las atrae y que lo hace agradable. ¿Será la vanidad de hacer triunfar sus recuerdos entre todos los demás? ¿Se dirigirán a su experiencia, del mismo modo como un enfermo paga espléndidamente a un médico célebre? ¿O bien se sienten halagadas por despertar un corazón hastiado de todo?

—Los sentidos y la vanidad intervienen tanto en el amor, que todas estas disposiciones pueden ser ciertas —respondió Lousteau—. ¡Pero si me quedo es a causa del certificado de inocencia instruida que has extendido a Dinah! Es bella, ¿verdad?

—Llegará a ser encantadora cuando ame —dijo el médico—. ¡Además, si bien se mira, tarde o temprano será una viuda rica! Y un hijo le permitiría gozar de su fortuna.

—¡Entonces, amar a esta mujer constituye una buena acción! —exclamó Lousteau.

—Una vez madre, engordará, las arrugas se borrarán y parecerá no tener más de veinte años...

—Pues bien —dijo Lousteau, envolviéndose en las sábanas, si quieres ayudarme, mañana, sí, yo... En fin, buenas noches.

XXXI

EL SENTIMIENTO VA DE PRISA, EN COCHE

Al día siguiente, *madame* de la Baudraye, a quien su marido había dado desde hacía seis meses Jos caballos que utilizaba en sus labores campestres y una vieja calesa que hacía ruido de hierro viejo, tuvo la idea de acompañar a Bianchon hasta Cosne, donde tomaría a su paso la diligencia de Lyon. Llevó consigo a su madre y Lousteau, pero proponiéndose dejar a su madre en La Baudraye, para dirigirse a Cosne, con los dos parisienses y regresar sola con Etienne. Se atavió de una manera encantadora, que encandiló al periodista: borceguíes bronceados, medias de seda gris, un vestido de organdí, echarpe verde de largos flecos de colores matizados y una deliciosa mantilla de encaje negro, adornada con flores. En cuanto a Lousteau, el muy bribón se puso en pie de guerra: lustrosas botas, pantalón de tela inglesa plisado por delante, chaleco muy abierto que dejaba ver una camisa finísima y las cascadas de raso negro recamado de su más bella corbata, levita negra, cortísima y muy ligera. El fiscal del rey y *monsieur* Gravier cambiaron una mirada singular al ver a los dos parisienses en la calesa, y ellos como dos necios al pie de la escalinata. *Monsieur* de La Baudraye, que, desde lo alto del último peldaño, saludaba al doctor con su pequeña mano, no pudo por menos de sonreír al oír que *monsieur* de Clagny decía a *monsieur* Gravier:

—Hubierais debido acompañarlos a caballo.

En aquel momento, Gatien, montado en una tranquila yegua de *monsieur* de La Baudraye, desembocó por la avenida que conducía a las caballerizas y alcanzó la calesa.

—¡Ah, vaya! —dijo el recaudador de contribuciones—. El niño está de plantón.

—¡Qué fastidio! —exclamó Dinah al ver a Gatien—. En trece años, pues pronto hará trece años que estoy casada, no he tenido ni siquiera tres horas de libertad...

—¿Casada, señora? —dijo el periodista sonriendo—. Me recordáis una frase del malogrado Michaud, que las dijo tan agudas. Se disponía a partir hacia Palestina y sus amigos le recordaban su edad y los peligros de semejante excursión. «En fin, le dijo uno de ellos, ¿sois casado? ¡Oh!, respondió él, sí, pero tan poco...».

La severa *madame* Piédefer no pudo contener una sonrisa.

—No me sorprendería ver a *monsieur* de Clagny montado en mi *poney*, para venir a completar la escolta —exclamó Dinah.

—¡Oh, si el fiscal de la audiencia no se une a nosotros —dijo Lousteau—, podréis libraros de ese jovenzuelo al llegar a Sancerre! Decidle que Bianchon ha olvidado algo encima de la mesa, por ejemplo el manuscrito de la primera lección de su curso, y rogad a Gatien que lo vaya a buscar a Anzy.

Esta sencilla argucia puso a *madame* de La Baudraye de buen humor. La ruta de Anzy a Sancerre, desde la que se divisan a intervalos magníficos paisajes, entre los que el soberbio curso del Loira produce a menudo el efecto de un lago, se recorrió

alegremente, pues Dinah se sentía dichosa de verse tan bien comprendida. Se habló de amor en teoría, cosa que permite a los amigos *in petto* sondear en cierto modo sus corazones. El periodista adoptó un tono de elegante corrupción para demostrar que el amor no obedecía a ninguna ley, que el carácter de los amantes variaba sus accidentes hasta el infinito, que los acontecimientos de la vida social aún aumentaban más la variedad de los fenómenos, que todo era posible y verdadero en aquel sentimiento; que tal mujer, después de resistir durante largo tiempo a todas las seducciones y auténticas pasiones, podía sucumbir en pocas horas ante un pensamiento, un huracán interior en cuyo secreto estaba sólo Dios.

—¿No será esta la clave de todas las aventuras que hemos estado contando durante tres días? —dijo Lousteau.

Desde hacía tres días, la imaginación tan despierta de Dinah estaba ocupada por las novelas más insidiosas, y la conversación de los dos parisienses había producido sobre aquella mujer el efecto de las más peligrosas lecturas. Lousteau seguía con el rabillo del ojo los efectos de aquella hábil maniobra para aprovechar el momento en que aquella presa, cuya buena voluntad se ocultaba bajo los ensueños que produce la irresolución, estuviese totalmente aturdida. Dinah quiso enseñar *La Baudraye* a los dos parisienses, y allí representaron la comedia convenida del manuscrito olvidado por Bianchon en su habitación de Anzy. Gatien partió al galope tendido por orden de su soberana. *Madame Piédefer* fue a hacer unas compras en Sancerre y Dinah, sola con los dos amigos, tomó el camino de Cosne.

XXXII

SERVICIOS QUE SE PRESTAN LOS AMIGOS DEL COLEGIO

Lousteau se puso junto a la castellana y Bianchon en la parte delantera del coche. La conversación de los dos amigos fue afectuosa y llena de piedad por la suerte de aquel alma selecta tan incomprendida, y sobre todo tan mal acompañada. Bianchon sirvió admirablemente los intereses del periodista burlándose del fiscal de la audiencia, del recaudador de contribuciones y de Gatien; había algo tan desdeñoso en sus observaciones, que *madame* de La Baudraye no se atrevió a defender a sus adoradores.

—Me explico perfectamente —dijo el médico, cuando cruzaban el Loira— el estado en que habéis permanecido. Sólo podíais ser accesible al amor de cabeza, que con frecuencia conduce al amor del corazón, y ciertamente, ninguno de esos hombres es capaz de disimular lo que de odioso tienen los sentidos en los primeros días de la vida, a los ojos de una mujer delicada. Hoy, para vos, el amar se ha convertido en una necesidad.

—¡Una necesidad! —exclamó Dinah, mirando al médico con curiosidad—. ¿Así, debo amar por que me lo recetáis?

—Si continuáis viviendo como vivís, dentro de tres años estaréis espantosa —respondió Bianchon con tono doctoral.

—¡Caballero!... —dijo *madame* de La Baudraye, sin ocultar su espanto.

—Disculpad a mi amigo —dijo Lousteau con tono placentero a la baronesa—. No puede olvidar que es médico, y el amor sólo es para él una cuestión de higiene. Pero no es egoísta y no hay duda de que únicamente se ocupa de vos, puesto que se va dentro de una hora.

En Cosne se reunió un gran gentío en tomo a la vieja calesa repintada, en cuyas portezuelas se veían las armas otorgadas por Luis XIV a los nuevos señores de La Baudraye: sobre campo de gules, una balanza de oro, cuyo fiel, en azur ostenta tres crucecitas en plata; como soporte, dos lebreles en plata con collar de azur y cadenas de oro. La irónica divisa: *Deo sic patet fides et hominibus*, fue infligida al calvinista converso por el satírico d'Hozier.

—Salgamos, ya vendrán a avisarnos —dijo la baronesa, poniendo a su cochero de centinela.

Dinah tomó el brazo de Bianchon y el médico fue a pasear por la orilla del Loira con paso tan rápido, que el periodista quedó rezagado. Bastó al doctor un solo guiño para hacer comprender a Lousteau que quería ayudarlo.

—Etienne os ha agradado —dijo Bianchon a Dinah—. Ha hablado vivamente a vuestra imaginación; anoche hablamos de vos y él os ama... Pero es un hombre ligero, difícil de retener; su pobreza lo condena a vivir en París, mientras que a vos todo os ordena que viváis en Sancerre... Mirad la vida desde cierta altura... convertid a Lousteau en vuestro amigo y no seáis exigente; vendrá tres veces al año a pasar

unos días agradables a vuestro lado, y vos le deberéis la belleza, la felicidad y la fortuna. *Monsieur* de La Baudraye puede vivir cien años, pero también puede perecer en nueve días, por haberse olvidado de ponerse el sudario de franela con que se envuelve; así que no comprometáis nada. Sed prudentes los dos. No me digáis una sola palabra... He leído en vuestro corazón.

Madame de La Baudraye estaba indefensa ante afirmaciones tan precisas y ante un hombre que se presentaba a la vez como médico, confesor y confidente.

—¡Tate! —dijo—. ¿Cómo podéis imaginaros que exista una mujer capaz de hacer la competencia a las amantes de un periodista?... *Monsieur* Lousteau me parece agradable, espiritual, pero está hastiado... Etc.

Dinah volvió sobre sus pasos, viéndose obligada a reprimir el torrente de palabras bajo las cuales quería ocultar sus intenciones; pues Etienne, que parecía muy interesado por los progresos de Cosne, venía a su encuentro.

—Creedme —le dijo Bianchon—, tiene necesidad de que lo amen seriamente; y, si cambia de existencia, su talento saldrá ganando con ello.

El cochero de Dinah vino resoplando para anunciar la llegada de la diligencia, y todos apresuraron el paso. *Madame* de La Baudraye iba entre los dos parisienses.

—Adiós, hijos míos —dijo Bianchon antes de entrar en Cosne—. Recibid mi bendición.

Soltó el brazo de *madame* de La Baudraye dejando que lo tomara Lousteau, quien lo estrechó contra su corazón con una expresión de ternura. ¡Qué diferencia para Dinah! El brazo de Etienne le causó la más viva emoción, mientras que el de Bianchon no le había hecho experimentar nada. Se cruzó entonces entre ella y el periodista una de esas miradas encendidas que son más que una declaración de amor.

—Actualmente sólo las mujeres provincianas llevan vestidos de organdí, el único género cuyas arrugas no pueden borrarse —se dijo entonces Lousteau—. Esta mujer, que me ha elegido por amante, andará con remilgos a causa de su vestido. Si se hubiese puesto un vestido de fular, estaría contento... ¡He aquí a lo que llevan las resistencias!...

Mientras Lousteau trataba de averiguar si *madame* de La Baudraye había tenido intención de imponerse una barrera infranqueable al elegir un vestido de organdí, Bianchon, ayudado por el cocinero, hacía cargar su equipaje en la diligencia. Por último fue a despedirse de Dinah, quien se mostró excesivamente afectuosa con él.

—Regresad, señora baronesa, dejadme... Gatien está a punto de volver —le dijo al oído—. Es tarde —añadió en voz alta—. ¡Adiós!

—¡Adiós, gran hombre! —exclamó Lousteau estrechando la mano de Bianchon.

XXXIII

EN QUE LAS MUJERES VIRTUOSAS APRENDERÁN A DESCONFIAR DEL ORGANDÍ

Cuando el periodista y *madame* de La Baudraye, sentados juntos en el fondo de la vieja calesa, volvieron a atravesar el Loira, no sabían que decirse. En tales situaciones, la frase que rompe el silencio posee un alcance espantoso.

—¿Sabéis cuánto os amo? —dijo de pronto el periodista, lanzándole la frase a quemarropa.

La victoria podía halagar a Lousteau, pero la derrota no le causaba el menor pesar. Esta indiferencia fue el secreto de su audacia. Tomó la mano de *madame* de La Baudraye al decirle estas palabras tan claras y la estrechó entre sus dos manos; pero Dinah la retiró con suavidad.

—Sí, valgo tanto como una modistilla o una actriz —dijo ella con voz conmovida y bromeando—. ¿Pero, de veras creéis que una mujer que, a pesar de sus ridiculeces, posee cierta inteligencia, haya podido reservar los más hermosos tesoros de su corazón para un hombre que sólo puede ver en ella un placer pasajero?... No me sorprende oír en vuestros labios unas palabras que tantos otros hombres me han dicho ya... pero...

El cochero se volvió.

—Por allí viene *monsieur* Gatien —dijo.

—¡Os amo, os quiero y seréis mía, pues nunca he sentido con mujer alguna lo que vos me inspiráis! —susurró Lousteau al oído de Dinah.

—¿Quizás a pesar mío? —replicó ella sonriente.

—Al menos, es necesario para mi honor que parezca que habéis sido vivamente atacada —dijo el parisién, a quien la funesta propiedad del organdí sugirió una idea muy chusca.

Antes de que Gatien hubiese llegado a la entrada del puente, el audaz periodista arrugó con tal presteza el vestido de organdí, que *madame* de La Baudraye comprendió que en aquel estado no podía presentarse ante nadie.

—¡Pero, señor mío! —exclamó majestuosamente Dinah.

—Vos me habéis desafiado —respondió el parisién.

Pero Gatien llegaba con la celeridad de un amante engañado. Para recuperar un poco la estima de *madame* de La Baudraye, Lousteau se esforzó por ocultar el vestido arrugado a Gatien, asomándose fuera del coche para hablarle, y del lado de Dinah.

—Corred a nuestro albergue —le dijo—, aún tenéis tiempo, pues la diligencia parte dentro de media hora; el manuscrito está en la mesa de la habitación ocupada por Bianchon; le es imprescindible, pues sin él no sabría como dar su clase.

—¡Id al instante, Gatien! —dijo *madame* de La Baudraye mirando a su joven adorador con una expresión llena de despotismo.

El mozalbete, intimidado por aquella insistencia, hizo volver grupas a su montura

y partió a rienda suelta.

—¡Pronto, a La Baudraye! —ordenó Lousteau al cochero—. La señora baronesa no se encuentra bien... Vuestra madre será la única persona que estará en el secreto de mi astucia —dijo, volviendo a sentarse junto a Dinah.

—¿Llamáis una astucia a esta infamia? —dijo *madame* de La Baudraye conteniendo las lágrimas que se secaron al fuego del orgullo irritado.

Se apoyó en un rincón de la calesa, cruzó los brazos sobre el pecho y se puso a mirar el Loira, la campiña, todo, excepto a Lousteau. El periodista adoptó entonces un tono acariciador y continuó hablando hasta La Baudraye, donde Dinah salió de la calesa para correr hacia la casa, tratando de que nadie la viese. En su turbación, se dejó caer en un sofá y rompió en llanto.

—Si soy para vos objeto de horror, de odio y de aborrecimiento, me resignaré a partir —dijo entonces Lousteau, que la había seguido.

Y el taimado caballero se echó entonces a los pies de Dinah. En el momento culminante de esta crisis apareció *madame* Piédefer, para decir a su hija:

—Por Dios, ¿qué tienes? ¿Qué sucede?

—Dad al instante otro vestido a vuestra hija —dijo el audaz parisién al oído de la beata.

Al oír el furioso galope del caballo de Gatien, *madame* de La Baudraye se refugió en su habitación, seguida por su madre.

—¡No hay nada en el albergue! —dijo Gatien a Lousteau, que salió a su encuentro.

—¿Y tampoco habéis encontrado nada en el castillo de Anzy? —respondió Lousteau.

—Os habéis burlado de mí —replicó Gatien con sequedad.

—Completamente —respondió Lousteau—. *Madame* de La Baudraye encontró muy inconveniente que la siguieseis sin habérselo pedido. Creedme, el peor sistema para seducir a las mujeres consiste en enojarlas. Dinah os ha engañado y vos la habéis hecho reír; esto constituye un éxito que ninguno de vosotros había alcanzado desde hace trece años junto a ella, y que vos debéis a Bianchon, pues vuestro primo es el autor de la farsa del manuscrito... ¿Y el caballo, conseguirá salir de su asombro? —observó Lousteau con sorna, mientras Gatien se preguntaba si debía o no enfadarse.

—¿El caballo?... —repitió Gatien.

En aquel momento llegó *madame* de La Baudraye, vestida con un traje de terciopelo y acompañada por su madre, que lanzaba miradas irritadas a Lousteau. Ante Gatien, hubiera sido una imprudencia que Dinah se mostrase fría o severa con Lousteau, quien, aprovechándose de esta circunstancias, ofreció el brazo a aquella falsa Lucrecia; ella no lo rechazó.

—¿Queréis despedir a un hombre que os ha consagrado su vida? —le dijo el periodista caminando a su lado—. Me quedaré en Sancerre para irme mañana.

—¿Vienes, mamá? —dijo *madame* de La Baudraye a *madame* Piédefer, evitando

así tener que responder al argumento directo por medio del cual Lousteau la obligaba a tomar partido.

El parisién ayudó a su madre a subir al coche, hizo otro tanto con *madame* de La Baudraye tomándola delicadamente por el brazo, y él montó en la delantera con Gatien, que dejó el caballo en La Baudraye.

—Habéis cambiado de vestido —dijo torpemente Gatien a Dinah.

—La señora baronesa ha sentido los efectos del aire fresco del Loira —respondió Lousteau— y Bianchon le ha aconsejado que se ponga ropas de abrigo.

Dinah se puso colorada como una amapola, y *madame* Piédefefer adoptó una expresión severa.

XXXIV

LO QUE DA DE SÍ EL ORGANDÍ

—¡Pobre Bianchon; ya está en la carretera de París, qué corazón tan noble! —dijo Lousteau.

—¡Oh, sí! —respondió *madame* de La Baudraye—. Es un gran hombre y delicado...

—Tan contentos que estábamos al partir —observó Lousteau—. Pero ahora os veo doliente y me habláis con amargura. ¿Por qué?... ¿No estabais acostumbrada a que os dijese que sois bella y espiritual? En cuanto a mí, y lo declaro ante Gatien, renuncio a París y me quedo en Sancerre, para engrosar el número de los caballeros que os sirven. Me he sentido tan rejuvenecido en mi región natal, que ya he olvidado París y sus corrupciones, junto con su hastío y sus placeres que acaban por causar fatiga... Sí, me parece como si mi vida se hubiese purificado...

Dinah dejaba hablar a Lousteau sin mirarlo; pero hubo un momento en que la improvisación de aquella serpiente se hizo tan espiritual y aguda bajo el esfuerzo que hizo para imitar la pasión con frases e ideas cuyo sentido, oculto para Gatien, brillaba en el corazón de Dinah, que ésta alzó la mirada hacia él. Aquella mirada pareció colmar de dicha a Lousteau, quien redobló su elocuencia y terminó haciendo reír a *madame* de La Baudraye. Cuando una mujer ríe en una situación en que su orgullo ha resultado herido tan cruelmente, todo queda comprometido. Al entrar en el inmenso patio enarenado y adornado con un cuadro de césped con macizos de flores, que tan perfectamente resaltaba la fachada de Anzy, el periodista decía:

—Cuando las mujeres nos aman, nos lo perdonan todo, incluso nuestros crímenes; cuando no nos aman, no nos perdonan nada, ni siquiera nuestras virtudes. ¿Me perdonáis? —añadió al oído de *madame* de La Baudraye, oprimiéndole el brazo contra el corazón con un ademán lleno de ternura.

Dinah no pudo contener una sonrisa.

Durante la cena y el resto de la velada, Lousteau demostró una alegría y un arrebatado encantadores, pero, al describir de este modo su embriaguez, se entregaba a veces al ensueño, como un hombre absorto en su felicidad. Después del café, *madame* de La Baudraye y su madre dejaron que los caballeros salieran a pasear al jardín. *Monsieur* Gravier dijo entonces al fiscal de la audiencia:

—¿Habéis observado que *madame* de La Baudraye, que se fue con un vestido de organdí, ha vuelto con un vestido de terciopelo?

—Al subir al coche en Cosne, el vestido se enganchó en un botón de cobre de la calesa, desgarrándose de arriba abajo —respondió Lousteau.

—¡Ah! —exclamó Gatien herido en lo más vivo por la cruel diferencia que había entre ambas explicaciones del periodista.

Lousteau, que contaba con esta sorpresa de Gatien, lo tomó por el brazo y se lo apretó para pedirle que guardara silencio. Unos momentos después, Lousteau dejó a

los tres adoradores de Dinah solos, para acaparar al pequeño La Baudraye. Gatien fue interrogado entonces sobre los acontecimientos sobrevenidos durante el viaje. *Monsieur* Gravier y *monsieur* de Clagny se quedaron estupefactos al saber que Dinah se había encontrado sola con Lousteau al regresar de Cosne, pero más estupefactos aún ante las dos versiones ofrecidas por el parisién para explicar el cambio de vestimenta. Así, la actitud de aquellos tres hombres derrotados estuvo llena de embarazo, durante aquella velada. A la mañana siguiente, tuvieron que abandonar Anzy reclamados por diversos asuntos, y Dinah se quedó sola con su madre, su marido y Lousteau. El despecho de los tres sancerreses levantó un gran clamor en la villa. La caída de la Musa del Berri, del Nivernés y del Morvan estuvo acompañada de una gran algarabía formada por maledicencias, calumnias y conjeturas diversas, entre las que figuraba en primera línea la historia del vestido de organdí. Ningún atavío de Dinah alcanzó tanto éxito ni despertó más la atención de los jóvenes, que no se explicaban que relaciones podía haber entre el amor y el organdí, causa de tanta hilaridad entre las casadas. La presidenta Boirouge, furiosa de la desventura de su Gatien, olvidó los elogios que había prodigado al poema de *Paquita la sevillana*, y fulminó con censuras horribles a una mujer capaz de publicar semejante infamia.

—¡La desgraciada comete todo cuanto escribe! —decía—. Quizás acabará como su heroína.

Ocurrió con Dinah, en Sancerre, como con el mariscal Soult en los periódicos de la oposición: mientras fue ministro, perdió la batalla de Toulouse; así que se retiró, la ganó. Virtuosa, Dinah pasaba por ser la rival de Camille Maupin y de las mujeres más ilustres; pero, feliz, era *una infeliz*.

Monsieur de Clagny defendió valientemente a Dinah y fue varias veces al castillo de Anzy para tener el derecho de desmentir el rumor que circulaba sobre la mujer que él seguía adorando, incluso caída, y sostuvo que colaboraba con Lousteau en la preparación de una gran obra. El fiscal de la audiencia fue objeto de las burlas generales.

XXXV
MONSIEUR DE LA BAUDRAYE SE CONSIDERA
CUMPLIDAMENTE VENGADO DEL BELLO MILAUD DE
NEVERS

El mes de octubre fue encantador, pues el otoño es la estación más bella en el valle del Loira, pero el de 1836 fue particularmente magnífico. La naturaleza parecía ser cómplice de la felicidad de Dinah, que, según las predicciones de Bianchon, llegó a sufrir paulatinamente un violento amor de corazón. En un mes, la castellana cambió por completo. Se quedó sorprendida al descubrir tantas facultades inertes, dormidas e inútiles hasta entonces. Lousteau fue un ángel para ella, pues el amor del corazón, esta necesidad real de las grandes almas, hacía de ella una mujer enteramente nueva. ¡Dinah vivía! Hallaba empleo para sus fuerzas, descubría perspectivas inesperadas en el porvenir, era feliz finalmente, feliz sin preocupaciones ni trabas. ¡Aquel inmenso castillo, los jardines, el parque y el bosque, eran tan favorables al amor! Lousteau encontró en *madame* de La Baudraye una ingenuidad en las impresiones, una inocencia, si el lector lo prefiere así, que la hacía original: había en ella algo más picante e imprevisto que en una jovencita. Lousteau fue muy sensible a una lisonja que en casi todas las mujeres es una comedia, pero que en Dinah fue verdadera: él le enseñó el amor, pues era el primer hombre que penetraba en su corazón. En una palabra: se tomó la molestia de mostrarse excesivamente amable. Los hombres, y también las mujeres, por que no, poseen un repertorio de recitados, de cantilenas, de nocturnos, de motivos, de estribillos (¿habría que hablar de recetas, aunque se trate de amor?) que consideran de su exclusiva propiedad. Las personas que ya han llegado a la edad de Lousteau tratan de distribuir hábilmente las piezas de este tesoro en la ópera de una pasión; pero, al no ver más que el resultado de la buena suerte en su aventura con Dinah, el parisién quiso gravar su recuerdo con rasgos indelebles en aquel corazón, y prodigó durante aquel hermoso mes de octubre sus melodías más coquetas y sus barcarolas más sabias. Por último agotó todos los recursos de la presentación escénica del amor, para servirnos de una de esas expresiones tomadas al lenguaje teatral y que describe admirablemente estos manejos.

—¡Si esta mujer me olvida —se decía a veces al volver con ella al castillo después de dar un largo paseo por los bosques—, no se lo echaré en cara, pues eso querrá decir que ha encontrado algo mejor!...

Cuando por ambas partes dos seres han cambiado los dúos de esta deliciosa partitura y aún se gustan, puede decirse que se aman de verdad. Pero Lousteau no tenía tiempo de repetirse, pues se proponía partir de Anzy a primeros de noviembre, reclamado a París por su folletín. Antes de almorzar, la víspera de su proyectada partida, el periodista y Dinah vieron llegar al pequeño La Baudraye con un artista de Nevers, un restaurador de escultura.

—¿De qué se trata? —dijo Lousteau—. ¿Qué queréis hacer en vuestro castillo?

—Ahora veréis lo que quiero —respondió aquel ser enclenque llevándose al periodista, a su esposa y al artista de provincias a la terraza.

Les indicó en la fachada, encima de la puerta de entrada, una preciosa cartela sostenida por dos sirenas, muy parecida a la que decora la arcada actualmente tapiada por la que antes se iba del Quai de las Tullerías al patio del viejo Louvre y sobre la cual se lee: *Biblioteca del gabinete del rey*. Aquella cartela contenía el antiguo escudo de los de Uxelles, que lleva oro y gules, en la faja de uno a otro, con dos leones rampantes, de gules a diestra y de oro a siniestra, por soporte; el escudo del casco del caballero timbrado, con lambrequin de los esmaltes del escudo y rematado por la corona ducal. Y por divisa tenían: *Cy paroist*, expresión altiva y sonora.

—Quiero reemplazar las armas de la casa de Uxelles por Jas mías y, como se encuentra repetida seis veces en las dos fachadas y las dos salas, no es empresa baladí.

—¡Vuestras armas de antes! —exclamó Dinah—. ¿Y después de 1830?...

—¿No he constituido un mayorazgo?

—Lo concebiría si tuvieseis hijos —observó el periodista.

—¡Oh —respondió aquel ente canijo y envejecido—, *madame* de La Baudraye aún es joven y todavía nos queda tiempo!

Esta fatua afirmación hizo sonreír a Lousteau, quien no entendió a *monsieur* de La Baudraye.

—Bien, *Didine* —dijo al oído de *madame* de La Baudraye—. ¿De qué sirven tus remordimientos?

Dinah suplicó un día más, y los dos amantes se despidieron como en esos teatros que dan diez veces seguidas la última representación de una obra llena de tópicos. ¡Cuántas promesas cambiaron! ¡Cuántos pactos solemnes exigidos por Dinah y aceptados sin dificultad por el desvergonzado periodista! Con la superioridad propia de una mujer superior, Dinah acompañó a la vista de todo el mundo, a Lousteau hasta Cosne, en compañía de su madre y del pequeño La Baudraye. Cuando, diez días después, *madame* de La Baudraye recibió en su salón de La Baudraye a los señores de Clagny, Gatien y Gravier, halló el medio de decirles audazmente:

—Debo a *monsieur* Lousteau el saber que no me amaban por mí misma.

¡Y qué bellos discursos pronunció sobre los hombres, sobre la naturaleza de sus sentimientos, sobre la finalidad de su vil amor, etc.! De los tres enamorados de Dinah, sólo *monsieur* de Clagny le dijo: «¡De todos modos, yo os amo!...». A causa de esto, Dinah lo tomó por confidente y le prodigó todas las dulzuras de la amistad que las mujeres confían a los Gurth, que así llevan el collar de una esclavitud adorada.

TERCERA PARTE

UNA DOBLE CADENA

XXXVI

EL PERIODISTA VISTO DE CERCA

De regreso a París, Lousteau perdió en algunas semanas el recuerdo de los bellos días pasados en el castillo de Anzy. Vamos a ver por qué. Lousteau vivía de la pluma. En aquel siglo, y especialmente después del triunfo de una burguesía que se guarda muy bien de imitar a Francisco I o a Luis XIV, vivir de la pluma es un trabajo al que renunciarían los presidiarios, pues preferirían la muerte. ¿Vivir de la pluma, no es crear? Crear hoy, mañana, siempre... o hacer como si se creara. Con todo, lo falso cuesta tanto como lo verdadero. Además de su folletín en un diario, que, semejante a la roca de Sísifo, volvía a caerle todos los lunes sobre la barba de su pluma, Etienne colaboraba en tres o cuatro periódicos literarios. ¡Pero, alto! No ponía ninguna conciencia de artista en sus producciones. El sancerrés pertenecía por su facilidad, por su despreocupación si queréis, a aquel grupo de escritores llamados *artífices* u *hombres de oficio*. En literatura y en el París de nuestros días, el *oficio* representa la dimisión a todas las pretensiones que se puedan tener a un puesto cualquiera. Cuando no puede ir más lejos o pierde sus ambiciones, un escritor se convierte en un *artífice*. Esto permite llevar una vida bastante agradable. Los principiantes, las literatas más o menos marisabidillas, las actrices que comienzan su carrera y las que la acaban, autores y libreros acarician y miman a aquellas plumas aptas para todo. Lousteau, que se había convertido en un vividor, únicamente tenía que pagar su alquiler en el capítulo de gastos. Tenía palcos en todos los teatros. La venta de los libros de los que rendía o no rendía cuentas saldaba su guantero; asimismo, decía a los autores que publican por cuenta propia:

—Tengo siempre vuestro libro en las manos.

Percibía rentas en dibujos y cuadros sobre los amores propios. Tenía los días ocupados por comidas, las noches por el teatro y las mañanas por los amigos, las visitas y la ociosidad. Su folletín, sus artículos, y las dos novelas que escribía anualmente para los semanarios, eran el impuesto que tenía que pagar por esta vida despreocupada. Sin embargo, Etienne luchó durante diez años por alcanzar aquella posición. Conocido finalmente por todo el mundillo literario, querido tanto por el bien como por el mal que hacía con una bondad irreprochable, se dejaba llevar a la deriva, sin preocuparse por el porvenir. Reinaba en medio de una camarilla de recién llegados, tenía amistades, es decir, costumbres que duraban desde hacía quince años, personas con quienes cenaba, comía y bromeaba. Ganaba de setecientos a ochocientos francos mensuales, suma que la prodigalidad propia de los pobres hacía

insuficiente. Por lo tanto Lousteau se encontraba tan miserable como cuando llegó a París, época en la que se decía:

—¡Qué rico sería si tuviese quinientos francos mensuales!

Vamos a ver la razón de este fenómeno. Lousteau vivía en la rue des Martyrs, en una linda y pequeña planta baja con jardín, amueblada magníficamente. Cuando se instaló allí en 1833, hizo un acuerdo con un tapicero, que puso en entredicho su bienestar durante mucho tiempo. Pagaba mil doscientos francos de alquiler por aquellos bajos. Ahora bien, según solía decir, los meses de enero, abril, julio y octubre eran meses indigentes. El alquiler y las notas del portero se lo llevaban todo. No por eso Lousteau dejaba de tomar menos cabriolés, ni de gastar menos de un centenar de francos en almuerzos; se fumaba treinta francos de cigarros, y no sabía negar una cena ni un despido a sus amigas de turno. Hacía entonces tales y tan perfectos anticipos sobre las ganancias siempre inseguras de los meses siguientes, que no podía ver ni cien francos en la chimenea, a pesar de que ganaba setecientos u ochocientos francos mensuales. Estaba igual que cuando ganaba apenas doscientos, en 1822. Cansado a veces de aquellos altibajos de la vida literaria, hastiado del placer como pudiera estarlo una cortesana, Lousteau abandonaba la corriente para ir a sentarse en el margen escarpado de un río, y decía a algunos de sus íntimos, a Nathan, a Bixiou, mientras fumaba un puro en el fondo de su jardincillo, ante un césped de un verde perenne, grande como una mesa de comedor:

—¿Cómo acabaremos? ¡Los cabellos blancos nos hacen respetuosos requerimientos!...

—¡Va! Nos casaremos cuando queramos ocuparnos de nuestro casamiento con el interés con que nos ocupamos de un drama o de un libro —decía Nathan.

—¿Y Fiorina? —respondía Bixiou.

—Todos tenemos una Fiorina —decía Etienne tirando la colilla del cigarro al césped y pensando en *madame Schontz*.

Madame Schontz era una mujer, lo bastante bonita como para poder vender muy caro el usufructo de su belleza, conservando al mismo tiempo la nuda propiedad de la misma para Lousteau, su amigo de corazón. Como todas las mujeres que, a causa del nombre de la iglesia en tomo a la cual están agrupadas han recibido el nombre de *Loretos*, habitaba en la rue Fléchier, a dos pasos de Lousteau. Aquella loreto hallaba un gozo para su amor propio en burlarse de sus amigas diciéndoles que la amaba un hombre de talento. Estos detalles sobre la vida y las finanzas de Lousteau son necesarios, pues esta penuria y aquella existencia de bohemio para quien el lujo parisiense era algo indispensable, habían de influir cruelmente en el porvenir de Dinah.

XXXVII

MANERA DE BURLARSE DEL VERDADERO AMOR

Los que conocen la bohemia de París comprenderán cómo es posible que, al cabo de quince días, el periodista, metido de nuevo en su ambiente literario, pudiese reírse de su baronesa, entre sus amigos e incluso con *madame* Schontz. A los que encuentren infame tal proceder, apenas serviría presentarles una disculpa inadmisibile.

—¿Qué has hecho en Sancerre? —preguntó Bixiou a Lousteau cuando volvieron a encontrarse.

—Hice un favor a tres buenos provincianos, un recaudador de contribuciones, un primito y un fiscal de la audiencia, que revoloteaban desde hacía diez años alrededor de una de esas innumerables décimas musas que son el ornato de los departamentos, sin poder tocarla, del mismo modo como nadie toca un plato de postres hasta que viene un atrevido e hinca en él el cuchillo...

—¡Pobre muchacho! —exclamó Bixiou—. Y yo que decía que fuiste a Sancerre para descansar...

—Tu mala intención es tan detestable como hermosa es mi musa, querido —replicó Lousteau—. Pregúntaselo a Bianchon.

—Una musa y un poeta —respondió Bixiou—. Así, tu aventura es un tratamiento homeopático.

A los diez días, Lousteau recibió una carta franqueada de Sancerre.

«¡Bien, bien! —se dijo Lousteau—. “Amigo querido, ídolo de mi corazón y de mi alma...”. ¡Veinte páginas de escritura, una por día y fechadas a medianoche! Me escribe cuando está sola... ¡Pobre mujer! ¡Ah, ah! *Post-scriptum*. “No me atrevo a pedirte que me escribas como yo lo hago, diariamente; pero espero recibir dos líneas semanales de mi bienamado para tranquilidad mía...”. ¡Qué lástima tener que quemar esto! ¡Está escrito con tanta osadía! —se dijo Lousteau, tirando las diez hojas al fuego después de leerlas—. Esta mujer ha nacido para *hacer copias*».

Lousteau temía poco a *madame* Schontz, que lo amaba *por sí mismo*, pero había suplantado a uno de sus amigos en el corazón de una marquesa. La marquesa en cuestión, mujer de costumbres bastante libres, se presentaba a veces de improviso en su casa por la noche, en fiacre y velada, permitiéndose, en su cualidad de mujer de letras, registrarle los cajones. Ocho días después, Lousteau, que apenas se acordaba de Dinah, recibió con gran turbación un nuevo paquete de Sancerre: ¡Ocho pliegos! ¡Dieciséis páginas? Oyó pasos de mujer, y, creyendo en una visita domiciliaria de la marquesa, tiró aquellas encantadoras y deliciosas pruebas de amor al fuego... sin leerlas.

—¡Una carta de mujer! —exclamó *madame* Schontz al entrar—. El papel y el lacre huelen demasiado bien...

—Aquí tiene, señor —dijo un mozo de mensajerías dejando en la antecámara dos inmensas canastas—. Todo está pagado. ¿Queréis firmar en esta hoja?

—¡Todo está pagado! —exclamó *madame Schontz*—. Esto sólo puede venir de Sancerre.

—Sí, señora —dijo el mozo.

—Tu décima musa es una mujer de elevada inteligencia —dijo la *loreto* abriendo una canasta mientras *Lousteau* firmaba el recibo—. Me gusta una musa que sea una buena ama de casa y que sepa hacer pasteles de tinta y pasteles de venado a la vez. ¡Oh, qué flores tan hermosas! —exclamó al abrir la segunda canasta—, ¡En París no se puede encontrar nada tan bonito!... ¡Vaya, vaya! ¡Una liebre, perdices, medio cabrito! Invitaremos a tus amigos y haremos una cena opípara, pues *Athalie* posee un talento particular para preparar el cabrito.

Lousteau respondió a *Dinah*, pero, en vez de responder con el corazón pergeñó una carta llena de ingenio. La misiva, así, aún resultó más peligrosa: parecía una carta de *Mirabeau* a *Sofía*. El estilo de los verdaderos amantes es limpio. Deja ver el fondo del corazón entre dos orillas adornadas por las fruslerías de la vida, esmaltadas por esas flores del alma que nacen todos los días y cuyo encanto es embriagador, mas para dos seres solamente. Así, cuando una carta de amor puede agradar a un tercero que la lea, habrá salido sin duda de la cabeza y no del corazón. Pero las mujeres caerán siempre en esa trampa, al creer que son la única fuente inspiradora de aquel ingenio.

XXXVIII

UN MATRIMONIO COMO MUCHOS QUE SE DESHACEN

A finales del mes de diciembre, Lousteau ya no leía las cartas de Dinah, que se acumulaban en un cajón siempre abierto de la cómoda, debajo de sus camisas, que perfumaban. Se había presentado a Lousteau una de esas ocasiones que los bohemios deben agarrar por todos sus pelos. A mediados de aquel mes *madame* Schontz, que se interesaba mucho por Lousteau, le rogó que pasara una mañana por su casa para hablar de un asunto.

—¿Por qué no te casas, querido? —le dijo.

—¡Afortunadamente, querida, lo hago a menudo!

—Cuando digo que te cases, me refiero a un buen casamiento. Tú no tienes prejuicios y no hay que disimular nada: de esto se trata. Una joven ha cometido un desliz y la madre no sabe ni que recibió un beso. El padre es un honrado notario muy honorable y que ha tenido la prudencia de ocultarlo todo. Quiere casar a su hija en el plazo de quince días y le dará una dote de ciento cincuenta mil francos, pues tiene otras tres hijas, pero... ¡no está mal!, añade un suplemento de cien mil francos en mano, para compensar la mengua. Se trata de una vieja familia de la burguesía parisiense, en el barrio de los Lombardos...

—¿Pero por qué no se casa con ella el amante?

—Ha muerto.

—¡Qué novelón! Estas cosas sólo pasan en el barrio de los Lombardos...

—No vayas a suponer que un hermano celoso dio muerte al seductor... ¡No, nada de eso! El joven en cuestión murió de la manera más estúpida, víctima de una pleuresía que atrapó a la salida del espectáculo. Era un primer escribiente sin un céntimo, que sedujo a la hija para quedarse con el despacho del notario. ¡Esto ha sido una venganza del cielo!

—¿Cómo lo has sabido?

—Por Málaga: el notario es su milord.

—¡Cómo! ¿Es Cardot, el hijo de ese vejete con coleta y empolvado, el primer amigo de Florentine?...

—Exactamente. Málaga, cuyo amante es un chisgarabís de dieciocho años que es músico, no puede en conciencia casarlo a esa edad; aún no tiene ningún motivo para aborrecerlo. Además, *monsieur* Cardot quiere un yerno que al menos tenga treinta años. Ese notario, según mi parecer, se sentirá muy ufano de tener por hijo político a una celebridad. ¡Así es que reflexiona, amigo mío! Pagarás tus deudas, serás rico, con doce mil francos de renta, y no tendrás que molestarte en ser padre. ¿Quieres más ventajas? Piensa que, al fin y al cabo, te casas con una viuda consolable. Hay cincuenta mil libras de renta en la casa, además del cargo: lo más seguro es que termines teniendo otros quince mil francos de renta y pertenecerás a una familia que, políticamente, se encuentra en magnífica posición. Cardot es cuñado del viejo

Camusot, el diputado, el que vivió tanto tiempo con Fanny Beaupré.

—Sí —dijo Lousteau—. Camusot padre se casó con la hija mayor del difunto padre Cardot, y ambos se iban de juerga juntos.

—Pues bien —prosiguió *madame* Schontz—, *madame* Cardot, la esposa del notario, es una Chiffreville, fabricantes de productos químicos, la aristocracia de hoy en día, los señores de Potasa. Éste es el lado malo del asunto: tendrás una suegra terrible... una mujer capaz de matar a su hija si supiese que se encontraba *en el estado en que...* Esa Cardot es una beata, tiene unos labios como dos cintas, de un rosa desvaído..., un vividor como tú nunca sería aceptado por esa mujer, que, con muy buena intención, indagaría acerca de tu vida de soltero y se enteraría de todo tu pasado; pero Cardot asegura que utilizará todo su poder paternal. El pobre hombre se verá obligado a ser amable con su mujer, una mujer de madera, querido; Málaga, que la conoce, la llama cilicio de penitencia. Cardot tiene cuarenta años, será alcalde de su distrito municipal y es posible que consiga el acta de diputado. En vez de los cien mil francos, está dispuesto a ofrecer una hermosa mansión en la rue Saint-Lazare, con patio y jardín, y que sólo le costó sesenta mil francos cuando la *débaçle* de Julio; te la vendería, a fin de proporcionarte la ocasión de ir y venir a su casa, ver la hija, agradecer a la madre... Esto aumentaría tu prestigio a los ojos de *madame* Cardot. En fin, vivirías como un príncipe en ese hotelito. Gracias a la influencia de Camusot lograrás un nombramiento de bibliotecario para un ministerio en el que no haya libros. Pues bien, si colocas tu dinero como fianza del periódico, tendrás diez mil francos de renta, tú ganarás seis y tu biblioteca te dará cuatro... Pero esto no es todo. Te casarás con un corderito immaculado, que podría convertirse en una mujer casquivana al cabo de dos años... ¿Qué pasaría entonces? Un dividendo anticipado. ¡Es la moda! Si quieres creerme, mañana tienes que ir a cenar a casa de Málaga. Verás allí a tu futuro suegro, quien se enterará de la indiscreción cometida al parecer por Málaga, con la que no puede enfadarse, y entonces tú te lo ganarás. En cuanto a tu mujer..., su falta te permitirá seguir llevando una vida de célibe...

—¡Ah! Empleas un lenguaje menos hipócrita que una bala de cañón.

—Te amo por ti mismo, esto es todo, y discurro. Vamos, hombre, ¿qué haces aquí plantado como un Abd-el-Kader de cera? No lo pienses ni un minuto. El matrimonio es cara o cruz. ¿Has sacado cara?

—Mañana te responderé —dijo Lousteau.

—Preferiría que me respondieses ahora. Málaga ponderará tus cualidades esta noche.

—Pues bien, sí...

Lousteau pasó la velada escribiendo a la marquesa una larga carta en la que le exponía las razones que le obligaban a contraer matrimonio: su constante miseria, la pereza de su imaginación, las canas, su fatiga moral y física; en fin, cuatro páginas de razones.

«En cuanto a Dinah, le enviaré la participación de boda —se dijo—. Como dice

Bixiou, no hay otro como yo que sepa cortar tan bien la cola de una pasión...».

XXXIX UNA PERLA

Lousteau, que empezó por andar con melindres consigo mismo, al día siguiente llegó a temer que aquella boda se frustrase. Por lo tanto, se mostró encantador con el notario.

—Yo he conocido —le dijo— a vuestro señor padre en casa de Florentine, y debía de conoceros por haberos visto en casa de *mademoiselle* Turquet. Un buen perro de caza pura sangre. Era muy buena persona y un filósofo, el pequeño padre Cardot, pues (disculpádmelo) así lo llamábamos. En aquellos días, Florine, Florentine, Tullia, Coralie y Mariette eran como los cinco dedos de la mano... De esto hace ya quince años. Como comprenderéis, estas locuras mías han terminado... En aquellos tiempos, el placer me dominaba, pero hoy tengo ambición; sin embargo, estamos en una época en que, para llegar a ser algo, hay que estar libre de deudas, tener una fortuna, mujer e hijos. Si pago el censo, si soy propietario de mi periódico en vez de ser un simple redactor, llegaré a ser diputado como tantos otros.

Esta sinceridad fue del agrado del notario Cardot. Lousteau se puso sobre las armas y gustó al notario, que, como es fácil comprender, se confió más con un hombre que había conocido los secretos de la vida de su padre, que lo hubiera hecho con otra persona. Al día siguiente, Lousteau fue presentado a la familia Cardot, como el comprador de la casa de la rue Saint-Lazare, y cenó con ellos tres días después.

Cardot vivía en una vieja mansión próxima a la plaza del Chatelet. En su casa reinaba la abundancia. Su espíritu ahorrativo le hacía cubrir los menores dorados bajo gasas verdes. Los muebles estaban cubiertos de fundas. Si nadie experimentaba la menor inquietud sobre la fortuna de la casa, todos experimentaban deseos de bostezar a partir de la primera media hora que pasaban en ella. El aburrimiento reinaba en todos los muebles. Los cortinajes colgaban tristemente. El comedor parecía el de Harpagon. Si Lousteau no hubiese conocido de antemano a Málaga, le hubiera bastado con inspeccionar aquella casa para adivinar que la existencia del notario transcurría en otro teatro. El periodista distinguió a una persona alta, rubia, joven, de ojos azules, tímida y langorosa a la vez. Agradó al primogénito, cuarto pasante del notario, a quien la gloria literaria atraía con sus celadas y que debía ser el sucesor de Cardot. La hermana menor tenía doce años. Lousteau, revestido de un aire jesuítico, representó el papel de hombre religioso y monárquico con la madre, se mostró sobrio, meloso, atildado y respetuoso.

Veinte días después de la presentación, durante la cuarta cena, Félicie Cardot, que estudiaba a Lousteau con el rabillo del ojo, fue a ofrecerle su taza de café en el hueco de una ventana y le dijo en voz baja, con lágrimas en los ojos:

—Consagraré toda mi vida, caballero, a agradeceros vuestro interés por una pobre joven...

Lousteau se conmovió al ver tantas cosas en aquella mirada, en el acento y en la

actitud.

«Esta joven haría la felicidad de un hombre honrado», se dijo, estrechándole la mano por toda respuesta.

Madame Cardot consideraba a su yerno como un hombre de porvenir, pero entre todas las bellas cualidades que le suponía, le encantaba su moralidad. Apuntado por el astuto notario, Etienne dio su palabra de no tener hijos naturales ni ninguna relación que pudiese comprometer el porvenir de la pobrecilla Félicie.

—Acaso me encontréis un poco exagerada —decía la beata al periodista—, pero cuando se da una perla como mi Félicie a un hombre, hay que velar por su futuro. Yo no soy de esas madres que están encantadas con librarse de sus hijas. *Monsieur* Cardot tiene mucha prisa, insiste para que se celebre la boda, ya la querría ver hecha. Estamos de acuerdo en todo, menos en esto... Aunque con un hombre como vos, caballero, un literato cuya juventud se ha visto preservada de la desmoralización actual por el trabajo, una pueda sentirse segura; sin embargo, os burlaríais de mí si os entregase a mi hija con los ojos cerrados. Sé muy bien que no sois un inocente, y esto me disgustaría mucho por mi Félicie (se lo susurró al oído); pero, si tenéis esa clase de relaciones... Sin duda, caballero, habéis oído hablar de *madame* Roguin, la esposa de un notario, que, por desgracia para nuestra profesión, ha alcanzado una desdichada celebridad. *Madame* Rogin está unida desde 1820 con un banquero...

—Sí, Du Tillet —respondió Etienne, mordiéndose la lengua al pensar en la imprudencia con que manifestaba conocer a Du Tillet.

—Pues bien, señor mío, si fueseis madre, ¿no temblaríais al pensar que vuestra hija pudiese correr la suerte de *madame* Du Tillet? A su edad, y llamándose de Granville de soltera, ¿tener por rival a una mujer de más de cincuenta años!... Preferiría ver a mi hija muerta que entregarla a un hombre que tuviese relaciones con una mujer casada... ¡Una modistilla, una actriz; se toman y se dejan! En mi opinión, esa clase de mujeres no son peligrosas, el amor es un estado para ellas, no sienten apego por nadie y si pierden uno, encuentran dos... Pero una mujer que haya faltado a sus deberes conyugales tiene que cargar con su falta y sólo será excusable merced a su constancia, si es que semejante crimen es excusable. Así es al menos como yo veo la falta cometida por una mujer decente, y esto es lo que la hace tan temible...

En vez de buscar el sentido de estas palabras, Etienne las comentó bromeando en casa de Málaga, a donde fue con su futuro suegro, pues el notario y el periodista congeniaban a las mil maravillas.

XL SANCTA SIMPLICITAS

Lousteau se había presentado ya ante sus íntimos como un hombre importante: por último su vida tendría un sentido, el hado lo había mimado y a los pocos días se convertiría en el propietario de un encantador hotelito de la rue Saint-Lazare; iba a casarse, a unirse con una mujer encantadora, tendría alrededor de veinte mil libras de renta; podría dar curso a su ambición; aquella joven lo amaba y enlazaba con numerosas familias honorables. En una palabra: navegaba a velas desplegadas por el lago azul de la esperanza. *Madame* Cardot manifestó deseos de ver los grabados de *Gil Blas*, uno de esos libros *ilustrados* que los editores franceses empezaban a publicar entonces, y Lousteau, la víspera, facilitó las primeras entregas a *madame* Cardot. La mujer del notario tenía su plan y sólo pidió prestado el libro para devolverlo, pues necesitaba un pretexto para caer de improviso en casa de su futuro yerno. Ante el aspecto de aquel piso de soltero, que su marido le había descrito en términos encantadores, ella sabía todo cuanto le ocultaba sobre las costumbres de Lousteau. Su cuñada, *madame* Camusot, a quien ocultaban el fatal secreto, veía con espanto el matrimonio que iba a efectuar su sobrina. *Monsieur* Camusot, consejero en la corte real e hijo de una primera unión, dijo a su madre política, *madame* Camusot, hermana de Cardot el notario, cosas muy poco halagadoras acerca del periodista. Lousteau, hombre agudo e inteligente, no halló nada de extraordinario, por raro que parezca, en el hecho de que la mujer de un rico notario quisiera ver un volumen de quince francos antes de comprarlo. El hombre ingenioso nunca se rebaja a examinar al burgués, que le pasa desapercibido a causa de esta falta de atención; pero mientras él se burla de los burgueses, éstos tienen tiempo de agarrotarlo. En los primeros días de enero de 1837, *madame* Cardot y su hija tomaron un coche de punto y fueron a la rue des Martyrs para devolver las entregas del *Gil Blas* al futuro de Félicie, encantadas ambas de ver el piso de Lousteau. Esta clase de visitas domiciliarias son corrientes entre las viejas familias burguesas. El portero de Etienne no estaba, pero su hija, al saber por la misma burguesa que hablaba con la futura mamá política y la prometida de *monsieur* Lousteau, les entregó gustosa la llave del piso, tanto satisfecha cuanto que *madame* Cardot le puso una moneda de oro en la mano.

Era entonces alrededor del mediodía, la hora en que el periodista regresaba de almorzar en el café Anglais. Al franquear el espacio que separa Nuestra Señora de Loreto de la rue des Martyrs, Lousteau miró casualmente a un *fiacre* que subía por la rue du Faubourgs-Montmartre, y creyó tener una visión al distinguir en el coche la cara de Dinah. Quedó petrificado al encontrarse efectivamente con su Didine en la portería.

—¿Qué vienes a hacer aquí? —exclamó.

El vos no era posible con una mujer que pensaba echar con cajas destempladas.

—¡Amor mío! —exclamó ella—. ¿No has leído mis cartas?...

—Sí —respondió Lousteau.

—¿Y qué me dices?

—¿Qué te digo?

—¡Eres padre! —respondió la provinciana.

—¡Bah! —exclamó él sin preocuparse por la barbarie de esta exclamación—. «En fin —se dijo—, hay que prepararla para la catástrofe».

Hizo una seña al cochero para que se detuviese, dio la mano a *madame* de La Baudraye y dejó al cochero con el *fiacre* cargado de maletas, prometiéndole devolver en el acto a la importuna y sus paquetes al punto de procedencia.

—¡Señor, señor! —gritó la pequeña Pamela.

La niña era inteligente y sabía que no puede haber tres mujeres juntas en un piso de soltero.

—¡Bien, bien! —dijo el periodista, arrastrando a Dinah.

Pamela creyó entonces que aquella desconocida era una parienta y añadió:

—¡La llave está en la puerta; su suegra está en el piso!

En su turbación, y abrumado por el chaparrón de frases que le prodigaba *madame* de La Baudraye, Etienne sólo entendió: *Mi madre está en el piso*, lo único que era posible para él en tales circunstancias, y entró. Su futura y su mamá, que a la sazón estaban en el dormitorio, se ocultaron en un rincón al ver entrar a Etienne con una mujer.

—¡Por fin soy tuya para siempre, mi Etienne, ángel mío! —exclamó Dinah echándole los brazos al cuello y estrechándolo fuertemente, mientras él ponía la llave por dentro—. La vida era una agonía perpetua para mí en aquel castillo de Anzy; no podía resistir más, y, el día en que tuve que declarar lo que constituye mi felicidad, no tuve fuerzas para hacerlo. ¡Te traigo a tu mujer y a tu hijo! ¡Oh, mira que no escribirme..., dejarme dos meses sin noticias tuyas!...

—Pero, Dinah, me pones en un aprieto...

—¿Me quieres?...

—¿Cómo no habría de quererte?... ¿Pero no valía más que te quedases en Sancerre?... Yo estoy aquí en la más profunda miseria y tengo miedo de hacértela compartir...

—Tu miseria será el paraíso para mí. Quiero vivir aquí, sin abandonarte jamás...

—Dios mío, esto, dicho así, es muy bonito, pero...

Dinah se sentó deshecha en llanto, al oír esta frase pronunciada con brusquedad. Lousteau no pudo resistir aquella explosión, estrechó a la baronesa en sus brazos y la besó, diciéndole:

—No llores, Didine.

Al pronunciar esta frase, el folletinista vio en el espejo el fantasma de *madame* Cardot, que lo miraba desde el fondo del aposento.

—Vamos, Didine, ve con Pamela a ordenar que bajen tu equipaje —le dijo al oído—. Va, no llores más, seremos felices.

La acompañó a la puerta y regresó hacia la mujer del notario para conjurar la tormenta.

—Señor mío —le dijo *madame* Cardot—, me congratulo por haber querido ver con mis propios ojos la morada del que había de ser mi yerno. Antes prefiero ver a Félicie muerta que casada con un hombre como vos. Dedicaos a hacer feliz a vuestra Didine, caballero.

Y la beata salió llevándose a Félicie, que también lloraba a moco tendido, pues ya se había acostumbrado a la presencia de Lousteau. La terrible *madame* Cardot volvió a subir a su coche de punto, mirando con insolente fijeza a la pobre Dinah, que aún sentía en el corazón la puñalada de aquel *esto, dicho así, es muy bonito*, pero que, como hacen todas las mujeres enamoradas, creía en aquel *No llores, Didine*. Lousteau, que no se hallaba desprovisto de aquella especie de resolución que proporcionan los azares de una vida agitada, se dijo:

«Didine tiene nobleza; una vez advertida de mi matrimonio, se sacrificará en aras de mi porvenir, y yo sé cómo debo hacer para prevenirla y explicárselo todo».

XLI

MONSIEUR BIXIOU REPRESENTA EL PAPEL DE GERONTE

Encantado por haber hallado una estratagema cuyo éxito le parecía seguro, se puso a bailar tarareando una tonadilla de moda: *¡Larifla fla fla!*

—Después, una vez Didine esté convencida —prosiguió hablando en voz alta para su propio capote—, iré a visitar a mamá Cardot, ante la que representaré una novela, diciéndole que seduje a su Félicie en Saint-Eustache... Félicie, culpable por amor, lleva en su seno la prenda de nuestra dicha y... *larifla fla fla...* el padre no puede desmentirme, *fla fla fla...* ni la hija... *larifla. Ergo*, el notario, su mujer y su hija tendrán que rendirse, *larifla fla fla...*

Con gran sorpresa por su parte, Dinah sorprendió a Etienne bailando una danza prohibida.

—Tu llegada y nuestra felicidad me han vuelto loco de alegría —le dijo para explicarle sus desordenados movimientos.

—¡Y yo que ya no me consideraba amada! —exclamó la pobre mujer soltando el maletín que llevaba y llorando de dicha en el sillón donde se dejó caer.

—Instálate, ángel mío —dijo Etienne riendo bajo capa—. Tengo que escribir dos palabras para librarme de un compromiso de soltero, pues quiero ser todo tuyo. Manda lo que quieras, estás en tu casa.

Etienne escribió a Dixiou la nota siguiente:

Querido, mi baronesa acaba de caerme entre los brazos y me estropeará la boda si no ponemos en escena uno de los ardidés más conocidos de los mil y un vodeviles del Gimnasio. Cuento así contigo para que te presentes, disfrazado de viejo de Moliere, en casa de tu sobrino Leandro para reprenderlo por su estupidez, mientras la décima Musa esté oculta en mi habitación. Se trata de atacarla por los sentimientos; lánzate a fondo, pronuncia palabras duras e hirientes. En cuanto a mí, como comprenderás, siento un amor ciego y me haré el sordo, para darte motivos de gritar. Ven, si puedes, a las siete.

Todo tuyo,

E. Lousteau.

Una vez expedida esta carta por un recadero al hombre de todo París a quien más agradaban estas bromas que los artistas llaman *caricaturas*, Lousteau pareció muy ansioso por acomodar en su casa a la Musa de Sancerre; se ocupó de instalar todos los efectos que ella había traído, la puso al corriente de las personas y las cosas de la casa con una buena fe tan perfecta, con un placer tan desbordante de palabras y caricias, que Dinah se creyó la mujer más amada del mundo. Aquel piso, en que los menores detalles llevaban el sello de la moda, le gustó mucho más que su castillo de Anzy. Pamela Migeon, aquella inteligente niña de catorce años, fue interrogada por el

periodista para saber si quería convertirse en la doncella de la imponente baronesa. Pamela, entusiasmada, entró inmediatamente en funciones, yendo a encargarse de la cena en un restaurante del bulevar. Dinah comprendió entonces cuál era la miseria oculta bajo el lujo puramente exterior de aquel piso de soltero, al no ver en él ninguno de los bártulos necesarios para la vida.

Al tomar posesión de los armarios y las cómodas, empezó a acariciar los más dulces proyectos: cambiaría las costumbres de Lousteau, lo convertiría en un hombre casero, redondearía su bienestar en el hogar. La novedad de su situación ocultaba la desdicha que aquélla encerraba para Dinah, que veía en el mutuo amor la absolución de su falta, y cuya mirada no alcanzaba más allá de aquel piso, por el momento. Pamela, cuya inteligencia era igual a la de una mujercuela, se fue en derechura a casa de *madame* Schontz, para pedirle la vajilla de plata y explicarle lo que acababa de pasarle a Lousteau. Después de haber puesto todo lo que tenía en casa a la disposición de Pamela, *madame* Schontz corrió a ver a Málaga, su amiga íntima, a fin de avisar a Cardot de la desdicha que acababa de ocurrirle a su futuro yerno. En absoluto inquieto por la crisis que se cernía sobre su matrimonio, el periodista aún se mostró más encantador hacia la provinciana. La cena motivó esas deliciosas niñerías a que se entregan los amantes que al fin se sienten libres y dichosos por gozar de su mutua compañía. Después del café, en el momento en que Lousteau estaba sentado junto al fuego con Dinah en sus rodillas, Pamela apareció muy asustada.

—¡Está aquí *monsieur* Bixiou! ¿Qué debo decirle? —preguntó.

—Entra en la alcoba —dijo el periodista a su amante—. Pronto lo despediré; es uno de mis amigos más íntimos a quien no tendré más remedio que declarar mi nuevo género de vida.

—¡Oh, oh! ¡Dos cubiertos y un sombrero de terciopelo azul! —exclamó su compinche—. Me voy... El matrimonio tiene esto: ¡que hay que hacer la despedida de soltero! Qué rico se siente uno cuando se muda, ¿eh?

—¿Es que voy a casarme? —preguntó Lousteau.

—¡Cómo! ¿Es que ya no te casas? —exclamó Bixiou.

—¡No!

—¿No? ¡Ah, vaya! ¿Qué te ha pasado? ¿Acaso piensas cometer una tontería? ¡Cómo!... Tú que, por una bendición del cielo, has encontrado veinte mil francos de renta, un hotel, una mujer que pertenece a una de las primeras familias de la alta burguesía, una mujer, en fin, de la rue des Lombarts...

—¡Basta, basta, Bixiou! ¡Todo ha terminado, vete!

—¡Irme! La amistad tiene sus derechos y pienso abusar de ellos. ¿Qué te ha pasado?

—Ha llegado aquella señora de Sancerre; es madre y vamos a vivir juntos y dichosos el resto de nuestros días... Lo sabrás mañana, así es que no tengo por qué ocultártelo hoy.

—«¡Son demasiados tubos de chimenea que me caen en la cabeza!», como dice

Arnal. Pero si esa mujer te ama por ti mismo, querido, se volverá por donde ha venido. ¿Es que una mujer de provincias ha podido alternar alguna vez en París? Te hará sufrir en todos tus *amores propios*. ¿Olvidas lo que es una provinciana? Su felicidad será tan fastidiosa como su desdicha y desplegará más talento para evitar la gracia que el que demuestra la parisiense para inventarla. ¡Escucha, Lousteau! Que la pasión te haga olvidar el tiempo en que vivimos, pase, pero yo, que soy tu amigo, no llevo una venda mitológica que me tape los ojos... Pues bien, examina tu situación. Desde hace quince años alternas en el mundo literario, ya no eres joven y tienes que tomarte las cosas con calma... Sí, amigo mío, haces como los pilluelos de París que, para ocultar la debilidad de sus brazos, los rellenan, tú llevas las pantorrillas en los talones. Por último, tus bromas son ya algo pasadas. Tus frases son más conocidas que un remedio secreto...

—Yo te diría, como el regente al cardenal Dubois: «¡Basta de puntapiés como éstos!» —dijo Lousteau en voz baja.

—¡Ah, joven envejecido! —respondió Bixiou—. Sientes el escalpelo del operador en tu herida. Estás agotado, ¿verdad? ¿Quieres decirme qué has ganado en el juego de la juventud, bajo la presión de la miseria? No estás en primera línea y no tienes mil francos que sean tuyos. Ésta es tu situación en cifras. ¿Ya podrás, ahora que tus fuerzas declinan, mantener una casa con la pluma, cuando tu mujer, si es honrada, no contará con los recursos de una loreto para extraer *un billete de mil* de las profundidades donde los hombres los guardan? Te hundes en el *tercer foso* del teatro social... Esto no es más que el lado financiero. Veamos el lado político. Navegamos en una época esencialmente burguesa, en que el honor, la virtud, la delicadeza, el talento, el saber, el genio, en una palabra, consiste en pagar los recibos, no deber nada a nadie y realizar bien los asuntillos. Hay que ser ordenado, hay que ser decente, hay que tener mujer e hijos, pagar puntualmente el alquiler y la contribución, montar la guardia, ser igual a todos los fusileros de la compañía, y entonces se puede aspirar a todo, llegar a ser ministro, y tú tienes probabilidades, puesto que no eres un Montmorency. Ibas a cumplir todas las decisiones requeridas para ser un hombre político, podías hacer todas las ruindades exigidas por el empleo, incluso representar la mediocridad, y hubieras sido en ello casi natural. Y por una mujer que te plantará, acabadas las pasiones eternas, dentro de tres, cinco o siete años, después de haber consumido tus últimas fuerzas intelectuales y físicas, vuelves la espalda a la santa familia, a la rue des Lombarts, a todo un porvenir político, a treinta mil francos de renta y a la consideración... ¿Así tenía que acabar un hombre que ya no tenía ilusiones?... Hubieras podido vivir perfectamente con una actriz que te hubiese hecho feliz: esto es lo que se llama una cuestión de gabinete..., pero ¡vivir con una mujer casada!... ¡Esto es tirar a bulto contra la desdicha! Es tragarse todas las culebras del vicio sin disfrutar de sus placeres...

—Basta, te digo. Todo se reduce a una palabra: amo a *madame* de La Baudraye y la prefiero a todas las fortunas y a todas las situaciones que pueda ofrecerme el

mundo... Quizá me deje arrastrar por un soplo de ambición..., pero todo desaparece ante la dicha de ser padre.

—¡Ah! ¿Ahora te da por la paternidad? ¡Pero, desgraciado, solamente somos los padres de los hijos de nuestras mujeres legítimas! ¿Qué es un chiquillo que no lleva nuestro nombre? ¡Es el último capítulo de una novela! ¡Y te lo quitarán! Hemos visto este tema en veinte vodeviles en los últimos diez años... La sociedad, querido, caerá sobre vosotros tarde o temprano. Relee el *Adolfo*. ¡Oh, Dios mío! ¡Ya os veo, cuando os conozcáis bien, ya os veo, tristes desgraciados, sin consideración, sin fortuna, peleándoos como los accionistas de una sociedad en comandita atrapados por su gerente! Vuestro gerente, amigo mío, es la felicidad.

—Ni una palabra más, Bixiou.

—¡Pero si apenas he empezado! Escucha, querido. Desde hace algún tiempo, la institución del matrimonio ha recibido múltiples ataques; pero, aparte de la ventaja que representa el ser la única manera de establecer las herencias, como ofrece a los mozos apuestos y sin blanca un medio de hacer fortuna en dos meses, ha tenido que resistir a todos los inconvenientes. Así, no existe ningún mozo que no se arrepienta tarde o temprano de haber echado a perder por su propia culpa una boda que le hubiera aportado treinta mil libras de renta...

—¡Tú no quieres comprenderme! —exclamó Lousteau con voz exasperada—. Así es que vete... Ella está aquí...

—¡Perdón! ¿Por qué no me lo decías antes?... Tú ya eres mayor... y ella también —dijo, bajando el tono, pero en voz suficientemente alta para que le oyese Dinah—. Ella te hará arrepentir bonitamente de su felicidad...

—Si es una locura, quiero cometerla... ¡Adiós!

—¡Hombre al agua! —gritó Bixiou.

—Que el diablo se lleve a estos amigos que se creen con derecho a sermonearnos —dijo Lousteau, abriendo la puerta de su habitación, donde encontró en un sofá a *madame* de La Baudraye postrada y secándose los ojos con un pañuelo bordado.

—¿Qué he venido a hacer aquí? —dijo la infeliz—. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué he venido?... Etienne, no soy tan provinciana como os imagináis... ¡Vosotros os burláis de mí!

—Ángel querido —respondió Lousteau, tomando a Dinah en sus brazos, levantándola del sillón y llevándola medio muerta al saloncito—, hemos trocado nuestro porvenir, sacrificio por sacrificio. Mientras mi amor estaba en Sancerre, aquí pretendían casarme, pero yo resistía..., te aseguro que era muy desdichado.

—¡Oh, me voy! —exclamó Dinah levantándose como una loca y dando dos pasos hacia la puerta.

—Tú te quedarás aquí, Didine mía; todo ha terminado. ¡Bah! Esta gran fortuna no es tan barata. Tendría que casarme con una rubia larguirucha, de nariz enrojecida, la hija de un notario, y cargar con una suegra que daría ciento y raya a *madame* Piédefer en cuanto a devoción...

Pamela irrumpió en el salón y fue a decir al oído de Lousteau.

—¡*Madame Schontz!*...

Lousteau se levantó, dejó a Dinah en el diván y salió.

—Todo ha terminado, gatito mío —le dijo la loreto—. Cardot no quiere reñir con su mujer por culpa de un yerno. La beata ha hecho una escena... ¡Una escena esterlina! Por último, el primer pasante actual, que era segundo primer escribiente desde hacía dos años, acepta a la hija y el despacho.

—¡Qué cobarde! —exclamó Lousteau—. ¿Cómo ha podido decidirse en dos horas?...

—Dios mío, es muy sencillo. El pícaro, que era el depositario de los secretos del primer pasante, el que se murió, ha adivinado el apuro en que se encontraba su jefe al captar algunas palabras de la disputa con *madame* Cardot. El notario cuenta con tu honor y tu delicadeza, pues ya todo está resuelto. El pasante, muchacho de excelente conducta —de los que se toman la molestia de ir a misa; un perfecto hipócrita en una palabra— es muy del agrado de la señora del notario. Cardot y tú continuaréis siendo amigos. Pronto será director de una inmensa compañía financiera y podrá serte útil. ¡Ah, despiertas de un hermoso sueño!

—Pierdo una fortuna, una esposa y...

—Una amante —dijo *madame Schontz* sonriendo—, pues ahora estás peor que casado; serás insoportable, querrás volver a casa y ya no llevarás nada descosido, ni en tus ropas ni en tus costumbres; además, ni Arthur hace bien las cosas, debo seguir siéndole fiel y romper con Málaga. ¡Déjame verla por el agujero de la cerradura! —le pidió la loreto—. ¡No hay animal más bello en el desierto! —exclamó—. Es algo digno, seco y llorón; sólo le falta el turbante de *lady Dudley*.

Y la loreto huyó a escape.

—¿Qué pasa, ahora? —preguntó *madame* de La Baudraye, a cuyo oído llegaron el susurro del vestido de seda y los murmullos de una voz femenina.

—Pasa, ángel mío —exclamó Lousteau—, que estamos indisolublemente unidos... Acaban de traerme una respuesta verbal a la carta que me viste escribir y por la que rompía mi compromiso matrimonial...

—¿Éste es el compromiso que querías anular?

—¡Sí!

—¡Oh, yo seré más que tu mujer; te entrego mi vida, quiero ser tu esclava! —dijo la pobre criatura engañada—. ¡No creía que me fuese posible quererte aún más!... ¡Puedes estar seguro de que no seré un accidente en tu vida, sino que seré toda tuya!

—Sí, mi bella, mi noble *Didine*...

—¡Júrame —prosiguió ella— que sólo la muerte podrá separarnos!...

Lousteau quiso embellecer su juramento con sus zalamerías más seductoras. Vamos a ver por qué.

XLII

OTRA LUNA DE MIEL

Entre la puerta de su piso, donde recibió el beso de adiós de la loreto, a la del salón en que se hallaba postrada la Musa, aturdida por tantas impresiones sucesivas, Lousteau se acordó del estado precario de salud del pequeño La Baudraye, de su fortuna y de lo que dijo Bianchon sobre Dinah: «¡Será una viuda rica!». Y dijo para sus adentros:

«¡Prefiero cien veces a *madame* de La Baudraye por esposa que a Félice!».

Por lo tanto, tomó prontamente partido, decidiendo representar el papel de enamorado con admirable perfección. Su cobarde cálculo y su falsa pasión produjeron desastrosos resultados. En efecto, durante su viaje de Sancerre a París, *madame* de La Baudraye concibió la idea de vivir en piso propio, a dos pasos de Lousteau, pero las pruebas de amor que su amante acababa de darle al renunciar a aquel hermoso porvenir, y sobre todo la dicha tan completa que rodeó los primeros días de aquella ilícita unión, le impidieron que hablase de aquella separación.

El día siguiente había de ser, y fue, una fiesta en la cual semejante proposición hecha a *su ángel* hubiera producido la más horrible discordancia. De su lado, Lousteau, que quería tener a Dinah bajo su férula, la mantuvo en una embriaguez continua, a fuerza de festejos. Estos acontecimientos, pues, impidieron que aquellos dos seres tan inteligentes supiesen evitar el cenagal en el que cayeron, que era el de una cohabitación insensata de la que por desgracia tantos ejemplos existen en el mundillo literario de París.

Así se cumplió en toda su extensión el programa del amor provinciano tan burlescamente trazado por *madame* de La Baudraye a Lousteau, pero del que ninguno de ambos se acordaba. La pasión es sordomuda de nacimiento.

Aquel invierno, pasado en París, fue así para *madame* de La Baudraye todo lo que el mes de octubre había sido para ella en Sancerre. Etienne, para iniciar a *su mujer* a la vida de París, entremezcló aquella nueva luna de miel con salidas a los espectáculos, a los que Dinah sólo quiso ir a palco de platea. Al principio, *madame* de La Baudraye conservó algunos vestigios de su gazmoñería provinciana; tenía miedo de que la viesan y ocultaba su felicidad, diciendo que *monsieur* de Clagny y *monsieur* Gravier serían capaces de haberla seguido. Temía a Sancerre en París. Lousteau, cuyo amor propio era excesivo, se encargó de la educación de Dinah, la condujo a las mejores modistas y le señaló las jóvenes que entonces estaban de moda, poniéndoselas como modelos que debía seguir. Así, el exterior provinciano de *madame* de La Baudraye cambió con prontitud. Lousteau, al encontrarse con sus amigos, recibió toda clase de cumplidos por su conquista. Durante aquella temporada, la producción literaria de Etienne disminuyó y se cargó de deudas, aunque la altiva Dinah hubiese empleado todas sus economías en su arreglo personal y no hubiese creído haber causado el más pequeño gasto al ídolo de su corazón. Al cabo de tres

meses, Dinah se había aclimatado: se embriagaba de música en los Italianos, conocía el repertorio de todos los teatros, sus actores, los diarios y los chistes de moda; se había acostumbrado a aquella vida de continuas emociones, a aquella corriente rápida en que todo se olvida. Ya no estiraba el cuello ni levantaba la nariz, como una estatua del asombro, ante las continuas sorpresas que París ofrece a los forasteros. Sabía respirar el aire de aquel medio espiritual, animado, fecundo, en el que las personas de inteligencia se sienten como en su elemento y ya no pueden abandonar. Una mañana, leyendo los periódicos que Lousteau recibía en su totalidad, dos líneas le recordaron Sancerre y su pasado, dos, líneas a las que ella no era ajena y que transcribimos:

El señor barón de Clagny, fiscal de Su Majestad, adjunto al tribunal de Sancerre, ha sido nombrado suplente del fiscal del tribunal superior, adjunto a la corte real de París.

—¡Cómo te ama este virtuoso magistrado! —dijo el periodista sonriendo.

—¡Pobre hombre! —respondió ella—. ¿Qué te decía? Me sigue.

En aquel momento, Etienne y Dinah se encontraban en la fase más brillante y más completa de la pasión, en aquel período en que ambos amantes están acostumbrados perfectamente uno al otro, pero sin embargo el amor aún conserva su sabor. Se conocen, pero aún no se han comprendido, aún no han penetrado en los pliegues más recónditos del alma, ni se han estudiado para conocer, como sucederá más tarde, todos sus pensamientos, palabras y gestos provocados por los acontecimientos más grandes y los más pequeños. Aún viven en el hechizo, no ha existido choque, divergencias de opinión y miradas indiferentes. Las almas actúan al unísono. Así, Dinah decía a Lousteau aquellas palabras mágicas acompañadas por la más viva expresión y de aquellas miradas más mágicas aún, que todas las mujeres saben hallar en tales ocasiones.

—Mátame cuando ya no me ames. Si dejases de amarme, creo que podría matarte y matarme después.

Ante estas deliciosas exageraciones, Lousteau respondía:

—Lo único que pido a Dios es que me permita demostrarte mi constancia. ¡Serás tú quien me abandonarás!...

—Mi amor es absoluto...

—Absoluto —repitió Lousteau—. ¡Vamos a ver! Supongamos que me arrastran a una despedida de soltero, vuelvo a encontrar a una de mis antiguas amantes y ella se burla de mí; por pura vanidad, me hago el hombre libre y vuelvo a casa a la mañana siguiente... ¿Me seguirías amando?

—Una mujer sólo está segura de ser amada cuando se siente preferida, y, si tú volvías a mí, si... ¡Oh, me haces comprender la dicha que representaría perdonar una falta al ser adorado!...

—¡Esto quiere decir que me aman por primera vez en mi vida! —exclamó

Lousteau.

—¡Menos mal que te das cuenta! —respondió ella.

Lousteau le propuso escribir una carta en el que ambos explicasen las razones que les obligarían a terminar con un suicidio; y, con esta carta en su poder, cada uno de ellos podría matar sin peligro al infiel. A pesar de los juramentos que cambiaron, ninguno de los dos escribió aquella carta. Feliz por el momento, el periodista se prometía dar un chasco a Dinah cuando se cansase de ella, sacrificándolo todo a las exigencias de este chasco. Para él, *madame* de La Baudraye era toda una fortuna. Sin embargo, se hallaba bajo un yugo. Al casarse así, *madame* de La Baudraye dejó ver la nobleza de sus pensamientos y el poder que infunde el propio respeto. En aquella completa intimidad en que todos nos quitamos la máscara, la joven conservó cierto pudor, mostrando su probidad viril y aquella fuerza propia de los ambiciosos que formaba la base de su carácter. Por su parte, Lousteau concibió una estima involuntaria por ella. Convertida en una parisién, Dinah se mostró superior a la loreto, más encantadora: podía ser graciosa, decir frases como Málaga, pero su instrucción, las costumbres de su espíritu y sus inmensas lecturas le permitían generalizar su ingenio; mientras que las Schontz y las Florines sólo ejercen el suyo sobre un terreno muy circunscrito.

—Dinah tiene madera de Ninon y de *madame* Staël —decía Etienne a Bixiou.

—Una mujer en la que se encuentra biblioteca y serrallo, todo en una pieza, es muy peligrosa —respondía el guasón.

XLIII

UN PRIMER PLIEGUE DE ROSA

Cuando su embarazo se hizo visible, *madame* de La Baudraye resolvió no salir más de su piso; pero antes de encerrarse en él, y de salir únicamente a paseo por el campo, quiso asistir al estreno de un drama de Nathan. Aquella especie de solemnidad literaria interesaba a las dos mil personas que se consideran el todo París. Dinah, que jamás había asistido a un estreno, experimentaba una curiosidad bien natural. Por otra parte, había llegado a experimentar tal grado de afecto por Lousteau, que se enorgullecía de su falta; chocaba con el mundo con una fuerza salvaje, quería mirarlo cara a cara sin tener que volver la cabeza.

Se hizo un traje encantador apropiado a su aire doliente, a la enfermiza morbidez de su rostro. Su tez alabastrina le confería una expresión distinguida y sus cabellos negros en bandos hacían resaltar aún más aquella palidez. Sus ojos grises y rutilantes parecían aún más bellos sombreados por la fatiga. Pero un horrible sufrimiento la esperaba. Por una casualidad bastante corriente, resultó que el palco de favor cedido al periodista para que asistiese a los estrenos, estaba al lado del que había alquilado Anna Grossetete. Las dos antiguas amigas íntimas no se saludaron e hicieron como si no se conociesen. Terminado el primer acto, Lousteau abandonó el palco y dejó a Dinah sola, expuesta al fuego de todas las miradas y al examen de todos los gemelos, mientras que la baronesa de Fontaine y la condesa Marie de Vandenesse, que habían venido con Anna, recibían a algunos de los hombres más distinguidos del gran mundo. La soledad en que permaneció Dinah fue un suplicio tanto mayor, cuanto que no supo disimular, examinando los demás palcos con sus gemelos; prefirió adoptar un porte noble y pensativo, con la mirada perdida en el vacío, sintiéndose el blanco de todas las miradas; fue incapaz de ocultar su preocupación, se mostró algo provinciana, sacó el pañuelo e hizo gestos convulsivos que se había prohibido. Por último, en el entreacto del segundo al tercer acto, un caballero abrió la puerta del palco de Dinah. Ante ella apareció *monsieur* de Clagny, respetuoso pero triste.

—Estoy muy contento de veros para poder expresaros toda la alegría que me ha causado la noticia de vuestro ascenso —le dijo Dinah.

—¿Por quién creéis, señora, que he venido a París?...

—¡Cómo! —exclamó ella—. ¿Tengo acaso algo que ver con vuestro nombramiento?

—Lo tenéis que ver todo. Desde que no vivís en Sancerre, esa población se me ha hecho insoportable y en ella me sentía morir...

—Vuestra amistad sincera me hace mucho bien —dijo la joven, tendiendo la mano al suplente—. Estoy en una situación en que debo mimar a mis verdaderos amigos; ahora ya sé el valor que tiene la amistad... Creía haber perdido vuestra estima, pero la prueba que me dais de ella con vuestra visita me conmueve más que vuestros diez años de devoción.

—Sois objeto de la curiosidad de toda la sala —repuso el suplente—. ¡Ah, mi querida amiga! ¿Éste había de ser vuestro papel? ¿No podíais ser feliz y continuar siendo honrada? Me acaban de decir que sois la amante de *monsieur* Etienne Lousteau, que ambos vivís juntos... Habéis roto para siempre con la sociedad, incluso para el día en que, aunque os caséis con vuestro amante, tengáis necesidad de esa consideración que hoy parecéis despreciar... ¿No deberíais estar en vuestra casa, con vuestra madre que os ama lo bastante para cubriros con su égida? Al menos, así se salvarían las apariencias...

—He cometido el error de estar aquí —respondió ella—, y esto es todo. Me he despedido para siempre de todas las ventajas que el mundo concede a las mujeres que saben poner de acuerdo su felicidad con las conveniencias. Mi abnegación es tan completa, que hubiera querido derribarlo todo a mi alrededor para hacer de mi amor un inmenso desierto lleno de Dios, de *él* y de *mí*... Hemos realizado demasiados sacrificios mutuos para no sentirnos unidos; unidos por la vergüenza, si lo preferís, pero indisolublemente unidos... Soy feliz y tan feliz, que puedo quererlos a mi gusto, como amigo, otorgándoos más confianza que en el pasado; pues ahora me hace mucha falta un amigo...

El magistrado se mostró verdaderamente grande y hasta sublime. Ante esta declaración en la que vibraba el alma de Dinah, respondió con un tono de voz desgarrador:

—Querría ir a veros a fin de saber si os ama de verdad... Me sentiría más tranquilo y vuestro porvenir dejaría de asustarme... ¿Comprenderá vuestro amigo la grandeza de vuestros sacrificios, y existe reconocimiento en su amor?

—¡Venid a la rue des Martyrs y lo veréis!

—Sí iré —repuso de Clagny—. Ya he pasado ante la puerta sin atreverme a preguntar por vos. Aún no conocéis la literatura —prosiguió—. Reconozco que existen gloriosas excepciones, pero esa gente de letras arrastra consigo males inauditos, entre los que cuento en primera línea la publicidad, que todo lo marchita. Una mujer comete una falta con...

—Un fiscal de la audiencia —le interrumpió la baronesa, sonriendo.

—En tal caso, después de la ruptura aún existen algunos recursos; el mundo no se entera de nada, pero con un hombre más o menos célebre, el público lo sabe todo. Aquí mismo tenéis un buen ejemplo de ello, ante vuestros propios ojos. Estáis vuelta de espaldas a la condesa Marie de Vandenesse, que ha estado a punto de cometer las mayores locuras por un hombre más célebre que Lousteau, por Nathan, y ahí los tenéis separados, como si ni siquiera se conociesen... Después de haber llegado al borde del abismo, la condesa se salvó por verdadero milagro, sin abandonar su marido ni su casa; pero como se trataba de un hombre célebre, se habló de ella durante todo un invierno. Sin la gran fortuna, el gran nombre y la posición de su marido, sin la suma destreza de este hombre de Estado, que según se dice se portó maravillosamente con su mujer, ella hubiera estado perdida: cualquier otra mujer, en

su lugar, no hubiera podido permanecer honrada como ella lo es.

—¿Cómo estaba Sancerre cuando lo abandonasteis? —dijo *madame* de La Baudraye para cambiar de conversación.

—*Monsieur* de La Baudraye dice que vuestro tardío embarazo exigió que el parto se efectuase en París, y que fuisteis a la capital por su expreso deseo, para ponerlos en manos de los príncipes de la medicina —respondió el fiscal suplente, adivinando muy bien lo que Dinah deseaba saber—. Así, a pesar del ruido que ha hecho vuestra partida, hasta esta noche aún estabais en la *legalidad*.

—¡Ah! —exclamó ella—. ¿Así, *monsieur* de La Baudraye aún conserva esperanzas?

—Vuestro marido, señora, ha hecho como siempre: ha calculado.

El magistrado se dispuso a abandonar el palco al ver entrar al periodista, y lo saludó con dignidad.

—Tú tienes más éxito que la obra —dijo Etienne a Dinah.

Aquel breve momento de triunfo proporcionó más alegría a aquella mujer que la que había experimentado durante toda su vida en provincias, pero, al salir del teatro, se mostraba pensativa.

—¿Qué tienes, Dinie mía? —le preguntó Lousteau.

—Me pregunto cómo y por qué medios puede una mujer subyugar al mundo.

—Sólo hay dos maneras: ser *madame* de Staël, o poseer doscientos mil francos de renta.

—La sociedad —repuso ella— nos domina por la vanidad, por el deseo de aparentar... ¡Bah! ¡Seremos filósofos!

XLIV

ENSAYO SOBRE LA FECUNDIDAD LITERARIA

Aquella velada fue el último chispazo de la soltura engañosa con que *madame* de La Baudraye vivía desde su llegada a París. Tres días después, empezó a ver ennublecida la frente de Lousteau, que daba vueltas por el jardincillo, alrededor del césped y fumando un cigarro. Aquella mujer, a quien las costumbres del esmirriado La Baudraye habían inculcado el hábito y el placer de no deber nunca nada, supo que en su casa no había dinero al hallarse en presencia de dos trimestres del alquiler, en vísperas, en fin, de un *mandamiento*. Aquella realidad de la vida parisién se clavó en el corazón de Dinah como una espina y se arrepintió de haber arrastrado a Lousteau a las disipaciones del amor. Es tan difícil pasar del placer al trabajo, que la felicidad ha devorado más poesías que las que la desdicha ha hecho brotar en haces luminosos. Feliz al ver a Etienne despreocupado, fumando un puro después de almorzar, con rostro beatífico, tendido como un lagarto al sol, Dinah, no se sintió con valor para convertirse en el portero de una revista. Se le ocurrió pignorar por intermedio de *monsieur* Migeon, padre de Pamela, las pocas alhajas que poseía, y sobre las cuales *mi tía*, pues ya empezaba a hablar el argot del barrio, le prestó novecientos francos. Se quedó trescientos francos para su canastilla para los gastos del alumbramiento, y entregó alegremente la cantidad adeudada a Lousteu, quien laboraba surco a surco, o, si lo preferís, línea por línea, en una novela para una revista.

—Gatito mío —le dijo ella—, acaba tu novela sin sacrificar nada a la necesidad, pule tu estilo y ahonda en el tema. Ya he hecho demasiado de gran dama; voy a hacer ahora de burguesa y llevarte la casa.

Desde hacía cuatro meses, Etienne se iba con Dinah al café Riche, para cenar en un gabinete que les reservaban. La provinciana se quedó aterrorizada al saber que Etienne debía allí quinientos francos, importe de las cenas de los últimos quince días.

—¡Cómo! ¡Bebemos vino de seis francos la botella! ¡Un lenguado normando vale cien sueldos!... ¡Un panecillo, veinte céntimos!... —exclamó al leer la nota que le tendió el periodista.

—Hay muy poca diferencia para nosotros, el que nos robe el fondista o una cocinera —dijo Lousteau.

—De ahora en adelante, por el precio de esta cena vivirás como un príncipe.

Después de haber obtenido del propietario una cocina y dos habitaciones para el servicio, *madame* de La Baudraye puso un par de líneas a su madre para pedirle ropa blanca y un préstamo de mil francos. Recibió dos maletas de ropa, vajilla de plata y dos mil francos por intermedio de una cocinera honrada y devota que la envió su madre. Diez días después de la representación en que encontró a *monsieur* de Clagny, éste fue a visitar a *madame* de La Baudraye a las cuatro, a la salida de Palacio, y la encontró bordando un gorrito. El aspecto de aquella mujer tan altiva y ambiciosa, de espíritu tan cultivado, que vivía como una reina en el castillo de Anzy, y que entonces

se hallaba reducida al papel de ama de casa, haciendo ropita para el niño que había de nacer, conmovió al pobre magistrado, que acababa de salir de la audiencia de lo criminal. Al ver pinchazos de aguja en uno de los dedos convertido en hubo y que él había besado, comprendió que *madame* de La Baudraye no había convertido a aquella ocupación en un simple juego del amor maternal. Durante aquella primera entrevista, el magistrado leyó en el alma de Dinah.

Aquella perspicacia en un hombre enamorado representaba un esfuerzo sobrehumano. Adivinó que Dinah quería convertirse en el genio del bien del periodista, llevarlo por el buen camino; las dificultades de la vida material le hicieron pensar en la existencia de algún desorden moral. Entre dos seres unidos por un amor tan auténtico por una parte y tan bien fingido por la otra, más de una confianza se cruzó en cuatro meses. A pesar del cuidado con que Etienne medía sus palabras, más de una frase iluminó a Dinah sobre los antecedentes de aquel hombre cuyo talento se vio tan constreñido por la miseria, tan pervertido por los malos ejemplos y tan contrariado por dificultades que su valor no podía salvar. «Se engrandecerá en el bienestar», se dijo Dinah. Y se propuso darle la felicidad, la seguridad de su vida, mediante la economía y el orden que son familiares a las gentes nacidas en la provincia. Dinah se convirtió en ama de casa del mismo modo como se había convertido en poetisa: por el impulso de su alma proyectada hacia las cumbres.

—Su felicidad será mi absolución.

Esta frase, que el magistrado arrancó a *madame* de La Baudraye, explicaba el estado actual de la cosas. La publicidad dada por Etienne a su triunfo el día del estreno, puso en claro a los ojos del magistrado las verdaderas intenciones del periodista. Para Etienne, *madame* de La Baudraye era, según una expresión inglesa, una hermosa pluma para adornar su gorro. En vez de saborear los encantos de un amor misterioso y tímido, de ocultar ante toda la tierra tan gran felicidad, experimentaba un goce de advenedizo adornándose con la primera mujer decente que lo honraba con su amor.

Sin embargo, el fiscal suplente se dejó engañar por algún tiempo por las atenciones que cualquier hombre hubiera prodigado a una mujer en el estado en que se encontraba *madame* de La Baudraye, y que Lousteau sabía hacer encantadoras mediante mimos y caricias propios de los hombres dotados de modales agradables de natural. Hay hombres, en efecto, que nacen un poco simios, en los que la imitación de los atributos más encantadores del sentimiento es algo tan natural, que el comediante no se nota.

En el caso del sancerrés, sus disposiciones naturales se vieron muy desarrolladas en el teatro donde hasta entonces había vivido.

Entre el mes de abril y el mes de julio, época en que Dinah debía dar a luz, adivinó por qué Lousteau no había vencido a la miseria: era perezoso y falto de voluntad. Desde luego, el cerebro sólo obedece a sus propias leyes, sin reconocer las necesidades de la vida ni las exigencias del honor; no se crea una obra bella porque

una mujer expira o para pagar deudas deshonrosas, o para dar de comer a unos niños; sin embargo, no existen grandes talentos sin una gran voluntad. Estas dos fuerzas gemelas son necesarias para la construcción del inmenso edificio de una gloria. Los hombres escogidos mantienen su cerebro en condiciones de producir, como los caballeros de antaño mantenían sus armas siempre listas para el combate. Doblegan la pereza, rechazan los placeres enervantes, o sólo ceden a ellos en la medida dictada por la extensión de sus facultades. Así se explican Scribe, Rossini, Walter Scott, Cuvier, Voltaire, Newton, Buffon, Bayle, Bossuet, Leibnitz, Lope de Vega, Calderón, Boccaccio, el Aretino, Aristóteles, todos los hombres, en fin, que divierten, dirigen o conducen su época. La voluntad puede y debe ser causa de orgullo, aún más que el talento. Si éste tiene su germen en una predisposición cultivada, la voluntad es una conquista que se hace en todo momento sobre los instintos, sobre los gustos domados y rechazados, sobre las fantasías y los obstáculos vencidos, sobre las dificultades de todas clases que se superan heroicamente.

El abuso de tabaco entretenía la holganza de Lousteau. Si bien el tabaco adormece los pesares, entorpece y embota infaliblemente las energías. Todo lo que los cigarros atenuaban en lo físico, la crítica lo aniquilaba en lo moral en aquel hombre tan propenso al placer. La crítica es tan funesta al crítico como los pros y los contras lo son al abogado. Entregado a esta actividad, el espíritu se falsea y la inteligencia pierde su lucidez rectilínea. El escritor sólo existe por sus prejuicios. Así, hay que distinguir dos críticas, del mismo modo como en la pintura se distingue entre el arte y el oficio. Criticar a la manera de la mayoría de los folletinistas actuales, consiste en expresar juicios de una manera más o menos ingeniosa, tal como un abogado defiende en el Palacio las causas más contradictorias. Los artífices siempre encuentran un tema a desarrollar en la obra que analizan. Practicado de este modo, tal oficio conviene a los espíritus perezosos, a los hombres desprovistos de la facultad sublime de imaginar o que, aunque la posean, no tienen el valor de cultivarlo. Todas las obras teatrales, todos los libros se convierten bajo su pluma en un tema que no cuesta ningún esfuerzo a su imaginación, y cuya reseña se escribe, burlona o seria, al capricho de las pasiones del momento. En cuanto al juicio sea cual sea, siempre tiene justificación con el espíritu francés, que se presta admirablemente a la controversia. La conciencia recibe tan pocas consultas, esos bravucones tienen en tan poco aprecio sus consejos, que elogian en el salón de descenso del teatro la misma obra que destrozan en sus artículos. Hemos visto pasar a tales individuos de un periódico a otro, según las necesidades del momento, sin tomarse la molestia de objetar que las opiniones del nuevo diario son sin duda diametralmente opuestas a las del antiguo. Más aún, *madame* de La Baudraye sonreía al ver como Lousteau pergeñaba un artículo de tono legitimista y un artículo de tono dinástico acerca del mismo acontecimiento. Aplaudía la máxima que él solía repetir: «¡Somos los abogados de la opinión pública!...».

La otra crítica es toda una ciencia; exige una comprensión completa de las obras,

una visión lúcida sobre las tendencias de una época, la adopción de un sistema, fe en determinados principios; es decir, una jurisprudencia, un informe, una sentencia. Este crítico se convierte entonces en el magistrado de las ideas, en el censor de su tiempo, y ejerce un sacerdocio, mientras que el otro es un acróbata que hace piruetas para ganarse la vida, mientras las piernas lo sostengan. Entre Claude Vignon y Lousteau mediaba la distancia que separa al oficio del arte.

Dinah, cuyo espíritu perdió pronto su herrumbre y cuya inteligencia era bastante amplia, no tardó en juzgar literariamente a su ídolo. Vio a Lousteau trabajando en el último instante, bajo las exigencias más deshonrosas *táchant* (esforzándose), como dicen los pintores de una obra en la que faltan los últimos toques, pero ella lo justificaba diciéndose: «¡Es un poeta!», hasta tal punto necesitaba justificarse a sus propios ojos. Al adivinar aquel secreto de la vida literaria de muchas personas, adivinó también que la pluma de Lousteau no sería nunca un recurso. El amor le hizo emprender entonces gestiones a las que nunca se hubieran rebajado para sí misma. Por medio de su madre, inició negociaciones con su marido para conseguir que le pasara una pensión, pero lo hizo a escondidas de Lousteau, pues, según sus ideas no debía herir su delicadeza. Pocos días antes del fin de julio, Dinah, encolerizada, estrujó la carta en que su madre le comunicaba la respuesta definitiva del canijo La Baudraye:

Madame de La Baudraye no necesita pensiones en París, cuando puede llevar la existencia más hermosa del mundo en su castillo de Anzy. ¡No tiene más que volver a él!

Lousteau le arrebató la carta para leerla.

—Os vengaré —dijo a *madame* de La Baudraye con aquel tono siniestro que tanto gusta a las mujeres, cuando se halagan sus antipatías.

XLV

UNA PARTICIPACIÓN DE NACIMIENTO

Cinco días después, Bianchon y Duriau, el célebre comadrón, sentaron sus reales en casa de Lousteau, quien, desde que se recibió la respuesta del desmedrado La Baudraye, daba rienda suelta a su dicha y lanzaba las campanas al vuelo a causa del parto de Dinah. *Monsieur* de Clagny y *madame* Piédefer, que llegó a toda prisa, fueron padrino y madrina del niño que iba a nacer, pues el previsor magistrado temió que Lousteau cometiese alguna falta grave. *Madame* de La Baudraye dio a luz un niño que hubiera dado envidia a las reinas que desean un presunto heredero. Bianchon, acompañado de *monsieur* de Clagny, fue a inscribir el niño al registro civil como hijo del señor y la señora de La Baudraye, a escondidas de Etienne, quien, por su parte, corrió a la imprenta para hacer imprimir la siguiente participación:

La señora baronesa de La Baudraye ha dado a luz un niño con toda felicidad.
Monsieur Etienne Lousteau tiene el gusto de participároslo.
La madre y el niño se encuentran perfectamente.

Lousteau ya había efectuado un primer envío de sesenta participaciones, cuando *monsieur* de Clagny, que vino a saber noticias de la recién parida, vio la lista de personas de Sancerre a quienes Lousteau se proponía enviar aquella curiosa participación, escrita bajo los nombres de los sesenta parisienses que iban a recibirla. El fiscal suplente se apoderó de la lista y las restantes participaciones, y, después de mostrarlas a *madame* Piédefer diciéndole que no toleraba que Lousteau recomenzase aquella broma infame, subió a toda prisa en un cabriolé. El fiel magistrado encargó en la misma imprenta otra participación, redactada en los siguientes términos:

La señora baronesa de La Baudraye ha dado a luz un niño con toda felicidad.
El señor barón de La Baudraye tiene el honor de participároslo.
La madre y el niño se encuentran perfectamente.

Después de haber hecho destruir pruebas, composición y todo cuanto pudiera atestiguar la existencia de la primera esquila, *monsieur* de Clagny se propuso interceptar las participaciones que ya habían sido enviadas; sustituyó muchas de ellas en las porterías, consiguió la devolución de unas treinta y por último, después de tres días de idas y venidas, sólo quedó una participación: la de Nathan. El fiscal suplente estuvo cinco veces en casa de aquel hombre célebre, sin encontrarlo ninguna de ellas. Cuando después de pedir una cita, Nathan recibió a *monsieur* de Clagny, la anécdota de la participación de nacimiento ya corría por todo París. Unos veían en ella una de esas ingeniosas calumnias, una especie de calamidad a la que se hallan sujetas todas

las reputaciones, incluso las efímeras. Otros afirmaban haber leído la esquila y haberla entregado a un amigo de la familia La Baudraye. Muchos despotricaban contra la inmoralidad de los periodistas, de manera que la última participación existente se convirtió en algo así como una curiosidad. Florine, con quien vivía Nathan, la exhibió con el matasellos de correos y con las señas escritas por Etienne. Así, cuando el fiscal suplente mencionó la participación, Nathan no pudo contener una sonrisa.

—¿Devolveros este monumento de atolondramiento y puerilidad? —exclamó—. Este autógrafo es una de esas armas de las que no puede privarse un atleta en un circo. Esta esquila demuestra que Lousteau está desprovisto de corazón, de buen gusto y de dignidad, que no conoce el mundo ni la moral pública y que se insulta a sí mismo, cuando ya no sabe a quien insultar... ¡Sólo el hijo de un burgués, venido de Sancerre para ser un poeta y que se convierte en el bravucón de la primera revista que aparece, sería capaz de enviar semejante participación! Tenéis que estar de acuerdo conmigo caballero, en que se trata de una pieza necesaria para los archivos de nuestra época... Hoy Lousteau me mimas; mañana, puede pedir mi cabeza... ¡Ah, perdón por esta broma! Olvidaba que sois fiscal suplente. Mi corazón abrigó una pasión violenta por una gran dama, y tan superior a *madame* de La Baudraye como vuestra delicadeza, caballero, está por encima de las chiquilladas de Lousteau, pero antes moriría que pronunciar su nombre... Unos cuantos meses de sus gentilezas y sus mimos me han costado cien mil francos y mi porvenir, pero no creo haber pagado un precio demasiado elevado por ellos... ¡Y no me he quejado jamás!... Que las mujeres traicionen el secreto de su pasión: esto es su última ofrenda al amor; pero que lo hagamos nosotros... ¡hay que ser un Lousteau para eso! No, no daría ese papel ni por mil escudos.

—Señor mío —dijo finalmente el magistrado, después de una lucha oratoria de media hora—, he visto sobre el particular a quince o dieciséis literatos, y resulta que vos sois el único inaccesible a los sentimientos del honor... Aquí no se trata de Etienne Lousteau, sino de una mujer y de un niño que ignoran el daño que se les causa en su fortuna, en su porvenir y en su honor. ¿Quién sabe, caballero, si os veréis obligado a pedir a la justicia que se muestre benévola con un amigo, con una persona cuyo honor os importará más que el vuestro? Entonces, la justicia podrá acordarse de que fuisteis despiadado... ¿Un hombre como vos, puede vacilar? —dijo el magistrado.

—He querido haceros sentir todo el valor que tiene mi sacrificio —respondió entonces Nathan, entregando la participación mientras pensaba en el cargo que ocupaba el magistrado y aceptaba tácitamente aquella especie de cambalache.

Una vez reparada la ligereza del periodista, *monsieur* de Clagny fue a sermonearlo en presencia de *madame* Piédefer, pero encontró a Lousteau muy irritado por aquellas gestiones.

—Lo que hice, señor mío —arguyó Etienne—, lo hice con toda la intención.

Monsieur de La Baudraye tiene sesenta mil francos de renta y se niega a pasar una pensión a su mujer; he querido hacerle sentir que yo era el dueño de este niño.

—Señor mío, he adivinado perfectamente vuestras intenciones —respondió el magistrado—. Por lo tanto, me apresuré a aceptar el título de padrino del pequeño Polydore, y figura inscrito en el registro civil como hijo del barón y de la baronesa de La Baudraye, y, si tenéis entrañas de padre, deberíais estar contento de saber que vuestro hijo heredará uno de los más hermosos mayorazgos de Francia.

—¿Y la madre, señor mío, tiene que morir de hambre?

—Tranquilizaos, caballero —dijo amargamente el magistrado, que hizo surgir del corazón de Lousteau la expresión del sentimiento cuya prueba esperaba desde hacía tanto tiempo—, yo me encargo de estas negociaciones con *monsieur* de La Baudraye.

Y *monsieur* de Clagny salió, con la muerte en el corazón. ¡Dinah, su ídolo, era amada por interés! ¿No abriría los ojos cuando ya fuese demasiado tarde?

—¡Pobre mujer! —se dijo el magistrado al marcharse.

Hagámosle justicia, pues, ¿a quién puede hacerse justicia mejor que a un fiscal suplente? Amaba con demasiada sinceridad a Dinah para ver en el envilecimiento de aquella mujer un medio de triunfar de ella, un día; era todo compasión, todo abnegación: la amaba, en una palabra.

XLVI

EN QUE MONSIEUR DE LA BAUDRAYE SE MUESTRA SOBERBIO ANTE SU MUJER LA QUE A SU VEZ SE MUESTRA COMO UN DESCARGADOR

Los cuidados exigidos por la lactancia del niño, los lloros de éste, el reposo que necesitaba la madre durante los primeros días, la presencia de *madame* Piédefer, todo conspiraba con tanta perfección contra los trabajos literarios, que Lousteau se instaló en las tres habitaciones alquiladas en el primer piso por la vieja devota. El periodista, obligado a asistir a los estrenos sin Dinah, y separado de ella casi siempre, halló un atractivo desconocido en el ejercicio de su libertad. Más de una vez se dejó tomar por el brazo para que lo arrastrasen a una bulliciosa fiesta. Más de una vez también terminó en casa de la querida de un amigo, en pleno ambiente bohemio. Volvió a ver a mujeres de radiante juventud, ataviadas espléndidamente, que consideraban la economía como una negación de su juventud y su poder. Dinah, a pesar de la maravillosa belleza que mostró a partir de su tercer mes de cría, no podía sostener la comparación con aquellas flores tan pronto marchitas, pero tan bellas durante el tiempo en que nadaban en la opulencia.

Sin embargo, la vida de familia tenía un gran atractivo para Etienne. En tres meses, la madre y la hija, ayudadas por la cocinera venida de Sancerre y por la pequeña Pamela, dieron al piso un aspecto totalmente nuevo. El periodista encontró que le servían el almuerzo y la cena con cierto lujo. Dinah, bella y acicalada, preveía los menores deseos de su querido Etienne, que se sentía el rey de la casa en la que todo, hasta el niño, se subordinó por así decir a su egoísmo. La ternura de Dinah brillaba en las cosas más nimias y por lo tanto le fue imposible a Lousteau no continuar mostrándole las encantadoras y engañosas atenciones de su fingida pasión. Con todo, Dinah previo en la vida exterior a la que Lousteau se dejaba arrastrar, una causa de ruina para su amor y para la casa. Después de amamantar durante diez meses a su hijo, lo destetó, volvió a alojar a su madre en el piso de Etienne y restableció aquella intimidad que une indisolublemente a un hombre y una mujer, cuando ésta es amante y espiritual. Uno de los rasgos más salientes de la novela debida a la pluma de Benjamín Constant, y una de las explicaciones del abandono de Eleonora, en esta ausencia de intimidad diaria o nocturna, si lo preferís, entre ella y Adolfo. Ambos amantes tenían su propia casa, ambos obedecían a las leyes del mundo y conservaban las apariencias. Eleonora, abandonada periódicamente, se vio obligada a efectuar enormes esfuerzos de ternura para ahuyentar las ideas de libertad que se apoderaban de Adolfo de fuera. El intercambio perpetuo de miradas y pensamientos en la vida en común proporciona tales armas a las mujeres que, para abandonarlas, un hombre debe esgrimir razones importantísimas, que ellas nunca aducen mientras aman.

Comenzó un período completamente nuevo para Etienne y para Dinah. Ésta

quería hacerse necesaria, quería infundir energías en aquel hombre cuya debilidad le sonreía y en la que ella veía garantías: le encontró temas, le dibujó esquemas; cuando fue necesario, le escribió capítulos enteros; rejuveneció las venas de aquel talento agónico infundiéndole sangre fresca; le dio sus ideas y sus pareceres. Por último, escribió dos libros que tuvieron éxito. Más de una vez, salvó el amor propio de Etienne, desesperado al sentirse sin ideas, dictándole, corrigiéndole o acabándole sus folletines.

El secreto de esta colaboración se guardó de manera inviolable: *madame* Piédefer no supo nada. Aquel galvanismo moral se vio recompensado con un aumento en los ingresos que permitió a la pareja vivir desahogadamente hasta fines del año 1838. Lousteau se acostumbró a que Dinah le hiciese el trabajo, y la pagaba, como dice el pueblo en su lenguaje enérgico, con buenas palabras. Estos gastos de la abnegación se convierten en un tesoro para las almas generosas, y cuanto más daba, más amaba *madame* de La Baudraye a Lousteau; así, no tardó en llegar un momento en que aquel hombre era demasiado valioso a Dinah para que pudiera renunciar jamás a él.

Así las cosas, tuvo un segundo embarazo. Aquel año fue terrible. Pese a la buena administración de las dos mujeres, Lousteau contrajo nuevas deudas; se reventó a fin de pagarlas con su trabajo mientras Dinah daba a luz, y ella lo encontró heroico, tan a fondo lo conocía. Después de aquel esfuerzo, asustado por tener dos mujeres, dos hijos y dos criadas, teniendo en cuenta que ni siquiera había podido mantenerse solo. Así, pues, dejó que todo fuese al garete. Aquel feroz calculador exageró la comedia del amor en su casa para tener más libertad fuera de ella. La altiva Dinah sostuvo el fardo de aquella existencia con sus solas fuerzas. El pensamiento de que él la amaba le infundía energías sobrehumanas. Trabajó como trabajan los talentos más vigorosos de esta época. So pena de perder su frescura y su salud, Didine fue para Lousteau lo que había sido *mademoiselle* Delachaux para Gardane en el magnífico cuento verdadero de Diderot. Pero, al sacrificarse a sí misma, cometió el error sublime de sacrificar su elegancia. Hizo teñir sus vestidos y se vistió de luto.

—Apeataba a negro —solía decir Málaga, que se burlaba mucho de Lousteau.

A fines del año 1839, Etienne, a la manera de Luis XV, llegó a establecer, mediante insensibles capitulaciones de conciencia, distinción entre su bolsa y la de su casa, del mismo modo como Luis XV distinguía entre su tesoro secreto y el dinero para sus gastos. Engañó a Dinah acerca del total de sus ingresos. Al descubrir estas cobardías, *madame* de La Baudraye experimentó atroces sufrimientos producidos por los celos. Quiso vivir simultáneamente la vida del gran mundo de la vida literaria, acompañó al periodista a todos los extremos y sorprendió en él movimientos de amor propio ofendido, pues el negro de su vestido se desteñía en él, oscureciendo su fisonomía y haciéndolo brutal en ocasiones. Representando en su casa el papel de la mujer, tuvo sus feroces exigencias: reprochaba a Dinah la severidad de su atavío, al mismo tiempo que se aprovechaba de aquel sacrificio, tan costoso para una amante, del mismo modo como una mujer que, después de ordenarnos que pasemos por una

alcantarilla para salvarle el honor, nos dijese: «¡No me gusta el barro!», cuando nos viese salir.

Así, pues, Dinah se vio obligada a recoger las riendas hasta entonces más bien flotantes de la dominación que todas las mujeres inteligentes ejercen sobre los hombres sin voluntad. Pero con esta maniobra perdió mucho de su esplendor moral. Las sospechas que permitió traslucir son de las que atraen a las mujeres aquellas querellas comienzo de la falta de respeto, porque vienen a descender por sí mismas de la altura en que un principio se colocaron. Después, hizo ciertas concesiones. Así, Lousteau pudo recibir a muchos de sus amigos: Nathan, Bixiou, Blondet, Finot, cuyos modales, manera de hablar y contacto resultaban depravantes. Éstos intentaron persuadir a *madame* de La Baudraye de que sus principios y su repugnancia eran un resto de gazmoñería provinciana. Por último le predicaron el código de la superioridad femenina. Sus celos no tardaron en convertirse en un arma contra ella. Durante el carnaval de 1840 se disfrazó y fue al baile de la ópera asistiendo a algunas cenas en las que habían ciertas mujeres a fin de seguir a Etienne en todas sus diversiones.

El jueves de la tercera semana de Cuaresma, o mejor dicho, al día siguiente y a las ocho de la mañana, Dinah, disfrazada, llegó del baile de máscaras para acostarse. Había ido a espiar a Lousteau que, creyéndola enferma, utilizó aquel día para salir con Fanny Beaupré. El periodista, avisado por un amigo, se portó de manera propia para engañar a la pobre mujer, que no pedía otra cosa sino que la engañasen. Al apearse de su calesa, Dinah encontró a *monsieur* de La Baudraye, que la conoció por habérsela indicado el portero. El vejete dijo fríamente a su mujer, tomándola por el brazo:

—¿Sois vos, señora?

Aquella aparición del poder conyugal, ante el que ella se sentía tan pequeña, y sobre todo aquellas palabras, casi helaron el corazón de aquella pobre criatura sorprendida cuando se apeaba del coche, disfrazada de descargador de fantasía. Para escapar mejor a la atención de Etienne, Dinah había adoptado un disfraz bajo el que él no la podía reconocer. Aprovechó que aún estaba enmascarada para pasar por su lado sin responder, ir a cambiarse de atavío y subir luego al piso de su madre, donde la esperaba *monsieur* de La Baudraye. A pesar de su aire digno, enrojeció en presencia del vejete.

—¿Qué queréis de mí, caballero? —le dijo—. ¿No nos hemos separado para siempre?

—De hecho, sí —respondió *monsieur* de La Baudraye—, pero legalmente, no...

Madame Piédefefer hacía señas a su hija, que Dinah terminó por distinguir y comprender.

—Únicamente vuestros intereses pueden traeros aquí —dijo con amargura.

—Nuestros intereses —respondió fríamente el hombrecillo—, pues tenemos hijos... Vuestro tío Silas Piédefefer ha muerto en Nueva York, donde, después de

amasar y perder varias fortunas en diversos países, dejó algo así como setecientos u ochocientos mil francos, algunos dicen un millón doscientos mil francos, pero se trata de liquidar sus existencias... Yo soy el jefe de la comunidad y ejerzo vuestros derechos.

—¡Oh! —exclamó Dinah—. En todo cuanto concierne a los negocios, sólo tengo confianza en *monsieur* de Clagny; él conoce las leyes y prefiero que os entendáis con él; todo cuanto él haga me parece bien hecho.

—No tengo necesidad de *monsieur* de Clagny —dijo *monsieur* de La Baudraye— para retiraros mis hijos.

—¡Vuestros hijos! —exclamó Dinah—. ¡Vuestros hijos, a los que ni siquiera habéis enviado un céntimo! ¡Vuestros hijos!...

No añadió a estas palabras más que una inmensa carcajada, pero la impasibilidad del pequeño La Baudraye, cayó como el hielo sobre aquel estallido.

—Vuestra señora madre acaba de enseñármelos; son encantadores y no quiero separarme de ellos, así es que me los llevo a nuestro castillo de Anzy —dijo *monsieur* de La Baudraye—, aunque no sea más que para evitarles ver a su madre disfrazada como una...

—¡Basta! —dijo imperiosamente *madame* de La Baudraye—. ¿Qué queréis de mí, al venir aquí?

—Unos poderes para recoger la herencia de nuestro tío Silas.

Dinah tomó una pluma, puso dos palabras a *monsieur* de Clagny, y dijo a su marido que volviese por la noche. A las cinco, el abogado general, pues *monsieur* de Clagny se adelantó, ilustró a *madame* de La Baudraye acerca de su posición, pero se encargó de regularizarlo todo llegando a un compromiso con el vejete, atraído allí únicamente por la avaricia. *Monsieur* de La Baudraye, que necesitaba los poderes de su esposa para actuar de acuerdo con sus conveniencias, los obtuvo mediante las concesiones siguientes: empezó comprometiéndose a pasar a su esposa una pensión de diez mil francos, mientras le conviniese, según se estipuló en el documento, seguir viviendo en París; pero, cuando los niños cumpliesen los seis años de edad serían entregados a *monsieur* de La Baudraye. Por último el magistrado consiguió el pago anticipado de un año de pensión. El pequeño La Baudraye, que fue a despedirse galantemente de su mujer y sus hijos, apareció vestido con una pequeña levita blanca de caucho. Se mantenía tan firme sobre sus piernas y tan parecido a La Baudraye de 1836, que Dinah desesperó de enterrar alguna vez a aquel terrible enano.

XLVII

LAS HORCAS CAUDINAS DE LAS MUJERES QUE AMAN

Desde el jardín, donde estaba fumando un puro, el periodista vio a *monsieur* de La Baudraye durante el tiempo que aquel insecto tardó en atravesar el patio, pero Lousteau ya tuvo bastante y le pareció evidente que el hombrecillo se había propuesto destruir todas las esperanzas que su muerte podía inspirar a su mujer. Aquella escena tan rápida cambió mucho las secretas disposiciones del periodista. Mientras fumaba un segundo cigarro, Etienne se puso a reflexionar sobre su posición: la vida en común que llevaba con la baronesa de La Baudraye le había costado hasta entonces tanto dinero como a ella. Para emplear una expresión comercial, existía perfecto equilibrio en la balanza de pagos. Teniendo en cuenta su escaso peculio y la dificultad con que se ganaba la vida, Lousteau se consideraba moralmente como el acreedor. Con toda seguridad, el momento era oportunísimo para abandonar a aquella mujer. Cansado de representar desde hacía casi tres años una comedia que nunca llegaba a convertirse en costumbre, ocultaba perpetuamente su hastío. Aquel hombre, acostumbrado a no disimular nada, se imponía en su casa la obligación de sonreír, como si fuese un deudor ante su acreedor. Aquella obligación cada día se le hacía más penosa. Hasta entonces, el interés humano que le ofrecía el porvenir le infundió fuerzas, pero, cuando vio al pequeño La Baudraye yéndose con tanta presteza a los Estados Unidos como si se tratase de ir a Ruán en barco de vapor, dejó de creer en el futuro. Abandonó el jardín, entró en el elegante salón en el que Dinah acababa de despedirse de su marido.

—Etienne —dijo *madame* de La Baudraye—, ¿sabes lo que acaba de proponerme mi amo y señor? En el caso en que me gustase vivir en Anzy durante su ausencia, ha dado ya las órdenes oportunas y espera que los buenos consejos de mi madre me decidirán a volver allí con mis hijos...

—El consejo es excelente —respondió secamente Lousteau, que conocía lo bastante a Dinah para saber la respuesta apasionada que ella quería y que además mendigaba con su mirada.

Aquel tono, el acento y la mirada indiferente, todo hirió tan duramente a aquella mujer que sólo vivía para su amor, que de sus ojos brotaron dos gruesas lágrimas, que rodaron por sus mejillas mientras ella guardaba silencio. Lousteau sólo lo vio cuando ella tomó su pañuelo para secar aquellas dos perlas de dolor.

—¿Qué tienes, Didine? —preguntó, vivamente impresionado por aquella exquisita sensibilidad.

—En el momento en que yo me aplaudía por haber conquistado para siempre nuestra libertad —dijo ella—, al precio de mi fortuna... vendiendo... lo que es más precioso para una madre... ¡sus hijos!... pues me los quitará cuando cumplan seis años... y, para verlos, tendré que volver a Sancerre... ¡un suplicio!... ¡Ah, Dios mío! ... ¿qué he hecho?

Lousteau se postró a los pies de Dinah y le besó las manos, prodigándole los más tiernos mimos y caricias.

—Tú no me comprendes —le dijo—. Yo me juzgo, y veo que no valgo todos estos sacrificios, ángel mío querido. Soy, hablando literalmente, un hombre muy secundario. El día en que ya no pueda hacer alarde al pie de un periódico, los directores de las hojas destinadas al público me dejarán allí, como una vieja zapatilla tirada en un rincón. ¡Ten en cuenta que nosotros, los que bailamos en la cuerda floja, no tenemos jubilación ni retiro! ¡Habría que jubilar demasiadas personas de talento si el Estado decidiese penetrar por este camino de beneficencia! Tengo cuarenta y dos años y me he vuelto perezoso como una marmota. Me doy cuenta de ello: mi amor (le besó muy tiernamente la mano) sólo puede ser funesto. Cuando tenía veintidós años, como tú sabes, viví con Florine, pero lo que tiene excusa en la juventud, lo que entonces parece bonito y encantador, resulta deshonroso a los cuarenta años. Hasta el presente, hemos compartido el fardo de nuestra existencia que no es muy risueña desde hace dieciocho meses. Llevada de tu afecto por mí, te has vestido de luto, lo que no me hace mucho honor...

Dinah hizo uno de esos magníficos movimientos de hombros que valen por todos los discursos del mundo...

—Sí —dijo Etienne continuando—, ya lo sé, tú lo sacrificas todo a mis gustos, incluso tu belleza. En cuanto a mí, con el corazón gastado por la lucha, con el alma llena de fúnebres presentimientos sobre mi porvenir, no recompensó tu suave amor con un amor igual. Hemos sido muy felices y sin nubes en nuestra vida durante mucho tiempo... Pues bien, no quiero que termine mal un poema tan hermoso. ¿Acaso me equivoco? *Madame* de La Baudraye amaba tanto a Etienne que aquella prudencia digna de *monsieur* de Clagny fue de su agrado y secó sus lágrimas.

—¡Así, se ama por sí misma! —se dijo, mirándolo con ojos radiantes.

Después de cuatro años de intimidad, el amor de aquella mujer terminó por reunir todos los matices descubiertos por nuestro espíritu de análisis y que la sociedad moderna ha creado; uno de los hombres más notables de esta época, cuya reciente pérdida aún aflige a nuestras letras, Henri Beyle (Stendhal), fue el primero que los caracterizó perfectamente. Lousteau producía en Dinah aquella viva conmoción, explicable por el magnetismo, que desbarata las fuerzas del alma y del cuerpo, destruyendo todo principio de resistencia en las mujeres. Una mirada de Lousteau, su mano puesta sobre la de Dinah, la obligaban a la obediencia. Una palabra cariñosa, una sonrisa de aquel hombre, hacían florecer el alma de aquella pobre mujer, conmovida o entristecida por la caricia o por la frialdad de su mirada; cuando ella le ofrecía el brazo acomodando su paso al suyo, por la calle o el bulevar, se fundía hasta tal punto con él, que llegaba a perder la conciencia de su propio yo. Hechizada por el ingenio e hipnotizada por los modales de aquel hombre, sólo veía ligeros defectos en sus vicios. Le gustaban las nubes de humo del cigarro que el viento le traía del jardín a su habitación; iba a respirarlas sin hacer muecas, y se ocultaba para disfrutar de

ellas. Sentía odio por el librero o el director de periódico que se negaban a dar más dinero a Lousteau, objetando que ya le habían anticipado sumas exorbitantes. Llegó incluso a comprender que aquel bohemio escribiese una novela cuyo pago aún estaba pendiente, en vez de entregarla para saldar los anticipos recibidos durante tanto tiempo. Así es sin duda el verdadero amor, que comprende todas las maneras de amar: amor del corazón, amor de la cabeza, amor-pasión, amor-capricho, amor-gusto, según las definiciones de Beyle. Didine amaba tanto, que en algunos momentos en que su sentido crítico, tan justo, tan continuamente ejercido desde que habitaba en París, le hacía ver claro en el alma de Lousteau, la sensación triunfaba sobre la razón, sugiriéndole excusas.

—¿Y yo —le respondió ella—, qué soy? Una mujer que se ha puesto al margen de la sociedad. Si he faltado al honor de las mujeres, ¿por qué tú no puedes sacrificarme un poco del honor masculino? ¿Es que no vivimos al margen de las conveniencias sociales? ¿Por qué no puedes aceptar de mí lo que Nathan acepta de Florine? Ya contaremos cuando nos separemos y... como tú sabes... sólo la muerte nos separará. Tu honor, Etienne, es mi felicidad; así como el mío es mi constancia y tu dicha. Si no te hago feliz, ya está dicho todo. Si te hago sufrir, condéname. Nuestras deudas están saldadas, tenemos diez mil francos de renta y entre los dos podemos ganar muy bien ocho mil francos anuales... ¡Haré teatro! Con mil quinientos francos al mes, ¿no seremos tan ricos como los Rothschild? Tranquilízate. Ahora me verás con vestidos deliciosos, y halagaré todos los días tu vanidad, como el día del estreno de la obra de Nathan...

—¿Y tu madre, que va todos los días a misa, que quiere ponerte en manos de un cura para obligarte a renunciar a tu género de vida?

—Todo el mundo tiene sus vicios. Tú fumas y ella me sermonea, pobre mujer, pero cuida de los niños, los saca a paseo, es de una abnegación absoluta y me idolatra. ¿Quieres impedirle que llore?...

—¿Qué dirá la gente de mí?

—¡No vivimos para los demás! —exclamó ella, haciendo levantar a Etienne para que se sentase a su lado—. Además, un día nos casaremos... Es muy probable que así ocu...

—¡Yo no pensaba en ello! —exclamó ingenuamente Lousteau, diciendo para su fuero interno: «Siempre habrá tiempo de romper cuando vuelva el pequeño La Baudraye».

A partir de aquel día Lousteau vivió lujosamente. Dinah podía competir ventajosamente, durante los estrenos, con las mujeres más bien vestidas de París. Acariciado por aquella felicidad interior, Lousteau, ante sus amigos, representaba por fatuidad el papel de un hombre vejado, aburrido y arruinado por *madame* de La Baudraye.

—¡Oh, cuánto querría al amigo que me librase de Dinah! Pero nadie lo conseguiría —dijo—, ella me ama y se tiraría por la ventana si yo se lo dijese.

El periodista procuraba despertar la compasión ajena, adoptando precauciones contra los celos de Dinah, cuando aceptaba una invitación para asistir a una fiesta. Por último, cometía infidelidades sin la menor vergüenza. Cuando *monsieur* de Clagny, verdaderamente desesperado por ver a Dinah en una situación tan deshonrosa, a pesar de que podía ser tan rica, y ocupar una posición tan encumbrada y en el momento en que sus antiguas ambiciones iban a cumplirse, fue y le dijo que la engañaban, ella se limitó a responder que ya lo sabía.

El magistrado quedó estupefacto. Sólo recuperó el uso de la palabra para hacer una observación.

—¿Aún me amáis? —le preguntó *madame* de La Baudraye, interrumpiéndolo a las primeras palabras.

—¡Perdidamente! —exclamó él, irguiéndose.

Los ojos del pobre enamorado se convirtieron en sendas antorchas, se puso a temblar como una hoja, sintió que la laringe se le agarrotaba, sus cabellos estremeciéronse en sus mismísimas raíces, creyó en la felicidad de servir a su ídolo como vengador, y aquello, escogido a falta de otra cosa mejor, estuvo a punto de volverlo loco de alegría.

—¿De qué os sorprendéis? —le preguntó ella, obligándolo a sentarse de nuevo—. Lo amo así.

¡El magistrado comprendió entonces este argumento *ad hominem*! ¡A pesar de que acababa de hacer condenar a muerte a un reo, las lágrimas afluyeron a sus ojos! La saciedad de Lousteau, aquel horrible desenlace del amancebamiento, se había revelado en mil pequeños detalles semejantes a granos de arena arrojados contra los vidrios del pabellón mágico en que los enamorados se entregan a sus sueños. Aquellos granos de arena, que se convirtieron en pedruscos, Dinah sólo los vio cuando fueron grandes como guijarros. *Madame* de La Baudraye terminó por calibrar perfectamente a Lousteau.

Lo describía a su madre con las siguientes palabras:

—Es un poeta sin ninguna defensa contra la desdicha, cobarde por pereza y no por falta de corazón, excesivamente inclinado a la voluptuosidad; es como un gato, en fin, al que no se puede odiar. ¿Qué será de él sin mí? Yo frustré su boda y lo he dejado sin porvenir. Su talento naufragará en la miseria.

—¡Oh, Dinah mía! —exclamó *madame* Piédefer—. ¡En qué infierno vives! ¿Qué sentimiento puede darte fuerzas para resistir?...

—¡Me convertiré en su madre! —exclamó.

Hay situaciones horribles en que sólo se toma un partido cuando nuestros amigos se percatan de nuestro deshonor. Se transige consigo mismo mientras se puede escapar a un censor que se presenta bajo la apariencia de fiscal de Su Majestad. *Monsieur* de Clagny, torpe como un patito acababa de convertirse en el verdugo de Dinah...

—Seré, para conservar mi amor, lo que fue *madame* de Pompadour para

conservar el poder —se dijo, cuando *monsieur* de Clagny se fue.

Estas palabras dicen bien a las claras que su amor se le convertía en una pesada carga y que en vez de un placer, iba a ser un trabajo.

CUARTA PARTE

COMENTARIOS SOBRE EL «ADOLFO» DE BENJAMÍN CONSTANT

XLVIII UNA LUCHA SECRETA

El nuevo papel adoptado por Dinah era horriblemente doloroso, pero Lousteau no hizo que le fuese fácil representarlo. Cuando quería salir después de cenar, representaba pequeñas escenas en las que demostraba una encantadora amistad, decía a Dinah frases verdaderamente llenas de ternura, tomaba a su compañera de la cadena, y, después de haberla herido en lo más vivo, el regio ingrato decía: «¿Te he hecho daño?».

Aquellas mentirosas caricias, aquellos fingimientos tuvieron a veces consecuencias deshonorosas para Dinah, que creía en una renacida ternura. ¡Pero, ay! La madre cedía con una vergonzosa facilidad el lugar a Didine. Se sentía como un juguete entre las manos de aquel hombre, y terminó por decirse: «Pues bien, quiero ser su juguete», pues encontraba en ello agudos placeres y goces de condenada. Cuando aquella mujer de espíritu tan viril se sumió con el pensamiento en la soledad, sintió que su valor desfallecía.

Prefirió los suplicios previstos e inevitables de aquella intimidad feroz, a la privación de unos goces tanto más exquisitos cuanto que nacían en medio de remordimientos, de luchas espantosas consigo misma, de negativas que se trocaban en afirmaciones. Fue en todo momento la gota de agua salobre hallada en el desierto y bebida con más delicia que la que experimenta el viajero al catar los mejores vinos a la mesa de un príncipe.

Cuando Dinah se preguntaba, a medianoche, si él volvería o no volvería, sólo se animaba al oír las conocidas pisadas de Etienne y al reconocer su manera de llamar. Intentó a menudo nuevas voluptuosidades como freno, se complació luchando con sus rivales, no dejándoles nada en aquel corazón ahito. Cuantas veces representó la tragedia del *Último día de un condenado*, diciéndose: «¡Mañana lo dejaré!». ¡Y cuántas veces una palabra, una mirada, una caricia teñida de candor la hicieron caer de nuevo en el amor! ¡Con frecuencia fue algo terrible! ¡Dio vueltas más de una vez a la idea del suicidio, mientras paseaba en torno a aquel césped parisién del que brotaban unas flores pálidas...! Por último, aún no había agotado el inmenso tesoro de abnegación y de amor que las mujeres que aman tienen en su corazón.

La novela de *Adolfo* era su Biblia y ella lo estudiaba, pues, por encima de todo, no quería ser Eleonora. Evitó las lágrimas, se abstuvo de todas las amarguras tan

sabiamente descritas por el crítico al que debemos el análisis de esta dolorosa obra y cuya gloria parecía a Dinah casi superior al libro. También con frecuencia el magnífico artículo del único crítico que haya tenido la *Revue des Deux-Mondes*, y que precede la nueva edición del *Adolfo*.

«No —se decía ella, repitiéndose las palabras fatales—, no, no daré a mis ruegos la forma de una orden, no me entregaré a las lágrimas como a una venganza, no juzgaré las acciones que antes aprobaba sin discreción, no seguiré con mirada curiosa sus pasos; si él se escapa, al regreso no encontrará una boca imperiosa, cuyos besos sean una orden irrefragable. ¡No, mi silencio no será una queja, mis palabras una querrela!... No seré vulgar» —se decía dejando sobre la mesa el pequeño volumen amarillo que ya le había valido esta observación de Lousteau—: «¡Toma, con que lees el *Adolfo*...!». Aunque sólo reconociese mi dolor durante un solo día, diciéndose: «La víctima no ha gemido nunca», ¡ya sería bastante! ¡Además, las otras sólo tendrán momentos, mientras que yo tendré toda su vida!

Al creerse autorizado por la conducta de su mujer para castigarla ante el tribunal doméstico, *monsieur* de La Baudraye tuvo la delicadeza de robarla para terminar su gran empresa consistente en roturar las mil doscientas hectáreas de eriales, a la que desde 1836 consagraba sus ingresos, llevando una existencia miserable. Manipuló tan a la perfección los valores dejados por *monsieur* Silas Piédefer, que pudo reducir la liquidación auténtica a ochocientos mil francos, a pesar de que la había cifrado en un millón doscientos mil. No anunció su regreso a su mujer, pero mientras ella sufría dolores indecibles, él construía adquerías, abría zanjas, plantaba árboles y se entregaba a roturaciones audaces que hicieron que se le considerase como uno de los agrónomos más distinguidos del Berri. Los cuatrocientos mil francos tomados a su mujer se invirtieron durante tres años en esta operación y las tierras de Anzy debieron rendir, en un tiempo determinado, setenta y dos mil francos de renta, libres de impuestos. En cuanto a los ochocientos mil francos, los invirtió al cuatro y medio por ciento, en ochenta francos, gracias a la crisis financiera provocada por el ministerio llamado del Primero de Marzo. Al procurar así cuarenta y ocho mil francos de renta a su mujer, se consideró en paz con ella. ¿No podía representarle los mil doscientos francos, el día en que el cuatro y medio sobrepasase cien francos? Su importancia sólo se vio rebasada en Sancerre por la del más rico terrateniente de Francia, cuyo rival se consideraba. Ya se veía con ciento cuarenta mil francos de renta, de los que noventa formaban su mayorazgo, en terrenos. Después de calcular que, ingresos aparte, pagaba diez mil francos de impuestos, tres mil de gastos, diez mil a su mujer y mil doscientos a su suegra, decía en plena Sociedad literaria:

—Se dice por ahí que soy un avaro, que no gasto ni un céntimo, pero mis gastos aún ascienden a veintisiete mil quinientos francos anuales. ¡Sin contar con que tendré que correr con los gastos de la educación de mis dos hijos!

Esto sin duda no es del agrado de los Milaud de Nevers, pero la segunda generación de La Baudraye tendrá tal vez una carrera tan buena como la tuvo la

primera. Es posible que vaya a París a solicitar al rey de los franceses el título de conde (*monsieur* Roy es conde), pues a mi mujer le gustará que la llamen «señora condesa».

Esto lo dijo con tal sangre fría, que nadie se atrevió a burlarse del hombrecillo. Sólo el presidente Boirouge le respondió:

—En vuestro lugar, yo sólo me consideraría dichoso de tener una hija...

—Pero pienso ir pronto a París —repuso el barón.

XLIX

MOMENTO EN QUE LA MORAL TIENE RAZÓN

A principios del año 1842, *madame* de La Baudraye, al darse cuenta de que iba de mal en peor, volvió a su idea de inmolarse en aras del bienestar de Lousteau. Volvió a ponerse sus negras vestiduras pero esta vez llevaba luto de verdad, pues sus placeres se convertían en remordimientos. Sentía con demasiada frecuencia vergüenza de sí misma para no sentir a veces el peso de sus cadenas, y su madre la sorprendió en aquellos momentos de reflexión profunda en que la visión de lo porvenir sume a los desgraciados en una especie de torpor. *Madame* Piédefer, aconsejada por su confesor, atisbaba el momento de lasitud que aquel sacerdote le predijo que llegaría, y su voz se hacía entonces suplicante por los hijos. Ella se contentaba con pedir una separación de cuerpos, sin exigir una separación de corazones.

En la naturaleza, esta clase de situaciones violentas no terminan, como en los libros, con la muerte o con catástrofes hábilmente dispuestas; acaban de una manera mucho menos poética por la mutua repugnancia, marchitas todas las flores del alma, con la vulgaridad de las costumbres, pero también, con harta frecuencia, con otra pasión que despoja a una mujer de aquel interés con que se rodea tradicionalmente a las mujeres. Cuando el buen sentido, la ley de las conveniencias sociales, los intereses familiares, todos los elementos de lo que recibía el nombre de moral pública durante la Restauración, para no emplear la aborrecida expresión «religión católica», se vieron apoyados por el sentimiento de haber causado unas heridas demasiado vivas; cuando el hastío del amor llegó casi hasta el desfallecimiento y cuando, en semejante situación, un golpe excesivamente violento, una de esas cobardías que los hombres únicamente muestran a las mujeres de las que se siguen considerando amos, hace que el asco llegue al colmo y al desencanto, ha llegado el momento para el amigo que se encarga de la curación. Así, muy poco tuvo que hacer *madame* Piédefer para quitar la venda de los ojos de su hija. Hizo venir al fiscal de la audiencia. *Monsieur* de Clagny remató la obra afirmando a *madame* de La Baudraye que, si renunciaba a vivir con Etienne, su marido le dejaría sus hijos, le permitiría habitar en París y disponer de sus bienes particulares.

—¡Imaginaos qué existencia! —le dijo—. Adoptando las debidas precauciones, contando con la ayuda de personas piadosas y caritativas, podréis abrir un salón y reconquistar una posición. ¡París no es Sancerre!

Dinah puso en manos de *monsieur* de Clagny la tarea de negociar una reconciliación con el enclenque anciano. *Monsieur* de La Baudraye había vendido muy bien sus vinos, había vendido lanas, había talado reservas, y vino sin decir nada a su mujer, a París para efectuar una inversión de doscientos mil francos mediante la compra, en la rue de l'Arcade, de un encantador hotel procedente de la liquidación de una gran familia aristocrática venida a menos. Miembro del consejo general de su departamento desde 1826 y pagando diez mil francos de contribuciones, reunía por

partida doble las condiciones exigidas por la nueva ley sobre los títulos de par. Poco tiempo antes de las elecciones generales de 1842, presentó su candidatura, para el caso en que no lo hiciesen par de Francia. Solicitó asimismo que le concediesen el título de conde y ser nombrado comendador de la Legión de Honor. En cuestión de elecciones, todo cuanto pudiese consolidar los nombramientos realistas era justo a los ojos de los ministros; o, en el caso en que *monsieur* de La Baudraye ingresara en el gobierno, Sancerre se convertiría más que nunca en el baluarte de la doctrina. *Monsieur* de Clagny, cuyo talento y modestia cada vez eran más apreciados, apoyó a *monsieur* de La Baudraye; en el ascenso a la dignidad de par de aquel resuelto agrónomo, demostró la existencia de unas garantías que respaldaban los intereses materiales. *Monsieur* de la Baudraye, una vez nombrado conde, par de Francia y comendador de la Legión de Honor, tuvo la vanidad de hacerse representar por una esposa y casa postineros, según dijo, quería gozar de la vida. Por lo tanto, rogó a su esposa, por medio de una carta que dictó el abogado general, que habitase en su hotel, lo amueblase y desplecase aquel gusto del que había tenido tan encantadoras pruebas, dijo, en su castillo de Anzy. El nuevo conde hizo observar a su esposa, que sus mutuos intereses territoriales le impedían abandonar Sancerre, mientras que la educación de sus hijos exigía que ella residiese en París. El complaciente marido, pues, encargaba a *Monsieur* de Clagny que entregase a la señora condesa sesenta mil francos para el arreglo interior del hotel de La Baudraye, recomendándole que colocara una placa de mármol encima de la puerta cochera con la siguiente inscripción: *Hotel de La Baudraye*. Luego, mientras daba cuenta a su esposa de los resultados de la liquidación de la herencia de Silas Piédefer, *monsieur* de La Baudraye anunció que colocaba al cuatro y medio por ciento los ochocientos mil francos recogidos en Nueva York, y destinaba aquella suma a sus gastos, comprendidos los de la educación de los hijos. Casi obligado a ir a París durante parte de las sesiones celebradas en la Cámara de los Pares, pidió a su esposa que le reservase una pequeña habitación en un entresuelo situado encima de las dependencias del servicio.

—¡Vaya! Vuelve a ser joven, se ha convertido en un gentilhomme, se ha vuelto magnífico; ¿qué será más, aún? Es algo estremecedor —dijo *madame* de La Baudraye.

—Satisface todos los deseos que concebisteis a vuestros veinte años —respondió el magistrado.

La comparación de su destino venidero con su destino actual era insostenible para Dinah. Incluso la víspera, Anna de Fontaine volvió la cabeza para no ver a su íntima amiga del pensionado Chamarolles. Dinah se dijo:

—Soy condesa, tendré en mi coche el manto azul de los pares y en mi salón las eminencias del mundo literario... ¡Ya la miraré yo!...

Este pequeño goce pesó con todo su peso en el momento de la conversión, del mismo modo como el desprecio de la sociedad pesó antaño sobre su dicha.

L

DOS PERSONAS QUE SÓLO LA MUERTE PODÍA SEPARAR

Un hermoso día de mayo de 1842, *madame* de La Baudraye saldó todas las deudas de su casa y dejó mil escudos sobre el montón de facturas pagadas. Después de enviar a su madre y a sus hijos al hotel de La Baudraye, esperó a Lousteau completamente vestida, como para salir. Cuando el ex rey de su corazón volvió para cenar, ella le dijo:

—He tirado la casa por la ventana, amigo mío. *Madame* de La Baudraye os invita a cenar al *Rochar de Cancale*. ¡Venid!

Arrastró consigo a Lousteau, estupefacto ante el aire desenvuelto que adoptaba aquella mujer, que por la mañana aún se hallaba sujeto a sus menores caprichos, pues ella también había representado una comedia desde hacía dos meses.

—*Madame* de La Baudraye está emperifollada como para asistir a una *Premiere* —dijo, sirviéndose de la abreviación mediante la cual se designa en argot periodístico a una primera representación.

—No olvidéis el respeto debido a *madame* de La Baudraye —dijo gravemente Dinah—. No pienso pedir os explicaciones por esa expresión de *emperifollada*...

—¿Didine se subleva? —dijo él, enlazándola por el talle.

—Didine ya no existe; vos mismo la habéis matado, amigo mío —respondió ella, desasiéndose del abrazo—. Y os ofrezco la primera representación de la señora condesa de La Baudraye...

—¿Así, es verdad que nuestro insecto es par de Francia?

—El nombramiento aparecerá esta noche en el *Moniteur*, me ha dicho *monsieur* de Clagny que, por su parte, pasa al tribunal de casación.

—Desde luego —dijo el periodista— la entomología social debía estar representada en la Cámara...

—Amigo mío, nos separamos para siempre —dijo *madame* de La Baudraye, tratando de dominar el temblor de su voz—. He despedido a las dos criadas. Encontraréis vuestra casa en orden y libre de deudas. Siempre tendré hacia vos, pero en secreto, los sentimientos de una madre. Separémonos tranquilamente, sin ruido, como corresponde a personas juiciosas. ¿Tenéis algún reproche que hacerme sobre mi conducta durante estos seis años?

—Ninguno, como no sea el de haber destrozado mi vida y destruido mi porvenir —dijo él en tono seco—. Habéis leído y releído el libro de Benjamín Constant, e incluso habéis estudiado a fondo el último artículo que sobre el mismo se ha publicado; pero únicamente lo leísteis con ojos de mujer. Aunque poseáis una de esas bellas inteligencias que harían la fortuna de un poeta, no os habéis atrevido a situaros en el punto de vista de los hombres. Ese libro, querida, tiene ambos sexos. ¿Sabéis? ... dejamos bien sentado que existen libros machos o hembras, rubios o morenos... En *Adolfo*, las mujeres sólo ven a Eleonora, los jóvenes ven a Adolfo, los hombres

hechos y derechos ven a Eleonora y Adolfo, los políticos ven tan sólo la vida social. Os habéis ahorrado la molestia de penetrar en el alma de Adolfo, como vuestro crítico, por otra parte, quien sólo ha visto a Eleonora. Lo que mata a este pobre muchacho, querida mía, es el hecho de haber perdido su futuro por una mujer; no poder llegar a ser nada de lo que hubiera llegado a ser, ni embajador, ni ministro, ni chambelán, ni poeta, ni rico. Dio seis años de su energía, del momento en que la vida de un hombre puede aceptar la rudeza de un aprendizaje cualquiera, a unas faldas que consiguió dejar atrás en la carrera de la ingratitud, pues una mujer que pudo abandonar a su primer amante debía dejar tarde o temprano al segundo. Y por último, Adolfo es un rubio alemán que ni siquiera se siente con fuerzas para engañar a Eleonora. Existen Adolfos que eximen a su Eleonora de las querellas deshonorosas, de los reproches y que se dicen: «¡No hablaré de lo que he perdido! No mostraré siempre el egoísmo que he coronado mi puño cortado, como hace el Ramorny de *La linda joven de Perth*», pero a éstos, querida, se les abandona... Adolfo es hijo de buena casa, un corazón aristocrático que aspira a los más altos honores y quiere recuperar su posición social y su consideración comprometida. En este momento representáis ambos personajes simultáneamente. Sentís el dolor que causa una posición perdida y os creéis con el derecho de abandonar a un pobre amante que tuvo la desgracia de creeros lo bastante superior para admitir que, si bien el corazón del hombre debe ser constante, el sexo puede entregarse a ciertos caprichos...

—¿Y creéis que no me preocupa devolveros lo que os he hecho perder? Estad tranquilo —respondió *madame* de La Baudraye, fulminada por aquella salida—, vuestra Eleonora no ha muerto, y, si Dios le da vida, si vos cambiáis de conducta, si renunciáis a las mujeres y las actrices, os encontraremos algo mejor que una Félicie Cardot.

Ambos amantes se miraron con gesto desabrido: Lousteau representaba el papel de la tristeza, quería mostrarse seco y frío, mientras que Dinah, verdaderamente triste, escuchaba los reproches de su corazón.

—¿Por qué no acabar como hubiéramos debido empezar —dijo Lousteau—, ocultando nuestro amor a todas las miradas y viéndonos en secreto?

—¡Jamás! —dijo la nueva condesa adoptando un aire glacial—. ¿No comprendéis que, en resumidas cuentas, somos dos seres acabados? Nuestros sentimientos nos parecen infinitos a causa del presentimiento que tenemos del cielo, pero en este valle de lágrimas tienen por límite las fuerzas de nuestro organismo. Existen naturalezas blandas y cobardes que pueden recibir un número infinito de heridas y persistir, pero existen otras, de más fuerte temple, que terminan por quebrarse bajo los golpes. Vos me habéis...

—Oh, basta —dijo él—. ¡Terminemos con este melodrama! Vuestras excusas me parecen inútiles, pues si queréis, podéis justificaros con una sola palabra, diciendo: *¡ya no os amo!*...

—¿Ah, con que soy yo la que ha dejado de amar? —exclamó ella, desconcertada.

—Ciertamente. Habéis calculado que yo os causaba más penas y disgustos que placeres, y dejáis a vuestro asociado...

—¡Sí, lo dejo! —exclamó ella, alzando ambas manos.

—¿No acabáis de pronunciar la palabra *jamás*?

—¡Pues bien, sí, *jamás*! —repuso ella con fuerza.

Aquel último *jamás*, dictado por el miedo de caer nuevamente bajo la dominación de Lousteau, fue interpretado por éste como el fin de su poder, teniendo en cuenta que Dinah permanecía insensible a sus desdeñosos sarcasmos. El periodista no pudo contener una lágrima al percatarse de que perdía un afecto sincero e ilimitado. Había encontrado en Dinah una dulcísima La Vallière, la más agradable Pompadour que un egoísta que no era rey pudiese desear; y, como el niño que se apercibe de que a fuerza de vejar a su abejorro, lo ha matado, Lousteau no pudo contener el llanto. *Madame* de La Baudraye salió corriendo del pequeño comedor, pagó la cena y se dirigió a la rue de l'Arcade, reprendiéndose por su ferocidad.

LI

LA CONDESA DE LA BAUDRAYE SE CONVIERTE EN UNA MUJER HONRADA

Dinah, que acababa de convertir su mansión en un modelo de comodidad, sufrió también una metamorfosis, pero aquella doble metamorfosis costó treinta mil francos más de lo que había previsto el flamante par de Francia. El fatal acontecimiento que costó la pérdida de su presunto heredero a la familia de Orleans requirió la reunión de las Cámaras en agosto de 1842 y el pequeño La Baudraye fue a presentar sus títulos a la noble asamblea antes de lo que esperaba, y vio entonces lo que había hecho su mujer; tanto le encantó, que dio los treinta mil francos sin hacer el menor comentario, del mismo modo como antes había dado ocho mil para el arreglo de La Baudraye.

Al volver del palacio del Luxemburgo, donde, según la costumbre, fue presentado por dos pares, el barón de Nucingen y el marqués de Montriveau, el nuevo conde encontró al anciano duque de Chaulieu, uno de sus viejos acreedores, a pie y empuñando un paraguas, mientras que él iba retrepado en un cochecito bajo sobre cuya portezuela brillaba su escudo de oro en el que se leía: *Deo sic patet fides et hominibus*. Esta comparación vertió en su corazón una dosis de aquel bálsamo con que se embriaga la burguesía desde 1830. *Madame* de La Baudraye se asustó al ver a su marido con mejor aspecto aún que el día de su boda. Presa de una alegría superlativa, aquel aborto de la naturaleza triunfaba a sus sesenta y cuatro años de la vida que todos le negaban, de la familia que el bello Milaud de Nevers le había prohibido tener, de su esposa que recibía a cenar en su casa al señor y la señora de Clagny, al cura de la Asunción y a sus dos padrinos en la Cámara. Acarició a sus hijos con una encantadora fatuidad. La belleza del servicio de mesa mereció su aprobación.

—Aquí tenéis a los toisones del Berri —dijo, mostrando a *monsieur* de Nucingen las campanillas rematadas por su nueva corona—. ¡Son de plata!

Aunque se hallaba devorada por una profunda melancolía, contenida por el poder de una mujer que había llegado a ser verdaderamente superior, Dinah se mostró encantadora, ingeniosa y sobre todo apareció rejuvenecida en su luto cortesano.

—¡Todos dirían —exclamó el pequeño de La Baudraye señalando su esposa a *monsieur* de Nucingen— que la condesa tiene menos de treinta años!

—¡Ah! ¿La señora es una dama de treinta años? —dijo el barón bromeando.

—En toda la amplitud de la expresión —respondió la condesa—, pues tengo treinta y cinco y espero tener un caprichito...\

—Sí, mi mujer me ha arruinado comprando chismes y chucherías...

—Señora, sabíamos que desde muy joven tenéis esas aficiones —dijo el marqués de Montriveau sonriendo.

—Sí —repuso el pequeño La Baudraye mirando fríamente al marqués de Montriveau, que había conocido en Bourges—, como vos sabéis, en los años 25, 26 y

27 reunió más de un millón de curiosidades, que convierten a Anzy en un museo.

—¡Qué aplomo! —se dijo *monsieur* de Clagny, al ver que aquel pequeño avaro de provincias sabía estar a la altura de su nueva posición.

Los avaros disponen de toda clase de economías para gastar. Al día siguiente de haberse puesto a votación en la Cámara la ley de la regencia, el pequeño par de Francia fue a efectuar la vendimia en Sancerre y a reanudar su vida acostumbrada.

Durante el invierno de 1842, la condesa de La Baudraye, ayudada por el abogado general del tribunal de casación, intentó formar una sociedad a su alrededor. Naturalmente, fijó un día de recibo; distinguió entre las celebridades, pues sólo quiso ver a personas serias y de edad madura. Intentó distraerse yendo a los Italianos y a la Ópera. Dos veces por semana, iba a estos espectáculos acompañada por su madre y *madame* de Clagny, a quien el magistrado obligó a alternar con *madame* de La Baudraye. Pero a pesar de su espíritu cultivado y sus amables modales, pese a su apariencia de mujer elegante, sólo le hacían feliz sus hijos, sobre los que vertió todas sus ternuras frustradas. ¡El admirable *monsieur* de Clagny se puso a reclutar damas para los salones de la condesa y lo consiguió! Pero sus gestiones tenían más éxito cerca de las mujeres piadosas que de las mujeres mundanas.

—¡Ellas la aburren! —se dijo con terror al contemplar a su ídolo ajado por la desdicha, pálido por los remordimientos y que entonces estaba en todo el esplendor de una belleza reconquistada, por su vida lujosa y por su maternidad.

El fiel magistrado, sostenido en su obra por la madre y por el párroco, se mostraba muy fértil en recursos. Todos los miércoles presentaba a su querida condesa alguna celebridad de Alemania, de Inglaterra, de Italia o de Prusia; decía que se trataba de una mujer excepcional a unos hombres a los que ella apenas dirigía dos palabras pero que escuchaba con tan profunda atención, que todos se iban convencidos de su superioridad. Dinah triunfó en París por el silencio, como había vencido en Sancerre por su locuacidad. De vez en cuando, un epigrama sobre las cosas o alguna observación sobre las ridiculeces revelaban a una mujer acostumbrada a manejar las ideas y que, cuatro años antes, había rejuvenecido al folletín de Lousteau. Aquella época fue para la pasión del pobre magistrado como aquella temporada llamada el veranillo de San Martín en los años sin sol. Se mostró más viejo de lo que era en realidad para tener el derecho de ser amigo de Dinah sin comprometerla, pero, como si hubiese sido joven, bello y comprometedor, se mantenía a distancia como hombre que debía ocultar su felicidad. Se esforzaba por cubrir con el más profundo secreto sus pequeñas atenciones, sus ligeros regalos que Dinah mostraba a plena luz del día. Trataba de prestar significados peligrosos a sus menores obediencias.

—Juega a la pasión —decía la condesa, riendo.

Se burlaba de *monsieur* de Clagny en sus propias barbas y el magistrado se decía:

—¡Se ocupa de mí!

—Produzco una impresión tan grande a este pobre hombre —decía ella, riendo, a

su madre—, que si le dijese que sí, creo que diría que no.

LII UN RECUERDO

Una noche, *monsieur* de Clagny acompañaba a casa, junto con su esposa, a su querida condesa, que estaba profundamente preocupada. Los tres acababan de asistir a la primera representación de *La mano derecha y la mano izquierda*, el primer drama de León Gozlan.

—¿En qué pensáis? —le preguntó el magistrado, asustado ante la melancolía de su ídolo.

La persistencia de la tristeza oculta pero profunda, que devoraba a la condesa, era un mal peligroso que el abogado general no sabía combatir, pues el verdadero amor es con frecuencia torpe, en especial cuando no se ve correspondido. El verdadero amor recibe su forma del carácter. Y el digno magistrado amaba a la manera de Alcestes, cuando *madame* de La Baudraye quería ser amada a la manera de Filinta. Las cobardías del amor se avienen muy poco con la lealtad del Misántropo. Por lo tanto, Dinah se guardaba muy bien de abrir su corazón a su patito. ¿Cómo podía atreverse a declarar que a veces añoraba su antiguo fango? Sentía un vacío enorme en la vida de la alta sociedad, no sabía a quien comunicar sus éxitos, sus triunfos y sus tocados. A veces los recuerdos de sus miserias volvían a ella, mezclados con el recuerdo de devoradoras voluptuosidades. A veces estaba resentida con Lousteau porque éste no se ocupase de ella; hubiera querido recibir cartas suyas, tiernas o furiosas.

Viendo que Dinah no respondía, el magistrado repitió su pregunta tomando la mano de la condesa y estrechándola entre las suyas con aire devoto.

—¿Queréis la mano derecha o la mano izquierda? —respondió ella, sonriendo.

—La mano izquierda, pues presumo que os referís a la mentira y la verdad.

—Pues bien, lo he visto —contestó ella, hablando de manera que sólo la entendiese el magistrado—. Al verlo triste, profundamente desanimado, me he dicho: «¿Tendrá cigarros? ¿Tendrá dinero?».

—¡Bien! Si queréis la verdad, os diré —exclamó *monsieur* de Clagny— que hace vida marital con Fanny Beaupré. Vos me arrancáis esta confidencia; yo no os lo hubiera dicho nunca, pues quizás hubierais creído que me dominaba algún sentimiento poco generoso.

Madame de La Baudraye estrechó la mano del abogado general.

—Tenéis por marido —dijo ella a su carabina— a un hombre de los que no abundan. ¡Ah! ¿Por qué?...

Y se refugió en su rincón, poniéndose a mirar por la ventanilla del cupé, pero suprimió el resto de su frase, que el abogado general adivinó: «¿Por qué Lousteau no tiene un poco de la nobleza de vuestro marido?...».

Sin embargo, esta noticia disipó la melancolía de *madame* de La Baudraye, que se lanzó a la vida de las mujeres elegantes; quería tener éxito y lo obtuvo; pero hacía

pocos progresos en el mundo femenino, en el que aún se movía con ciertas dificultades. En el mes de marzo, los eclesiásticos amigos de *madame* Piédefer y el abogado general causaron sensación al hacer nombrar a la señora condesa de La Baudraye cuestora para la obra de beneficencia fundada por *madame* de Carcado. Luego fue designada para recoger en la corte los donativos con destino a las víctimas del terremoto de Guadalupe. La marquesa de Espard, a quien *monsieur* de Canalis leía los nombres de estas damas en la Ópera, dijo, al oír el de la condesa:

—Vivo desde hace mucho tiempo en el gran mundo y no recuerdo nada más hermoso que las maniobras hechas para salvar el honor de *madame* de La Baudraye.

LIII UNA IDEA

Durante los días de primavera, que un capricho de nuestro planeta hizo brillar sobre París a partir de la primera semana del mes de marzo de 1843 y que permitió ver los Campos Elíseos frondosos y verdes en Longchamp, el amante de Fanny Beaupré, durante sus paseos, ya había distinguido a *madame* de La Baudraye, sin ser visto por ella. Se sintió entonces mordido más de una vez en el corazón por uno de esos sentimientos de celos y envidia bastante familiares a las personas nacidas y criadas en provincias, al ver de nuevo a su antiguo amante, cómodamente instalada en el fondo de un bonito carruaje, bien vestida, con aire soñador y con sus dos niños a cada lado. Se colmaba de reproches, más aún teniendo en cuenta que estaba sumido en la más aguda de todas las miserias: una miseria oculta. Como todas las naturalezas esencialmente vanidosas y ligeras, se hallaba sujeto al singular pundonor que consiste en no decaer a los ojos de su público, que hace cometer crímenes legales a los bolsistas para no verse expulsados del templo del agio, y que induce a ciertos criminales el valor necesario para realizar acciones virtuosas. Lousteau comía y almorzaba, fumaba como si fuese rico. Ni por una herencia hubiera dejado de comprar los habanos más caros, para él y para el dramaturgo o el prosista con los que compartía una deuda. El periodista se paseaba con las botas lustrosas, pero temía los embargos que según la expresión de los alguaciles, habían recibido todos los sacramentos. A Fanny Beaupré ya no le quedaba nada por empeñar, y sus haberes estaban devorados por los anticipos. Después de agotar la cifra de todos los posibles anticipos en las revistas, los periódicos y los librerías, Etienne ya no sabía qué tinta convertir en oro. Las casas de juego, suprimidas con tanta torpeza, ya no podían aceptar, como antes, las letras de cambio tiradas sobre el tapete verde por la miseria desesperada. El periodista, en fin, había llegado a tal estado de indigencia que acababa de pedir prestado cien francos al más pobre de sus amigos, a Bixiou, a quien nunca había pedido nada.

Lo que más dolor causaba a Lousteau, no era deber cinco mil francos, sino verse despojado de su elegancia, de su mobiliario adquirió a costa de tantas privaciones y enriquecido por *madame* de La Baudraye. El 3 de abril, un rótulo amarillo, arrancado por el portero después de haber brillado sobre la pared, anunció la venta de un hermoso mobiliario para el sábado siguiente, día de las subastas judiciales.

Lousteau salió a dar un paseo, fumando cigarros y buscando ideas, pues las ideas, en París, están en el aire, sonríen al viandante en la esquina de una calle, saltan de debajo de una rueda de cabriolé con un chorro de barro. El ocioso llevaba ya todo un mes buscando ideas para artículos y temas de novela, pero sólo encontró amigos que se lo llevaban a cenar o al teatro y que achispaban su pena diciéndole que el vino de *Champagne* lo inspiraría.

—Ten cuidado —le dijo una noche el atroz Bixiou, que podía dar cien francos a

un camarada y al mismo tiempo traspasarle el corazón con una frase—. Yéndote a dormir siempre borracho, un día despertarás loco.

La víspera, que era viernes, el desgraciado, a pesar de hallarse acostumbrado a la miseria, se sintió afectado como un condenado a muerte. En otros tiempos, se hubiera dicho: «¡Bah! mi mobiliario es viejo; lo renovaré». Pero se sentía incapaz de recomenzar sus hazañas literarias. La librería, devorada por la imitación, pagaba poco. Los periódicos cicateaban con los talentos derrengados, como los directores de teatro con los tenores que dan una nota falsa. Y él continuaba paseando, con la vista fija en la multitud sin ver nada, el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos del chaleco, con el rostro crispado interiormente y una falsa sonrisa en los labios. Vio pasar entonces a *madame* de La Baudraye en coche. Embocaba el bulevar por la rue de la Chaussée-d'Antin para dirigirse al Bois.

—Sólo me queda esto —se dijo.

Volvió a su casa para convertirse en un Adonis. A las siete de la tarde, se presentó en un coche de punto a la puerta de *madame* de La Baudraye y pidió al portero que subiese a la condesa un billete concebido en los siguientes términos:

Monsieur Lousteau suplica a la señora condesa que tenga la bondad de recibirlo por un instante, y en este mismo instante.

LIV

UN DESENLACE HORRIBLE PERO VERÍDICO

El billete estaba sellado con un sello que antaño utilizaron ambos amantes. *Madame* de La Baudraye hizo grabar en una auténtica cornalina oriental: ¡*Porque!* Una gran palabra, la palabra propia de las mujeres, la palabra que puede explicarlo todo, incluso la creación. La condesa acababa de arreglarse para ir a la Ópera, pues todos los viernes ocupaba su palco. Palideció al ver el sello.

—¡Que espere! —dijo, metiéndose la nota entre el corpiño.

Tuvo la fuerza de voluntad necesaria para ocultar su turbación y pidió a su madre que acostase a los niños. Hizo decir entonces a Lousteau que subiese y lo recibió en un tocador contiguo a su gran salón, con las puertas abiertas. Después del espectáculo tenía que ir al baile y se había puesto un delicioso vestido de seda recamada de rayas alternativamente mates y llenas de flores, de un color amarillo pajizo. Los guantes, adornados y con bellotas, dejaban ver sus bellos brazos blancos. Estaba deslumbradora con sus encajes y lucía todas las lindas fruslerías exigidas por la moda. Su tocado a la Sévigné le daba un aire fino. Un collar de perlas destacaba sobre su pecho como venteaduras sobre la nieve.

—¿Qué deseáis, caballero? —dijo la condesa asomando el pie por el borde de su vestido para ponerlo sobre un cojín de terciopelo—. Creía y esperaba que me habíais olvidado totalmente.

—Si os dijese *jamás*, vos no querriáis creerme —dijo Lousteau, que permaneció de pie y paseando, mordisqueando las flores que arrancaba a cada vuelta de las jardineras cuyos macizos embalsamaban el tocador.

Reinó un momento de silencio. *Madame* de La Baudraye, al examinar a Lousteau, lo encontró ataviado como pudiera estarlo el *dandy* más escrupuloso.

—¡No hay nadie más que vos en el mundo capaz de socorrerme y de tenderme una mano, pues me ahogo y ya empiezo a tragar agua! —dijo, parándose ante Dinah, como si pareciese ceder a un esfuerzo supremo—. Me veis aquí porque mis asuntos van terriblemente mal.

—¡Basta! —dijo ella—. Os comprendo.

Reinó una nueva pausa, durante la cual Lousteau se volvió, sacó el pañuelo y fingió enjugar una lágrima.

—¿Qué necesitáis, Etienne? —prosiguió ella con voz maternal—. En estos momentos somos dos viejos camaradas; habladme como hablaríais a... a Bixiou...

—¡Para impedir que mi mobiliario vaya mañana a pública subasta, necesito mil ochocientos francos! Igual cantidad para satisfacer a mis amigos, tres trimestres al casero, que vos conocéis... Y además, *mi tía* exige quinientos francos...

—¿Y de qué viviréis vos?

—¡Oh, yo tengo mi pluma!...

—Os cuesta mucho moverla y, al leerlos, no se comprende que pesé tanto —dijo

ella, sonriendo con finura—. No tengo la suma que me pedís... Venid mañana, a las ocho, la ejecutiva esperará hasta las nueve, sobre todo si traéis aquí al funcionario para pagarle.

Sintió necesidad de despedir a Lousteau, quien fingía no tener fuerzas para mirarla, pero ella experimentaba una compasión capaz de desatar todos los nudos gordianos atados por la sociedad.

—¡Gracias —dijo ella, levantándose y tendiendo la mano a Lousteau—, vuestra confianza me hace bien!... ¡Oh, hace mucho tiempo que no sentía tanta alegría en el corazón!...

Lousteau le tomó la mano, la atrajo hacia su pecho y la oprimió con ternura.

—¡Una gota de agua en el desierto y... por la mano de un ángel!... ¡Dios siempre hace bien las cosas!

Pronunció estas palabras medio en broma, medio con ternura, pero el lector puede creer que fue una representación tan perfecta como la de Taima en su famoso papel de Leicester, representado por el gran actor con matices de esta clase. Dinah sintió palpar su corazón a través de la ropa: palpitaba de gozo, pues el periodista escapaba a las garras del gavilán judicial, pero palpitaba también por un deseo muy natural ante el aspecto de Dinah, rejuvenecida y cambiada por la opulencia. *Madame* de La Baudraye, al examinar a Etienne de hurtadillas, vio que su fisonomía armonizaba con todas las flores del amor que, para ella, renacían en aquel corazón palpitante; trató de hundir su mirada una vez en los ojos del que ella tanto había amado, pero un efluvio tumultuoso se precipitó por sus venas y turbó su juicio. Aquellos dos seres cambiaron entonces la misma mirada de fuego que, en Cosne, dio a Lousteau la audacia suficiente para arrugar el vestido de organdí. El bohemio enlazó a Dinah por el talle y la atrajo hacia sí, ella se dejó tomar y las mejillas de ambos se tocaron.

—¡Escóndete, que viene mi madre! —exclamó Dinah aterrorizada.

Y corrió al encuentro de *madame* Piédefer.

—Mamá —le dijo (este apelativo era para la severa *madame* Piédefer una caricia que nunca dejaba de producir su efecto)—, hacedme el favor de tomar el coche e id personalmente a casa de nuestro banquero, *monsieur* Mongenod, con una nota para él que os daré, a fin de que os entregue seis mil francos. Venid, venid, se trata de una buena acción; vamos a mi habitación.

Y arrastró a su madre, que parecía querer mirar a la persona con quien su hija hablaba en el tocador.

LV

LA MORALEJA DE ESTA FÁBULA ES QUE...

Dos días después, *madame* Piédefer celebró una importante conferencia con el cura párroco. Después de escuchar las lamentaciones de aquella vieja madre desesperada, el sacerdote le dijo con gravedad:

—Toda regeneración moral que no esté apoyada por un gran sentimiento religioso y proseguida en el seno de la Iglesia, reposa en cimiento de arena... Todas las prácticas, tan minuciosas y tan incomprendidas, ordenadas por el catolicismo, son otros tantos diques necesarios para contener los embates del espíritu maligno. Debéis conseguir que vuestra señora hija cumpla escrupulosamente todos sus deberes religiosos, y la salvaremos...

Diez días después de esta conferencia, el hotel de La Baudraye fue cerrado. La condesa y sus hijos, su madre y todo su servicio doméstico, que había aumentado con un preceptor, partió hacia Sancerre, donde Dinah quería pasar la temporada estival. Según dijeron, se mostró encantadora con el conde. Así regresó la Musa de Sancerre al seno de la familia y del matrimonio, pero, según algunas malas lenguas, la obligaron a volver, pues los deseos del pequeño par de Francia iban sin duda a cumplirse: ¡Esperaba una hija!... Gatien y *monsieur* Gravier, en fin, rodeaban a la bella condesa de cuidados y atenciones serviles. El hijo del presidente, que durante la larga ausencia de *madame* de La Baudraye fue a tomar lecciones de elegancia en París, tenía grandes probabilidades de agradar a aquella mujer superior desilusionada, según la opinión corriente en la Sociedad literaria. Otros apostaban por el preceptor y *madame* Piédefer abogaba por la religión.

En 1844, a mediados de junio, el conde de La Baudraye paseaba por el Mail de Sancerre acompañado de sus hermosos hijos; se encontró con *monsieur* Milaud, el fiscal de la Audiencia, a quien sus asuntos habían llevado a Sancerre, y le dijo:

—Primo, éstos son mis hijos...

—¡Ah, éstos son *nuestros* hijos! —repitió el malicioso fiscal de la Audiencia.

París, junio de 1843 - agosto de 1844.

La Musa del departamento fue publicada en 1843 - 1844 por Souverain (4 vols. en 8.º), bajo este título general: *Los misterios de provincia*. Esta novela pasó a formar parte del tomo VI de la *Comedia Humana*.

APÉNDICE

La necesidad de distribuir novelas de muy desigual extensión entre tomos de un volumen relativamente aproximado, sin alterar el orden establecido por Balzac para la publicación de su Comedia Humana, plantea problemas bastante difíciles. Por eso, por razones estrictamente de ajuste, incluimos como apéndices de este tomo, que contiene las dos novelas agrupadas bajo la rúbrica común de Los parisienses en provincias —El ilustre Gaudisart y La musa del departamento— de una extensión relativamente reducida, los prólogos de Eugenia Grandet y Pierrette, novelas incluidas en tomos bastante más voluminosos.

La razón que nos impulsa a tomarnos esta licencia es la siguiente: Balzac añadió prólogos o apéndices a muchas de sus novelas, pero sólo en las primeras ediciones que de ellas fue haciendo. En las versiones definitivas suprimió con criterio inexorable todas esas adiciones previas o finales, que de ese modo dejaron de formar parte, en un sentido riguroso de la *Comedia Humana*. Hoy se suelen incluir en las ediciones más cuidadas y completas, pero a título complementario, desconectadas de las obras que inicialmente acompañaron y de las cuales las apartó luego su autor. Por ejemplo, en la edición de la *Biblioteca de La Pléiade* que publica la Editorial Gallimard, todos los prólogos van agrupados en el tomo XI, que no contiene ninguna novela de la *Comedia Humana*, sino tan sólo algunas obras esbozadas o inacabadas, los *Cuentos Droláticos*, las notas a toda la *Comedia Humana* y dos extensos índices alfabéticos: uno de los personajes reales y de las citas literarias, y otro de los personajes ficticios. Por consiguiente, al incluir, por las expresadas razones de ajuste, algunos prólogos lejos de las novelas que en un principio acompañaron, no hacemos más que seguir una ruta marcada por las ediciones francesas más autorizadas.

EUGENIA GRANDET

INTRODUCCIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN 1833

En lo hondo de las provincias se hallan cabezas dignas de un estudio serio, caracteres llenos de originalidad, existencias tranquilas en la superficie y que destrozan secretamente pasiones tumultuosas; pero las asperezas más señaladas de los caracteres, las exaltaciones más apasionadas acaban por anularse en la constante monotonía de las costumbres. Ningún poeta ha intentado describir los fenómenos de esa vida que se desvanece, dulcificándose siempre. ¿Por qué no? Si hay poesía en la atmósfera de París, donde se arremolina un *simún* que se lleva las fortunas y quiebra los corazones, ¿no la ha de haber también en la lenta acción del *sirocco* de la atmósfera provinciana, que enerva los más resueltos corajes, relaja las fibras y embota la agudeza de las pasiones? Si todo llega en París, todo pasa en provincias: allí, ni relieve ni resalto; pero, en cambio, dramas en silencio, misterios hábilmente disimulados, desenlaces en una sola palabra; enormes valores prestados por el cálculo o el análisis a las acciones más indiferentes. Allí se vive en público.

Si los narradores literarios han olvidado las admirables escenas de la vida de provincias, no es por desdén ni por falta de observación; tal vez haya en ello impotencia. En efecto, para suscitar un interés casi mudo, que yace menos en la acción que en el pensamiento, para presentar unas figuras, a primera vista de poco colorido, pero cuyos detalles y medias tintas requieren los más sabios toques de pincel; para dar a esos cuadros sus sombras grises y su claro-oscuro; para sondear una naturaleza vacía en apariencia, pero que al examen resulta llena y rica bajo una costra lisa, ¿no hacen falta multitud de preparaciones, de cuidados inauditos y, para semejantes retratos, las finuras de la miniatura antigua?

La soberbia literatura de París, avara de sus horas que, en detrimento del arte, emplea en odios y en placeres, quiere su drama ya hecho; no tiene, para buscarlo, ocio en una época en que falta tiempo para los acontecimientos; y para crearlo, si algún autor expusiera esa pretensión, tal acto viril provocaría motines en una república en la que, desde hace mucho tiempo, está prohibido, por la crítica de los eunucos, inventar una forma, un género, una acción cualquiera.

Estas observaciones eran necesarias para hacer conocer la modesta intención del

autor —que aquí no quiere ser más que un humilde copista— y para establecer incontestablemente su derecho a prodigar las extensiones exigidas por el círculo de minucias en que está obligado a moverse. En fin, en los momentos en que se da a las obras más efímeras el glorioso nombre de *cuento*, que no debe pertenecer más que a las creaciones vivas del arte, le será sin duda perdonado que descienda a las mezquinas proporciones de la historia, de la historia vulgar, al relato puro y simple de lo que se ve cada día en provincias.

Más adelante aportará su grano de arena al montón levantado por los obreros de la época; hoy el pobre artista no ha cogido más que uno de esos filamentos blancos que la brisa pasea por el aire y con los que se divierten los niños, las chicas y los poetas; de los que apenas se ocupan los sabios, pero que, según se dice, deja caer de su rueca una hilandera celeste. ¡Poneos en guardia! ¡Hay algunas moralejas en esta tradición campestre! Por eso el autor hace de ella su epígrafe. Os enseñará como, durante la primavera de la vida, ciertas ilusiones, blancas esperanzas, hilos argentados, descienden de los cielos y retornan a ellos sin haber tocado la tierra.

Septiembre, 1833.

NOTA EN APÉNDICE A LA PRIMERA EDICIÓN

Este desenlace burla necesariamente la curiosidad. Tal vez ocurre así con todos los desenlaces verdaderos. Las tragedias, los dramas, para hablar en el lenguaje de este tiempo, son raros en la naturaleza. Recordad el preámbulo. Esta historia es una traducción imperfecta de algunas páginas olvidadas por los copistas en el gran libro del mundo. Aquí no hay ninguna invención. La obra es una humilde miniatura para la cual hacía falta más paciencia que arte. Cada departamento tiene su Grandet. Sólo que el Grandet de Mayenne o de Lila es menos rico de lo que era el antiguo alcalde de Saumur. El autor ha podido forzar un rasgo, esbozar mal sus ángeles terrestres, poner más o menos color en su vitela. Tal vez ha cargado con exceso de oro el contorno de la cabeza de su María; puede que no haya distribuido las luces según las reglas del arte; en fin, tal vez haya ensombrecido en demasía las tintas, ya demasiado negras, de su viejo, imagen toda material. Pero no neguéis vuestra paciencia al monje paciente, que se pasa la vida encerrado en su celda, humilde adorador de la *Rosa mundi* de María, bella imagen de todo el sexo, la mujer del monje, la segunda Eva de los cristianos.

Si continúa concediendo, pese a las críticas, tantas perfecciones a la mujer, es que piensa todavía, joven como es, que la mujer es el ser más perfecto entre todas las criaturas. Salida la última de las manos que hicieron el mundo, debe expresar con más pureza que cualquier otro ser el pensamiento divino. Así, ella no fue, como el hombre, tomada del granito primigenio, convertido en blanda arcilla por los dedos de Dios. No, extraída del costado del hombre, materia flexible y dúctil, es una creación intermedia entre el hombre y el ángel. Así la veis tan fuerte como lo es el hombre, y delicadamente inteligente por el sentimiento, como lo es el ángel. ¿No era necesario unir en ella esas dos naturalezas para encargarla de llevar siempre la especie en su seno? ¡Un niño, para ella, no es toda la humanidad!

Entre las mujeres, Eugenia Grandet será tal vez un tipo, el de las abnegaciones arrojadas a través de las tempestades del mundo, que las engullen como una noble estatua arrebatada a Grecia y que, durante el transporte, cae al mar, donde permanecerá siempre ignorada.

Octubre, 1833.

PIERRETTE

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICIÓN 1840

El estado de soltero es un estado contrario a la sociedad. La Convención tuvo por un momento la idea de someter a los solteros a cargas dobles de las que pesaban sobre las personas casadas. Tuvo el más equitativo de los pensamientos fiscales y el más fácil de ejecutar. ¿Imagináis lo que el Tesoro ganaría con una pequeña enmienda así concebida?

Las contribuciones directas de toda especie serán dobladas cuando el contribuyente no esté o no haya estado casado.

Si existiera en Francia un millón de solteros que pagasen una cuota cuya media fuese de diez francos, el presupuesto de ingresos aumentaría en diez millones.

Y las chicas casaderas no cesarían de reír, pensando en esas cuotas dobladas y en las suyas, que no lo serían aún.

Y las personas casadas reventarían de risa.

Y la escuela ginebrina e inglesa, que quiere moralizarnos, se mordería sus finos labios con sus dientes amarillos.

Y los recaudadores no podrían dejar de reír al escribir en sus pequeños cuadros de papel azulado, amarillo, gris, verdoso o rojo, que saldan siempre con recargos.

Sería una risa universal.

La publicación de esta idea, sacada de los cartapacios de la Convención, es aún más valerosa porque quien la sugiere es soltero; pero hay casos en que el interés social debe estar por encima de los intereses particulares.

Esto parte de un principio. Este principio es el odio profundo del autor hacia todo ser improductivo, contra las solteronas y los solterones, auténticos zánganos de colmena.

Por eso, en la larga y completa pintura de las costumbres, figuras, acciones y movimientos de la sociedad moderna, ha resuelto perseguir al solterón, salvando no obstante las excepciones nobles y generosas, como el sacerdote, el soldado y algunas raras abnegaciones.

La primera obra en que se ocupó de esta clase de vertebrados fue intitulada equivocadamente *Los solterones*. Se llamará desde ahora *El padre Troubert (El cura*

de Tours). Puso allí cuatro figuras diferentes, que muestran muy bien los vicios y las virtudes del solterón; pero no era más que una indicación. *Pierette* es la continuación de la pintura del soltero, rico tesoro que debe proporcionarle todavía más de un modelo. El caballero de Valois en *La Solterona*; el caballero de Espard en *La Interdicción*; figura muda, borrosa; de Marsay, en varias escenas y especialmente en *La muchacha de los ojos de oro*, *La flor de guisante* (*El contrato de matrimonio*), etc.; Chesnel, el viejo y laborioso notario en *El gabinete de antigüedades*, Poiret y la señorita Michonneau, en *El tío Goriot*, no son hasta el presente más que accidentes, no han sido figuras principales, tipos que lleven en la frente un sentido social o filosófico.

Uno de nuestros más terribles solterones, Máximo de Trailles, se casa. Este casamiento está en camino de celebrarse en *Una elección en provincias* (*El diputado d'Arcis*) escena que descansa entre dos de los compartimentos de caoba que contienen las escenas inéditas y que no dejan de parecerse a los bastidores del teatro. Sí, esta novela debe ser publicada en interés de las familias que bullen entre las mis páginas de esta larga obra y que se alarmaban al ver a Máximo siempre hambriento. ¡*Le es necesario!*, ha dicho el autor, arropándose con su bata casera con un hermoso movimiento parecido al de Odry, que se levanta diciendo esas palabras a la grandeza del FATUM de los antiguos.

¡Qué queréis! Se levantaban mil acusaciones contra los *dandies* de los *Estudios de costumbres*. ¡Una crítica imbécil y menguada se lo pedía a Máximo de Trailles! ¡Se ocupaban de ello los periódicos, se le suponía demasiado inmoral, un ejemplo peligroso, hasta se llegaba a negar su existencia! Para terminar, su padre acabó por casarlo. Habrá lamentos por ello, ya que en Francia se lamenta todo y se grita más con motivo del bien que a propósito del mal; pero, ¡en fin!, una vez casado Máximo de Trailles y padre de varios niños, unido sinceramente a la nueva dinastía, empleado por ella, tendrá defensores; además será rico, podrá pagar algunos lisonjeadores y se abonará, sin duda a algunos redactores, lo que es mucho más útil que abonarse a los periódicos.

Muchas mujeres se han escandalizado: ¡Cómo!, ¿usted casa a ese monstruo que nos ha hecho tanto daño, que sedujo y abandonó a *madame* de Restaud, que ha jugado tanto que el juego ha quedado patas arriba, y lo hace dichoso, padre de familia? Eso será un ejemplo horrible, era menester que acabara mal, como Fausto, como don Juan, como los viejos solterones que han *hecho de las suyas*, con horribles sufrimientos, con más o menos neuralgias, apoplejías y parálisis.

—¿Qué quieren ustedes? Ese demonio de Máximo se porta bien —ha dicho el autor—. Además, ¿dónde está el peligro? El proverbio *hierba ruin nunca muere*, ¿había de quedar desmentido? ¿Acaso no quieren ustedes que el Catolicismo tenga alguna vez razón y que nunca se admita el arrepentimiento?

Las mujeres de talento lo han comprendido. Aprobaron el casamiento de Máximo de Trailles. Ese casamiento no cuesta más que una promesa de la Lista civil; bien

poca cosa; el primer ministro concede una plaza a de Trailles, quien por lo demás llega a ser un excelente diputado.

Ustedes verán este episodio de nuestras costumbres políticas de aquí a unos meses; los casamientos y las elecciones se hacen más pronto de lo que se cuentan.

Al autor se le ha perdonado la figura de de Marsay; pero es por la certidumbre en que se está de que de Marsay ha muerto. Además, de Marsay ha sido muy útil a su país; ha sido primer ministro, ha hecho grandes cosas, o por lo menos tenía la intención de hacerlas; sus títulos para el aprecio de su país, la redención de la faltas de su juventud, toda su bella vida, está en las *escenas de su vida política*. Estas demasiado célebres escenas están todavía, por desgracia, en los compartimentos de caoba donde duermen tantas marionetas impacientes por lanzarse a la vida de los gabinetes de lectura.

Rastignac fue subsecretario de Estado, es doctrinario, demasiado pedante, la política lo ha hecho engreído; pero ha terminado por casarse con la señorita de Nucingen, los periodiquillos, la Corte y la ciudad han celebrado mucho este matrimonio; han hablado mucho de las relaciones de Rastignac durante la Restauración con Delfina de Nucingen; pero Rastignac ha dejado hablar; es muy caballero, sutil, se ha portado como un gran señor donde los burgueses se hubieran visto muy turbados. Por otra parte, dice que muchas suegras han hecho otro tanto, y ha tenido el buen acuerdo de hacer nombrar obispo a su hermano, el padre Gabriel de Rastignac, de suerte que la señora de Nucingen es recibida en la Corte.

Por lo tanto, si se encuentran solteros en el mundo del *Estudio de costumbres*, atribuidlo a la necesidad a que todos hemos obedecido de tener veinte años; pero en cuanto a solterones concienzudamente solterones, que roban a la civilización y no le dan nada, el autor tiene la intención formal de estigmatizarlos, pinchándolos sobre algodón y bajo vidrio, en un compartimento de su Museo, como se hace con los insectos curiosos y raros. *Pierrette* responde a este sistema de denuncia social, política, religiosa y literaria.

No acuséis, con todo, al autor de un designio fijo de morder a las personas como un perro rabioso: no es solterófobo. Una de las necedades más odiosas, más envidiosas, más ridículas entre todas las de que es objeto o a las cuales está expuesto, es la de hacer creer que tiene ideas absolutas, un odio constante contra ciertas clases de la sociedad, los notarios, los comerciantes, los usureros, los burgueses, los propietarios, los periodistas, los banqueros, etc.

En primer lugar los quiere, como el marqués de Valenciana debe de querer a los bien amados terrenos de donde saca anualmente sus lingotes de oro.

Luego, en honor y en conciencia, cuando el diseño del fresco literario donde se mueven tantos personajes esté terminado y podáis contemplarlo todo entero, quedaréis completamente asombrados por la cantidad de necedades, simplezas, juicios falsos, patatas cocidas e incluso alguna cruda que le habrán arrojado al autor mientras su lápiz discurría por el muro y él estaba en su tablado (muy mal asegurado)

pintado, pintando, pintando.

Porque entonces veréis que si estaba forzado a pintar memos como los Rognon, también hacía el retrato del quincallero Pillerault; que si bosquejaba un Claparon, ponía a su lado la figura de Gaudissart y la del pequeño Popinot (hoy día alcalde de un distrito, caballero de la Legión de Honor y muy a bien con el trono, rodeado de instituciones ciudadanas). El marqués de Espard en *La Interdicción*, ¿no compensa a Du Tillet? ¿César Birotteau no contrasta con el barón de Nucingen?

Pero el autor no quiere repetirse en su prefacio más de lo que se repite en su obra. Hará pronto seis años que en el prefacio de una edición de *El tío Goriot* opuso a unas acusaciones falsas, enemigas, embusteras, atroces, ilegales, impúdicas, infames, necias, entrometidas, indelicadas, ridículas, dirigidas contra el mundo femenino representado en sus obras, una lista exacta de todas sus mujeres, casadas, solteras y viudas y probó con esta lista que la suma de los personajes virtuosos era en un tercio superior a la de los personajes que tenían algo que reprocharse, circunstancia que ciertamente no se da en el mundo verdadero.

Después de aquel prefacio se ha mantenido en guardia; reforzó el batallón virtuoso, sea entre los hombres, sea entre las mujeres; pero las acusaciones han continuado. ¿Qué hacer?

¿Sabéis en qué consiste nuestra inmoralidad, nuestra profunda corrupción? En hacer las faltas seductoras, ¡en excusarlas!

Pero si no hubiera inmensas seducciones en las faltas, ¿se cometerían? Además, si no hubiera vicios, ¿habría virtudes?

En buena conciencia, ¿no se debería esperar a que un autor declarara terminada su obra para criticarla? Antes de decir si tiene o no tiene un pensamiento más o menos filosófico, ¿no se debería indagar si ha querido, si ha debido tener un pensamiento? Su pensamiento será el pensamiento mismo de ese gran todo que se mueve alrededor vuestro si ha tenido la ventura, la chiripa, el yo no sé qué, de pintarlo entero y fielmente. En ciertas pinturas es imposible separar el espíritu de la forma.

Si, leyendo esta historia viviente de las costumbres modernas, no prefieres mejor tú, tendero, morir como César Birotteau o vivir como Pillerault que ser Du Tillet o Roguin; tú, muchacha, ser Pierrette mejor que *madame* de Restaud; tú, mujer, casada, morir como *madame* de Mortsauf que vivir como *madame* de Nucingen; tú, hombre, civilizar como lo hizo Benassis que vegetar como Rognon, ser el cura Bennet en vez de ser Luciano (de) Rubempré, derramar la felicidad como el viejo soldado Génestas en vez de vivir como Vautrin, de fijo que el fin del autor se habría frustrado. Las aplicaciones individuales de estos tipos, el sentido de las mil historias que formarán esta historia de las costumbres no habría sido comprendido. Mas, como el cuadro general está hecho con un pensamiento aún más elevado, que todavía no es tiempo de explicar, eso no sería más que una minúscula contrariedad.

Pierrette es por lo tanto el segundo cuadro donde los solteros son las figuras principales, ya que si Rognon se casa no se ha de tomar su casamiento como un

desenlace; sigue siendo Rognon, no tiene mucho tiempo para vivir, el matrimonio lo mata.

Desgraciadamente esta obra tiene algunas imperfecciones de detalle que desaparecerán más tarde, se verá más fuertemente ligada de lo que ahora está a las partes anteriores con las cuales debe casar. Este defecto proviene precisamente de la necesidad en que se halla el autor de publicar separadamente las diferentes partes de un gran todo. Ya hizo observar que no estamos en aquellas épocas en que los artistas podían encerrarse, vivir apaciblemente, apartados, y salir armados con una obra enteramente hecha y que se publicaba íntegra, como las obras de Gibbon, de

Montesquieu, de Hume, etc. En lugar de vivir para la ciencia, para el arte, para las letras, está obligado a dedicarse a las letras, al arte y a las ciencias para poder vivir, lo que es contrario a la producción de obras bellas. Este estado de cosas no cambiará bajo un gobierno esencialmente enemigo de las letras, que no les oculta su antipatía, que rehúsa una pensión alimenticia a los poetas a quienes ha enloquecido la miseria, que deja perecer el comercio más floreciente entre todos los que debía haber en Francia en tiempo de paz, *las novedades de librería*, que estimula con su inacción la piratería más vergonzosa para el derecho público de Europa, la *falsificación*, que distribuye del modo que sabéis los fondos destinados a las Bellas Artes, que consagra millones a las piedras y rehúsa unos miles de francos a la literatura. Algún día la estatua de ese pobre Luis XIV, erigida en el patio de Versalles, levantará los brazos, abrirá la boca y dirá: ¡Que estas piedras se conviertan en escudos y alimenten a vuestros hombres de talento!

Lo que resulta más singular es ver a esas mismas gentes, que sólo poseen el sentido de las cosas materiales, o sus órganos, o lo que me parece más original, algunos puritanos estúpidos, acusar a la literatura de mercantilismo: los salvajes son menos inconsecuentes. O, mejor dicho, son menos cándidos. Puestos a decirlo y a hacerlo, es imposible anunciarle más tajantemente a una literatura que no se quiere nada de ella.

Nadie conoce mejor que su autor los defectos de *Pierrette*, pues sabe que existen partes donde serían necesarias ciertas adiciones y desarrollos, pues una voz amiga se las había señalado. Hay también algunas cosas que rectificar en torno a la enfermedad de que muere la heroína; algunos personajes requerirían nuevos toques de pincel, pero hay momentos en que los retoques perjudican, en lugar de mejorar una tela. Vale más dejarla tal cual es hasta que el gusto, ese fanal del juicio, nos vuelva. A pesar de las suposiciones de muchos perezosos y haraganes, incapaces de escribir una sola página en francés, de crear un drama, de imaginar un personaje, de inventar una situación o de sacar un libro de su cabeza de madera, pero que imaginan que la fecundidad excluye la reflexión y el trabajo, como si Rafael,

Walter Scott, Voltaire, Ticiano, Shakespeare, Rubens, Buffon, lord Byron, Boccaccio o Lesage no procurasen estrepitosos mentís a sus vanas aserciones; como si el espíritu, por la rapidez de sus investigaciones y de sus movimientos, por la

extensión de sus puntos de vista, no le prestase al tiempo, para los trabajadores, una medida distinta de la que le encuentran los ociosos de cabeza hueca. Pronto hará diez años de que otras cabezas huecas empezaron a acusar al autor de anunciar las obras para no publicarlas luego; pero, tratad de poner de acuerdo a los moscardones. Pronto os veríais obligados a dejarlos por imposibles, que es lo mismo que hizo el autor hace ya mucho tiempo.

El compadre Rouget (Un hogar de soltero en provincias) será la tercera *Escena de la vida de provincias*, donde se procurará pintar las desdichas que esperan a los solterones durante su vejez. El tema no quedará agotado, pero de momento habrá ya bastantes solterones. *Sat prata biberunt.*

¡Ah! Hay también otros bobalicones que acusan al autor de tener un amor propio excesivo. Resulta fácil hacerles observar que la prueba de su escaso amor propio estriba en la publicación de unas obras que dan lugar a tantas críticas razonables.

En Los Jardies, junio de 1840.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.